

JOSE MARTI

PERSPECTIVAS ETICAS DE LA FE CRISTIANA



PQ
7389
.M2
C46
1991
c.2

RAFAEL CEPEDA

LIBRARY OF PRINCETON

MAY 09 2015

THEOLOGICAL SEMINARY



Digitized by the Internet Archive
in 2016

JOSE MARTI
PERSPECTIVAS ETICAS
DE LA FE CRISTIANA

D.E.I.

Departamento Ecuménico de Investigaciones

CONSEJO EDITORIAL

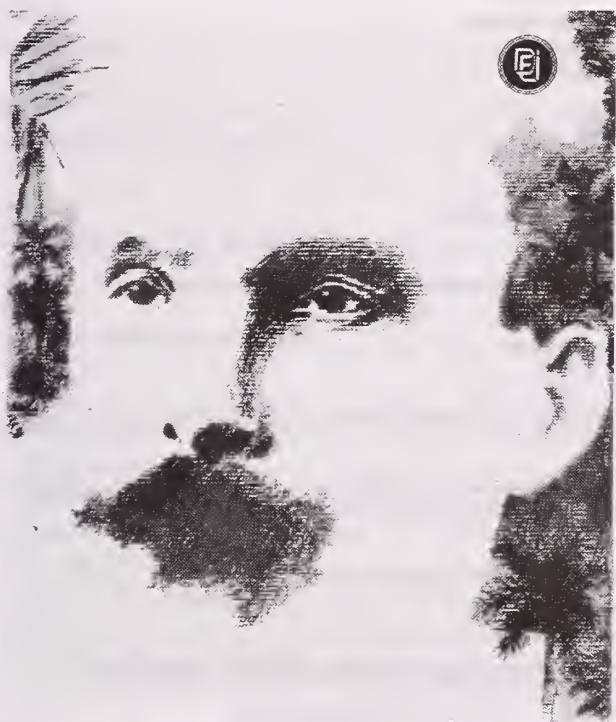
Franz J. Hinkelammert
Pablo Richard
Carmelo Alvarez
Jorge David Aruj

EQUIPO DE INVESTIGADORES

Elsa Tamez
Maryse Brisson
Arnoldo Mora
Raquel Rodríguez
Helio Gallardo

JOSE MARTI

PERSPECTIVAS ETICAS DE LA FE CRISTIANA



RAFAEL CEPEDA

EDICION GRAFICA: Jorge David Aruj

PORTADA: Carlos Aguilar Quirós

CORRECCION: Guillermo Meléndez

241

C399j

Cepeda, Rafael

José Martí: perspectivas éticas de la fe cristiana/

Rafael Cepeda

—1a. ed.— San José, Costa Rica, DEI, 1991

208 p.; 21 cm. —(Colección historia de la Iglesia y de la teología)

ISBN 9977-83-054-1

1. Religión.

2. Cristianismo.

I. Título.

II. Serie.

Hecho el depósito de ley

Reservados todos los derechos

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro

ISBN 9977-83-054-1

© Editorial Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), San José, Costa Rica, 1991

Esta obra se inscribe dentro de las publicaciones de la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica CEHILA-Cuba

Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica

PARA PEDIDOS O INFORMACION DIRIGIRSE A:

EDITORIAL DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones

Apartado 390-2070

SABANILLA

SAN JOSE — COSTA RICA

Teléfonos 53-02-29 y 53-91-24

Télex 3472 ADEI CR

Fax (506) 53-15-41

Contenido

Prólogo.....	9
--------------	---

Presentación.....	11
-------------------	----

Capítulo I	
Hay otro Dios	15

Capítulo II	
Jesús no murió en Palestina	33

Capítulo III	
Las hermosas poesías de la Biblia	45

Capítulo IV	
Palabras que no están de más	61

1. Amor	63
2. Creencia-Fe	68
3. Alma-Espíritu	74
4. Hombre-Humanidad	80
5. Pecado-Perdón	92
6. Evangelio	98
7. Apóstol-Apostolado	102
8. Culto	106
9. Vida-Muerte-Otra Vida	112

Capítulo V	
Nueva religión, nueva iglesia	127

1. El catolicismo	133
2. El protestantismo	145
3. La nueva religión	153
4. La nueva iglesia	162

Capítulo VI

No hay sermón como la propia vida167

Capítulo VII

El mundo está de cambio: el hombre se ensancha181

Envío203

Prólogo

El libro que prologamos aquí es el fruto de un intenso y dedicado trabajo. Rafael Cepeda ha combinado su conocimiento histórico con una profunda devoción —la pasión de su vida— por las letras cubanas, y por ende caribeñas y latinoamericanas. Su trabajo sobre Manuel Sanguilly confirma esta aseveración. Cepeda sabe combinar el trabajo académico serio y ponderado con un estilo literario elegante, sin ser pedante; artístico sin llegar a las exageraciones y las redundancias. Pone al lector en contacto con el pensamiento de Martí sin permitirle soltarse del embrujo que provoca ese egregio prócer de las letras latinoamericanas. El Martí de Cepeda nos invita al compromiso y nos desafía a repensar muchos temas desde una hermenéutica distinta. Martí adviene aquí profundo conocedor de las escrituras sagradas y diligente aplicador de su mensaje. Surge así Martí, el teólogo. Interesante resulta este asedio que hace Cepeda al Martí teólogo, pues penetra en su obra poética para deshilar una teología bíblico-poética hermosísima. Conocer a este Martí con esas dimensiones resulta refrescante. Este intento nos recuerda los trabajos poético-bíblicos de un Luis Alonso Schockel o la monumental obra de Ernesto Cardenal, ese poeta-teólogo nicaragüense que le saca actualidad a los Salmos. 6

Cepeda ha dedicado años a desarrollar este trabajo. Su conocimiento de Martí es total, tanto de los escritos propiamente de Martí como de los estudios martianos más serios y eruditos. Hay un acopio impresionante de obras, poemas, cartas y discursos de Martí. Impresiona, además, el Martí de la acción militante y la pluma no menos activa. A través de toda la obra se nos va perfilando la vida y pensamiento de Martí con el dato y su interpretación. Esta interpretación no es ni antojadiza, ni improvisada, ofrece al lector la posibilidad de enfrentarse al texto y bucear también las profundidades de un pensamiento fecundo y diáfano. Cepeda nos ofrece así la conjunción entre el historiador y el teólogo.

Algunos aspectos críticos pueden señalarse, también. Por ratos el texto resulta pesado para la persona no especializada en el pensamiento de Martí o recientemente iniciada en estos temas. Mucho hubiera ayudado un índice onomástico en un libro de esta naturaleza. Una breve introducción biográfica sobre Martí permitiría ubicar su vida y pensamiento, sobre todo si se trata de un público que no le conoce.

Debe advertirse que Cepeda intenta indagar no solamente en lo que Martí escribió poéticamente, sino en conjugar una teología liberadora que une la praxis revolucionaria con un mensaje de claras implicaciones éticas, a la luz de su acercamiento a las Sagradas Escrituras. Creo que este es el propósito central del libro, y lo logra con creces. Ayuda mucho en este proceso trabajoso el dominio que tiene Cepeda de la Biblia y su conocimiento, al detalle, de la obra martiana. Los estudiosos de Martí tendrán que detenerse a ponderar con seriedad esta obra que a nuestro entender será un hito importante en nuevos abordajes al pensamiento martiano. Creemos que de aquí en más los estudiantes de teología en Cuba, y otros países caribeños y latinoamericanos, tendrán que acercarse a Martí con la sabia ayuda de esta obra. Este libro ha hecho historia.

Felicitamos al hermano y amigo por una obra madura y seria, punto culminante de su trabajo intelectual y corona de una vida al servicio del Reino de Dios. ¡Gracias, Rafael, por compartir tu sabiduría y pasión con nosotros!

Carmelo E. Alvarez
Octubre, 1991.

Presentación

En este libro me propongo compilar una gran parte de los textos martianos referentes al tema religioso, agrupándolos según determinadas directrices que el propio Martí proporciona, y reflexionando sobre ellos desde la perspectiva de un cristiano convencido y militante.

Aunque Martí se refirió en sus escritos —en algunos casos con cierta reiteración— a prácticamente todas las ideas religiosas y a sus formas y agrupaciones eclesiales, sus detenimientos y análisis se centran básicamente en el cristianismo y en sus dos grandes ramas e instituciones: el catolicismo y el protestantismo, todo ello enmarcado en la sazón de su tiempo histórico. Imposible sería pasar por alto sus críticas, censuras, inculpaciones y anatemas.

Es conveniente una aclaración inicial. Con Martí ocurre que por acuciosa que sea la investigación, y afinado el examen, cuando se trata del tema religioso no hay forma de establecer gradaciones absolutas. Será posible aquí o allá descubrir una maduración, o un énfasis incidente, o un sesgo inesperado, pero nunca una continuada y persistente metodización de su pensamiento. Su enfoque y sus conclusiones son siempre variables y desiguales, y a veces desconcertantes, pues vibran distintos matices, y, principalmente, diversos estados de ánimo. La fuerza auténtica que hay en Martí se desborda, y de ahí proviene su irregularidad. No hay manera de someterlo a una cronología o a una periodización. En otro lugar he escrito que:

Nunca sería posible hablar de una *evolución* de Martí en el tratamiento de la cuestión religiosa, ni de un *sincretismo*. Yo lo llamaría más bien un *estratismo*, como las capas superpuestas que asoman en el corte transversal de una roca: cada juicio, cada idea, de por sí, en su propia categoría y en su momento vivo.

Hay que recordar siempre que Martí conjugaba dos maneras de producirse en verso o en prosa: abrirse al misterio de sus entrañadas raíces, e imprimirle un sello muy personal a todo lo adquirido por sus vastas lecturas. Por ello se observa —también en el acercamiento a lo religioso— cierto inherente desorden. Los asuntos, los tonos, la tensión conceptual, están constantemente sujetos a cambios. No se pueden escalonar sus ideas, porque desconcierta la variedad de sus antinomias, de los motivos y acentos que se contraponen en lo escrito. Nunca pretendió atenerse a un régimen que controlara sus intuiciones, porque quiso estar libre para extraerle todo su jugo a las coyunturas históricas. Alguna que otra vez lo religioso brota en sus apuntes personales e íntimos, pero en su gran mayoría son reflexiones públicas contextualizadas.

Si Martí hubiera tenido tiempo para escribir libros, quizás podríamos descubrirle una plataforma religiosa. Sin embargo su vehículo fue el periódico, y esta premura, esta gimnasia, este salto nervioso de un título a otro, este ganarse el pan todos los días, matizan sus referencias como un patético forcejeo entre el apasionado elogio y lo que Juan Ramón Jiménez llamara “la noble fuerza de rechazar”.

Aparte de lo ya expresado en cuanto a la decisión personal de estudiar lo religioso en Martí “desde la perspectiva de un cristiano convencido y militante”, el deslinde que se produce se comprende porque el propio Martí establece la prioridad:

Entre las numerosas religiones, la de Cristo ha ocupado más tiempo que otra alguna los pueblos y los siglos... esto se explica por la pureza de su doctrina moral, por el desprendimiento de sus evangelistas de los cinco primeros siglos, por la entereza de sus mártires, por la extraordinaria superioridad del hombre celestial que la fundó.

¿Cuál es el objetivo de este libro? ¿Qué se pretende con su publicación? Lo primero, divulgar los textos martianos sobre el tema religioso, teniendo en cuenta que no han sido popularmente difundidos, y que son muy pocos los que han leído en su totalidad más de veinte tomos, en la búsqueda de esta información. Sobre esta base de exposición abierta a *todo* lo dicho y escrito por Martí, sin menospreciar esta importante cuestión, es posible que el beneficio sea inmediato, y los frutos abundantes. Sería muy saludable que tanto los creyentes como los no creyentes analizaran un ángulo de la cosmovisión martiana que muy pocos conocen, o en su mayoría desconocen enteramente. En segundo lugar, porque sería deshonesto evadir este estudio cuando el propio Martí le concedió al tema religioso su debida importancia. Nuestro

deber es incluirlo en nuestras reflexiones, porque es asunto de seria y detenida consideración en los escritos martienses. Del pensamiento martiano sobre la cuestión religiosa se puede intentar un análisis con posibilidades de acierto en algunos temas sustanciales, lo cual me propongo en este libro; pero no veo expedito el camino hacia una síntesis abarcadora que produzca afirmaciones incontrovertibles o conclusiones intocables.

El lector se percatará prontamente de que este libro está colmado de intentos de acercamiento, si bien en muy contados casos encontrará afirmaciones rotundas. Estas serán —al cabo— resoluciones del propio lector, situado en posición más distensionada, y por ello más avistadora, con mejor discernimiento. Por ello he tratado de ofrecer el mayor número posible de citas directas de Martí relacionadas con el tema en cuestión, para que ellas mismas sean las que sedimenten los criterios definitivos, y no mis comentarios, ni siquiera mi metodología de presentación y vertebración de las ideas martianas, aunque cabe la posibilidad de que —entre más de un millar— alguna importante haya sido olvidada involuntariamente.

Los títulos de los capítulos de este libro son frases entresacadas de algunas citas de Martí, las que se transcriben completas al comienzo de cada capítulo, como exergos orientadores. Con excepción de algunas halladas y publicadas recientemente, todas las citas son tomadas de *Martí: obras completas*, publicadas por la Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, y de *Otras crónicas de Nueva York*, publicadas por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983. En el primer caso, el origen de las citas se señala inmediatamente después de éstas, entre paréntesis, con el número del tomo, un guión, y el número de la página. En el segundo, se escribe MS (iniciales de los apellidos de Ernesto Mejía Sánchez, investigador y editor), seguidas también de un guión y del número de la página correspondiente a la cita. Cuando se trata de textos bíblicos, presentados como puntos de similitud, de comparación o de antítesis, según sea el caso, se escribe completo el nombre del “libro”, el número del capítulo, el signo de dos puntos, y el número del versículo citado.

Sobre esto último cabe una explicación. Se me ha cuestionado en relación con los textos preliminares de algunos epígrafes, en ocasiones de carácter teológico, y en los que se explican —aunque sucintamente— las ideas o incidentes bíblicos que coinciden con el pensamiento martiano, o se aproximan al mismo, y en ocasiones lo completan y enriquecen. Se ha tenido en cuenta, primordialmente, a los cristianos que requieren del fundamento bíblico para partir desde allí hacia nuevas avenidas de comprensión y análisis, y también a los no creyentes que no están familiarizados con los relatos de la Biblia, sus personajes, hechos, y coyuntura

histórica de los acontecimientos narrados. Creo que con esto se sirven ambas necesidades, quizás con alguna eficacia.

Agradezco sus atinadas observaciones a quienes leyeron los originales de este trabajo, y de una manera especial al Licenciado Reinerio Arce Valentín —autor de una tesis doctoral de tema similar— por llamar mi atención a fuentes no previstas. Este hecho me incita a rogar a los lectores una revisión inquisitivamente crítica, y una franca comunicación con este autor, de manera que esta obra se enriquezca colectivamente, y sea todo lo útil que yo anhelo.

También expreso mi agradecimiento al pastor Carmelo Alvarez por su insistente demanda fraternal porque este libro sea publicado, y por el prólogo al mismo, que no he leído cuando escribo estas palabras de presentación; y a dos organizaciones con las que he trabajado por muchos años: el Centro de Estudios del Consejo Ecuménico de Cuba y CEHILA (Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica)-Cuba, que muy generosamente han acordado auspiciar la publicación.

Esta obra ha sido realizada con agónica exaltación, y a la vez con el amoroso empeño de encarar la verdad de la vida abundante, meta común de cristianos y martianos: una pasión por dejar tras nosotros una senda ennoblecida y un ajuste de cuentas con la patria común y bífrente: la cubana y la de "nuestra América".

Rafael Cepeda
Agosto de 1991

Capítulo I

Hay otro Dios

*¿A quién le podemos preguntar? ¿A Dios? ¡Ay!
No responde, porque nos han enseñado a creer
en un Dios que no es el verdadero.*

*¿Qué Dios villano es ése que estupra mujeres
e incendia pueblos?*

*Ese Dios que regatea, que vende la salvación,
que todo lo hace en cambio de dinero, que manda
las gentes al infierno si no le pagan, y
si le pagan las manda al cielo, ese Dios es
una especie de prestamista, de usurero, de
tendero.*

¡No, amigo mío, hay otro Dios!

José Martí

La idea —y la experiencia— de Dios constituye en la concepción religiosa de Martí un tema complejísimo dentro de muy diversos enfoques: una trama de reflexiones y vivencias que se entrecruzan en angustiosa búsqueda; dualidades, contraposiciones, rechazos, cualificaciones, gradaciones e identidades.

Teniendo en cuenta que en este libro nos proponemos estudiar lo religioso en la obra escrita de Martí, centrándolo —porque él mismo le concedió la importancia mayor— en la fe judeo-cristiana, es conveniente enraizar nuestra comprensión de esta fe en los textos bíblicos y teológicos que nos orientan e ilustran.

La gran contribución de la literatura teológica israelita al mundo y a la historia es la concepción de un Dios *único* y *viviente*.

El monoteísmo revelado a Moisés —“Yo soy el Señor tu Dios... No tengas otros dioses aparte de mí”— constituye la piedra angular de una fe personal, directa, basada en compromisos (“pacto”) de mutua responsabilidad. Este Dios es el Creador, y a la vez fuente de liberación y de justicia, desprovisto de sexo y de mitologías circundantes. Sin embargo, se manifiesta en el Antiguo Testamento con definidos rasgos antropomórficos. El Dios de la Biblia muestra en su persona todos los sentimientos humanos, pero afirma: “Soy Dios y no hombre”. Es “fuerte, celoso”, y a la vez “misericordioso y clemente”, que “castiga al que ama, como el padre al hijo a quien quiere”.

No hubo entre los profetas de Israel especulación alguna acerca del origen o el destino de Dios, mientras que en los pueblos vecinos las teogonías proliferaban y cundía el politeísmo. Dios aparece como una realidad presente y obvia entre los hebreos, y su poder es inmedible. Sus proyectos históricos, que parten desde la liberación de la esclavitud en Egipto, continuaron siendo un motivo de proclamación y de esperanza. Esto significa que fue rechazada aun la más leve señal de deísmo, porque el Dios de quien se escribe en la Biblia es el conocido por el pueblo como una Persona que *actúa* directamente en sus necesidades personales, interviene en los grandes problemas políticos, económicos y sociales de la nación, y ofrece opciones liberadoras. En la Biblia la mano de Dios siempre está extendida para rescatar, su oído siempre está atento a las voces clamantes, su palabra siempre puede ser escuchada, su acción es siempre regeneradora, aunque implique el castigo y el sufrimiento.

Precisamente porque “Dios es amor”, agoniza por darse a conocer, por entablar una relación de intimidad con la persona humana. Esta puede hablarle de tú a tú, adorarlo “en espíritu, de un modo genuino”, plantearle sus angustias y sufrimientos, recibir respuestas (no siempre las esperadas), increparlo, urgirlo a actuar con prontitud; en fin, conocerlo como ocurre en un nexo familiar y cotidiano entre un padre y sus muchos hijos. Y también con esta Padre “celestial” se repite la escena tan humana de que los hijos que viven en descarrío, los más díscolos e inmaduros, son los más protegidos. Tal es la enseñanza de la parábola “del hijo pródigo” que creó y narró Jesús, tan desentrañada por Martí.

El gran cubano, en el tratamiento apresurado de la idea de Dios, no se detuvo suficiente tiempo en los textos veterotestamentarios como para descubrirle todas sus riquísimas vetas, y de ahí parten sus dudas e incomprendiones. No obstante, es posible trazarnos un camino de estudio que se puede iniciar desde lo más elemental: expresiones cotidianas, reconocimiento de atributos, epítetos y censuras, así como las posibles vías sustitutivas:

Frases del diario hablar

A Dios gracias... (1-31, 35, 41; 7-21; 8-23; 19-85)
Gracias a Dios... (17-20; 18-394)
Dios quiera que... (1-40; 20-245)
¡Quiera Dios! (20-64)
¡Dios no lo quiera! (8-42)
¡No lo quiera Dios! (20-205)
¡Por Dios! (1-178, 187; 3-411; 4-45; 7-415; 9-17; 435, 445; 20-92, 296; 22-210)
Ruego a Dios... (1-209)
¡Guárdenos Dios!... (5-102)
¡Líbrenos Dios!... (9-93)
¡Sea por Dios!... (20-45)
Dios me guarde (20-103)

Nombres de Dios

En el nombre de Dios... (1-74; 4-357; 14-426)
Dios (1-45, 46, 50, 53, 54, 61, 62, 63, 73, 74)
Señor Dios (1-53)
Ser Sumo (22-75)
El Creador (6-389, 421; 21-238)
Dios, Ser Creador (21-18)
Creador de todos los seres (7-226, 228)
El Creador de los hombres (22-161)
Supremo Creador (22-212)
Hacedor magnánimo (9-120)
Sumo Hacedor (20-179)
Inmenso Señor de los planetas (21-28)
Theos — La causa mayor (21-66)
Gran Espíritu (22-284)
Inmenso mar de espíritus (19-361)

Atributos de Dios

Existencia (1-45, 61, 62; 21-18)
Compasión (1-53, 61, 73)
Inmanencia (7-226; 13-219; 19-361)
Acción creadora (7-226; 20-189; 21-36, 37)
Magnanimidad (9-120)
Misericordia (20-127)
Bondad (1-50; 9-120)
Dador de la vida (22-138)
Dador de la paz (14-59)
Todopoderoso (19-117)
Providencia (9-40)

Epítetos sobre Dios

El que ampara (20-284)
El que provee (20-285)

El que da fe (20-298)
El dador de la vida (22-138)
El que puede ser penetrado e igualado (21-122)
El que quema con su fuego (21-298)
El que da cualidades al hombre (22-78)
El que tiene piedad (1-53)
El que llora (1-73)
A quien se puede comprender (21-35)
A quien se puede concebir (21-60)
En quien se puede confiar (20-247)

Censuras a Dios

Criatura vanidosa (21-238; 22-161)
No providente (1-45; 21-35)
Envidioso (6-318)
Caído, tiembla y ruge (6-320)
Anda confuso (7-228)
¡Dios no cuidó! (12-230, 231)
Monstruo (19-81)
Colérico (20-195)
Airado (21-20)
Perezoso (7-110)
Maldiciente (16-259)

Derivaciones y alternativas

Hay otro Dios (19-383)
El Dios del Tiempo (1-52)
El Dios de la esperanza (21-19)
El Dios Conciencia (21-29)
El Dios de las fronteras (22-259)
La suprema conciencia, la suprema voluntad, la suprema razón (21-18)
Lo Eterno (19-29)

No es de extrañarse que sea en uno de sus escritos de adolescencia cuando Martí se refiere a Dios en forma más continuada y consecuente, porque ocurre poco después de una gran injusticia y un gran sufrimiento. Condenado a presidio a los dieciséis años de edad por el solo delito de escribir unas líneas para definir lo que es la *patria* y lo que son sus *apóstatas*, mientras en provincias más al Este luchaban los guerrilleros cubanos contra el poderío español, el jovencito José Martí, después de un año en cárcel provisional, pasa a “las canteras”.

¡Las canteras! Aquella primera tarde vio a sus compañeros, los otros presos, regresar de aquel infierno, que se encontraba a más de cuatro kilómetros del establecimiento penal, en un derriscadero abrupto y peligroso. El trabajo de los encarcelados

consistía en escavar y desmenuzar la piedra a golpe de pico y acarrearla hasta las carretas, en cajas sobre los hombros. Había presos de todas las edades y razas, con grillos desde la cintura hasta los pies. La cal viva mordía los pulmones. Entre los que regresaron estaba don Nicolás Castillo, con sus plantas llagadas y su cabeza cana, golpeado sin misericordia aquel día porque no podía tenerse en pie. Y el niño Lino Figueredo, “presidiario político” a los doce años, porque se suponía que era hijo de otro Figueredo que peleaba en los campos por la libertad de Cuba. Y el negro viejo Juan de Dios, enfermo de idiotez, preso “por infidente”; y el no menos negro Tomás, pero con sólo once años...

No solamente vio, sino que sintió Martí en su propia carne la quemadura de la cal y del sol y del látigo. El también cavó en las canteras, y arrastró hierros, y sollozó por sus ojos supurantes. “Esclavo de mi edad y mis doctrinas”, se describe a sí mismo en versos a su madre. Pero hizo más y mejor: fue la almohada y el bálsamo para sus infortunados camaradas de sufrimientos. Al fin, un rico e influyente español, José María Sardá, logró que revisaran la causa y lo condenaran a destierro en la Isla de Pinos, al sur de Cuba, bajo la responsabilidad del propio Sardá, quien lo llevó a vivir a la casa de su finca, El Abra. Allí leyó la Biblia (La que se conserva en el museo que es ahora la casa). Por una posterior gestión de Sardá, Martí fue desterrado a España. En Madrid (1871) escribió y publicó su folleto *El presidio político en Cuba*.

Son cincuenta páginas vibrantes de dolor y de piedad, sin raíces de odio. La pequeña obra es una catarsis de angustias y de reclamos. La memoria de lo ocurrido en las canteras era para él “un cesto de llamas” que había que vaciar. Las llamas del cesto iluminan horrores dantescos: las imágenes espantosas del cautiverio. Y siempre presente, siempre invocado, Dios.

Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con la una mano se habría cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios...

Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios...

Dios existe, y yo vengo en su nombre a romper en las almas españolas el vaso frío que encierra en ellas la lágrima...

Dios existe, y si me hacéis alejar de aquí sin arrancar de nosotros la cobarde, la malaventurada indiferencia, dejadme que os desprecie, ya que no puedo odiar a nadie; dejadme que os compadezca en nombre de mi Dios...

No os odiaré, ni os maldeciré...

Si yo odiara a alguien, me odiaría por ello a mí mismo...

Si mi Dios maldijera, yo odiaría por ello a mi Dios...

Los que habéis sentido posarse en vuestras frentes la mano augusta de la imagen de Dios en nuestra vida, llorad... Y si me oís, y no lloráis, la tierra os sea leve y el Señor Dios tenga piedad de vuestras almas...

Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien...

El que sufre por su patria y vive para Dios, en éste u otros mundos tiene verdadera gloria...

Trituraban a un hombre. ¡Miserables! ¡Olvidaban que en aquel hombre iba Dios!...

Ese, ése es Dios: ése es el Dios que os tritura la conciencia, si la tenéis; que os abraza el corazón, si no se ha fundido ya al fuego de vuestra infamia...

El martirio por la patria es Dios mismo...

Yo siento en mí este Dios; yo tengo en mí a este Dios; en mí os tiene lástima; más lástima que horror y que desprecio...

Verdad que el martirio es algo de Dios. ¡Y cuán desventurados son los pueblos cuando matan a Dios! ¡Y cuán descarriados van los pueblos cuando apalean a Dios!...

Y Dios llora. ¡Y cuánto han de llorar los pueblos cuando hacen llorar a Dios!... (1-45 al 74).

El lector se apercibe de inmediato que esta literatura juvenil a lo Víctor Hugo, con ribetes de profeta bíblico, intencionadamente dramática, cuajada de apóstrofes y de antítesis, constituye el desahogo de un hombre traumatizado por una vivencia lacerante: un desfogue a la indignación y un clamor de misericordia para los que quedaron atrás, en el abismo de sus desgracias. Es al mismo tiempo una invitación a la confesión de un gran pecado nacional español, un llamado al arrepentimiento y a la estructuración de una nueva vida política, fundamentada en la justicia... Y esta palabra tronante se lanza "en nombre de mi Dios".

Este Dios del Martí joven comienza por estar inmerso en una situación muy terrestre, muy histórica y muy humana, por antihumana: en un presidio colonial español en Cuba durante la segunda mitad del siglo XIX, donde "ser apaleado, ser pisoteado, ser arrastrado, ser abofeteado", "con el agua a la cintura, con el pico en la mano, con el grillo en los pies", "ciego, cojo, magullado, herido, al son del palo y la blasfemia, del golpe y del escarnio", significan... "nada" para las autoridades de Madrid, pero nadie podría negar que son "una negación de Dios", quien es "el bien", o sea, que proyecta lo bueno para el hombre y rechaza la injusticia y la maldad.

Debemos regresar al texto martiano de *El presidio político en Cuba*, porque lo conveniente ahora sería un glose detenido en algunas expresiones que van desbrozando el camino hacia la temática propuesta: "el otro Dios".

Es sorprendente —y al mismo tiempo explicable, dada la motivación coyuntural— que a tan temprana edad Martí captara la decisiva importancia política del término *Providencia*, tan usado —y abusado— por los religiosos de su tiempo. Observemos que “el Dios providente, o la divina Providencia”, o sencillamente “la Providencia”, no son frases bíblicas que aparezcan en la teología hebreo-cristiana. Cuando comenzó a usarse en medios eclesiásticos, era proveniente de la filosofía estoica, con su correspondiente carga de fatalismo. En el tratado histórico de *Los hechos de los apóstoles* (capítulo 24, verso 2), se dice que un tal Tértulo, orador pagano que pretendía halagar al procurador Félix, representante de la Roma imperial, lo usó en el sentido de “prudencia”, “sabiduría” o “previsión” por parte de los gobernantes. Nada más, pero de alguna manera —quizá por comodidad o facilismo— se introdujo en el lenguaje de los religiosos cuando pretendían referirse al cuidado paternal de Dios sobre su creación, principalmente entre los seres humanos. Esta sí es una idea bíblica, no obstante el término mismo, “Providencia”, mantuvo —en su aplicación histórica— su raíz fatídica; por consiguiente, encubridora y justificadora de la pobreza y la explotación: para los pudientes y poderosos, Dios es “providente”, y deben reconocerlo, alabarlos y dar limosnas; para los miserables y victimizados, que nada tienen y nada pueden, Dios provee resignación, sumisión y mansedumbre (transigentes con su suerte), y de esta forma ganar el premio iluso de un bienestar futuro. Por supuesto, extraterreno. La Iglesia adoptó —para su propio beneficio—, esta denigrante y abusiva concepción de la naturaleza de Dios y de su acción en el mundo, y la utilizó en falsa función teológica durante siglos.

Un espíritu tan sensible como el de Martí pudo haber captado desde muy temprano el desfase: la enorme distancia entre “su” Dios, quien es “el bien” (la misericordia, el amor, la justicia), y este *otro* Dios “providente”. “Si existiera el Dios providente...” ha sido presentado como una prueba de ateísmo en Martí. Aceptémoslo: si tal es Dios, es más honesto ser a-teo. Pero Martí rechaza sólo la maldad imbebible en la farsa, porque en la enseñanza de Dios como “providencia” se rebaja al hombre humilde a la indignidad de una cosa que espera pasivamente hasta ser destruida por un signo fatal inexorable. Si existiera tal Dios “providente”, y se hubiera percatado de ello, “con la una mano se habría cubierto el rostro” (profundamente avergonzado de su dualismo hipócrita), “y con la otra” —iracundo y furioso por el mal causado— “habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios”. Esa es la convicción de Martí: Dios mismo, si se descubre “providente”, destruiría “la divina Providencia”.

En su primer *Cuaderno de apuntes*, que se considera escrito por Martí también durante su primera deportación, cuando era un estudiante en España, retoma la cuestión ya planteada y afirma:

No hay Providencia. La Providencia no es más que el resultado lógico y preciso de nuestras acciones, favorecido o estorbado por las acciones de los demás. Si aceptáramos la Providencia católica, Dios sería un atareadísimo Tenedor de Libros (21-17).

Ese Dios que lleva cuentas a cada ser humano, sumando en una columna y sustrayendo en la otra, con periódicos informes sobre el debe y el haber de cada cual, es inaceptable para Martí, porque entonces la vida del hombre se inscribe totalmente en el marco fortuito de la suerte y el destino. Resulta imposible creer en un Dios que crea al hombre para manejarlo como una marioneta, sin voluntad y sin responsabilidad. Pero el problema no reside en la creencia en Dios, que para Martí parece ser cuestión solucionada. Un poco más adelante en el mismo primer *Cuaderno de apuntes*, encontramos un deslinde ilustrativo:

Creo en Dios, porque comprendo a Dios. No creo en la Providencia, porque mi razón no me hace ver sus efectos, ni sentir su necesidad (21-35).

Y algunos años más tarde, en 1875, escribe en la *Revista Universal*, de México:

La Providencia para los hombres no es más que el resultado de sus obras mismas: no vivimos a la merced de una fuerza extraña: el hombre inferior inteligente no puede concebir torpeza en una inteligencia superior: el justo de la tierra no comprende la injusticia en quien ha de encaminarlo y dirigirlo (6-286).

Comprender es un vocablo abarcador y penetrante, y cuando se usa en relación con Dios implica una larga y honda pugna que se resuelve en un final compensatorio. En el hermoso poema del capítulo 26 de Job, éste describe entusiasmado las obras del Hacedor, y su soberanía sobre ellas, pero es fácil detectar su inconformidad por no ser capaz de entenderlo todo; sólo "los bordes de sus caminos", hasta que estalla al final: "Pero el trueno de su poder, ¿quién lo comprenderá?" Uno de los salmistas escribe también en versos hermosísimos acerca de la omnipresencia y omnisciencia de Dios, y a la vez se confiesa incapaz de interpretarlas:

Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender (Salmo 139:6).

No sabemos con exactitud qué vivencias los ayudaron a vislumbrar una brecha de comprensión. Ya en el "libro" de *Los hechos de los apóstoles* encontramos al apóstol Pedro, nutrido desde su niñez en el más estricto judaísmo institucional, que rompe las barreras que le impiden acercarse al prójimo extranjero, y declara paladinamente:

Dios me ha enseñado que no debo llamar profano o impuro a nadie... Ahora comprendo que de veras Dios no hace diferencia entre una persona y otra, sino que en cualquier nación acepta a los que lo reverencian y hacen lo bueno (Hechos, cap. 10).

En ese espíritu de entendimiento es en el que Martí "comprende" a Dios, y "cree" en él, "porque el justo de la tierra no comprende la injusticia en quien ha de encaminarlo y dirigirlo". Comprender a Dios es comprender su acción histórica, que se proyecta en una persistente agonía por la integral liberación del ser humano, lo que implica en éste el deber ineludible de procurar afanosamente "el resultado de sus obras mismas" y "no vivir a la merced de una fuerza extraña". Estos son los que "hacen lo bueno".

"Dios existe", repite y reitera Martí en su opúsculo *El presidio político en Cuba*. Existe "en la idea del bien". "El bien es Dios". Muchos han especulado filosóficamente sobre estas frases, extra-yéndolas con pinzas de su contexto histórico, y por ese rumbo no se llega a puerto seguro. Hay que dar un fuerte golpe de timón y ubicarse en una ruta situacional. Quien escribe es un ex-prisionero político que llevaba en un dedo un anillo de hierro, forjado con un eslabón de la cadena que lo engrillaba desde la cintura hasta un pie, y en su cuerpo la cicatriz de una lesión inguinal que nunca sanó satisfactoriamente, producto de los enormes pesos que tuvo que acarrear en las canteras. Y mucho más que eso: llevaba consigo, persistentemente, la visión de los ancianos y los niños contra quienes se comete "un crimen constante, perpetuo, ebrio, acostumbrado a una cantidad de sangre diaria que no le basta ya". Por tanto, "Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien". Aquí "el bien" no es —no puede ser en forma alguna— una disquisición retórica y formalista, sino el contraste entre la Persona que crea y ama, y los malvados que tienen "roído el corazón, y enferma de peste la vida" (1-56). La conclusión es muy terrenal, y eternamente verdadera: una nación (en este caso España) "no puede ser libre", "porque tiene todavía mucha sangre en la frente" (1-74).

"Miserables" llama Martí a los que "trituran a un hombre" en la prisión, porque "olvidaban que en aquel hombre iba Dios". "Miserables" en doble connotación: dignos de desprecio, porque

estaban ya putrefactos en la miseria de su venganza; y también porque estaban bestializados, y eran dignos de lástima, compasión y piedad, no de odio. ("Si mi Dios odiara, yo odiaría por ello a mi Dios"). En consecuencia, "olvidaban" que siempre a la vera de un hombre torturado y asesinado va Dios mismo, solidarizado con todos los "pequeños" despojados y desheredados del mundo. Dios se hace uno con todos los victimizados por las injusticias de los poderosos. Por ello Dios sufre en su propio ser cuando apalean y matan a un hombre. Según Martí, "apalean a Dios", "matan a Dios".

Precisamente porque "Dios existe", y da el ejemplo de perseverante paciencia para con el hombre malvado, y lo recrimina, y lo increpa, y lo exhorta al arrepentimiento y la regeneración, Martí clama desde la entraña de su angustia por el cese inmediato de una política colonial discriminante y explotadora, con un sistema carcelario donde "los colores del infierno en la paleta de Caín no formarían un cuadro en que brillase tanto lujo de horror (1-55)". No es arbitraria la mención de Caín: es en el relato bíblico todo un símbolo de vínculo fraterno quebrantado por la envidia y el egocentrismo. Martí utiliza incontables veces, con especial ternura, la palabra *hermano*. En su pluma alcanza una nobleza impar, una ancha militancia.

El "en nombre de mi Dios" martiano equivale al "Así dice el Señor" de los profetas bíblicos. Y tal como lo hacen los profetas, denuncia, fulmina, amonesta, pronostica. Ese Dios, advierte, es capaz de triturar conciencias petrificadas y de abrasar corazones protervos, en la búsqueda angustiosa de una renovación espiritual entre los desalmados y despiadados del mundo. Después de identificarse con los proyectos estratégicos de Dios en beneficio de los pobres y humildes de la tierra, Martí declara: "Yo siento en mí este Dios, yo tengo en mí a este Dios". De tal modo, *El presidio político en Cuba*, primera muestra escrita de inserción teológica en Martí, queda como un documento precursor de alteridad. Porque el Dios en que Martí cree es *otro* muy distinto al de los catecismos y las homilías de su tiempo histórico.

Aunque durante el período inmediatamente posterior las referencias a Dios son más espaciadas, no son menos incidentes. En el opúsculo mencionado Martí empareja la idea de Dios y las luchas por una patria libre. Porque *patria* es término sagrado, intercambiable con el término *Dios*: "el martirio por la patria es Dios mismo". En el mismo Madrid y en el mismo año, en una hoja volante en que denunciaba el crimen de asesinar en Cuba ocho inocentes estudiantes de medicina, convertidos por la saña española en mártires y héroes de la patria cubana, afirma Martí que precisamente por ello "así van más pronto hacia Dios" (1-84).

En México, su segunda detención en el peregrinaje de su destierro, ocupado como periodista, y ensarzado en polémicas sobre materialismo y espiritualismo, da la impresión de estar influido por un desviacionismo racionalista:

El ser tiene fuerzas, y con ellas el deber de usarlas. No ha de volver a Dios los ojos, tiene a Dios en sí... Theos vive como fuerza impulsiva, pura, magna... (6-286). Es una voz imprudente y divina; es un mandato incontrastable y sobrehumano; es la obligación de este contrato vitalicio, firmado entre el espíritu del hombre y el espíritu inmenso de su Dios (6-362).

Todo en esta etapa señala hacia una pérdida temporal de los hilos que relacionan a Dios con el hombre (como criatura en necesidad), pero también hacia una ganancia en su descubrimiento del valor de lo voluntarioso en el hombre como luchador perenne, y de lo que Dios —“fuerza impulsiva”— espera del hombre, en un “contrato vitalicio”. De otro modo: que Dios se limita a transmitir al hombre su capacidad de creación y mayordomía, si bien el ser humano tiene que andar “por sus obras mismas” su propio camino.

Podemos entonces reconocer que Martí adopta y proclama —consciente o no de ello— dos hallazgos bíblico-teológicos sobre Dios en sus relaciones con los individuos y los pueblos. El primero está contenido en la idea del “contrato vitalicio”, lo que en los más antiguos relatos de las Escrituras se denominó “pacto”. Fue precisamente a Abraham, la primera gran figura histórica del Antiguo Testamento, a quien Dios propuso un convenio: “En aquel día Yavé hizo un pacto con Abraham, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra... (Génesis 15:18), y pondré mi pacto entre tú y yo, y te multiplicaré en gran manera” (Génesis 17:2). La parte de Abraham dentro de las promesas, que implica un compromiso, consistía en ser fiel y leal a los propósitos de Dios. Con sus descendientes Isaac y Jacob, renovó Dios el pacto. Al ocurrir el “éxodo” (la liberación política del yugo imperial egipcio), lo individual se desplaza a lo colectivo: “Si ustedes escuchan mi voz, y guardan mi pacto, serán mi especial tesoro sobre todos los pueblos” (Exodo 19:5). Ese “contrato vitalicio firmado entre el espíritu del hombre y el espíritu inmenso de su Dios” representa —en el planteo martiano— un sustento teológico-ideológico a toda lucha —política y espiritual— que pretenda lograr la libertad plena del ser humano.

También es muy idónea —por bíblica y por realista— la tesis que Martí sostiene acerca del deber del hombre mismo en el forcejeo por su dignidad y su bienestar, sin esperar favores extrahumanos ni sustitutos al ejercicio de su responsabilidad. El

pacto implica un quehacer de ambas partes, y el hombre tiene que ajustar su conducta a los términos de lo que Martí llamó "contrato vitalicio". Dios no va a hacer por el hombre lo que éste tiene que hacer por su propio esfuerzo. Así exhorta el Eclesiastés (9:10): "Todo lo que tienes que hacer, hazlo con todo empeño". Y esto se aplica también a los pueblos que se atemorizan y paralizan frente al gran deber de una hazaña singular. Entonces claman por soluciones foráneas y senderos sin espinas. No han aprendido la lección de una orden que Dios tuvo que darle a Moisés, el capitán que —debilitado por un ambiente derrotista— accedió a implorar su favor en la encrucijada de un deber heroico: "¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen" (Exodo 14:15). Esa es la "voz imprudente y divina" que descubrió Martí.

Después de breves estadías en Guatemala (1877-78) y en Venezuela (algunos meses de 1881) se ubica Martí definitivamente en Nueva York, donde vive durante casi quince años. Este será su hogar de agonías, sueños y trabajos incesantes por la libertad de su isla colonizada y por la "segunda independencia" de "nuestra América" ("De América soy hijo: a ella me debo"). Allí retoma sus hilos iniciales y se acerca de nuevo a sus primeros tanteos por descubrir la naturaleza de Dios y sus vías de acción entre los hombres. En un prólogo para un libro de crítica sobre "El poema del Niágara", escribe estas palabras sorprendentes:

Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; éste es el tiempo de las vallas rotas. Ahora los hombres empiezan a andar sin tropiezos por toda la tierra; antes, apenas echaban a andar, daban en muro de solar de señor o en bastión de convento. Se ama a un Dios que lo penetra y lo prevale todo. Parece profanación dar al Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser, la forma de uno solo de los seres (7-226).

Tomadas fuera de contexto, estas expresiones sobre Dios pudieran ser categorizadas sólo como una apología de la unicidad de Dios, de la integralidad de su Persona. Bastará con leer lo escrito inmediatamente después, en el mismo párrafo, para percatarnos de que Martí pretende contrastar "al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos", con "un Cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío" (7-226).

Escribí que estas palabras son "sorprendentes"; más que eso: son insólitas, golpeantes, porque sabemos del gran amor martiano por el hombre de Nazaret, asunto éste de otro capítulo en este libro. Todos esos epítetos desquiciados sobre "el Cristo" son incomprensibles cuando se estudian los Evangelios y las cartas

paulinas, inaceptables por completo para un cristiano militante. ¿Cómo podremos explicarnos tales palabras, que pretenden desvincular a Dios de su relación con "el Cristo", y presentar a éste como un sicópata de doble personalidad?

Es necesario captar primeramente que la cuestión se inicia con referencias a "vallas", "muros" y "bastiones", es decir, cerrazón y confinamiento, símbolos del dogma y la tradición. Frente a los cercados construidos por los hombres está la libertad de Dios, imposible de ser ceñida o amoldada, porque El "penetra y prevale todo". Por tanto, es "profanación" darle a Dios, "creador de todos los seres", "la forma de uno solo de los seres", ni siquiera la de Cristo, aunque —como ya hemos descubierto en la prosa de Martí— Dios va —por vocación redentora— en cada uno de "los pobres de la tierra". Lo que Martí se propone es desechar la idea de un Jesús *divino*: Dios mismo en forma de hombre, tesis fundamental de la fe cristiana. A éste es a quien rechaza, y con referencia al mismo escribe lo más duros términos, si bien para el Jesús hombre (sólo hombre) reserva los más cumplidos elogios, como punto de "partida", como señal de "progreso". Por supuesto, la fórmula trinitaria (Dios-Padre creador, Dios-Hijo redentor, Dios-Espíritu comunicador) no cabe en su vocabulario ni en su fe.

Esta deducción está confirmada no solamente por la carencia de expresiones de acatamiento, sino también por las preferencias martianas en cuanto al pensamiento predominante en los Estados Unidos desde 1880 en adelante. No pretendo decir que hubo influencia, pero sí coincidencia muy marcada entre Martí y hombres tales como Ralph W. Emerson, Henry W. Longfellow, William E. Channing y Theodore Parker, todos ellos grandes figuras de las letras, sobre quienes escribió Martí con entusiasmo y reconocimiento. A la vez, eran personalidades descolantes (practicantes, defensores y clérigos) de una religión: el unitarismo, asociado al universalismo.

Los unitarios, o unitaristas, son generalmente incluidos entre los protestantes, sin embargo, su negación de Jesucristo como persona divino-humana los aleja hasta del cristianismo. Se oponen a la doctrina de la Trinidad, a los credos escritos y al espíritu dogmático. Por lo tanto, consideran su religión más bien como una actitud espiritual del creyente, basada en los grandes principios entonces en boga: la libertad, la razón y la tolerancia. Aunque no existe ninguna doctrina oficial, proclaman el amor a Dios y al prójimo, la paternidad de Dios, la fraternidad de los hombres, la victoria del bien, el reino de Dios y la vida eterna, temas éstos muy frecuentados en la prosa martiana.

Mucha atención puso Martí a los unitarios y a sus reuniones públicas. Como ejemplo de ello es la siguiente cita: "Ayer subió

al púlpito unitario, de los que propagan el culto de divinidad sin dogmas, un millonario escocés, el pequeñuelo escocés Carnegie..." (MS-185), y continúa exponiendo la plática de éste sobre las riquezas y el bienestar del pueblo.

Debemos aclarar que hay un texto martiano donde se menciona "el divino Jesús" (19-361), pero dentro de una trama filosófica tan confusa de paralelismos y antítesis entre física y metafísica, materialismo y espiritualismo que es imposible insertarlo como una excepción a lo ya expuesto.

Es posible que nos resulte ahora más fácil desglosar —aunque no admitir— el trasfondo de las duras palabras de Martí, publicadas en Nueva York en 1882, y en La Habana en 1883. Estos pensamientos aparecen como brochazos aislados en su perspectiva concerniente a la religión, los religiosos y las instituciones religiosas. Pese a que las citadas son las únicas palabras punzantes que conocemos escritas por Martí acerca de la forma corporal de Dios en Jesucristo, y aceptamos que la concepción unitaria pudo haber contribuido a afianzar esta modalidad de su pensamiento, creemos que Martí obstruyó un conducto muy importante de su cosmovisión al catalogar como dogmas las que eran experiencias y vivencias de la fe, hermosos y reanimantes factores en el proceso de lograr —como aseguraba San Pablo y anhelaba Martí— una "nueva creación" de la humanidad.

La única posibilidad satisfaciente que nos resta en este desentrañamiento de un decir martiano, es la de que los términos "nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío", le sean adjudicados *al Cristo de los dogmas, de las religiones, de las instituciones*, con todo el peso de pecado que esto conlleva: un falso Cristo. Que no sea su propio pensamiento lo que Martí transcribe, sino su juicio sobre el nefasto poder y la infame política de la Iglesia y sus muy humanos representantes, lo que hace con ahincada frecuencia. Aún así queda por dilucidar qué significa la expresión "la forma de uno solo de los seres". Y quedan también dos afirmaciones contundentes, por iluminadoras: "Se ama a un Dios que lo penetra y lo prevale todo... Creador de todos los seres y de todo lo que ha de ser".

En los mismos apuntes filosóficos ya mencionados encontramos un meditar angustioso que revela una ansiosa búsqueda:

No podemos conocer las causas de las cosas en sí mismas. Las causas no se revelan a nosotros directamente. Tenemos siempre delante la obra de la Creación, y siempre en nosotros el deseo de saber cómo obró. ¿A quién lo podemos preguntar? ¿A Dios? —¡Ay! No responde, porque nos han enseñado a creer en un Dios que no es el verdadero (19-363).

Tales palabras constituyen una quemante acusación a la obra evangelizadora de la Iglesia en Cuba durante el siglo XIX (por no hablar de los anteriores), pues muchos grandes de la patria las suscribieron, aunque con otros vocablos y desde muy variados ángulos de óptica crítica. Tanto es así que el positivismo —en su más negativa fase— hizo presa de escritores y profesores, quienes se adhirieron a un cientificismo espurio (por lo menos estéril), carente de sustancias vitales.

Si “nos han enseñado a creer en un Dios que no es el verdadero”, esto significa que se ha creado toda una estructura de engaño premeditado para ocultar al legítimo Dios y montar un teatro ideológico suplantador, interesado, con fines inconfesables. Esta falsía no tiene que ver con lo ontológico (el ser de Dios, su existencia, su providencia, se afirman ruidosamente), sino con la unilateralidad de la comunicación, que se mantiene en torno a un Dios etéreo, reconocido por una inmensidad de vocablos, liturgias, credos y salmos, y que se revela únicamente por medio de una institución, un enorme aparato director, omnímodo para todo lo que se sienta y piense sobre Dios, y más: para todo lo que se mueva en tierra y cielo. Ese Dios traído y llevado, usufructuado, encubierto en sospechoso misterio, torcido en sus manejos e intenciones, piensa Martí, “no es el verdadero”. Entonces propone de inmediato un atisbo de *cómo es el verdadero*, aterrizado y humanizado:

El verdadero impone el trabajo como medio de llegar al reposo, la investigación como medio de llegar a la verdad, la honradez como medio de llegar a la pureza (19-363).

Martí define la autenticidad de Dios por sus demandas, por su conducta. La eticidad de Dios nutre la eticidad del ser humano. El Dios de la Biblia crea, obra, trabaja; se revela con su verdad; actúa con honradez. Y todo para beneficio de los que son objeto especial de su amor, y aun para reivindicar a los malvados de la tierra. En consecuencia, puede “imponer” reglas de comportamiento, y medir al ser humano con el metro de su particular patrón ético. Este Dios “verdadero”, tan a la mano, tan asequible, tan amigo y Padre, ¡cuán diferente es del Dios de balcón que proponen los clérigos y las iglesias, un Dios para ser temido, impávido, indiferente, solitario, inútil!

Uno de los más polemizados y controvertidos trabajos escritos de Martí es el breve “Hombre del campo”, así titulado porque se inicia con estas palabras, en forma de carta dirigida a un campesino latinoamericano, como presentación de un libro que Martí se proponía escribir. No tenemos información en cuanto a fecha y lugar, ni sobre el contenido temático del libro, si bien es

posible presumir que contendría un análisis de la realidad Iglesia-hombre del campo. Lo escrito contiene al inicio palabras muy indicadoras, tales como "injusticia" y "explotación", y tendremos que volver al mismo en el resto de estas reflexiones. Ahora sólo nos detendremos en los párrafos que concluyen la presentación:

Ese Dios que regatea, que vende la salvación, que todo lo hace en cambio de dinero, que manda las gentes al infierno si no le pagan, y si le pagan las manda al cielo, ese Dios es una especie de prestamista, de usurero, de tendero.
¡No, amigo mío, hay otro Dios! (19-383).

Es detectable el desprecio que Martí siente por un Dios a quien llama "ese Dios". Anteriormente, refiriéndose a los clérigos venales, pregunta al campesino: "¿Qué idea te haces de Dios, si fuera Dios de veras quien enviase semejantes mensajeros?" (Ibid.).

Todo el escrito es un alegato, una denuncia, una condenación. Con toda la fuerza de sus argumentos va llevando al "hombre del campo", paso a paso, a los diversos períodos de su desdén a "ese Dios", a una Iglesia y a un sacerdote, que trafican con lo más sagrado: la credulidad de un hombre ignorante. "Quiero hablar contigo para decirte la verdad". "El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo" (19-381). Afortunadamente, el campesino no es aplastado por el descubrimiento de una dolorosa realidad, porque a la vez se le ofrece un camino de esperanza: "¡hay otro Dios!"

No sabemos de cierto si Martí se proponía definir y describir al "otro Dios" para enfrentarlo al falso y desdeñado, aunque presumiblemente debería ser así. De todas formas, no tenemos a la mano tal categorización, y debemos descubrir aquí y allá los signos del *alter*, del "otro", que en este caso es el "verdadero". Hay algunas señales dispersas del "otro Dios":

A Dios no es menester defenderlo: la naturaleza lo defiende (7-326).

El hombre vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro (13-26).

No es necesario fingir a Dios desde que se le puede probar. Por medio de la ciencia se llega a Dios. No Dios como hombre productor, sino Dios como inmenso mar de espíritus, a donde han de ir a confundirse, ya resueltas, todas las soberbias inconformidades de los hombres (19-361).

Hay algunas otras señales más nítidas y concretas. Por ejemplo, la del "Dios de la paz". Ante la posibilidad de una guerra civil en Francia, y la pérdida en esta nación de ideales para él muy queridos, escribe para *La Opinión Nacional*, de Caracas, sobre

su temor y su única esperanza: “¡Salve el Dios de la paz, que es un Dios a quien se invoca demasiado poco, a ese pueblo trabajador e inteligente, que piensa, se estima y se manda!” (14-59).

En un discurso de recuento sobre la “guerra matriz” (la de los Diez años —1868-1868), en el que exalta las figuras señeras de Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte, y les ensalza su política de igualdad de razas, apostrofa a los cubanos que habrán de iniciar una nueva guerra “necesaria y justa”: “En la piedra en bruto trabajan a la vez las dos manos, la blanca y la negra: ¡seque Dios la primera mano que se levante contra la otra!” (4-359).

El “otro Dios” abre cada vez más su puerta y se deja ver cercano, lleno de gracia, atento su oído, con su mano extendida. Cuando Martí emite juicios ásperos sobre otra persona, escribe a su amigo Manuel Mercado: “Dios me sea misericordioso si yerro” (20-127). Cuando Carmen su mujer viaja a Nueva York con el hijo de ambos, él escribe a Miguel Viondi: “Yo cumplo con mi deber: Dios me amparará” (20-284). Cuando muere en Nueva York Miguel Fernández Ledesma, escribe a la viuda y a la hija que se encontraban en Cuba: “De rodillas, con mi mano sobre su pecho, implorando a Dios, sentí los últimos latidos de aquel corazón noble, generoso y patriota” (28-392). Cuando anota que en el *Walhalla* (mitología escandinava) no son elegidos los que mueren una muerte pacífica, se apropia de la imagen y exclama: “¡Qué hermoso! Sólo entran al cielo y se sientan al lado de Dios los que han batallado” (22-63).

Impresionó a Martí que en 1891 se celebrara en todos los Estados Unidos “el cumpleaños de Lincoln”, en muy diversos lugares, entre ellos las iglesias,

...que son acá como el ágora y el foro, por donde sube el pastor a perorar sobre el asiento vivo del país, y se habla del Dios nuevo, que es aquel mismo de Abraham, cuando el patriarca echó en la noche oscura el peregrino hereje, y Dios piadoso bajó del cielo a refírlo, y a decirle que saliera a la noche si de verdad amaba a Dios, y trajera al peregrino a la tienda: “¿pues he soportado yo durante trescientos años que me niegue, y tú no lo soportarás bajo tu techo una noche, cuando en nada te ofendía?” Con las palabras de un francés sagaz, de Jean Honcey, un francés nuevo, acababa uno de estos pastores el discurso en que alabó la cristiandad de Lincoln y su religión sin sotana: “Hacer al cristianismo laico sería, después de todo, al devolverle su forma original, el modo único de devolverle su fuerza y su verdad primeras (MS-163).

Aunque se hace difícil obtener una información suficiente que ubique y avale el incidente que Martí narra en relación con

Abraham, el personaje bíblico, pues pudiera haber confusión con otro personaje u otro incidente, o una manera sutil de recordar que Lincoln se llamaba también Abraham, sí encontramos en esta crónica periodística, escrita para *El Partido Liberal* de México, tres referencias interesantísimas. Una de ellas en relación con las iglesias —probablemente, como ya observamos, las unitarias o universalistas— que a finales del siglo eran "como el ágora y el foro" donde se planteaban las cuestiones nacionales. La siguiente es al "Dios nuevo, que es aquel mismo de Abraham", del que se habla como "Dios piadoso", protector de "peregrinos herejes" en necesidad de alimento y abrigo. La final es la que se refiere a "la cristiandad de Lincoln y su religión sin sotana", desde donde Martí lanza su evidente apoyo al "cristianismo laico", al traer en su abono una cita que nos recuerda que ésta era su forma original, y "el modo único de devolverle su fuerza y su verdad primeras".

Creo indispensable —por las variadas ocasiones en que Martí escribió sobre este tema, y la gran complacencia que muestra el hacerlo— hacer mención a sus crónicas sobre el *Thanksgiving Day* (Día de Acción de Gracias) en los Estados Unidos, una celebración nacional, de carácter familiar, oficialmente reconocida desde 1863 por el presidente Lincoln, pero que data de la época de los primeros peregrinos:

Por el bien del año era costumbre entre los puritanos y los peregrinos dar las gracias de otoño, en mesa de familia: por el pingüe estío daban gracias a Dios, y por los pocos muertos en la refriega con el indio, y por el barco que traía arcabuces y biblias de Holanda (5-456, 457).

Estoy seguro de que por lo menos una decena de veces asistió Martí a las cenas del *Thanksgiving Day*. La última, seis meses antes de su muerte en batalla, en la casa de un hombre por él respetado: "A su mesa de maestro convidó este año Tomás Estrada Palma a sus discípulos y amigos", y para el resto de los cubanos escribió Martí una semblanza que culmina en una esperanza:

Ama a Estrada Palma el pueblo limpio en que vive, y se lo mostró su gente mejor dejando sus hogares por sentarse a la mesa del maestro cubano: allí el amigo, el juez, el abogado, el reverendo: allí, con más orgullo, los veteranos de nuestra guerra, que con él padecieron hambre y sed: allí, silenciosos, los amigos del alma. ¡Abramos paso por la mar, para ir a dar gracias, allá en la única tierra, por la ventura de todos, y la virtud de los que la hayan comprado con su sangre! (Ibid.).

Capítulo II

Jesús no murió en Palestina

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra.

José Martí

¿Cuáles pudieran ser las características de los relatos bíblicos sobre Jesús que impactaron a Martí? Me atrevería a señalar tres: el *estilo de amor* que Jesús preconizaba, que incluía preferentemente a los más pecadores de entre los humildes, y a los más despreciados socialmente; su *conciencia misiológica* (la certeza de su apostolado: el sentirse llamado y enviado al cumplimiento de una misión única); y su *vocación de sufrimiento y sacrificio*: el estar dispuesto a cargar su cruz y a morir vicariamente. Sin duda alguna, Martí responde ejemplarmente a estos tres estadios de plenitud vivencial.

Pienso que también tiene que haber atraído a Martí el ingenio, la agudeza, la sal de la palabra, que Jesús siempre tenía a flor de labio, rápido y certero, para sus enemigos, a los que no dio cuartel: los mandantes ensoberbecidos, los ricos poderosos, los hipócritas de la religiosidad y los cultivadores de la codicia. En la fuerza impulsiva de cada frase, su amor, o su indignación, o su fina ironía. En el canal de comunicación, su genio inventivo, su *poiesis*.

Es evidente en Martí un acercamiento amoroso hacia Jesús, una especial querencia, una fraternal solidaridad. Algo así como un refugio, una respuesta a su llamado: "Vengan a mí todos los que trabajan y se cansan, que yo los haré descansar" (San Mateo 11:28). Ya desde sus dieciocho años, en *El presidio político en Cuba*, Martí manifiesta la afinidad de lo similar: "Los hombres de corazón escriben en la primera página de la historia del

sufrimiento humano: Jesús" (1-56). No es éste el lugar para el desarrollo de un tema que está por ser elaborado a conciencia, pero ya es ineludible: la profunda agonía, el tenaz padecimiento, las lacerantes decepciones, las heridas de la incomprensión y el desdén, los golpeantes fracasos, el ascenso al martirio, el sacrificio por su patria, tan escalonadamente trazados en la vida y la muerte de José Martí. Por ello puede identificarse con el Nazareno y enmarcar el paradigma: "En la cruz murió el hombre un día; es necesario aprender a morir en la cruz todos los días" (20-478).

Los maderos de la cruz, con su permanente señalización simultánea de verticalidad y horizontalidad, constituyeron una recurrente figura ideográfica en la prosa martiana. Aplicando la imagen a la situación de los cubanos en la Isla, y a la tarea singular de los cubanos en el destierro, les recuerda: "...¿cómo podrá el crucificado bajar de la cruz? Eso es lo que haremos los cubanos de afuera: desclavar al crucificado" (2-279). De otro modo: "lo que unos no pueden hacer en la hora de su cruz, los que no están en la cruz lo hacen" (2-361). Pero también los del destierro han de presentarse listos para ser crucificados: "...Y nosotros, abramos los brazos, a fin de llevar eso adelantado, para que nos claven en la cruz..." (3-266). En un fragmento de sus "Juicios", probablemente parte de un borrador para un discurso, aparece esta exclamación: "¡Oh, dejar la cruz para morir clavado en ella, es mejor que llevar, en esta noche de las almas en que forcejamos vanamente, la grave cruz al hombro!" (19-387).

Se amplía la horizontalidad: Venezuela es tierra que "no se cansa de perecer por la libertad. ¡El Calvario primero, y luego la cruz resplandeciente!" (5-406). Sin embargo a la vez la cruz, al ser erróneamente identificada con la conquista y la colonización, es signo de maleficio: "...estaba México lleno de piedra muy fuerte, y no ha quedado ninguna, porque la cruz dio tan recio en ellas que las echó a tierra y las metió debajo de ella, y se levantó sobre sus ruinas" (8-339).

Desde otra perspectiva, la visión de la cruz puede ser un bálsamo para los sufrientes. Cuando escaseaban las cartas de su gran amigo de México, Manuel Mercado, Martí —atenazado por un "trabajo estéril" que le permitiría ganar el pan cotidiano— confiesa: "me parecía que me faltaba algo esencial"; pero cuando llega el mensaje esperado le responde: "¡así la cruz en la hora del martirio para los buenos cristianos!" (20-82).

"Es necesario aprender a morir en la cruz todos los días". Este señalamiento ético ofrece ancho campo a la reflexión y al análisis, y al cabo termina por incidir en las decisiones y en los proyectos de cualquier hombre o mujer. Aprender a morir todos los días es nada menos que un llamado a la esperanza de revivir cada día con una experiencia de cruz que madura y dilata: una

resiembra y un reflorecimiento. Imposible sería ignorar las tangencias entre las afirmaciones de Martí y las de los textos bíblicos. Jesús mismo anunció: "El que no lleva su cruz y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo" (San Lucas 14:27). Por su parte, San Pablo escribe: "El mensaje de la muerte de Cristo en la cruz, parece una tontería a los que van a la destrucción, pero este mensaje es poder de Dios... y sabiduría de Dios" (Primera a los corintios, 18:21). "Nuestra vieja humanidad fue crucificada juntamente con Cristo, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Carta a los romanos, 6:6). Y recuerda a una pequeña comunidad de los primeros creyentes que "Cristo es la paz", porque su misión fue la de "reconciliar por medio de la cruz", derribando todas "las paredes intermedias de separación, para crear "un solo y nuevo hombre" (A los efesios, 2:11-16). Un resumen vinculador y promisorio nos lo ofrece Martí:

Quando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
como de un baño de luz (16-101)

Tales versos de Martí nos dan la medida exacta para afirmar que la perspectiva sinóptica cristiano-martiana del sufrimiento nunca conduce a la aniquilación definitiva, sino que se concentra al cabo en una colimación victoriosa. Jesús aseguraba a sus discípulos: "En el mundo ustedes habrán de sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo" (San Juan 16:33). Martí, por su parte, arguye: "¿Qué importa que Pedro niegue, si Jesús triunfa? Pedro negó, y Jesús triunfó" (2-472).

Es muy poco probable —no se evidencia en sus escritos— que Martí estableciera una diferencia entre el nombre de pila *Jesús* (que significa "salvador", "redentor", "libertador") y el epíteto *Mesías* (en hebreo), o *Cristo* (en griego), cuya mejor traducción sería la de "ungido", "enviado", "mensajero". De aquí que usara indiferentemente una u otra forma, aunque en ocasiones utiliza un artículo antecediendo a la segunda, "el Cristo", que es lo apropiado: Jesús, el Cristo; o, en forma compuesta y abreviada, Jesucristo.

Detengámonos en los muy diversos perfiles que Martí descubre en el hombre Jesús de Nazaret, comenzando por los menos reveladores. En un artículo sobre crítica de pintura —una exhibición del artista ruso Vereschagin— Martí se deleita con los "cuadros sagrados", con preferencia los que enmarcan la figura de Jesús, o acontecimientos y lugares de su ministerio: "...Cafarnaum famosa... donde vivió Jesús en casa suya, y curó a tantos; Betsaida ingrata, donde multiplicó el pan y los peces, y

dio vista al ciego..." (15-436). En otro artículo de crítica, esta vez sobre un cuadro de Cristo pintado por el polaco Munkacsy, escribió:

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo... El ve a Jesús como la encarnación más acabada del poder invencible de la idea... El no la ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto... (15-346).

Otras expresiones sueltas, casuísticas: "Jesús, amigo mío, ¡escribió tan poco!" (21-370). "Luego vino Jesús, el hombre del perdón, y perdonó" (22-45). "La mano de Jesús quebró en la tierra las ortigas de la mala voluntad" (22-78). "Venid, venid, gentiles, a la fe de Jesús Cristo" (22-139).

En el campo de la producción literaria, Martí encaja al Cristo cuando se trata de una honesta censura, como contraparte. Sobre *Mi tío el empleado*, de Ramón Meza:

La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla... A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja (5-129).

Por sensual queda en desuso la lírica pagana; y la cristiana, que fue hermosa, por haber cambiado los humanos el ideal de Cristo, mirado ayer como el más pequeño de los dioses, y amado hoy como el más grande, acaso, de los hombres (7-225).

Esta dolida expresión es un apoyo previo, dentro del mismo texto prologal del *Poema del Niágara*, al ya estudiado sobre el tema humanidad-divinidad en la persona del Nazareno. En su *Cuaderno de apuntes* No. 14 aparece esta paradójica semblanza:

Desagrada tener que reconocer que el hombre de mayor idealidad del Universo, el Cristo, pueda tener el rostro deslustrado, cansado, caído... Pero la verdad es que la vida come, y por donde pasa deja la huella de su diente... (21-344).

Otro texto difícil en su alcance y desglose es el contenido en una de sus cartas publicadas en *La Nación* de Buenos Aires (1888):

¡Ese es el gigante escondido que hace dar al mundo sus tremendos vuelcos: el sentimiento divino de la propia persona, que es el martirio cuando se ejerce aisladamente, y es Jesús, y es Abelardo, y es Lutero, y es Revolución Francesa cuando se condensa en una época o en una nación! (10-419).

Cuando se trata de poner énfasis en la verdadera riqueza, Martí contrasta:

Tiene el corazón sus caudales, y perecen en su palacio de oro, como el rey Midas, los pueblos que dejan morir estas puras riquezas. Sentir es ser fuerte. Ni cabe comparación, en el concepto y gratitud humanos, entre Jesús y Creso (9-88).

Y en otro orden axiológico, al transcribir todos los argumentos expuestos en una Convención de Librepensadores, añade una muy propia nota final:

Y nosotros agregamos que, besando en la frente a Cristo muerto en la cruz por la redención de todos, ¡hagan de sus maderos instrumentos del trabajo humano! (9-466).

Y en cuanto a la valoración de la palabra como instrumento de comunicación:

Amo la forma, venero las letras, como el oro donde se alberga el pensamiento hermoso, como para los católicos se alberga en el cáliz el cuerpo de Cristo (22-39, 40).

Finalmente, en una serie de reflexiones sobre las virtudes y los errores del positivismo, acota:

¿Conque es necesario ser positivista para ser abnegado, para ser noble, para ser bueno, para ser héroe, para ser mártir?... Cristo murió en una cruz, a pesar de que no había conocido a Augusto Comte (19-425, 426).

Todavía hay cuestiones mucho más serias.

Para amar a Cristo es necesario arrancarlo de las manos torpes de sus hijos. Se le rehace como fue; se le extrae de la forma grosera en que la ambición de los pósteros convirtió las apologías y vaguedades que necesitaron para hablar a una época mitológica Jesús y los que propagaron su doctrina (6-313).

Es indispensable aquí revisar el contexto. Se trata de Francisco de Paula Vigil, "vida extrahumana y mística". Se trata de "lo católico de Roma, y Vigil era lo justo y lo cristiano". Por tanto, "apologías y vaguedades" significan la prédica sencilla, de carácter popular, las enseñanzas avaladas por una vida prístina; y la "época mitológica" es una referencia a la literatura orientalista de parábolas, proverbios e historietas con moralejas.

Dando honra debida al significado del nombre de Jesús, Martí lo presenta como el gran libertador de lo eclesiástico corrompido:

Los mercaderes, como la yedra venenosa, nacen en las paredes de todos los templos. Luego Jesús los echa (14-484).

En verdad que en los Estados Unidos el afán exclusivo por la riqueza pervierte el carácter... Mas la justicia irrepresible bulle en el espíritu de los hombres de alma apostólica, y en los caracteres sencillos, que padecen y ven padecer por la alta de ella; y donde quiera que los hombres se juntan crecen los fariseos y se comen las ciudades, pero por encima de todos ellos, como criatura de eterna luz que ningún suplicio agobia, surgen Jesús y su séquito de pescadores (MS-76).

Al mismo tiempo, Jesús es para Martí el nombre que se invoca cuando se desean polarizar las fuerzas del bien en la lucha “frente a los que trafican en votos con la Iglesia”. “La excomunión del padre McGlynn” (a la que retornaremos oportunamente) fue uno de sus temas llameantes:

¿Conque [la Iglesia] intenta arruinar y degrada a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús?... ¡Oh Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿Acompañando al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre? (11-150).

También es Jesús, según Martí, el más excelso libertador político, sin fronteras limitantes:

...el rebelde sublime que, con la fuerza de su patriostismo, dio empuje de humanidad y alcance de Universo a la vía en que le encendía la opresión romana en Galilea (19-455).

Desde ahí parte para asociar al Jesús-Cristo de los relatos evangélicos con las luchas por la liberación de los indios centroamericanos. Durante su breve estancia en Guatemala el gobierno de aquel país le pidió que escribiera un drama de historia nacional, para celebrar un aniversario de su independencia. Martí señala —para comunicar su mensaje— a cuatro personajes de ficción, pero marcadamente representativos: Martino, dirigente de la indiada, a quien los poderosos acusan de irreligioso; el padre Antonio, cura de la aldea donde se agrupan los guerrilleros; y doña Casta y don Pedro, los más connotados burgueses del poblado, dueños de vidas y haciendas. No obstante, en verdad el protagonista es el pueblo indígena, explotado durante siglos. Cuando se enfrentan las fuerzas opuestas, y ante las denuncias de Martino, el padre Antonio, hipócritamente alarmado, se santigua con un “¡Jesús!”. Entonces Martino se encrespa y lanza su grito de protesta:

¿Jesús? El nombre del Sublime
blasfemia me parece en vuestras bocas:

el que esclavos mantiene, el sacerdote
que fingiendo doctrinas religiosas
desfigura a Jesús; el que menguado
un dueño busca en apartada zona,
el que a los pobres toda ley deniega,
el que a los ricos toda ley abona,
el que, en vez de morir en su defensa,
el sacrificio de una raza explota,
miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
manchada y criminal su faz radiosa.
...si mi padre Jesús aquí viniese,
dulce la faz, en que el perdón enflora;
si al indio viera mísero y descalzo,
y al Santo Padre que salud rebosa;
si de los nobles en las arcas viera
trocada sin esfuerzo en rubias onzas
la carga ruda que a la espalda trajo
india infeliz que la fatiga postra;
si en las manos del uno el oro viera,
y la llaga en las manos de la otra,
¿de qué partido tu Jesús sería?
¿De la llaga o del arca poderosa?
¡Responde! ¿No respondes? Jesús mismo
tu sentencia la ha dicho por mi boca.

Y finaliza la escena con una advertencia de Martino a la indiada que lo escucha y lo sigue:

...Si el padre Antonio
falso cristiano, amenazaros osa,
decidle que Jesús, Dios de los hombres,
los salva; ¡no los vende ni los compra! (18-147,149).

Aunque no sería correcto afirmar que los conceptos emitidos por Martí en ese drama en verso constituyen la expresión de su fe cristiana, sí podemos percatarnos de que en ellos muestra su captación cabal de los alcances de una fe popular, doctrinalmente bien orientada, como punto de partida de movimientos revolucionarios y vertebración de todas las fuerzas de un país en una lucha de liberación política y dignificación nacional.

Otro muy importante documento martiano es el ya mencionado "Hombre del campo". El fundamento situacional del alegato está en un campesino que quiere bautizar a su hijo, pero se ve impedido porque el cura demanda un pago por la ceremonia. Escuchemos el diálogo con que se inician los planteamientos: "¿Para qué llevas a bautizar a tu hijo? Tú me respondes: 'Para que sea cristiano'. Cristiano quiere decir semejante a Cristo. Yo te voy a decir quién fue Cristo".

Fue un hombre sumamente pobre que quería que los hombres se quisiesen entre sí, que el que tuviera ayudara al que no tuviera, que los hijos respetasen a los padres, siempre que los padres cuidasen a los hijos; que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja; que se hiciese bien a todo el mundo y no se quisiera mal a nadie.

Cristo estaba lleno de amor para los hombres. Y como él venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios, y como los pueblos le tomaron un gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas se iban tras él, los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz.

De manera, buen campesino, que el acto de bautizar a tu hijo quiere decir tu voluntad de hacerlo semejante a aquel gran hombre. Es claro que tú has de querer que él lo sea, porque Cristo fue un hombre admirable (19-381, 382).

Es sorprendente que alguien —aun Martí con su magnífica prosa— pudiera lograr en tan pocas y tan sencillas palabras una semblanza tan comprensible —más bien una etopeya— del Jesús histórico, de sus enseñanzas, de sus señalamientos políticos, de su amigos y enemigos, de su impacto ambiental, de su martirio ejemplar.

Lo que no debe sorprendernos —después de conocidos sus enfoques sobre la persona del hombre de Nazaret— es que la visualización martiana culmine con esta declaración:

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra (8-289).

Es indispensable contextualizar, para no despistarnos. Lo transcrito corresponde a párrafos encajados a la mitad del artículo “Maestros ambulantes” (*La América*, Nueva York, mayo de 1884), colmado de ideas dispares, pero todas altas y nobles. Se elogia la “elevación espiritual”, y también “la enseñanza elemental científica”; se habla del “conocimiento de la tierra”, y del “gocé pacífico, natural e inevitable de la libertad”, de “explicaciones agrícolas” y de “una campaña de ternura y de ciencia”; de “ser bueno” y de “ser culto”; de los “instrumentos mecánicos” y de “la perdurabilidad y trascendencia de la vida”. Y se narra una leyenda:

Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo, por lo que cuando apuran una, dicen: “¡Hasta verte, Cristo mío!”.

Pues así, dice, se conquista *la felicidad* ("se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura"), que se logra escalando (*apurando*) estos tres pasos:

- 1) "el ejercicio prudente de la razón",
- 2) "el conocimiento de la armonía del Universo",
- 3) "la práctica constante de la generosidad" (Ibid.).

Otro factor a considerar es el de que "se necesita ser próspero para ser bueno", y "el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza" (Ibid.)

Así enrumados, viene la *cia* que comentamos: la necesidad de emprender una cruzada al Santo Sepulcro, la muerte de Jesús en Palestina; por consiguiente, su permanencia y continuidad en cada hombre, aunque "la mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra", porque "comieron y bebieron, pero no supieron de sí". Y remata:

La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro, y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo (Ibid.).

Llamo la atención a la frase "no supieron de sí", basada en aquéllos que viven sólo para "comer y beber", y en consecuencia son los que "pasan dormidos sobre la tierra"; lo cual nos recuerda la irónica expresión de San Pablo: "Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos" (Primera a los corintos 15:32). Lo que Martí plantea es que los seres humanos no descubren que en sí mismos llevan al hombre que según la historia murió crucificado y fue sepultado en Palestina, y después resucitó y "ascendió a los cielos". Martí no dicotomiza al Jesús histórico: su vida y su obra quedan permanentes en el mundo, entre los hombres, por los hombres. En lo que se refiere al Cristo, no hay que "emprender cruzadas" a lugares lejanos. No hay nada que "rescatar" en otras tierras. Todo está a la mano, porque es sólo cuestión de "revelar a los hombres su propia naturaleza". (La fe cristiana es esencialmente una *revelación*). Ya que Jesús "está vivo en cada hombre", la cruzada debe ser hacia dentro, en un despertamiento de la "cosa viviente" que cada ser humano lleva en sí. Por este buceo en la interioridad que Martí propone, se hace comprensible para nosotros el deber feliz de ejercitar las salvadoras acciones cotidianas, al estilo de Jesús: "el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del Universo, y la práctica constante de la generosidad".

Regresemos ahora, por necesidad de contrastes, a otras expresiones martianas. En su primer *Cuaderno de apuntes* cuestionó: "Si Jesús era Dios, ¿por qué ese vacío de unción evangélica desde la creación hasta él? O no era Dios, o Dios es caprichoso" (21-16). Por su natural espíritu amoroso, es entendible que Martí extrañe lo que él denomina "unción evangélica" en los textos veterotestamentarios, sobre todo durante su primera juventud. Es posible que él desechara este pensamiento en años posteriores, cuando se publicaron volúmenes muy atinados de crítica bíblica. Pero, sobre todo, desde que —partiendo de los mismos textos bíblicos— se reconoce que en el hecho histórico de la crucifixión se le da sentido a la totalidad de las Escrituras, porque se hizo completo el triunfo de Cristo en su "Todo está cumplido" (San Juan 19:30), pues la línea horizontal de la cruz se extiende hasta cubrir todo el pasado con su "unción evangélica", y se mueve progresivamente hacia todo el futuro en signo universalista y esperanzador: el "Cristo todo en todo" del Nuevo Testamento, el "Cristo cada vez mayor" de Teilhard de Chardin. Además, pienso que cuando Martí —muchos años más tarde— se envolvió en la lucha heroica por la gesta de una guerra de liberación, fue capaz de entender mejor al Dios del Antiguo Testamento y su directa participación —aun con todas las crudezas humanas añadidas por guerreros y compiladores históricos— en los anhelos independentistas de su pueblo esclavizado.

También en su primer *Cuaderno de apuntes* encontramos esta contundente afirmación: "Cristiano, pura y simplemente cristiano" (21-18). Sería quizás osado mantener la tesis de que Martí se refiere a sí mismo, sin embargo, inmediatamente debajo de lo escrito, el resto del párrafo concierne directamente a su persona, en confesiones donde el "yo" y el "mi" abundan. De todas maneras, no hay por qué dudar de esta personal ubicación si se tiene en cuenta la definición que el propio Martí ya nos ha ofrecido: "Cristiano quiere decir semejante a Cristo" (19-381). Además, la afirmación contiene tácitamente un deslinde y una precisión. "Pura y simplemente" significa sin aditamentos, sin dogmas, sin adoración, sin iglesia. Ya tendremos oportunidad de transitar por estas avenidas.

¿Qué es para Martí lo cristiano? ¿Quiénes son para Martí los cristianos?

Si retomamos la "Carta al hombre del campo", recordaremos que Martí reconoce a Cristo como un "hombre admirable", no tanto por derivaciones ontológicas o simbólicas, sino por lo que hizo con su vida: por su modo singular de encajarla diaconalmente en beneficio de otros. En consecuencia, alaba al campesino por querer bautizar a su hijo, ya que esto significa "tu voluntad de hacerlo semejante a aquel gran hombre". Lo que Martí define en

Cristo como auténticamente cristiano, digno de ser imitado, es una virtud de vida, un comportamiento, una disciplina moral, una consagración redentora, una pureza de espíritu, y, en lo colectivo, una modalidad cultural.

Aunque Martí admite muy diversos modos de ser cristiano, sus escogencias ejemplificadoras no proceden primariamente del mundo eclesial. Martí prefería un "cristianismo laico" (MS-163), como el de Francisco de Paula Vigil, Cecilio Acosta y Abraham Lincoln. Pero no demeritaba el de Bartolomé de las Casas, Miguel Hidalgo y Edward McGlynn, sacerdotes, y a la vez dechados de hombridad y heroicidad. Elogia "la vida del Presidente [Garfield], de ese hombre fuerte y cristiano" (9-23), "el cristiano enfermo, el reformador atrevido, el venerado jefe de la sección honrada del partido republicano" (9-31), y la de Peter Cooper, gran protector de los obreros y de la cultura,

...de melena luenga, blanca como espuma, de cuerpo endeble, como lleno de espíritu, de barba en halo que en torno de aquel rostro virtuoso parece, más que barba, vapor de luz... cristiano como aquellos de los cinco buenos siglos del Cristianismo; como paloma, dulce; como bálsamo, misterioso y fantástico, y de tal vida y bondad, que aun tallado en carne, es ya monumento (9-366).

Están también los falsos cristianos, los que practican y amparan la discriminación racial:

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte, porque los cristianos que van allí a adorar a Dios se enojan de verlos, más que apretar como aprietan, la línea de raza, negarse a recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse a vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron? (11-237).

Hay también otra noticia menos preocupante acerca de los cristianos norteamericanos, pero no menos reveladora:

...¿qué música es esa que suena, camino de un vapor empaquesado que azota con sus ijares blancos el muelle repleto? Es una procesión de chinos cristianos, vestidos de seda, que van a una isla de nidos a celebrar su entrada en Jesús, del brazo de sus amigas americanas, rosadas y frescas (11-21).

No es de extrañarse que apenas dos años después dé también como noticia "el matrimonio de una maestra dominical con uno

de sus catecúmenos chinos" (11-475), los que son considerados "apóstatas, porque han sentado plaza con la cristiandad, y van a las escuelas de domingo..." (12-16).

También cuenta de ridiculeces "cristianas". Escribe sobre la guerra civil y narra cómo el general Grant toma la plaza de Vicksburg y abre el Mississippi a los federales.

Y en aquel punto y hora se acercó a Lincoln una comisión de 'caballeros cristianos' a inquirir si era cierto —¡oh puerilidad de los fanáticos!— que Grant era dado a la bebida. 'No lo sé yo en verdad', les respondió Lincoln, peinándose la barba; 'pero si lo es, bien quisiera yo saber dónde compra su *brandy*, para mandar un barril de él a cada uno de sus generales'. Y se fueron mohínos los caballeros cristianos... (13-98, 99).

Capítulo III

Las hermosas poesías de la Biblia

*Por encima del desconsuelo en que sume a los
observadores el estudio de los detalles y
envolvimiento despacioso de la historia humana,
se ve que los hombres crecen, y que ya tienen
andaba la mitad de la escala de Jacob: ¡qué
hermosas poesías tiene la Biblia!*

José Martí

No creo desacertado afirmar que Martí leyó la Biblia con el entusiasmo de un gustador literario: su interés religioso estuvo en segundo lugar. Sus varias referencias al contenido poético de la religión —¡y de la Iglesia!— parten probablemente desde esta óptica.

Esto es explicable. Asomarse a los mil años de Historia que contiene el Antiguo Testamento es entrar en territorio poético, porque aun dentro de los más prosaicos —y a veces horripilantes— relatos aparece siempre el toque rimado y rítmico, bien por una cita del refranero popular, o por un paralelismo de frases, o por la descripción de un gesto. No hay que olvidar que “libros” tales como el de los Salmos (o el Salterio), y el del Cantar de los Cantares, son pura poesía en el original hebreo, aunque no haya sido posible traducirlos a las rimas y estrofas convencionales. Las admoniciones de Isaías son poemas en prosa, dignas de figurar en cualquier antología de literatura universal.

Además, tiene que haber sido impactante para Martí la palabra viva de hombres fieros y tiernos, como son los grandes profetas hebreos, especialmente los del siglo VIII. Son adalides que hablan a toda la nación sobre el destino que Dios depara, de acuerdo con una línea de conducta, individual y colectiva. Porque aunque ellos se dirigen al pueblo “en nombre del Señor”, su tono es personal (mensaje de Dios por canales humanos), y sus

alocuciones a toda la nación (incluyendo a reyes y gobiernos) constituían también una prédica directa y apasionada que obraba en lo íntimo de cada persona, moviendo las conciencias al arrepentimiento y a la responsabilidad colectiva. Críticos y censurantes las más de las veces, profetas de la ruina y el desastre, siempre dejan abierta una ventana de esperanza, porque con la fuerza de su convicción asientan los cimientos de la verdad. Y su verdad siempre va asociada al sentimiento de la justicia. Son revolucionarios que protestan de todo maltrato, venga de donde viniere. ¡Ni siquiera Dios mismo, cuando ellos lo creían injusto, se libraba de sus denuncias!

Aun lo personal en los profetas —su estilo de vida y sus problemas individuales— contiene un mensaje universal. Oseas casó con una prostituta y con ella tuvo hijos, y esta insólita experiencia fue básica en su mensaje: el primer profeta que habló de la *libre* fluencia de la gracia de Dios. La ira de Amós —y la de Miqueas— se centró en la explotación de los pobres por los ricos, y en la corrupción moral de los reyes y los falsos religiosos. Su ventana abierta a la esperanza fue la del futuro advenimiento de un Mesías, el Ungido de Dios que daría libertad al pueblo y haría de Israel una gran nación. Isaías, procedente de una familia aristocrática, se puso al lado de los humildes y desheredados, y por ellos sufrió el martirio.

Entre los profetas, Nahum era el más apasionado; Jeremías el más intimista; Ezequiel el más respetable y obedecido, de raíz mística, visionario y simbolista; Daniel el más heroico, narrador por excelencia, episódico y oraculista; Jonás el más satírico cuando se trata de juzgar la tarea profética. El “libro” de Job, aun cuando no pertenece a los escritos proféticos, se presenta como la obra de uno de los más admirables poetas hebreos y de toda la literatura oriental, con su amargo dramatismo acerca de los sufrimientos del hombre. Es un poema catártico, escéptico y profundamente humanista. Y en el *Eclesiastés* las dudas se amplían hacia un pesimismo incontrolable: “Todo es vanidad”. En muchos sentidos este libro es una antesala que se abre al futuro, hacia un camino bifurcado: la senda del nihilismo total, o la del cristianismo esperanzador. Todo indica que Martí optó por la segunda.

No obstante ser una continuación orgánica del Antiguo, el Nuevo Testamento marca el comienzo de algo radicalmente inaudito. Aun considerado como literatura proveniente del pueblo hebreo, fue escrito en griego, o traducido al griego del arameo. Esta segunda sección de la Biblia contiene ideas revolucionarias para su época, tanto en lo espiritual como en lo social. Es lógico que por ello alcanzara a la vez la atención de lectores piadosos y de detractores apasionados. Los escritos neotestamentarios alcanzan sólo unos ochenta años del primer siglo, pero con mayor

uniformidad y homogeneidad que los veterotestamentarios, pues —aparte del “libro” del Apocalipsis— solamente hay dos géneros literarios: el biográfico-histórico (los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles) y el epistolar (las cartas de San Pablo, San Pedro, San Juan, y de otros autores desconocidos). Existe unidad de tiempo y de acción, y se evidencian en los escritos absorciones típicas de la literatura y la filosofía griegas.

La unidad esencial del Nuevo Testamento se fundamenta en la encarnación, las enseñanzas, los milagros, la vida cotidiana, los sufrimientos, la pasión, la muerte y la resurrección de su personaje central y protagonista: Jesús, el Cristo. Esto es indudablemente lo que más atrae a Martí como lector de la Biblia y lo acerca —aunque se crea que apenas tangencialmente— a las verdades de la fe cristiana. Por ello establece una diferencia de predilección entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, resultándole éste más cercano y entrañable. Como ya lo hemos constatado, la figura de Jesús, amorosa, sufriente, sacrificial, encajaba a la perfección en su mundo interior y en su vocación patriótica. Se hace evidente, en los textos que citaremos, su lectura detenida en los Evangelios, colmados de parábolas donde destellan las imágenes, y en las cartas de San Pablo, siempre agónico y tenso.

Textos de Martí

Referencias bíblicas correspondientes

1) Lo que yo sí acataré toda mi vida es la voluntad manifiesta de mi tierra, aun cuando sea contraria a la mía... (1-192).

1) Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya (San Lucas 22:42) ...no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (San Juan 5:30).

2) ...en la hora grandiosa de la protesta se juntarán, sin reparos ni iras, todos los que hayan lavado su corazón en el bautismo del sacrificio (1-335).

2) ...os ruego que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo... que es el modo racional de rendir culto a Dios (Romanos 12:1).

3) Es necesario, para ser servido de todos, servir a todos (1-337).

3) El que quiera ser el primero entre ustedes, que sea el siervo de todos (San Marcos 10:44).

4) Fue suave el yugo de Jesús, que juntó a los pueblos (1-369)

4) Porque mi yugo es suave, y ligera mi carga (San Mateo 11:30).

5) ...estamos con la cruz, y la vamos cargando (1-405) ...y yo tomo mi cruz humildemente... (7-283).

5) Si alguno quiere venir en pos de mí... tome su cruz cada día, y sígame (San Lucas 9:24).

6) ...ha dado el diezmo de su pan a la religión adorada de la patria... (1-415).

7) Del dinero, se ha de ver desde la raíz, porque si nace impuro no da frutos buenos... (1-453). Un sacerdote de pueblo... censura... el apetito exagerado de las riquezas como raíz de todos los males de la nación (11-427).

8) Ganar un alma en la sombra, un alma que se purga y se vence, que peca y se avergüenza, es más grato, y más útil al país, que caracolear y levantar el polvo (2-35).

9) Yo me veo en el portal de mi tierra, con los brazos abiertos, llamando a mí a los hombres, y cerrando el paso a los peligros. Pero así no más me veo; seguro de que me harán morder la tierra los mismos a quienes he ayudado a salvar (2-123).

10) La tumba, abierta como un surco, llama a la semilla (2-251). De la semilla, oscura y triunfante, se renueva y se mantiene al mundo (4-31).

11) Yo voy a que me estrujen, a que me acorralen, a que me intriguen, a que me nieguen. Pero seré mientras viva... fortaleza de verdad y amor. Con la realidad, y por el cariño (2-268).

6) ...una vez ofrecido lo mejor de vuestros diezmos, no incurriréis ya en culpa... (Números 18:32).

7) Perezca tu dinero, y tú con él, porque has creído que el don de Dios se compra con dinero (Hechos 8:20). El amor al dinero es la raíz de todos los males (I Timoteo 6:10).

8) No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (San Lucas 5:32). Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento (San Lucas 15:7).

9) Sígueme, y yo haré que ustedes sean pescadores de hombres (San Marcos 1:17). Vengan a mí todos ustedes que están cansados de sus trabajos y cargas... (San Mateo 11:28). Vino a su propio mundo, pero los suyos no lo recibieron (San Juan 1:11).

10) ...si un grano de trigo no cae en la tierra y muere, sigue siendo un solo grano; pero si muere, da abundante cosecha (San Juan 12:24).

11) ...soportamos con mucha paciencia los sufrimientos, las necesidades, las dificultades, los azotes, las prisiones, el trabajo duro, los desvelos y el hambre... lo demostramos por nuestra pureza de vida, por nuestro conocimiento de la verdad, por nuestra tolerancia y bondad, por nuestro amor sincero... nos tratan como a mentirosos... como a desconocidos... parecemos pobres, pero hemos enriquecido a muchos; parece que no tenemos nada, pero lo tenemos todo (II Corintios 6:3-10).

12) ...¿cómo podrá el crucificado bajar de la cruz? Eso es lo que hacemos los cubanos de afuera: desclavar al crucificado... (2-279).

13) ...sin más pasión que la justicia entre los hombres, sin la cual no hay paz, y la de la hermandad entre los hijos de un mismo país, y entre los hombres buenos de todos los países... (2-297).

14) *Patria* en manos de usted está segura, y en su corazón limpio, y en su alto juicio (2-354).

15) Las casas que se levantan sobre puntales de papel, se vienen abajo en cuanto sopla un viento pasajero: el viento, vencido, azota en vano la casa que se levantó, como los árboles, sobre largas raíces (2-368).

16) El pródigo que cuenta con el azar y vive a la loca, desaparece deshonrado o becado, en cuanto baja la espuma que lo cargaba por el mundo... (2-367).

17) Doy, que es más grato que pedir... (2-476). Sé de dar más que pedir (3-311).

18) Como a mí, ámelo, y más que a mí... (3-112).

12) ...y se lo llevaron para crucificarlo... Los que pasaban lo insultaban... diciendo: ¡Tú... sálvate a ti mismo... bájate de la cruz! (San Mateo 27:30, 40).

13) ...la justicia y la paz se abrazarán... (Salmo 85:11). Bueno es que los hermanos vivan juntos y en armonía (Salmo 133:1). Paz sea a los hermanos, y amor con fe... (Efesios 6:23). El que no ama a su hermano, permanece en muerte... nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan 3:14,16).

14) Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y un espíritu recto dentro de mí (Salmo 51:10).

15) El que me oye, y hace lo que yo digo, es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. Vino la lluvia, crecieron los ríos y soplaron los vientos contra la casa, pero no cayó, porque tenía su base sobre la roca. Pero el que me oye y no hace lo que yo digo, es como un tonto que construyó su casa sobre la arena. Vino la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos, y la casa se vino abajo (San Mateo 7:24-27).

16) El hijo menor vendió su parte de la propiedad y con ese dinero se fue lejos, a otro país, donde todo lo derrochó llevando una vida desenfrenada. Cuando ya se lo había gastado todo, hubo una gran escasez de comida... y él comenzó a pasar hambre... (San Lucas 15:11-16).

17) Porque es más grato dar que recibir... (Hechos 20:35).

18) Si me tienes por compañero, recíbele a él como me recibirías a mí (Carta a Filemón, verso 17).

19) Hágase la levadura, aunque no se sepa quién va a comer el pan que se alce con ella (4-31).

20) Ya no habrá denegadores, porque la sangre sublime está corriendo para redimir a los que niegan (4-77).

21) Servir es nuestra gloria, y no servirnos... (4-163).

22) ...vosotros, los ricos, que habéis tenido el enérgico valor de despreciar vuestra riqueza... (4-186).

23) ¡Yo quiero ser de los que, sofocando todo lo ruin de la naturaleza, me alce luego, en mi cuerpo o en mi sombra, con mi patria salvada, del brazo de todos los buenos, en los esplendores inmarcesibles de lo grande! (4-338).

24) Ha pasado por la zarza encendida del mundo, y compadece las debilidades de los hombres, y los ayuda a salvarse de ellas (4-455).

25) Como veneno es una mujer frívola o interesada, que descuaja

19) Supongamos que uno de ustedes tiene un amigo, y que a medianoche va a su casa y le dice: "Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa, y no tengo nada que darle"... Les digo que aunque no se levante a darle algo por ser su amigo, lo hará por su impertinencia, y le dará todo lo que necesita (San Lucas 11:5-8).

20) ...casi todo tiene que ser purificado con sangre; y no hay perdón de pecados si no hay derramamiento de sangre (Hebreos 9:22).

21) Porque el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir... (San Marcos 10:45).

22) El que confía en sus riquezas caerá; más los justos reverdecerán como ramas (Proverbios 11:28).

23) Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo... Anden, pues, mientras tienen esta luz, para que no les sorprenda la oscuridad... Crean en la luz mientras todavía la tienen, para que pertenezcan a la luz (San Juan 12:32, 35, 36).

24) Y se le apareció a Moisés un ángel en una llama de fuego en medio de la zarza... Dijo luego el Señor: "He visto la aflicción de mi pueblo... y he oído su clamor... he conocido sus angustias... el clamor ha llegado hasta mí, y he visto la opresión de los egipcios. Ven... y te enviaré para que saques de Egipto a mi pueblo" (Exodo 3:1-12).

25) Una mujer virtuosa es la corona de su marido, mas una mujer

y envilece al marido temeroso: delicia y manantial de orgullo es una mujer valiente y abnegada (5-27).

26) Hermoso es el hombre terco en la virtud racional, piadoso en el corazón ceñido de juicio (5-45)

27) ¡Pues éstos son el San Juan y el Cordero del orbe que avanza, los hombres melancólicos y absortos que preceden siempre, dando voces simpáticas y extrañas, a todos los magníficos sacudimientos en que el alma humana, como estrella que cae rota del cielo en un combate de astros, enciende sobre el universo una época nueva! (5-107).

28) ¡Pídele, oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra...! (5-175).

29) Tal como anda, el castellano es lengua fofa y tímica; y cuando se le quiere hacer pensar, sale áspero y confuso, y como odre resquebrajado por la fuerza del vino (5-239).

30) ...la venta, a costa de la primogenitura, de los derechos sobre el canal de Panamá... (6-34)... por hábitos de rebaño, o el apetito de las lentejas, se salen de las filas en cuanto oyen el látigo que los convoca, o ven el plato puesto... (6-122) ...Esaú no ha acabado todavía de comer su plato de lentejas (7-487) ...Nicaragua... por un plato de lentejas quería vender a este país su primogenitura (10-

desvergonzada es como la carcoma en sus huesos (Proverbios 12:4). La mujer graciosa es la gloria de su marido, mas es trono de deshonor la mujer que odia la justicia (Proverbios 11:16).

26) Los hombres rectos son guiados por su integridad... su justicia les allana el camino (Proverbios 11:3, 6).

El que practica la justicia y la misericordia encontrará vida y honor (Proverbios 21:21).

27) Al día siguiente Juan vio a Jesús que se acercaba a él, y dijo: "¡Miren, éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! A él me refería yo cuando dije: 'Después de mí viene uno que es más importante que yo'" (San Juan 1:29, 30).

28) Yavé ha dado, Yavé ha quitado: sea bendito el nombre de Yavé (Job 1:21).

29) Nadie echa vino nuevo en odres viejos, pues el vino rompería los odres y se perdería vino y odres (San Marcos 2:22).

30) Y guiso Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado, dijo a Jacob: "Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado". Y Jacob respondió. "Véndeme en este día tu primogenitura". Entonces dijo Esaú: "He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?" Y dijo Jacob: "Júramelo en este día". Y él le juró, y vendió a Jacob su primogenitura.

169) ...por esas lentejas venden perpetuamente a Jesús... (11-249).

31) No tema, que la elocuencia nunca le falta al que escribe "de la abundancia del corazón" (6-20). Y a punto viene también lo de la Biblia: "De la abundancia del corazón habla la lengua" (21-110).

32) Como Lázaro, está muerto un pueblo que por sí propio no vive: recuérdase a un Mesías cuando hay alguien que lo sacuda, lo conmueva, lo anime y lo levante (6-314).

33) Son los sepulcros de la Sagrada Escritura; pero ni aun la blancura exterior tienen estos jóvenes sepulcros (6-332).

34) Antes decía yo que este libro era obra de un hombre redimido. Algo dejé por decir: redimido y convertido. Iba a la muerte por

Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menosprecio Esaú la primogenitura (Génesis 25:29-34).

31) El hombre bueno, de la abundancia de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca (San Lucas 6:45).

32) Jesús, otra vez muy conmovido, se acercó a la tumba. Era una cueva, cuya entrada estaba tapada con una piedra. Jesús dijo: "Quiten la piedra". Marta, la hermana del muerto, le dijo: "Señor, ya debe oler mal, porque hace cuatro días que murió". Jesús le contestó: "¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios?" Quitaron la piedra, y Jesús dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé siempre que me escuchas, pero lo digo por el bien de esta gente que está aquí, para que crean que tú me has enviado". Después de decir esto gritó: "¡Lázaro, sal de ahí!" Y el muerto salió, con las manos y los pies atados con vendas y la cara envuelta en un lienzo. Jesús les dijo: "Desátenlo y déjenlo ir" (San Juan 11:38-44).

33) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia (San Mateo 23:27).

34) Les aseguro que quien presta atención a lo que yo digo y cree en el que me envió, tiene vida eterna, y no será condenado, pues

senda de errores: va ahora a la vida por senda de honrado amor, de valer propio, de esperanza justa (6:372).

35) ...el rey Salomón. ¡Gran rey aquél, que, sin monumentos y sin prensa, saca tantos codos por sobre los hombres y los pueblos de su tiempo, que se le ve entero y como vivo todavía! (7-34).

36) Davides han hecho más que Goliates (7-57 y 22-114)... y mi honda es la de David (4-168). David que ha puesto el guijarro en medio de la frente del Goliat británico (9-411)... bien puede medirse la soberbia altura de la frente de Goliat por el tiempo que en llegar a ella tarde la piedra de David (15-95).

37) Con cinco justos se hubiera salvado una ciudad sagrada: y en esa ciudad sagrada hay más de cinco justos (7-273). Para salvar a Gomorra hubiera bastado cinco justos (20-136).

38) Haremos por vivir hasta que... los que padecen por hambre de justicia no necesiten de nosotros (7-396).

39) ...ya se veía cubierto de lepra como Job... (8-160).

ya ha pasado de la muerte a la vida (San Juan 5:24).

...nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos... (Tito 2:14).

35) Y se sentó Salomón en el trono de David su padre, y su reino fue firme en gran manera... Y para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra... (I Reyes 2:12; 4:34).

36) Y tomó su cayado en su mano, y escogió cinco piedras lisas del arroyo y las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y tomó su honda en su mano, y se fue hacia el filisteo... Y metiendo David su mano en la bolsa, tomó de allí una piedra, y la tiró con la honda, e hirió al filisteo en la frente; y la piedra quedó clavada en la frente, y cayó sobre su rostro en tierra (I Samuel 17:40, 49).

37) Entonces Jehová le dijo (a Abraham): "Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé... y veré... y sabré..." Y se acercó Abraham y dijo: "¿Destruirás también al justo con el impío? ¿...no perdonarás a los cincuenta justos que estén dentro de la ciudad?... quizás se hallarán allí diez". "No la destruiré, respondió (Jehová) por amor a los diez" (Génesis 18:20, 24, 32).

38) Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (San Mateo 5:6).

39) ...e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza (Job 1:7).

40) ...se ve que los hombres crecen, y ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob... (8-290).

41) Los tiempos son para Sísifo, y no para Jeremías; para empujar rocas hasta la cima de la montaña; no para llorar sobre exánimes ruinas (9-63). Cuando todos los hombres son Sísifos, no está bien en hombre ser Jeremías (15-267).

42) El defensor, cual pastor bondadoso a oveja ciega, había ido sacando de riscos y poniendo en lugar de salvación a su defendido (9-179).

43) Moisés no ha muerto, porque Moisés es el amor. Para el amor no hay peña dura que no se abra a su contacto en raudal de aguas (9-231). Cada cual es su Moisés, y lleva en el pecho la roca que da agua (12-263).

44) Y hablaban de la Bolsa de Productos, que de su masa cuadrada eleva el cielo torre que a la de Babel recuerda... (9-474). De nuevo se han confundido las lenguas de los obreros de la torre (15-267).

45) No en balde, cuando el Libro de los hebreos quería dar nombre a un varón admirable, lo llamaba "un justo" (9-479).

46) Asomarse a un poema viejo, es como asomarse al Paraíso. Adán anda desnudo; la serpiente ventrea; se despierta Eva. Todo es raizal, troncal, floral. Circula un

40) Y llegó (Jacob) a un cierto lugar, y durmió allí... Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo... (Génesis 28:11, 12).

41) Yo soy el hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de su enojo... hizo envejecer mi carne y mi piel; quebrantó mis huesos... me dejó en oscuridad, como los ya muertos de mucho tiempo (Lamentaciones 3:1, 4, 6).

42) ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? (San Lucas 15:4)

43) Y altercó el pueblo con Moisés, y dijeron: "Danos agua para que bebamos..." Entonces clamó Moisés a Jehová: "¿Qué haré con este pueblo?" "...golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo". Y Moisés lo hizo así... (Exodo 17:2, 4, 6).

Del corazón del que cree en mí brotarán ríos de agua viva (San Juan 7:38).

44) Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo... Y dijo Jehová: "confundamos allí su lengua..." Por esto fue llamado el nombre de la ciudad Babel... (Génesis 11:4, 7, 9).

45) Noé, varón justo, era perfecto: caminó con Dios (Génesis 6:9).

46) Capítulos 2 y 3 del libro del Génesis.

aire esencial y penetrante... Es como una radiosa Primavera (10-236).

47) ...los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro (11-172).

48) Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!, como en el Sinaí, entre truenos... (11-338).

49) ...le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías... (11-354).

50) ...y en los muros musgosos hay letreros así: "El Señor es mi pastor, y cuidará de su oveja"... (11-428).

51) ¿No sabe su Biblia este Presidente cristiano, y no ha leído en la Biblia que cosechará tempestad el que siembra vientos? (12-365).

52) Cuando [Emerson] vio hombres esclavos... habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de Ley. Era moisiáco su enojo (13-19).

47) ...En aquella misma hora aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribía delante del candelero sobre lo encalado de la pared del palacio real... Y la escritura que trazó es: *mene, tekel, uparsin*... (Daniel 5:5, 25).

48) La tierra tembló... aquel Sinaí tembló delante de Dios, del Dios de Israel (Salmo 68:8).

49) Tomando entonces Elías su manto, lo dobló, y golpeó las aguas, las cuales se apartaron a uno y otro lado, y pasaron ambos por lo seco... he aquí un carro de fuego, y Elías subió al cielo e un torbellino... Alzó luego (Eliseo) el manto de Elías que se le había caído... (II Reyes 2:8, 11, 13).

50) Yavé es mi pastor: nada me falta (Salmo 23:1).

51) Porque sembraron viento, y torbellino segarán (Oseas 8:7).

52) Entonces Jehová dijo a Moisés: "Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido... Y volvió Moisés y descendió del monte, trayendo en sus manos las dos tablas del testimonio... y la escritura era escritura de Dios... Y aconteció que cuando llegó al campamento y vio el becerro de oro, y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró al pie del monte (Exodo 32:7,15,19).

53) Así vivió: viendo lo invisible, y revelándolo (13-20).

54) ...con voz profética, no menos alta que aquellos sonos de clarines que echaban por tierra los muros de la ciudad bíblica... (13-67).

55) La ventura es un premio, no un derecho: no decora el pecho del soldado sino después de haber luchado honrosamente en la batalla. El Tabor es la recompensa del Calvario (13-200).

56) (Logan) se apretaba el cinto, como el varón bíblico... (13-307).

57) Todo el que deja de hacer lo que es capaz de hacer, peca (13-450). Aquel que no hace todo lo que puede hacer, peca contra lo natural y paga la culpa de su pecado (20-198).

58) ...cree Cánovas que los hombres han menester sentir, como Job, en su cuerpo estremecido, el trueno del Creador (14-241).

59) Los mercaderes, como la yedra venenosa, nacen en las paredes de los templos. Luego Jesús los echa (14-484).

60) Salomón señaló a la hormiga como ejemplo de criaturas cuerdas e industriosas... (15-401).

61) La delicia del olvido sobre la cabeza baja: luego Jesús aparece andando sobre las aguas (17-253).

53) Por la fe (Moisés) dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible (Hebreos 11:27).

54) Entonces el pueblo gritó, y los sacerdotes tocaron las bocinas; y aconteció que cuando el pueblo hubo oído el sonido de la bocina, gritó con gran vocerío, y el muro se derrumbó. El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron (Josué 6:20).

55) Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado Calvario... y allí le crucificaron... (San Juan 19:17, 18). El Tabor y el Hermón cantarán en tu nombre (Salmo 89:12).

56) (Juan el Bautista) ceñía un cinto de cuero alrededor de sus espaldas... (San Mateo 3:4).

57) El pecado está en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace (Santiago 4:17).

58) ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? (Job 1:10). Porque me ha quebrantado la tempestad... (Job 9:17).

59) Mi casa será llamada casa de oración... pero ustedes han hecho de ella una cueva de ladrones (San Mateo 11:17).

60) Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio... (Proverbios 6:6).

61) ...vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca... (San Juan 6:19).

62) La Biblia dijo la verdad: son los hijos quienes pagan los pecados de los padres (19-153).

63) "Que tus enemigos sean el escabel de tus pies", fijó el salmista... (19-411).

64) Vine al mundo para ser vaso de amargura (20-125).

65) Lo que San Pablo (dice) de los cristianos: "En teniendo pan y vestido estamos contentos". Como San Pablo, que sabía gozar de la abundancia y resignarse a la escasez... (21-393).

66) The morning stars sang together, and all the sons of God shouted for joy (21-393).

67) Harpers harping with their harps, and singing the son of Moses and the Lamb (21-393).

68) San Pablo recomendaba a los cristianos que se hablasen con cánticos y música (21-394).

69) ...la paloma anunciadora que ha bajado del cielo... (MS-72).

70) ...la miel y la leche de la Biblia... (MS-188).

62) Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera (Jeremías 31:29).

63) Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tu pies (Salmo 110:1).

64) He venido a ser como un vaso quebrado (Salmo 31:12).
¿Podéis beber del vaso que yo bebo? (San Mateo 20:22).

65) Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad (Filipenses 4:12).

66) ¿O quien puso su piedra angular cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? (Job 38:7).

67) Con las arpas de Dios cantan el cántico de Moisés... y el cántico del cordero... (Apocalipsis 15:3).

68) ...hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales... (Efesios 5:19).

69) Vi al espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él (San Juan 1:32).

70) ...y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel (Deuteronomio 26:9).

No sólo en versículos aislados se muestra el dominio que tiene Martí de los temas bíblicos: también en visiones panorámicas, con magno sentido plástico. Una serie de pinturas de Vereschagin, todas de personajes y costumbres de la Biblia, fueron motivo suficiente para una extensa crónica a *La Nación* de Buenos Aires:

Son rayos de color, patios musgosos, muros sin cáscara, pozos y puertas negras, y mares fosforescentes, a cuyas orillas, con su

túnica blanca y su cabellera rubia, vaga Jesús, o conversa con Juan, o maldice a las ciudades impuras, o llora desconsolado... Como hombres los entiende Vereschagin y como hombres los pinta, o como figuras de paisajes, donde más tiene de divino el azul del agua que la congoja del "cordero de Dios", o a la fiereza del apóstol, o a la mansedumbre de aquellos almuerzos del Jordán, a la sobra de los tamarindos, con langostas y mieles. ...aquel [boceto] de Vereschagin en que pinta la familia de José, en un patio pobre, con el padre y su aprendiz ensamblando por un lado, y María saciando a sus pechos el hambre de su recién nacido, con otro hijo al pie, y uno que viene deshecho en lágrimas, el brazo a los ojos, en tanto que... sobre la cabeza de María se seca, al aire, el lavado de la casa; con el gallo a la cola comen al pie de la escalera de piedra las gallinas, y en los peldaños de abajo, de modo que parece más alto que todos los demás, Jesús lee (15-435, 436).

Pero no se detiene Vereschagin solamente en la "familia sagrada", porque lo pictórico puede ser también dinámica histórica:

...copió a pleno color aquel mar muerto, con sus árboles que dan fruta de ceniza; aquel monte, ya a media flor, donde murió Moisés frente a la tierra prometida; aquel valle de Jericó, que era ayer de jardines, y hoy es maraña de escorpiones y culebras; aquella tumba de Samuel, donde citaba a guerra contra los filisteos; aquel pozo donde probó Gedeón a sus soldados, y dejó por flojos a los que metieron la boca en el agua para beber. Allí está... el pozo de Jacob, donde Jesús habló con la samaritana de los tiempos olvidados; Beisán [Basán] la fuerte, que jamás se abrió a Israel... los campos de Betún inflamable donde perecieron, a la furia de las llamas, Sodoma y Gomorra; y una llanura desde donde se ve el Tabor, con el castillo que lo coronaba cuando cuentan que desapareció por él Jesús; y el monte de la tentación, en cuya gruta, antes rica y cubierta de frescos, viven hoy, haciendo caridad de su pobreza a los pájaros y a los beduinos, los buenos monjes que no tienen para comer más que judías y aceitunas, con su cebolla y su ajo, y un poco de pan negro (15-436).

En noviembre de 1892, en el club San Carlos de Key West, Florida, Martí pronunció un discurso en inglés dirigido a los norteamericanos del lugar, en el que trató de establecer la diferencia entre el proceso de colonización de Cuba y el de los Estados Unidos, señalando claramente la importancia cultural de la Biblia en este país:

Los fundadores de la libertad americana trajeron consigo el amor a la libertad de culto, el deseo de escapar de la opresión

de los gobernantes del viejo mundo, una firme creencia en la libertad de pensamiento y en la Biblia como guía de sus vidas. Los cubanos surgieron de la España monárquica privados del derecho de razonar, impedidos de hablar, sin ningún poder para desarrollar las capacidades que son suyas por la gracia de Dios... (28-346).

Al comienzo de un discurso pronunciado en una velada artística de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana que se había celebrado en Washington (diciembre de 1889), Martí dijo:

Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón (6-133).

Precisamente porque "de la abundancia del corazón habla la boca" (San Lucas 6:45), Martí postula: "¡qué hermosas poesías tiene la Biblia!" (8-290), y en elogio inusitado asegura que el pueblo venezolano es "fragante como la Biblia" (7-197). Hay, dice, sólo un modo de hablar palabras de libertad a los esclavos, como lo hace John Swinton: "en esa lengua trocal y robusta de los que saben de coro, y entienden de propia mente, la Biblia" (9-368). También en poesía "pláceme la rugosa y troncal lengua del Génesis" (21-214). Y escribe sobre una Liga Irlandesa ("David que ha puesto el guijarro en medio de la frente del Goliath británico"), cuyas mujeres enseñan a leer en inglés a unos chinos inmigrantes, "y cuelgan las paredes de frases de la Biblia, que en verdad es libro que, en cosas de alma, dijo todo" (9-412).

Es evidente entonces que Martí habla de la Biblia como de un insoslayable vehículo de cultura popular, en el más funcional sentido ético de esta expresión:

Bueno es saber de coro a Homero: y quien ni a Homero, ni a Esquilo, ni a la Biblia leyó, ni leyó a Shakespeare, que es hombre no piense, ni que ha visto todo el sol, ni ha sentido despegarse en su espalda toda el ala... Que se lea, cuando el sol es muy recio, la Biblia; y cuando el sol ablanda, que se aprenda a sembrar racimos de uva como aquellos de Canaán, que con su peso anonadaban a los hombres (9-445, 446).

Por otra parte, lo bíblico es lo virtuoso. Gran admirador de Lincoln, lo elogia porque "trajo a la oratoria aquel idioma fuerte de la selva bíblica" (10-151). En elecciones de gobernadores se destaca Virginia, porque "en sus montañas es donde el regocijo

toma tamaño bíblico" (10-317); y, por sobre todo, "ese frescor de las poesías bíblicas: ese aspecto de tronco de las frases de Job, ese carro de oro en que aparece Ezequiel, esa escala de Jacob..." (13-226).

Reconoce Martí, muy honestamente, que "La Biblia dijo la verdad: son los hijos quienes pagan los pecados de los padres: son las repúblicas de América del Sur las que pagan los pecados de los españoles" (19-153). Y en su prosa los personajes bíblicos se contextualizan y toman perenne vigencia:

¿Qué es la religión, más que historia? ¡A nuestro lado anda Jesús, y se muere de angustia porque no le ayudan a hacer bien! ¡A nuestro lado predica Juan, con el sayo de piel de camello y la palabra terrible, y los buenos lo saludan de lejos, y los mercaderes se ríen de él, entre sus hogazas y sus ánforas! (15-435).

Tales elogios y reconocimientos no ennegrecen su visión realista. Cuando la Biblia es adorada por sí misma, cuando se convierte en fanatismo y dogma, su condenación es inmediata. En una de sus acostumbradas crónicas a *La Nación* narra el escándalo provocado en la sociedad neoyorkina por un padre intolerante y exaltado que "creía en lo que la Biblia dice sobre el poder de curar de la oración, y oró, y se le murieron sin medicina los dos hijos" (6-64). Narra también Martí a los lectores del mismo periódico cómo se enfrentaron en sus típicos *camp-meetings* durante un verano una "Convención de la fe" y una "Convención de librepensadores"; de los primeros se burla —a la vez que los denuncia— porque les roban los dineros a los que dicen curar, mientras que para él los segundos son "los que no saben de recortar alas, sino de desplegarlas". En lo que toca a la Biblia, se polemizó allí sobre un tema que todavía se discute en los Estados Unidos. Había una dama, y Martí la apoya:

Que en las escuelas se prohíba, ni como libro de un culto que no hay derecho de imponer traidoramente a inteligencias indefensas, ni como libro de texto, rudimentario y erróneo, el uso de la Biblia (9-465, 466).

Debe ser reconocible entonces que Martí admiró la Biblia como un libro de poesía incomparable, estudió sus caracteres dominantes y los procesos históricos que desarrolla, tuvo como ejemplares a los hombres que de ella derivaron su ética o su fe, y encomió a las naciones que la convierten en vehículo de cultura popular. A la vez, ataca o ironiza cuando se pretende de ella una interpretación literalista o exclusivista, o fundamento de dogmas inaceptables por irrazonables, o de justificación para los más inhumanos errores, personales y políticos.

Capítulo IV

Palabras que no están de más

*Las palabras están de más cuando no fundan,
cuando no atraen, cuando no esclarecen,
cuando no añaden.*

*Han de usarse las palabras como se ven en lo
hondo, en su significación real, etimológica
y primitiva, que es la única robusta, que
asegura duración a la ideas expresada en ella. Las
palabras han de ser brillantes como el oro,
ligeras como el ala, sólidas como el mármol.*

*¡Qué hermosa palabra: misericordia-corazón
para los miserables! Así se construyen lenguas:
poniendo en cada palabra montes de sentido.*

*No hay que estar a las palabras, sino a lo que
está debajo de ellas.*

En toda palabra ha de ir envuelto un acto

José Martí

Martí usó con martillado énfasis grandes palabras teológicas, y nuestro deber es desentrañarlas.

Es indispensable una previa explicación a este capítulo, a su contenido y propósito. El adjetivo *teológicas* tiene un sentido limitado: la referencia a palabras que gravitan en el pensamiento hebreo-cristiano, bíblico, y que son estudiadas y usadas por rabíes, sacerdotes, pastores y feligreses de iglesias, seminarios y centros de reflexión.

Con expresa intencionalidad, no se ha pretendido cubrir la zona histórica, geográfica, arqueológica y filológica de tales

"grandes palabras". No es que se minimicen estos aspectos. Bien sabemos que la fe judeo-cristiana está fundada sobre acontecimientos enmarcados en tiempo y lugar, por lo que la interpretación teológica no se puede divorciar de la investigación histórica. Aquí, sin embargo, nos hemos circunscrito a ofrecer una breve introducción bíblico-teológica acerca de palabras que son sustanciales en el lenguaje paraeclesial, con el sano deseo de orientar a los lectores más distanciados de estas disciplinas de estudio. Una cuestión metodológica, y nada más.

Tampoco se pretende insinuar que cuando Martí usa tales palabras —y lo hace con insistente frecuencia— se sitúa en una posición de perspectiva teológica similar a la de un practicante del judaísmo o de la fe cristiana. Pero sí es evidente que quiso —en lenguaje laico— mantenerlas con el mismo peso específico que tienen en lenguaje teológico. En ocasiones hay coincidencias sorprendentes. Y ya hemos observado una definida influencia bíblica en el decir y el escribir martianos. Para Martí las palabras tienen que ser fundadoras, atrayentes, esclarecedoras, añadidoras; si no es así, están "de más". Lo que les da el "peso" a las grandes palabras, lo que las mantiene enraizadas y frutecidas a través de los siglos en todos los idiomas y desde las diversas perspectivas de su engarce en la comunicación de las ideas, es su carácter ético. La *praxis* es el horno que determina la valía real de cada vocablo. Las palabras se atesoran por la calidad de vida que generan. Martí fue un hombre singular en su diaria vivencia de los siguientes términos teológicos:

Amor
Creencia-Fe
Alma-Espíritu
Hombre-Humanidad
Pecado-Perdón
Evangelio
Apóstol-Apostolado
Culto
Vida-Muerte-Otra Vida

Estas grandes palabras de todos los tiempos y todas las sazones fueron analizadas por Martí en el andar de su brega independentista, cuando escribía una carta, o un artículo, o enhebraba una conversación, comenzando por lo etimológico, que significa "verlas en lo hondo, en su significación real". Ello "asegura duración a la idea". En cuanto a su uso en el lenguaje, "han de ser brillantes como el oro, ligeras como el ala, sólidas como el mármol", productoras de belleza, de riqueza espiritual, de verdad entrañada, poniendo en ellas "montes de sentido". Pero no para solazarnos únicamente —"lo que está debajo de

ellas" es lo que importa—, sino para asegurarnos de que en ellas "va envuelto un acto" parejamente bello, rico y verdadero. Por ello es que en Martí la palabra —que es siempre bella—, no puede desasirse del concepto, que es siempre fundamental. Y mucho menos del sentido apostólico y misiológico, que es su sangre, su vida misma.

1. Amor

Esta frecuente palabra escritural, de riquísimas posibilidades teológicas y éticas, se inscribe más de doscientas veces en el Antiguo Testamento con la raíz *aheb*, que es utilizada tanto para los afectos familiares y amistosos como para las expresiones de carácter cultual. Varias otras raíces, aunque mucho menos usadas, ofrecen otras variantes de interpretación exegética. El uso teológico de *aheb* se diversifica en tres direcciones: a) el amor de Dios hacia el hombre, b) el amor del hombre hacia Dios, y c) el amor entre los hombres como un deber para con Dios.

En los estratos más primitivos del Pentateuco, el pacto de Dios con el pueblo de Israel se basa en el amor. También el profeta Amós está consciente de esta especial selección, directamente engarzada al éxodo: a la liberación del pueblo, y a Moisés, el libertador. Muy especialmente Oseas, en una metáfora fundamentada en su propia experiencia de relaciones matrimoniales con la infiel Gomer, revela que el amor de Yavé hacia la persona creada no puede ser atado por convencionalismos ni frenado por los pecados humanos, ni limitado por leyes y costumbres. Es decir, que este amor tiene una cualidad no percibida antes: la de una relación personal, desde dos intimidades, inquebrantable, y aun incomprensible. De aquí que surjan, en relación con el Dios de los hebreos, innumerables expresiones antropomórficas, por fortuna incluíbles.

Obsérvense estas cualidades derivadas del amor de Yavé: su *carácter selectivo*, que se aplica a un pueblo destinado a cumplir una misión especialísima entre todos los pueblos; su *voluntariedad*, que contrasta con las ideas naturalistas del paganismo contemporáneo, en el que los dioses no toman iniciativas hacia los seres humanos, con afán salvífico; su *espontaneidad*, que no está motivada por ninguna virtud especial en el objeto amado, sino en la gracia del sujeto que ama; su *obligatoriedad*, comprometida en un pacto solemne; su *sentido fraternal*, que no se fundamenta en el sentimentalismo, sino en una relación moral de justicia; su *exclusividad*: el amor de Dios sólo puede ser respondido con el amor a Dios; su imbibito *perdón*: aun el castigo por causa del pecado es una muestra de severo amor, pero esta severidad nunca

está divorciada de la ternura: el amor que está dispuesto inclusive a herir por salvar.

En cuanto al amor del hombre hacia Dios, no es una acción independiente (la mística pesquisa del espíritu humano por lo divino, tan prominente en Platón), sino una reacción del hombre cuando conoce y se deja envolver por la iniciativa amorosa de Dios, y tiene por su deber agradecido el corresponderle con amor, tal como se expresa en el *shemá* judaico. Este amor se muestra en términos éticos, en obediencia, lo que se describe bíblicamente como "guardar sus mandamientos", "servirle", "andar en sus caminos", "temerle". Es tan compleja e inexpresable la urdimbre de esta relación, que Karl Barth la llama "un milagro".

Esos dos primeros caminos confluyen hacia un tercero más horizontalizado: el del amor entre todos los seres humanos, de unos para con otros. El "vecino", el "hermano", es el otro israelita, con especial énfasis en los que necesitan socorro, los enfermos, los pobres, los huérfanos y las viudas; sin embargo, también hay que incluir a los extranjeros que viven dentro del territorio de Israel sin derechos civiles:

Yavé, vuestro Dios, es el Dios de los dioses y Señor de los señores, El Dios grande, fuerte y temible que no admite acepción de personas ni se deja comprar con regalos.

Hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero suministrándole pan y vestido. Amad también vosotros al extranjero, ya que extranjeros fuisteis en tierra de Egipto (Deuteronomio 10:17, 18).

La gran contribución neotestamentaria a la variada terminología griega que pudiera traducirse *amor*, especialmente transitada por el apóstol San Pablo, es la palabra *agape*, muy raramente usada en el griego pre-bíblico, que insiste en la voluntad más que en la emoción, y conlleva la idea de la praxis: el amor en acción. La versión septuaginta siempre traduce *ahab* por *agapao*, porque ambas raíces están libres de asociaciones eróticas y de afanes posesivos: lo sustancial es servir por amor.

Todo lo que el Nuevo Testamento tiene que decir acerca del amor de Dios a los seres humanos se expresa en una palabra: Jesucristo. Lo que en realidad sabemos del amor de Dios es su propia revelación encarnada: "Dios amó de tal manera, que dio a su hijo". Dios no tiene que ser forzado a amar, porque "Dios es amor". No sucede así con los humanos, por naturaleza indiferentes, incomprometidos, tentados a desobedecer, proclives al pecado. A este ser creado y "caído" se le llama a reconciliación por muy diversas vías, y se espera su respuesta y su entrega. Cuando esto sucede ("conversión"), se traslapan el amor a Dios y la fe del hombre. Este se restaura, se rehabilita, es justificado,

se salva, y comienza entonces a amar desde una perspectiva liberadora.

El que no ama, no ha conocido a Dios... Si Dios nos ha amado de este modo, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros... [porque] Dios mora en nosotros y su amor en nosotros se hace perfecto... Amémonos, porque El nos amó primero... Si alguien dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso (Primera carta de San Juan, capítulo cuatro).

Jesús mismo añade al *shemá* un mandamiento inescapable: "ama a tu prójimo como a ti mismo", y a la vez señala: "todo lo que ustedes hagan por alguien que está en necesidad, me lo hacen a mí". Partiendo desde este principio básico, el apóstol Pablo puntúa que el amor supera aun a la fe y a la esperanza (las completa y pone en función practica), y amonesta: "...hagamos el bien a todos... sobreabundando en el amor para con todos". Este amor que propugna San Pablo

...no es envidioso, no se pavonea, no se engríe, no ofende, no busca el propio interés, no se irrita, no se alegra de la injusticia, pero se alegra de la verdad; todo lo espera, lo tolera todo (Primera carta a los corintios, capítulo 13).

Martí acostumbraba a asociar el término amor con otras palabras matrices, bien para apoyarlas, o para contrastarlas, o para repelerlas. Véanse las siguientes citas, donde aparecen subrayados aquellos términos que —asociados a la palabra amor— complementan siempre el señalamiento de un honesto proceder:

...podemos levantarnos y marcar política de *previsión* y amor... (1-227).

...la unión visible y conmovedora de cuantos han aprendido a depurar sus pasiones en el amor piadoso de la *libertad* (1-369).

...el ímpetu tierno, de heroico amor, por donde los corazones abrasados, bajo la guía de la mente fuerte y justa, vuelven... a los días de aurora de nuestra *redención* (1-369).

...el Partido Revolucionario Cubano, el partido de la *justicia* amorosa y la *independencia* inflexible... 1-413).

...la *justicia* misma no da hijos si no es el amor quien los engendra (9-387).

En vano se aduce que los cubanos, guiados sin fe ni amor en una época sublime y turbulenta, persistirán, en época de amor y *fe*, en sus disensiones y disturbios (1-415).

...ni de la diferencia de nuestras ideas nos guiamos, sino de un amor que tiembla y vela por los que *buena fe*... padecen y aspiran...(1-479).

...con palabras calientes como abrazos para la *verdad* y la *previsión*, para el amor al hombre y la *fe* en su pueblo... (2-259).

...el amor, administrado por la *vigilancia*, es el único modo seguro de *felicidad* y *gobierno* entre los hombres... que desconfiar es muy necesario, y amar lo es más (2-26).

...el delicado afecto de un corazón amoroso que pone en el *cariño* a que se decide, toda la *belleza* que niega con razón el *interés* o la *vanidad* que afean a los hombres (2-127).

La única *verdad* de esta vida, y la única *fuerza*, es el amor. En él está la *salvación*, y en él está el *mando*. El *patriotismo* no es más que amor. La *amistad* no es más que amor (5-21).

El *odio* canijo ladra, y no obra. Sólo el amor construye. Hiere, y saca sangre a los hombres, para amasar con ella los cimientos de su *felicidad* (5-241).

Amor enérgico tenemos, donde ha habido *odio* enérgico (2-199). En Cuba son más vastos los montes que los abismos: más los que aman que los que odian; más los de campo claro que los de encrucijada; más la grandeza que la ralea.

La ralea de un pueblo es la gente incapaz de amar. La *soberbia*: ésa es la canalla. Vamos ensanchando: vamos componiendo: vamos fundando: vamos amando (3-120).

De *odio* y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor, como sol que es, todo lo abraza y funde... Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor... se van edificando las nacionalidades (3-139).

Uno que otro airado habrá, por disimulada *soberbia*, o por impaciencia de *justicia*; pero en los brazos abiertos caerá toda esa montaña de *odio*. Lo dominante es el amor (4-436).

...¡fue noche de *razón* y decisión, de *realidad* y de amor! (2-206).

...seré, mientras viva... fortaleza de *verdad* y amor, con la *realidad*, y por el *cariño* (2-268).

...y se va a *morir*, y a amar un poco antes, y a *enseñar* a amar (3-240).

Vamos a *padecer*, y a amar mucho, en la contienda que sólo se hubo de interrumpir por falta de *juicio* y de amor (3-244).

¡*Humanidad*, más que política! ¡*Indignación*, más que miseria! Esta es mi *fuerza*: aquélla es mi amor (6-362).

Amó puramente, que es redimirse de terribles sueños. Y cargado de *deber*, amó la vida... Amar no es más que el modo de *crecer* (5-87).

Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor: — ¡de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en *paz* todos los hombres! (5-103).

...dondequiera que se ama a los únicos hombres dignos de ser amados: a los que en el roce de la vida no pierden la capacidad de la *virtud* (5-366).

El amor no es más que la necesidad de la *creencia*... Los pueblos tienen la necesidad de amar algo grande, de poner en un objeto sensible su fuerza de *creencia* y de amor (6-195).

Amar con explosiones, no con palabras. Así es como el alma humana se levanta de la desconfianza a la *creencia* (6-432).

¿Amor? Pues, ¿qué es esto, sino *caridad* suma por el objeto que se ama? Ningún espíritu extraordinario ama por sí, sino por no causar dolor a los que le han hecho la merced de quererlo (7-406).

Por el *respeto* entra el amor: a quien se desdeña, no se puede querer... (8-341).

...alienta y fortalece verse protegido por el *dolor* y la *amistad*, amor de hombres... (20-27).

Una carta he de recibir siempre de ustedes, y es la noticia, que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor (20-214).

Amor es *delicadeza*, *esperanza* fina, *merecimiento*, y *respeto* (20-220). No se canse de *defender*, ni de amar. No se canse de amar (20-473).

...ese ridículo odio de los políticos pequeños a todos los que no forman en su propia bandería. Acá no hemos de ser así, sino abarcar en igual amor a todos los que de *buena fe* trabajan por la patria (22-190).

La capacidad de amar es el verdadero pergamino de *nobleza* de los hombres. Rey es el que ama mucho. Sólo los que aman bien, duques, marqueses, condes. Y los que no aman, gente de horca, y pechos fuera de toda lista de nobleza (22-210).

En la tierra, el único placer es el cumplimiento del *deber*; la única *fuerza enérgica*, el amor (22-218).

Por los textos citados se hace comprensible que el amor que Martí proclama no es un sentimentalismo superficial ni ocasional, y mucho menos ingenuo, y en esto concuerda con algunos fundamentos bíblicos y teológicos, donde el amor se hermana con la disciplina y el rigor de la conducta. El amor, según escribe el gran cubano, requiere de perpetuos acompañantes, cada uno en su senda: la "previsión", o "desconfianza", o "vigilancia", o "gobierno", o "respeto", o "fuerza enérgica", o "deber"; la "verdad", o "realidad", o "razón", o "justicia"; la "virtud", o "cariño", o "belleza", o "delicadeza", o "caridad". Obsérvese que son tres grandes avenidas que afluyen hacia metas esplendentes: la "libertad", la "redención", la "independencia", la "felicidad", la "paz".

Hay otros elementos formantes del "amor activo": la "creencia", la "fe", la "buena fe", la "amistad", el "cariño", que se oponen a la "soberbia", a la "vanidad", al "interés", al "odio". Este último término requiere especial tratamiento. El joven estudiante José Martí, en su poema "Abdala", define y contrasta:

El amor, madre, a la patria,
no es el amor ridículo a la tierra
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca... (18-19),

pero en la realidad de la organización de una guerra contra el poder español en Cuba, puntualiza y acentúa más nítidamente: el odio pudiera llegar a ser beneficioso cuando oficia como muralla y contén a la maldad, no obstante aun así llegará el instante en que sea abrazado y fundido por el "amor expansivo", "como sol que es". Seguirá habiendo hombres que odian, si bien serán "más los que aman". Al cabo, "la ralea de un pueblo es la gente incapaz de amar". Y más de una vez cita a Santa Teresa, la que descubrió que los demonios lo son "porque no saben amar" (3-105).

El que ama, según Martí, ha de disponerse al sufrimiento y al sacrificio: "los que de buena fe padecen" saben que "el amor construye" porque "hiere y saca sangre a los hombres, para amasar con ella los cimientos de su felicidad". "Sólo el amor construye". El amor no es un salvoconducto, sino un enfrentamiento: en la guerra que Martí propugna "vamos a padecer, y a amar mucho"... "y se va a morir y amar un poco antes, y a enseñar a amar". Porque la lucha por la patria es una "fuerza" espiritual que no provoca el odio, pero sí la "indignación", que es un crisol fundidor, del que se aprende a "amar puramente", que es, al cabo, madurar en la responsabilidad política: "Amar no es más que el modo de crecer".

2. Creencia-Fe

Aunque en la gran mayoría de las ocasiones en que se usan se pudieran tomar como sinónimas las palabras *creencia* y *fe*, algunos biblicistas las diferencias del siguiente modo: la creencia es un asentimiento (conformidad, aceptación) a un testimonio visto o escuchado; la fe es eso y algo más: la confianza y la adhesión de por vida. La fe es un principio activo, es un acto del entendimiento y de la voluntad, conjuntamente. Henry S. Gehman asegura que la distinción está en "creerme" y "creer en mí". A su vez, entiende que el verbo *creer* sirve tanto para la creencia como para la fe.

En la Biblia, creencia o fe es la certeza en la absoluta verdad de cada afirmación que se considera "venida de Dios".

Entonces el Señor llevó a Abraham afuera y le dijo: "Mira bien el cielo, y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas. Pues bien, así será el número de tus descendientes". Abraham creyó al Señor, y por eso el Señor lo aceptó como justo (Génesis 15:5-6).

Ante una higuera seca, maldecida por Jesús, Pedro se asombra, y el Maestro lo ilustra:

Tengan fe en Dios. Pues les aseguro que si alguien le dice a este cerro 'Quítate de ahí y arrójate al mar', y no lo hace con dudas, sino creyendo que ha de suceder lo que dice, entonces sucederá (San Marcos 11:22).

Por su parte, el apóstol Pablo reafirma que "si alguno cree en Dios, que libra de culpa al pecador, Dios lo acepta como justo por su fe, aunque no haya hecho nada que merezca su favor" (Carta a los romanos, capítulo 4, verso 5).

En un sentido muy especial, definitorio y salvífico, fe es la respuesta del hombre al testimonio de Dios que se expresa en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo, al que por ello también se le llama "el Señor". La creencia en su paso histórico y en la verdad de sus reclamos se puede lograr por evidencia; pero la fe en él, la seguridad de la liberación, sólo se produce por dádiva de Dios. La fe obra por el amor, y vence al mundo.

Tales son, suscitadamente, las afirmaciones teológicas. En lo que respecta a Martí, también encontramos en sus escritos el uso indistinto de los términos *creencia* y *fe*, para al cabo gravar al segundo con mayor carga de sustancia y practicidad. En medio de unos apuntes filosóficos sobre Emerson y su poderoso pensamiento, Martí vuelve los ojos a su Cuba amada y reflexiona por su cuenta:

Existe el desconsuelo desgarrador de ir con el deseo y con la visión a una patria a que no se puede ir con la vista. Existe la necesidad racional de dudar, pero sobre ella está la más imponente y viva y victoriosa de creer (19-355, 356).

En una carta a su gran amigo de México, Manuel Mercado, escrita en 1877, en la que se refiere a problemas conyugales y familiares, sentencia:

Creer sin fe es una grave desventura; y otra mayor, amar sin creer... Voy, pues, aligerado de amarguras, y rebosado de creencias. Creo, sobre todo, y cada vez me afirmo en ello, en la absoluta bondad de los hombres (20-26, 27).

De nuevo asocia el dolor a los sentimientos más profundos. En su poema "Sin amores" confiesa:

Y creo, yo sí creo; pero vive
tan lejana y tan alta mi creencia,
¡que dejo, peregrino,
más sangre en el camino
que hay luz en mi conciencia! (17-83).

Los hombres admirados y respetados por Martí ofrecen sus resquicios de creencias, que él examina como vetas preciosas del carácter, cada uno en su medio y en su hora. De Cecilio Acosta dice: "Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso" (8-155). Bolívar "cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino" (8-243). Walt Whitman "es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía" (13-137).

Pero aun en los credos se producen aberraciones y se generan maleficios. Condena Martí "la creencia en brujas, que [en los Estados Unidos de 1889] es mucha todavía" (12-154). Llama la atención a que

...el que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra, y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra (13-136).

Y se amarga cuando piensa y comprueba que "el hombre cree, en engaño, que su principal, si no su único objeto en la tierra, es acumular una fortuna" (22-82). Estos tres señalamientos mantienen su vigencia.

Lo que reafirmó, limpió y afinó las creencias de Martí fue su absoluta y consagrada dedicación a las luchas por la libertad de su patria. Sin duda a esto se refería cuando aseveraba que "los pueblos tienen la necesidad de amar algo grande, de poner en un objeto sensible su fuerza de creencia y de amor" (6-195). Al comienzo del mismo año de su muerte escribió a su amigo José Pons y Naranjo: "Usted era un descreído y sin embargo hoy cree y es uno de los mejores servidores del ideal" (4-53). En sus discursos para la preparación de la guerra el verbo *creer* inspiraba plena confianza e impulsaba a la acción:

...vengo... a animar con la buena nueva fe de los creyentes... a despertar con voces de amor... a llamar al honor severamente... (4-183).

...vosotros los pobres, que con la sagrada alegría de los creyentes... amásteis en sus horas de agonía a la santa idea enferma... con tierna y melancólica lealtad... (4-187).

Cuba es un pueblo que ama y cree, y goza en amar y creer (5-74).

En estos credos alcanza su plenitud. Escribe a Rafael Serra:

Los años pasan, madurando, no envejeciendo: veamos a nuestro alrededor —cada año sabemos más, creemos más, perdonamos más (20-373).

Creo en el poder de las almas, y en el empuje que de lejos da al brazo mi pensamiento cariñoso... (4-58).

Siempre muy atento a no dejarse enjaular por dogmas de clase alguna, Martí parece contradictorio cuando no lo es con referencia a los credos. Invitado a opinar sobre el nuevo Código Civil de Guatemala en 1877, al que elogia por "el espíritu de investigación", aprovecha para lanzar una frase admonitoria:

No dudes, hombre joven. No niegues, hombre terco. Estudia, y luego cree. Los hombres ignorantes necesitaron la voz de la Ninfa y el ceto de sus dioses. En esta edad ilustre cada hombre tienen su credo (7-99).

No obstante deja un margen para las rectificaciones futuras: "Se continuará esta obra... llegará el tiempo de las afirmaciones incontestables..." Por ello no debe asombrarnos que en el prólogo al "Poema del Niágara" de Juan Pérez Bonalde (Nueva York, 1882), Martí mezcle ideas sobre religión, política, arte y poesía, para aseverar que:

Nadie tiene hoy su fe segura. Los mismos que lo creen, se engañan. Los mismos que escriben fe se muerden, acosados de hermosas fieras interiores, los puños con que escriben... No hay obra permanente... no hay caminos constantes... De todas partes solicitan la mente ideas diversas, y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales (7-225).

Este forcejeo ideológico promete —como una mujer grávida— la plenitud de una renovación: "La época nueva se está determinando, y la nueva poesía —creyente, resplandeciente, serena y amante— anuncia ya su tono definitivo" (19-331).

Martí mismo aclaró el concepto de "época nueva". Entre los fragmentos sueltos de sus papeles se encuentran estas frases explicativas: "Tras las épocas de fe vienen las de crítica. Tras las de síntesis caprichosa, las de análisis escrupuloso. Mientras más confiada fue la fe, más desconfiado es el análisis" (22-199). El vivió esta "época nueva" en su propia experiencia de repudio a la religión organizada en instituciones eclesiásticas, y su acercamiento al realismo crítico:

...y como se ha extinguido justamente la fe en las religiones incompletas... es bueno... señalar como una causa de fe perpetua ese poder de la naturaleza humana para vibrar como una novia

a los besos viriles del pensamiento, y surgir con nueva virtud de su propia degradación y podredumbre (MS-67).

Un caso singular es el del español José Moreno Nieto, quien "creyente por benévolo, era rebelde por instinto. La fe que él creía su consuelo era su tormento. La fe, como vigía avaro, apagaba en su mente toda luz que encendía en ella la razón" (14-442), y aunque "luchó contra sí mismo", lo vencieron sus indecisiones, porque "es preciso creer firmemente en aquello en que nos empeñamos que otros crean" (14-443). Otro caso es del colombiano Arsenio Ezguerra, "cuya ingenua fe católica no tuvo tiempo de ensancharse y compararse con las demás varias formas de fe en el mundo..." (7-425).

La misión de la fe, su gran servicio, está en el ser utilizada "para enardecer a los que no la tienen" (4-262), y por ello clama: "mándenos ayuda el que pueda, fe el que no pueda más, que no hay cosa que valga más que la fe..." (4-263). Al poeta español Campoamor lo elogia porque "a través de todas sus dudas se alcanza a ver la fe, y detrás de su decaimiento se divisa la esperanza" (15-31).

En medio de sus soledades, agonías y sufrimientos, Martí se encrespa y angustia, y escribe —afortunadamente quedó oculto en un "cuaderno de apuntes" de su época de estudiante en España— lo que sigue: "No hay fe, no hay derecho para tener fe. ¿Qué derecho tenemos para creer lo que no se prueba, y hacerlo creer, creyendo?" (21-36). Contrástese con lo que escribe treinta años más tarde, en una carta a su leal amigo Fermín Valdés Domínguez: "Tengo una fe absoluta en mi pueblo, y mejor mientras más pobre: a ver si me falla. Esa sí que sería puñalada mortal" (3-167). Su pueblo pobre no le falló: los tabaqueros, y muchos otros trabajadores, apoyaron con sus óbolos y con sus vidas los esfuerzos por llevar a Cuba la "guerra necesaria", y esto bastó para consolidar su fe. Entre 1887 y 1895 consagró todo su tiempo y todas sus fuerzas físicas y espirituales a la redención de su patria. Obsérvese su estado de ánimo cuando escribe cartas y pronuncia discursos en esta última etapa de su existencia sobre la tierra:

Los cubanos entusiastas quisieron ir todos... a dar prenda vida de la fe viril con que trabajan en la obra de acción que comienza por allegar todos los elementos, y todos los afectos, necesarios para la acción (2-37).

¡Unámonos, ante todo, en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esta decisión, donde todos las vean...; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos! (4-271).

Se veía crecer el cariño, crecer la fe (2-206).

Una juventud limpia que... no niega su tributo natural de fe activa revolucionaria... (2-306)

...para encender en la fe nueva los ánimos vibrantes... (4-61)

...un hombre invencible, porque no lo ha abandonado jamás la fe en la virtud de su país... (4-297).

Siempre vigilante, Martí se adelanta a prever desviaciones y equívocos:

El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio (1-320).

Porque esta alma mía es la de usted, y no deje que me la hagan inútil... al amor y a la fe de mi pueblo, las arrogancias y preocupaciones ajenas (2-234).

...tratar de levantar a fe unida los espíritus... Que no se perciba de público más que nuestro contento resplandeciente y la razón de fe (2-454).

...con la luz de la piedad en el corazón, y el empuje de la fe en las manos (SM-66).

Entre sus hojas sueltas, fragmentos y juicios aún no listos para ser publicados, encontramos un párrafo digno de reflexión y confrontación, profundamente incitador, sin que sepamos la fecha ni la circunstancia en que fue escrito:

No podemos conocer las causas de las cosas en sí mismas. Las causas no se revelan a nosotros directamente. Tenemos siempre delante la obra de la Creación, y siempre en nosotros el deseo de saber cómo obró. ¿A quién le podemos preguntar?...

¿A la fe? ¡Ay, no basta! En nombre de la fe se ha mentido mucho. Se debe tener fe en la existencia superior, conforme a nuestras soberbias agitaciones internas, en el inmenso poder creador, que consuela, —en el amor, que salva y une—, en la vida que empieza con la muerte. Una voz interior y natural, la primera voz que los pueblos primitivos oyeron, y el hombre siempre oye, clama por todo esto. —Pero la fe mística, la fe en la palabra cósmica de los Brahmanes, en la palabra exclusivista de los Magos, en la palabra tradicional, metafísica e inmóvil de los Sacerdotes, la fe, que enfrente del movimiento en la tierra, dice que se mueve de otra manera; la fe, que enfrente del mecánico de Valencia, lo aherroja y lo ciega; la fe, que condena por brujos al Marqués de Villena, a Bacon y a Galileo; la fe, que niega primero lo que se ha visto obligada a aceptar; esa fe no es un medio para llegar a la verdad, sino para oscurecerla y detenerla; no ayuda al hombre, sino que lo detiene; no le responde, sino que lo castiga; no le satisface, sino que lo

irrita—. Los hombres libres tenemos ya una fe diversa. Su fe es la eterna sabiduría. Pero su medio es la prueba.

Y con esta fe científica, se puede ser un excelente cristiano, un deísta amante, un perfecto espiritualista. Para creer en el cielo, que nuestra alma necesita, no es necesario creer en el infierno, que nuestra razón reprueba (19-363).

3. Alma-Espíritu

Estos términos tan entrañables a Martí —pues los usa más de un centenar de veces en sus escritos, discursos y poemas— son asimismo —explicablemente— palabras de diversas y hondas connotaciones bíblicas y teológicas.

Para los hebreos el ser humano pertenece a la tierra, es de carne, sin embargo como criatura de Dios es un alma viviente, marcada y destinada para una relación especial con El y con todo el mundo creado.

Ya en el período post-exílico las palabras *alma* y *corazón* intercambiaban sus significados con la palabra *espíritu*, es decir, se referían indistintamente al asiento de la inteligencia y de las emociones humanas, y por derivación todas se relacionaban con un *soplo* (pneuma), de carácter íntimo, un aliento, una conciencia, una modalidad del carácter, una energía impulsora. En muchos textos bíblicos se hace saber que es Dios quien crea y alimenta estas manifestaciones humanas. Por ejemplo:

Yo vivo en un lugar alto y sagrado, pero estoy también con el humilde y afligido, y le doy ánimo y aliento. No estaré siempre acusando a mi pueblo... pues haría que los seres que he creado perdieran el ánimo (Profecía de Isaías, capítulo 57, versículos 15, 16).

En los escritos del Nuevo Testamento los términos *alma* y *espíritu* aparecen como asiento de vida interior. En el cántico de María —de tan sorprendente realismo social (San Lucas 1:46-56)— se aparejan e igualan en forma dística:

Mi alma alaba la grandeza del Señor;
mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador.

Jesús mismo —narra el Evangelio— “se estremeció en espíritu” y lloró cuando la muerte de su amigo Lázaro, y esto fue para sus hermanas y todos los presentes una señal inequívoca: “Miren cómo lo amaba” (Evangelio de San Juan, 11:28-37). Por su parte, el apóstol Pablo se pregunta: “¿Quién entre los hombres puede saber lo que hay en el corazón del hombre?” (Segunda a

los corintios, 2:11). Y exhorta: “Debemos mantenernos limpios de todo lo que pueda mancharnos, tanto en el cuerpo como en el espíritu” (Segunda a los corintios, 7:1).

En la Biblia son escasísimas las referencias a la “salvación del alma”, porque se da por sentado que el plan de redención incluye a la persona humana en su totalidad. La salvación es integral: toda la vida —incluyendo las relaciones con otras vidas: los deberes sociales y políticos— es liberada, para el beneficio propio y el ajeno. En este sentido —sin proponérselo— Martí hace una singular contribución teológica.

Pero todo comienza por lo individual: el alma como interioridad, como vida entrañada, asiento de sentires profundos, intuiciones, pugnas, amores y recelos. En carta sin fecha a Manuel Mercado desnuda su intimidad:

Y luego, ¡si usted me viera el alma!... cómo me ha quedado de coccada y desmenuzada... Si no cae sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por dentro, y sé que muero (20-84).

Desde esa hondura brotaban sus sentimientos y su conducta. En su opúsculo *El presidio político en Cuba*, publicado en Madrid en 1871, narra su encuentro con un niño de doce años, también preso político:

Su estatura apenas pasaba del codo de un hombre regular. Sus ojos miraban entre espantados y curiosos aquella ropa rudísima que le habían vestido, aquellos hierros extraños que habían ceñido a sus pies. Mi alma volaba hacia su alma. Mis ojos estaban fijos en sus ojos. Mi vida hubiera dado por la suya (1-6).

Ante las incomprensiones eventuales de su familia (padre, madre, hermanas, mujer), llega a conclusiones dolorosas, aunque ciertas, y así lo escribe a Manuel Mercado (1877):

La familia unida por la semejanza de las almas es más sólida, y me es más querida, que la familia unida por las comunidades de la sangre (20-30).

Pero ello no le impide comunicar a su hermana Amelia (1880):

Yo soy un excelente médico de almas... He visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de mí mismo (20-287).

Y en carta a Carmen Mantilla, ya entre los combatientes por la libertad:

Voy regando almas buenas, y noto cómo les crece a veces el alma a los que me oyen. Es que sufrían de desamor, y oyéndome, creen... (20-237).

No es sólo tarea casual que se produce a lo largo de los acontecimientos: es también ministerio y misión. Teniendo en cuenta que

...el alma es espíritu... es necesario conquistarla con espíritu (21-130).

Toda semilla que se echa en el alma, florece y fructifica... (21-159).

Ganar un alma, consolar un alma, ¿no es mejor que escribir un artículo de oropel, donde se prueba que se ha leído esto o aquello?... Hay que poner hospital de almas como se pone hospital de cuerpos (21-370).

El mejor entretenimiento, es sembrar almas (5-357).

Ganar un alma en la sombra, un alma que se purga y se vence, un alma que peca y se avergüenza, es más grato, y más útil al país, que caracolear y levantar el polvo (2-35).

La organización de una guerra justa, y la participación en ella, son también continentes del alma. Entonces comprendió Martí que la suya "sólo se enamora del desinterés, la caridad y la constancia" (20-421), y ordena: "No recojan dinero para cosas no estrictamente necesarias. Recojan almas" (1-374). Hay que estar, como buenos soldados, "fuertes en cuerpo y alma, para conquistar la libertad y para mantenerla..." (2-77). Para hacer la guerra son indispensables "nuestra alma entera, el agravio olvidado, y la fe encendida" (2-393). El año 1894 estuvo colmado de "días hazañosos en que pasamos por el continente rachando almas", escribió al general Serafín Sánchez (3-239); y al jefe designado, general Máximo Gómez: "usted sabe mi alma y mis propósitos, y encenderé, y juntaré, y quitaré estorbos, y haré en eso cuanto quepa en mí" (3-299); y a Juan Fraga, presidente de la junta de emigrados: "A la raíz hay que ir, a la disposición de las almas, y ésta me consta que es hoy aquí excelente" (3-299). "Hemos hecho —escribe alborozado en el periódico *Patria*— la revolución de las almas" (3-360).

En dos documentos fundamentales analiza Martí la ideología de la guerra por él preconizada: en una declaración titulada "El Partido Revolucionario Cubano a Cuba", publicada en *Patria* el 27 de mayo de 1893, y en el "Manifiesto de Montecristi", lanzado con su firma y la de Máximo Gómez en esta ciudad de República Dominicana el 25 de marzo de 1895. La guerra había estallado en Cuba el 24 de febrero de este año. Gómez y Martí se incorporaron a sus huestes en los primeros días de abril. El insigne cubano

murió en batalla el 19 de mayo. Desde Montecristi, pocas horas después de iniciada la guerra, pregunta solemnemente a sus colaboradores de Nueva York (Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra): "¿Podíamos apetecer un alma pura y fuerte en una hora suprema, un alma recta y rápida?" (4-74). Y el 15 de abril, ya en las montañas nororientales de la Isla, entre campesinos cubanos, escribe de nuevo: "La divina claridad del alma aligera mi cuerpo". "El general les habló en fila, y yo, y les quedó el alma contenta". "El alma crece y se suaviza en el desinterés y en el peligro" (4-125, 127, 129).

La guerra no era sólo para exterminar el poderío y el coloniaje español: era más bien para liquidar la injusticia y desterrar los sufrimientos, evitando un nuevo tipo de coloniaje: "impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América". Esa gran meta está avalada por un sentimiento de solidaridad con los hombres que le rodean: "siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla" (Carta a Manuel Mercado, en la víspera de su muerte (20-161,163)). Esto significa una ratificación de las declaraciones del Partido, por él escritas dos años atrás: "Apenas hay espectáculo más noble que el del hombre descontento de la iniquidad del mundo, ni almas más puras que las que buscan sedientas el alivio del dolor humano" (2-346).

Aunque ya hemos observado que para los efectos prácticos de la vertebración de un movimiento Martí identifica *alma* y *espíritu*, sería posible percatarse de cierta distinción ocasional entre los dos términos. En el vocablo *espíritu* parece haber más de *pneuma*, de sople y aliento. Refiriéndose a los ocho estudiantes fusilados en 1871, escribe:

...así sus espíritus se esparcen por la tierra toda... (1-84).

El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se les respira (8-336).

Nación es... aquella apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes... por aquella alma nacional que se cierne en el aire, y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas... (10-157).

Tengo ocupado el espíritu, como un niño que jugase con un rayo de sol (20-83).

Es comprensible que la palabra *espíritu* despertase en él un continuado ejercicio del quehacer filosófico. En un comentario a un libro de Edouard Fournier, *Le Vieu Neuf*, que trata esencialmente del uso futuro de la electricidad, Martí desliza este comentario:

La ciencia del espíritu, menos perfeccionada que las demás por estar formada de leyes más ocultas y hechos menos visibles, ha de construirse sobre el descubrimiento, clasificación y codificación de los hechos espirituales (8-347).

Veamos también otras reflexiones:

Unos olvidan que en la arrobadora armonía universal toda teoría sobre el cuerpo ha de ir comprobada por una correspondiente sobre el espíritu; otros, ensimismados y soberbios, desconocen aquella relación del alma el cuerpo, que no es desemejante de la de la música sublime con el sentimiento que la expresa, ¡y con cuya cuerda perecedera no se extingue la música! (11-278). El alma humana toma al cabo las condiciones de los cuerpos con que se roza... ¡Benditos sean todos los que mantienen luces encendidas en los altares del espíritu! ¡Y perseguidos sean, con látigos de fuego, todos los que apaguen las luces del templo! (9-355).

Sin razonable prosperidad, la vida, para el común de la gentes, es amarga; pero es un cáncer sin los goces del espíritu (10-63). ...el espíritu humano nunca es fútil, aun en lo que no tiene voluntad o intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia (19-305).

Yo no afirmaré la relación constante y armónica del espíritu y el cuerpo, si yo mismo no fuese su confirmación (19-362).

Realmente, el cuerpo no es más que un siervo del espíritu (22-221).

El comentario a "un libro nuevo y curioso", el de Francis Salten, titulado *Registro de las facultades de la familia*, da pie a Martí para la siguiente meditación, escrita en 1884:

Se intenta en estos tiempos lo que parece posible conseguir: la reducción del hombre, con todas sus facultades espirituales y agencias físicas, a un ente regular científico; la predicción exacta de lo futuro por el conocimiento exacto de lo pasado; la previsión de las acciones humanas, como se preven ya las tormentas y el curso de los astros; la supresión de lo maravilloso y extrarregular en la existencia; la reducción a leyes fijas de los movimientos humanos.

La filosofía materialista, que no es más que la vehemente expresión del amor humano a la verdad, y un levantamiento saludable del espíritu de análisis contra la pretensión y soberbia de los que pretenden dar leyes sobre un sujeto cuyo fundamento desconocen; la filosofía materialista, al extremar sus sistemas, viene a establecer la indispensabilidad de estudiar las leyes del espíritu. De negar el espíritu —la cual negación fue provocada en estos tiempos, como ha sido en todos, por la afirmación del espíritu excesiva— viene a parar en descubrir que el espíritu

está sujeto a leyes y se mueve por ellas, aceleradas o detenidas en su cumplimiento por las causas mecánicas y circunstancias rodeantes que influyen en la existencia y suelen ser tan poderosas que la tuercen o determinan.

No hay contradicción entre reconocer las leyes generales que se deducen de la observación de los actos de los hombres, y la hermosa majestad, originalidad fructífera y fuerza propia y personal que hace interesante, novadora y sorprendente la persona humana.

En conclusión: "La vida espiritual es una ciencia, como la vida física" (15-395, 396). Por ello cada hombre debe analizar su propio espíritu, como él analiza el suyo en cartas a Enrique Estrázulas:

En esto de los nervios del espíritu sé yo tanto como Charcot de los del cuerpo...

...cuando tengo el espíritu hosco y encogido, la letra me sale tan menuda y regañona como si la escribiese con pluma litográfica, y cuando estoy en ánimo de ganar combate salen las letras que parecen desbocada artillería y tropes de lanzas (20-197, 198).

Este autoanálisis le permite también codificar:

Unos, los de espíritu manso, siguen el impulso ajeno. Otros, los de espíritu rebelde, examinan el ajeno y tienden a emplear el propio. Richelieu decía de Corneille que no tenía *esprit de suite*, espíritu de obediencia. Ningún gran hombre, digno de Dios, lo tiene (19-362, 363).

Como sucede con todas las "grandes palabras", ésta que consideramos adquiere un relieve especialísimo cuando se trata de la liberación de Cuba. Refiriéndose a su tarea como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, escribe a los presidentes de clubes en Cayo Hueso (1892): "Pero ni es la vida lo que niegan a Cuba sus hijos generosos, ni han de faltar fuerza y fe a quien lleva hoy consigo, por la merced de sus compatriotas, el espíritu de un pueblo" (1-447). Y en una celebración del 10 de octubre de 1868 (inicio de la Guerra de los Diez Años), aseguró que allí se reunía "la gente honrada que no piensa más que en juntar los espíritus buenos en un día que es, para los cubanos, religioso" (1-199), porque es "un premio ver juntos, en espíritu puro y marcial, a los cubanos generosos" (2-37). En cuanto a los clubes de patriotas, "club de espíritus es lo que queremos" (4-263). Son "los buenos y silenciosos trabajadores [los que] labran ahora la ciudad venidera del espíritu" (8-380), la que incluye a toda "Nuestra América".

Eso sí: tenemos el derecho de americanos en América, y el deber de ese derecho; tenemos que vigilar por la salvación del buen espíritu y por la buena dirección de la América nueva... Lo que sucede es que los cubanos... por lo presente de su lucha histórica, tienen hoy vivo el espíritu latinoamericano, el espíritu de Buenos Aires, el espíritu del Perú, el espíritu de Bolívar... (22-15, 16).

4. Hombre-Humanidad

El término *hombre* —que en el lenguaje bíblico-teológico es palabra inclusiva, porque designa a todo ser humano— señala a un ser *creado*. Esta afirmación es básica en la fe judeo-cristiana. El hecho de ser una *criatura* envuelve la idea de fragilidad y de mortalidad (“¿qué es el hombre para que lo recuerdes?”, pregunta un salmista a Dios); pero al serlo “a imagen y semejanza” del Creador (con la capacidad de conocerle y amarle), hay siempre la esperanza de que se alce a una vida eminente y digna. La fe de Dios en el hombre aparece en el relato de la creación (Génesis 1:27), cuando se le da a este potestad sobre la naturaleza circundante: la responsabilidad de cultivar la tierra y cuidar de los animales, como administrador de la universal economía.

El lazo dependiente que une al hombre con Dios constituye el fundamento de la teología. El Dios de la Biblia agoniza por darse a conocer al hombre, por establecer una relación de tú a tú con él. No es, sin embargo, estrategia individualista, porque en la mentalidad veterotestamentaria lo que importa es el *grupo humano*, las relaciones entre los hombres, la prolongación y permanencia de las familias y las comunidades, bajo el amor y la paz de Dios. Claro que eso no impide que una sola persona represente auténticamente a toda la comunidad.

Esta doble condición humana parte del nombre mismo del “primer hombre”, *Adán* (del hebreo *adamah*), uno formado del polvo de la tierra, débil y efímero, y a la vez en número plural: *hombres*, la humanidad. La imagen allí contenida es de gran significado. El bello poema de Génesis 2:7 asegura que el hombre existe mediante un soplo de vida, el que Dios insufla en un gesto soberano de gracia. Todo proviene de Dios: el cuerpo frágil y el aliento de vida, por lo que es imposible disociar ambos elementos igualmente formadores. La vida divina penetra en la totalidad del ser creado en tal manera que cualquier órgano corporal puede dar expresión de vida humana. El cuerpo no es un envoltorio que cubre el alma: las funciones psíquicas y espirituales siempre se encuentran ligadas al cuerpo, en un todo sicosomático.

No se puede hablar de una antropología bíblica que no sea solidaria de la teología, es decir, en función de ésta. El hombre es el protagonista de la Historia si logra ser un fiel representante de los proyectos históricos de Dios, crea o no en El.

En su "Carta a los filipenses" (capítulo dos), el apóstol San Pablo reproduce la letra de un himno que probablemente se cantaba por los cristianos del primer siglo, que comienza así:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y tomó forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por su parte, el evangelista San Juan afirma que "el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros". Esta voluntaria encarnación hace de Jesucristo un hombre auténtico, y un auténtico servidor de los hombres. A Jesús le agradaba llamarse a sí mismo "el hijo del hombre". Y cuando Pilato, después de azotarlo, trató de ser agradable a los judíos, y lo presentó con su famosa frase *Ecce Homo*, ni siquiera imaginaba que estaba diciendo una verdad corroborada por los siglos.

El hombre Jesús, tronante cuando se trataba de desenmascarar a los hipócritas y a los explotadores, estaba a punto de sanar a un lisiado sin importarle que era *sabbath* (día de reposo). El relato del Evangelio continúa así:

Jesús les contestó: "¿Quién de ustedes, si tiene una oveja y se le cae a un pozo en día de reposo, no va y la saca? Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja!"... Entonces le dijo a aquel hombre: "Extiende la mano". El hombre la extendió, y le quedó tan sana como la otra. Pero cuando los fariseos salieron, comenzaron a hacer planes para matar a Jesús (San Mateo 12:9-14).

En otra ocasión los discípulos comenzaron a arrancar espigas en día de sábado. Los fariseos invocaron de nuevo la ley que lo prohibía. Jesús les recordó la ocasión en que David y sus compañeros de batalla tuvieron hambre, y entraron al templo y comieron del pan que estaba reservado a los sacerdotes, finalizando sus palabras con esta frase definitiva: "El día de reposo se hizo para el hombre, y no el hombre para el día de reposo" (San Marcos 2:23-27).

La plena hombridad de Jesucristo fue proclamada en repetidas ocasiones por el apóstol Pablo, quien escribió este hermoso pensamiento: "Porque no hay más que un Dios; y no hay más

que un hombre que pueda llevar a todos los hombres a la unión con Dios: Jesucristo" (Primera carta a Timoteo, capítulo 2, versículo 5).

Al hacerse hombre para abrir la senda de reconciliación de toda persona con Dios por medio de su muerte en la cruz, Jesucristo hace eficaz en su hecho salvífico el principio básico de la excelencia del hombre, del derecho de la humanidad a una vida plena y feliz: "Yo he venido para que ustedes tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (San Juan 10:10).

Martí, por otros caminos, coincide con este propósito de plenitud de vida para el hombre: "Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre" (4-270). "Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo" (4-153).

Es indispensable partir desde la perspectiva de Martí sobre sí mismo, que aparece en uno de sus *Cuadernos de apuntes*, escrito probablemente en su primera juventud (década de los setenta):

Yo: esto es: una personalidad briosa e impotente, libérrima y esclava, nobilísima y miserable, divina y humanísima, delicada y grosera, noche y luz. Esto soy yo. Esto es cada alma. Esto es cada hombre (21-68).

Esta dualidad e incertidumbre de sus primeros años acerca de su propia valía, se integra, veinte años después, al vertebrar la guerra de Cuba, en una personalidad segura de sí y de su destino:

...el oficio de Delegado con que mi pueblo me nonra... permite a un cubano, puesto de alfombra de la libertad y de brazo del derecho, continuar la pelea del poner al hombre en el pleno goce de sí mismo... (1-439).

...los que no queremos comer el pan que no hemos ayudado a ganar, lo que no nos sentimos hombres mientras veamos a un solo hombre infeliz... (2-20).

Cuanto rebaje a un hombre me rebaja, y un hombre bajo que viniese detrás de mí me pesaría como mi propia bajeza (4-337).

Pero estas certezas no significan un escape de la realidad, honestamente enfrentada:

...el bochorno
del hombre es mi bochorno: mis mejillas
sufren de la maldad del Universo... (16-242).

¡Yo, por fuera, estoy bien! ¡Adentro es donde

corre la enfermedad! ¡Siempre el gusano
en pleno corazón muerde la fruta!
¿Qué preguntáis mi mal? ¿Pues no he querido
ser bueno? Di monedas de oro puro
y me las dieron falsas. Callo y muero (17-267).

En carta a Enrique Estrázulas (1888) trata de explicarle sus razones para no hacer un viaje a Buenos Aires. La principal es su deber político, que lo obliga a permanecer en Nueva York. Hay, además, otras dos razones. Una se refiere a "la dicha doméstica".

Otra es mi miedo a lidiar demasiado de cerca con los hombres. Este miedo es grande. Mi amor a la oscuridad no me ha bastado antes para salvarme de las inquietudes que acarrear a quien las posee, sobre todo en país extraño, aquellas condiciones que llevan consigo alguna luz (20-194).

Maestro de cubanos negros por las noches neoyorquinas en la sociedad *La Liga*, aquellos cubanos ansiosos lo atenaceaban a preguntas. Uno de ellos, Manuel de J. González, creyó advertir molestia en Martí, y le escribió una carta solicitando indulgencia del Maestro. Respuesta:

¿Pero qué clase de hombre supone usted que soy yo, o soy yo un desleal, que puedo dudar de la lealtad de los demás?... O soy amigo de ustedes de veras, para ayudarlos en el mundo y a pensar realmente, o soy un bailarín de virtud, que hace piruetas de enseñanzas y amores, para que la gente crédula le aplauda los pasos.

No soy un bailarín de virtud, sino un hombre que conoce todos los dolores, todos los engaños, todas las razones de dudas, todas las inquietudes y los tormentos todos, de los hombres (20-374).

No obstante, Martí no se detiene más que lo indispensable para mirar hacia dentro de sí mismo, porque su mirada se vuelca más detenidamente hacia los otros. Ya vimos cómo su amor estaba equilibrado por la vigilancia. Es un gozador de las virtudes ajenas, y a la vez un político realista que descubre los pecados ocultos.

Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad (4-110).

...el verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ése es el verdadero hombre, el único hombre práctico...(4-247).

Yo, para entender mejor a los hombres, estoy estudiando los insectos: que no son tan malos como parecen, y saben tanto como nosotros (1-261).

Encender a los hombres quiero, y abrirles los ojos para que con sus ojos vean la luz... (4-337).

El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos, y mujeres venales y egoístas: pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce (8-35).

...las repúblicas se hacen de hombres: ser hombre es, en la tierra, difícilísima y pocas veces lograda carrera (6-209).

El hombre no es lo que se ve, sino lo que no se ve. Lleva la grandeza en sus entrañas, como la ostra negruzca y rugosa lleva en sus entrañas la pálida perla (9-272).

...¿qué es el hombre, sino vaso quebrable del que se desbordan, fragantes y humeantes, esencias muy ricas? Cada hombre es la cárcel de un águila: se siente el golpe de sus alas, los quejidos que le arranca su cautividad, el dolor que en el seno y en el cráneo nos causan sus garras (9-304).

"Hombre te hago", dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces, ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón, es ser más que hombre: ¿cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? (10-77).

Hay en la humanidad un deseo sordo de abatir a los que no se abaten (10-259).

El hombre acaba por envilecerse, y la mujer por afearse, cuando no temple de vez en cuando el amor exclusivo a su bienestar con el espectáculo de la desdicha ajena... El mejor amigo de los hombres es el que los pone delante de su deber y les dice: Mira... (12-24).

Un hombre que actúa con franqueza, piensa audazmente, desdeña los prejuicios de los demás, y que obedece fielmente a los dictados de su conciencia, está siempre seguro de ser honrado y respetado en el futuro, cuando los fantasmas de los servidores vulgares de los prejuicios sean olvidados (15-320).

Martí hace un alto en su vida y en su pensamiento cuando se trata de orientar a los niños mediante la revista *La Edad de Oro*, escrita totalmente por él desde Nueva York para todos los pequeños de América, a los que tanto amó. Al cabo resultó una publicación de escasos números, porque su dueño y editor (A. da Costa Gómez) exigía que Martí

...hablase del "temor de Dios", y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo

Su propósito para esta publicación, decía Martí en carta anterior a Manuel Mercado, era

...llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo (20-153, 147).

Con este propósito en mente, y con el corazón volcado hacia los niños de América, señala para ellos la meta del "hombre ideal":

Cada ser humano lleva en sí un hombre ideal, lo mismo que cada trozo de mármol contiene en bruto una estatua tan bella como la que el griego Praxiteles hizo del dios Apolo. La educación empieza con la vida, y no acaba sino con la muerte. El cuerpo es siempre el mismo, y decae con la edad; la mente cambia sin cesar, y se enriquece y perfecciona con los años. Pero las cualidades esenciales del carácter, lo original y enérgico de cada hombre, se deja ver desde la infancia en un acto, en una idea, en una mirada (18-390).

Eso es lo que dice a los niños, sin embargo a un "hombre de campo" —escrito que debemos mencionar repetidas veces en este libro— se dirige en muy distinto tono, con aspiraciones normativas:

El que más trabaja es el que es menos vicioso, el que vive amorosamente con su mujer y sus hijos. Porque un hombre no es una bestia hecha para gozar, como el toro y el cerdo; sino una criatura de naturaleza superior, que si no cultiva la tierra, ama a su esposa y educa a sus hijos, volverá a vivir indudablemente como el cerdo y como el toro (19-382).

Obsesionado por la pasión de liberar a Cuba, organizando para ella un proceso revolucionario, su mirada a los hombres que pudieran participar en este empeño adquiere destellos muy particulares. Al general Emilio Núñez le hace saber en 1888 que "las estrellas no están más altas que la ambición y la locura de los hombres" (1-225). Al siguiente año, en carta a Gonzalo de Quesada, le pide que "refrene, en cuanto a las personas, el entusiasmo natural a su gallardo corazón; y estudie los móviles torcidos que a veces se esconden bajo las más deslumbrantes prendas exteriores" (1-248). Preocupado porque las luchas sociales pudieran entorpecer la brega por la liberación política, escribe a Serafín Bello en 1889: "Se cede en lo justo y lo injusto cae solo. Es todo el secreto de esas luchas que parecen terribles, y sólo lo

son mientras no entran en ellas, de un lado y de otro, los hombres cordiales" (1-253).

Pero esto no significa, en modo alguno, que Martí aceptara las discriminaciones ni la explotación de un hombre por otro. El se refería a la inconveniencia política, en tal momento y manera, de una huelga de obreros tabacaleros en Cayo Hueso. Por lo demás,

...lo que no puedo entender es que un hombre, por tener cuenta gorda en el banco, se crea como corona entre los demás hombres, cuando lo que a mí me sucede es lo contrario, por la prueba que llevo en mí mismo, y saber que la riqueza se acumula generalmente con sacrificios de la honra y con abusos, por más que sepa yo que, con paciencia y trabajo asiduo, puede llegarse a la fortuna honrada. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano... A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales. El hombre de color tiene derecho a ser tratado por sus cualidades de hombre, sin referencia alguna a su color... El obrero no es un ser inferior, ni se ha de tender a tenerlo en corrales y gobernarlo con la pica, sino en abrirle, de hermano a hermano, las consideraciones y derechos que aseguran en los pueblos la paz y la felicidad. El hombre se limitaría por sí mismo, y no son necesarios más límites (1-254).

Martí se mantiene en esta tesitura mientras organiza los trabajos del Partido Revolucionario Cubano: "Ni la victoria más querida ha de comprarse a costa del menoscabo de otro hombre", escribe a Fernando Figueredo en 1892 (1-302); y expresa en *Patria* sobre "los sucesos de Tampa": "...¡debe andar triste por dentro el corazón de quien ayuda a oprimir a los hombres! ¿Y es hombre, el que ayuda a oprimirlos?" (2-145); y de nuevo escribe sobre "quien pretendiese levantar una valla funesta entre cubanos y españoles": "la sublimidad está en el fondo del corazón del hombre, y no se muestra entera hasta que la sacudida no es tan viva que llegue al fondo del corazón" (2-170); y describe una reunión de emigrados cubanos en Nueva York:

Los mismos a quienes logró desviar de la obligación humana del patriotismo la lección importada, la lección de otros países y otros problemas y otros odios, allí acuden, ya dueños de sí, en cuanto la palabra equitativa les ha mudado el amor egoísta a una clase de hombres en el amor supremo a todos (2-174).

Y proclama "la facultad sublime de padecer por el hombre y aspirar a su mejora, que es la raíz del dogma de la independencia, y la fuerza ya incontrastable, del Partido Revolucionario Cubano"

(2-208). Por último, queda sentado el propósito de la revolución: "el establecimiento de una república donde todo ciudadano, cubano o español, blanco o negro, americano o europeo, pueda gozar, en el trabajo o en la paz, de su derecho entero de hombre" (2:139).

Por lo ya escrito es evidente que para Martí:

Dos clases de hombres hay: los que andan de pie, cara al cielo, pidiendo que el consuelo de la modestia descienda sobre los que viven sacándose la carne, por pan más o pan menos, a dentelladas, y levantándose, por ir de sortija de brillante, sobre la sepultura de su honra; y otra clase de hombres, que van de hinojos, besando a los grandes de la tierra el manto (5-171). Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen (1-248).

Si tal es la condición imbibita en cada ser humano, es de razón que el universo todo —hombres e instituciones— esté permeado por esta dualidad inescapable:

Razas, lengua, historia, religiones, todo eso son vestiduras de quitaipón, debajo de las cuales surge, envolviéndolas y dominándolas, la esencial e invariable naturaleza humana, como las hojas de acanto se desbordaron sobre las cestas que puso en la columna la madre de Corinto (10-475).

Partiendo desde esta premisa, Martí contrasta repetidamente a las "dos clases de hombres", a sus "dos bandos":

Porque todo hombre es bueno: sólo falta producirle en medio de bondad... Se nace siempre bueno; el mal se hace después (6-449, 446).

Todos los crímenes, todas las brutalidades, todas las vilezas, están en germen en el hombre más honrado. Lo más vil o bestial ha aparecido en algún instante posible o deseable al alma más limpia (11-478).

Los hombres, salvo los grandes accidentes que tuercen los caracteres mejor definidos, no hacen sino aquello que de sus actos anteriores resultan que deben hacer. Haciendo una exacta biografía de hombres políticos, se tendrá un elemento seguro para juzgar de la política probable en tanto que ellos influyan en ella. A pesar de cuanto digan los pesimistas de los hombres, las apostasías son más raras que las grandes firmezas (15-448). Hay hombres, y hay grajos: los hombres son los que a codo honrado se abren paso por sí propios en el mundo, y sazonan su pan con la levadura de la vida; los que viven sin vergüenza y sin remordimiento del dinero o de la gloria ganada por sus padres, son los grajos (12-318).

Se han de poner las esperanzas en lo que no se pierda; jamás en hombres, escurridizos como las serpientes (13-150).

Hay una raza vil de hombres tenaces
de sí propio inflados, y hechos todos,
todos del pelo al pie, de garra y diente;
y hay otros, como flor, que al viento exhalan
en el amor del hombre su perfume (16-196).

El egoísmo era la nota de los tiempos antiguos. El humanitarismo (el altruismo, la abnegación, el sacrificio de sí por el bien de los otros, el olvido de sí) es la nota de los tiempos modernos. No hablo de la gente común... hablo de los espíritus superiores que ensalzan y representan estos tiempos (21-162). Por un lado, es ala el hombre, que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala (11-294).

El hombre es feo; pero la humanidad es hermosa. La humanidad es alegre, paciente y buena (11-383).

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro (2-299).

...bajo la levita cruzada, como bajo la camisa infeliz, caben igualmente el apóstol y el bandido. ¿Qué piel es más sedosa que la de la serpiente? ¿Qué lengua es más fina que la de la zorra? ¿Qué dientes brillan más que los del lobo? La Naturaleza, para hacer más meritoria la virtud, ha hecho amables y seductores a todos los que atentan contra ella, y reparte por igual sus dones entre los que corrompen y los que fundan (22-190).

Los hombres, moro mío,
valen menos que el árbol que cobija
igual a rico y pobre, menos valen
que el lomo imperial de tu caballo.
Sombra da el árbol, y el caballo asiento:
el hombre, como el guao,
pudre a los que se acogen a su sombra (16-291).

Los mayores ojos sólo bastan a hacer más clara nuestra pequeñez: por eso es a la par altivo y humilde el hombre grande: por el Dios que siente en sí, soberbio; por sentirse manejado, gobernado, arista y hoja de paja, modesto (22-311).

No se me ponga a pensar en "las injusticias de los hombres". Estime al justo. Y al injusto, como de alto a bajo, compadézcalo y perdónelo. Y para lo práctico de la vida, prescinda de él, como si no existiera (20-385).

Aun admitiendo la cuestionabilidad del alcance y la intención de varias de las expresiones citadas —según su contexto en algunos casos, y en otros según nuestro desconocimiento del uso que él daría a las que no eran más que "apuntes"— es posible afirmar que Martí aceptaba como válida la tesis bíblica de la

proclividad al mal en la persona humana, una especie de semilla oculta que podría o no germinar, de acuerdo con las reservas de fuerza espiritual en otra semilla también ingénita, también en espera de momento y nutrientes para su germinación: la de la bondad, la virtud y el amor.

De aquí que sea perenne la lucha del hombre consigo mismo, y contra la maldad de otros hombres, si se trata de un "justo"; o, por el contrario, del maligno contra el virtuoso:

El hombre, en cuanto descubre una fuerza, la ataca. El hombre es celoso, y se irrita de ver algo erguido (21-261).

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro. Tiene su aristocracia el espíritu, y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: ¡dondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla, todos los demás hombres lo reciben! (10-288).

Quien afronta a los pueblos, y los hace mirar en sí, es abandonado por los hombres, si no lapidado con furia. Consentidores quieren los hombres, que les permiten ir viviendo con sus apetitos y vicios; y no denunciadores amorosos, que se los saquen a la faz, para que tengan vergüenza de ellos, que pudren, y se los curen (10-53).

Odian los hombres y ven como a enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella... (8-190).

No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso (8-175).

En resumen:

Nada hace padecer tanto a un hombre virtuoso, ni le pone más cerca el juicio de la ira, que ver interpretadas por la malignidad o el interés sus intenciones... ya se sabe que el que entra en medio de los hombres no saldrá a su cabeza sino lapidado: nadie se baje a recoger las piedras, sino échelas con el pie adonde las puedan ver los hombres justos: las piedras del odio, a poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango... El hombre lleva en sí lo que lo pierde, que es el interés, y lo que lo redime, que es el sentimiento... ¡Mal va un hombre cuando no le da un vuelco el corazón al leer o presenciar un acto heroico! (11-234, 235).

Como era de esperarse, Martí se alía al hombre "bueno", "justo", "amoroso", "cordial", "virtuoso", y por ello "sufridor". Constantemente lo define, lo defiende y lo enaltece. Al comandante Luis Rivera, desde el Campamento General en Campaña, el 30 de abril de 1895, le escribe esta carta:

Mi amigo y señor:

La vida de la libertad afina en el hombre los sentimientos delicados, y de éstos ninguno es más bello que la simpatía de las ideas generosas entre dos hombres capaces de amar la virtud y el sacrificio. En la dicha de este campo libre, donde la abnegación funde a los hombres y la muerte no causa espanto, saluda a usted con fe justa en la independencia de su patria, su amigo

José Martí (4-142).

Esta carta responde a una convicción expresada en otra a Fermín Valdés Domínguez, un año antes del inicio de la batalla por la liberación: "Hay que hacer, en Cuba sobre todo, una especie de sociedad secreta de hombres buenos" (3-224). Y hay un propósito en lograr tal "sociedad": el servicio a otros. Sólo es eficaz la bondad si estudia y analiza:

A la raíz va el hombre verdadero. Radical no es más que eso: el que va a las raíces. No se llame radical quien no vea las cosas en su fondo. Ni hombre, quien no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres (2-380).

Se busca el origen del mal y se va derecho a él, con la fuerza del hombre capaz de morir por el hombre" (2-377).

Lo escribe quien fue "capaz de morir por el hombre", mientras declaraba: "Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza" (4-131), habiendo ya escrito a Rafael Serra: "Y cuando, con el corazón clavado de espinas, un hombre ama en el mundo a los mismos que lo niegan, ese hombre es épico" (4-381), y a Sotero Figueroa en octubre de 1893: "Deme hombres, deme virtud modesta y extraordinaria, que se ponga de almohada a los desdichados, y se haga vara de justicia y espuela de caballería..." (2-404).

Merece párrafo aparte, para resaltarla, esta declaración, que aprobamos y sustentamos férvidamente:

De todas las penas de este mundo cura, y de todas las heridas del bien obrar, la estimación de los hombres verdaderamente buenos; pero con ella misma es incompleta la victoria cuando no mueve el corazón de la mujer... las campañas de los pueblos son débiles cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer; pero cuando la mujer se estremece y ayuda, cuando la mujer, tímida y quieta de su natural, anima y aplaude, cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño— la obra es invencible (5-16, 17).

No siempre los mejores hombres son los más espectaculares:

Hay hombres de luz nula, que pasan por la tierra quemando y brillando, como el bólido roto que cae desde el cielo, parecido a las almas que descienden de su propia virtud, y silban y chispean, a modo de serpiente agonizante; y hay otros de luz tenue, que esplenden, como las estrellas leales, en la noche pavorosa (4-477).

Los hombres con que ha soñado —y trabaja— para Cuba independiente, son los mismos que anhela para la liberación de toda América, particularmente de Puerto Rico, porque así escribe cuando elogia a Román Baldorioty Castro, hijo de la isla hermana:

De hombres reales y originales necesita la América, envenenada ya con tanto injerto; de hombres puros y cordiales necesitan las colonias españolas de América, para purgarlas en la independencia de la soberbia, y de los vicios burocráticos de la colonia; de hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha (4-410).

Una mirada al futuro del hombre, de toda la humanidad; una bien fundada perspectiva porvenirista; una absoluta certeza en el progreso incesante del mundo:

Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre. ¿No hay horas de bestia en el ser humano, en que los dientes tienen necesidad de morder, y la garganta siente sed fatídica, y los ojos llamean, y los puños crispados buscan cuerpos donde caer? Enfrenar esta bestia, y sentar sobre un ángel, es la victoria humana (9-255).

Ese es el hombre moderno: de pie junto a las ruedas de trabajo, mira serenamente a lo futuro. Y estudia la vida, y analiza. Hasta que los obreros no sean hombres cultos, no serán felices (8-352).

La educación tiene un deber ineludible para con el hombre. No cumplirlo es crimen: conformarle a su tiempo, sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana. Que el hombre viva en analogía con el universo, y con su época... (8-430).

¡Oh, ya alborean los tiempos en que no se erguirán, ni como amenazas ni como barreras, las nacionalidades, y en que los hombres todos de la tierra, dados a amarse, sentirán en el pecho robusto la fruición beneficosa, y el ennoblecimiento maravilloso, que vienen del viril amor humano! (14-450).

Deber a la labor ruda, pacífica, útil, larga, su puesto de honra en la vida, es para el noble hombre moderno el único envidiable título y la única corona propia de la naturaleza humana. Se odia ya la gloria adquirida por la muerte ajena y el valor inútil. Descubrir, fundar, crear, aumentar la gigantesca vida del Universo, quebrar montañas, utilizar la vida en los aires, secar mares— es la nueva obra del hombre (14-128).

¡Tales cosas van haciendo los hombres, que Prometeo romperá sus cadenas y ahogará al buitre, y la escala fulgente de Jacob no será un sueño! (13-180).

Los pueblos que no creen en la perpetuación y universal sentido, en el sacerdocio y glorioso ascenso de la vida humana, se desmigajan como un mendrugo roído de ratones (15-388).

Pero, ¿cómo educar a los hombres para tan hermoso y promisor futuro?, preguntaron a Martí, quien respondió que la cuestión no era de métodos, sino de la aceptación de “un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria”, las que enumera en este orden:

- 1) Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.
- 2) Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.
- 3) Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos de cuyo laboreo le viene... el vigor del cuerpo... y la fortuna honesta y segura...
- 4) Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos...
- 5) Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.
- 6) Ser bueno es el único modo de ser dichoso.
- 7) Ser culto es el único modo de ser libre.
- 8) En lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno. Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza.
- 9) He ahí lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.
- 10) En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros. (Artículo “Maestros ambulantes”. *La América*, Nueva York, febrero de 1884) (8-288 a 291).

5. Pecado-Perdón

El pensamiento israelita (en los tiempos bíblicos veterotestamentarios), no admitía distinción entre el hombre y sus acciones.

Estas son un reflejo de quien las produce, y, por consecuencia, un juicio sobre la persona. La fuente de la acción es el hombre mismo que la genera. Las obras sanas y buenas, expresión del hombre normal y equilibrado, se oponen a las obras malas, producidas por el ser dividido dentro de sí, enfermo y débil. Esto es el pecado. Quien no está interiormente fragmentado es "íntegro". "Noé era justo, íntegro y temeroso de Dios entre sus contemporáneos" (Génesis 6:9).

La cosmovisión monoteísta del Antiguo Testamento se caracteriza por el optimismo. La felicidad —"luz" y "vida"— podía ser permanente en la tierra de los hombres. El Dios creador es también conservador, es decir, preservador de lo creado. Cualquier tentativa por destruir algo del mundo creado por Dios, contra la libre expresión de las fuerzas vitales, es pecado contra Dios, quien es garantía de la vida y del bien.

Muchos términos son sinónimo de pecado en la Biblia: "mal", "maldad", "iniquidad", "falta", "culpa", "caída", "yerro", "concupiscencia", "ofensa", "prevaricación", "transgresión", y otros. Es importante señalar que el sentido original de la palabra pecado, según su radical en idioma hebreo, significa "extraviarse", "des-caminarse", "errar la meta". Se refiere a una acción inválida, porque no se obtienen resultados positivos. La acción pecaminosa es la que no produce beneficios. Otro radical antiguo señala hacia la idea de "curvado", torcido", o sea, lo maléfico oculto, encubierto, mal intencionado, lo que se opone a lo recto, abierto y visible.

Tal como hemos visto en otros términos, el hombre bíblico siempre aparece en comunidad: la idea de "pacto", alianza", o "testamento". La vida como tal existe solamente donde el ser humano está interrelacionado con su mundo. El pecado contra Dios, aunque sea cometido por una sola persona, siempre afecta y daña a la comunidad, y en consecuencia va asociado a la injusticia. Como garantía de vida y de orden, Dios impone leyes, normas ordenadoras. Quien las viola, peca doblemente. La noción de pecado se extiende a la vida total del individuo y de la nación: vida religiosa, vida moral, vida social. No hay diferencia entre pecados "religiosos" y otros pecados: todos ofenden a Dios y dañan al hombre. Por tanto, llaman a pena y castigo. Porque es el creador y guardián de la vida, Dios se reserva el juicio de qué castiga, cómo lo hace y cuándo no lo hace, tomando en consideración diversas circunstancias.

¿Cuál es el origen del pecado? Aunque proclama la realidad del pecado en la vida humana, el Antiguo Testamento reconoce a hombres que vivieron libres de pecado, lo que hace suponer que el hombre no es pecador por naturaleza. Otras expresiones insisten sobre la universalidad del pecado. ¿Cómo conciliar las

dos perspectivas? El pueblo de Israel no se preocupaba por lo que hoy llamaríamos "ontología del pecado", pues se limitaba a los efectos de la realidad circundante: el pecado grava al mundo entero, sin especular sobre su naturaleza. En este sentido debe ser interpretado el capítulo tres del Génesis, que es una parábola de profundo sentido, y también la expresión del salmista: "En pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). El judaísmo como dogma contribuyó a enredar esta madeja: la prepotencia de un legalismo estéril, que más tarde Jesús rechazó decididamente.

Por su parte, el Nuevo Testamento presupone, en lo que se refiere al pecado, que éste se produce en el hombre, en último análisis, por el desconocimiento de la voluntad divina. Sin embargo, la salida de esta angustiosa situación no está tanto en una obediencia ciega a preceptos y leyes, sino en una ansiedad de pureza: "bienaventurados los de limpio corazón" (San Mateo 5:8), de tal modo que el hombre por sí mismo se aparte del mal y haga el bien, siempre en función de la otredad: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (San Marcos 12:31).

Jesús denuncia la hipocresía como un vicio muy peligroso en el hombre: el aparecer como pretendidamente bueno para ganar méritos; así como la vanidad de "los primeros asientos en las cenas y las primeras sillas en las sinagogas" (San Mateo 23:6). J. Héring escribe: "La ideología evangélica es absolutamente hostil a la concepción farisaica del pecado", y pone por ejemplo lo que ya hemos señalado: la santidad del sábado. En esta línea conviene recordar, como particularmente significativa, la confesión del publicano en el evangelio de San Lucas, capítulo 18. Después de escuchar la jactanciosa enumeración de sus méritos, ofrecida por el fariseo, el publicano se limitó a confesar su *estado* pecaminoso: "Oh Dios, ten piedad de mí, que soy pecador". De hecho, la única confesión legítima de pecado delante de Dios.

San Pablo formula en sus varias cartas un catálogo de pecadores: impúdicos, ladrones, calumniadores, borrachos, idólatras. También se señalan como pecados: el espíritu de discordia, los malos pensamientos, la avaricia, el orgullo, la dureza de corazón, la ira, la venganza. Muy inclusivamente, este apóstol afirma: "Todo lo que no proviene de la fe, es pecado" (Carta a los romanos, 14:23), en tanto que el apóstol Santiago lo plantea de muy distinto modo: "...al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado" (Santiago 4:17).

Sea de una u otra forma, "No hay justo, ni siquiera uno" (Romanos 3:10). Esto significa que no es posible que persona alguna (ni siquiera quien confiesa la fe cristiana) permanezca sin pecar. Sin embargo, la diferencia —según San Pablo— está en que el cristiano no es "esclavo del pecado"; porque le resulta angustioso saberse dominado por un pecado, lo confiesa delante

de Dios, y se siente perdonado. Es una constante agonía por la integridad y la liberación.

Este incesante sentimiento de alienación, este malquistarse uno consigo mismo, y la consiguiente búsqueda por la paz interior, la expresa Martí con total exactitud:

Deja ver en sí la tierra contradicciones aparentes, y suelen los malos vivir de reyes, y los virtuosos de siervos, por lo que no parece a algunos necesaria la virtud, ni el mal odiable, y urge explicar que las causas de pecado no son más que ocasiones de vencerlo, y que queda un suavísimo goce de obrar bien, y se entra en espanto, y miedo y odio de sí, luego que se obra mal (15-268).

Se acerca bastante a la del apóstol Santiago que ya hemos leído, la concepción de pecado que Martí expresa en carta a Enrique Estrázulas: "Aquel que no hace todo lo que puede hacer, peca contra lo natural y paga la culpa de su pecado" (20-198). Y en esa misma línea de pensamiento escribe a Nicolás Domínguez Cowan: "...usted está hecho para algo más que para vivir en paz; usted está hecho un grandísimo pecador, con no sacar fuera todo lo que tiene en sí" (20-313). Cuando se trata de detener y condenar la discriminación de una raza por otra ("peca por redundante el blanco que dice 'mi raza'; peca por redundante el negro que dice 'mi raza'"), salta a una deslumbrante conclusión: "Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorralla, es un pecado contra la humanidad" (2-298). Partiendo desde la misma motivación, en un artículo titulado "Sobre negros y blancos", añade: "Nuestro pecado hoy no es más, acaso, que de tenernos en menos de lo que somos" (3-81).

En cuanto a su propia persona, Martí no cree estar por encima de los demás hombres, ni constituir una excepción, ya que "la naturaleza humana [es] mala por accidente, y por esencia noble" (4-188); así que: "He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado" (Prólogo a sus "Versos libres" (16-132). Depende en mucho del juicio de su amigo Manuel Mercado: "Pero no se me ocurre nada, ni pongo en planta nada, que no vaya seguro, si obra de actividad, de su aplauso; si pecado, porque soy pecador, por humano, de su indulgencia" (20-63). Aunque no se engaña: "¡Cuán cerca está la grandeza del pecado, en cuanto la ofusca la vanidad personal!" (3-114). Finalmente, afirma: "Soy pecador, pero no en mi manera de amar a los hombres" (20-373).

Martí desarrolla toda una práctica noble de la piedad y del perdón frente a los dogmas moralistas del pecado y de la culpa. Aquí su palabra adquiere timbres evangélicos. En carta a José González Curbelo (1894) delimita:

Para perdonos usted sabe quien soy: no quiero con una sola palabra mía cerrar nunca la puerta a un arrepentido: quiero que les quede la vía ancha aunque se la tajen en mi propio corazón. Ya conoce mis sermones a Marco: duro en el pecado y blando con el pecador (3-150, 151).

Lo que también plantea como política editorial para el periódico *Patria*: "martilleando muy recio en el pecado, pero sin decir jamás el nombre de los pecadores" (3-188). Insiste: "Al que peca se le olvida; se le deja caer; se le da tiempo a que vuelva en sí, se le tienen las puertas abiertas para que vuelva sin bochorno al cariño y a la honra" (4-459).

Esto no significa en modo alguno blandura excesiva, ni descuido en la vigilancia, lo que a Rafael Serra pudiera haberle ocasionado dudas y extrañeza, pues en 1890 le había escrito Martí:

...yo conozco bastante el dolor del mundo para ser indulgente con todas las formas, y aun injusticias, de él; y en las cosas del alma soy como los médicos, que siguen curando al enfermo que les muerde la mano.

Pero en 1892, al juzgar públicamente a Serra, escribe en *Patria*: "es... de los que ejercitan la piedad, sin más pecado que el amar con exceso, y con imprevisión a veces, a los que cree piadosos" (4-379). Siempre resultaba difícil a sus contemporáneos, testigos y actores, producir y mantener lo que Martí propugnaba: "una revolución piadosa y radical" (2-161):

...el Partido Revolucionario, hoy más necesario, ordenado, aclamado, bendecido que nunca, sigue, piadoso e inquebrantable, sin que la piedad llegue nunca a flojedad o vacilación, la tarea de preparar al país para una guerra pronta, democrática y bastante (2-222).

Sin embargo, lo que sin duda preocupa a Martí no es la escasez de previsión ni de vigilancia, sino la carencia de un ejercicio abundoso de la piedad y el perdón, lo que incluye el pleno reconocimiento del pecado y sus maléficas consecuencias:

Los tiempos son solemnes. Hemos ofrecido, y hemos de cumplir. Quien le quite una rueda al carro, peca gravemente; quien eche por un camino cuando otros van por otro, peca... Quien no allegue, quien no traiga a la masa, quien no pida de puerta en puerta los recursos necesarios... peca (2-15).

Hay que deponer mucho, que sacrificar mucho, que atar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin

caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura (3-140).

Tal vez en Cuba llegue a tanto el desconocimiento que pueda parecer necesario el correctivo en que acá afuera no nos debemos entretener, para no quitar mano de la obra. Pero los pecados de hermandad, y de humanidad, con la censura que atraen sobre el culpable quedan al cabo corregidos (3-264).

El pecado no está en equivocarse de ruta, y creer que sea remedio lo que no lo es, sino en perpetuar el carácter flojo e indeciso de la colonia, cuya soberbia y nulidad entorpecerían el trabajo creador y distinto de la república (5-393).

Amamos, con todos sus pecados posibles, a los que, en la hora de arriesgarse o de temer, se fueron tras el honor, yarey al aire (4-264).

Ni una frase, aunque le hierva la sangre generosa, que dé derecho de herida a los egoístas o tibios, o cierre a los pecadores el camino del arrepentimiento (Carta a Gonzalo de Quesada 2-160).

Abrazo sea el mar, y unos los cubanos de la isla y los de afuera: pecadores somos todos, los de allá y los de acá, y todos somos héroes... (4-415).

Pero como nos ilumina el corazón, enseñado en la durísima prueba, una piedad que es sólo comparable a nuestro anhelo de clavar en nuestra tierra... nuestro pabellón libre... como que tenemos en el corazón la fe del santo y en el pensamiento el poder de amistad y composición sin que la fe más viva no pudiese triunfar, decimos, con el pie en el estribo y la frente a la luz: "Conocemos nuestro deber, y lo estamos cumpliendo..." (2-14).

Por la piedad ha peleado el cubano, y nunca por la venganza (22-348).

Que se conozca nuestra obra, y todo hombre se ponga a ella. Pídense sin ira. Perdónese aun cuando ahogue la indignación. Insístase en hacer virtuoso al indiferente, y útil al tibio (4-77). Esa sí es la paz, la que se afirma en el arrepentimiento. Ese sí es olvido, el que empieza en la confesión honrosa de la culpa. Sí: las rodillas dobladas de los que pecaron serían aquí la prueba verdadera del valor. ¡Perdón es la palabra, y aquí se trata de mecerla! (4-356, 357).

Martí crítico, enjuicia una obra de teatro, "Impulsos del corazón", escrita por el dramaturgo mexicano Peón Contreras, donde "hay la revelación del delito, provocada en el culpable por la generosidad del acusado". Este

...lo embellece con el arrepentimiento, lo ilumina con un perdón absoluto, apaga con gritos del alma el ruido de los rencores, y en el ánimo mismo del espectador no queda memoria de que ha visto un carácter despreciable vivo en la escena... y logra

que los malvados se hermoseen, y los espectadores se convenzan de esta iluminación de bondad (6-447).

Al referirse al "politicón" norteamericano Simón Cameron, Martí trae a cuentas que "Lincoln lo ayudó en la época en que se le vieron a Cameron más sus pecados y abusos. Lincoln era hombre, y sabía ser indulgente con los hombres. Perdonar es el modo más leve de pecar" (12-273).

En un trabajo periodístico publicado en *The Sun* (1880) sobre Pushkin, "el hombre que abrió el camino hacia la libertad rusa", Martí estudia al hombre y al poeta que es al mismo tiempo "adorado" y "detestado", y se refiere a un congreso literario convocado para declararlo Poeta Nacional, si bien hubo quienes discutían la validez del epíteto. Se escindieron los campos. El escritor Katov "hizo un discurso conciliador. Le rogó a ambas partes... que se perdonaran y se uniesen". Entonces Martí sentencia: "Se olvidó que no puede haber perdón cuando no ha habido justicia" (15-241).

También desde la entraña de esta temática Martí se siente lanzado hacia un futuro que representa un alba promisorio:

...¡ha de escribirse un poema nuevo, donde esté llena de hombres piadosos la barca del mundo, y al egoísta impasible, que crió su flor entre el hambre y la sed, se le tenga por toda una luna fuera de la barca, forcejeando en la noche vacía! (5-392).

...¡he aquí que surge, por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reconstructora, un ejército de creadores, que avientan a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad en el corazón y el empuje de la fe en las manos, sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia! (MS-66).

Todo ello será posible porque: "No puede ser que pasen inútiles por el mundo la piedad incansable del corazón y la limpieza absoluta de la voluntad" (4-121).

6. Evangelio

Es sorprendente el variado uso que hace Martí del término bíblico *euangelion*, que literalmente significa "buenas noticias"; y de su verbo *euangelizestai* —"predicar las buenas nuevas".

El propio Jesucristo, en su comparecencia en la sinagoga de Nazaret, ante sus compoblanos asombrados, declaró: "El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la

buena noticia a los pobres" (San Lucas 4:18). Por tanto, Jesús se convirtió en el predicador por excelencia. El contenido vital de su *evangelio* era el reino (o reinado) de Dios, visible en su persona, y, sin embargo, no plenamente realizado. Por ello Jesús enseña a orar: "Venga tu reino", y sus seguidores, sus "discípulos", fueron enviados en misión a "predicar el Evangelio", lo que los convirtió en "evangelistas".

Estos, al constituirse en una comunidad asamblearia ("iglesia"), proclamaron que el Evangelio era la persona misma de Jesús, el Hecho-Cristo, su obra salvífica, y se predica y se escribe entonces sobre "el evangelio de Jesucristo". También hay referencias al "evangelio de Dios" como proyecto histórico.

San Pablo resume el contenido del Evangelio de esta forma: "es poder de Dios para que todos los que creen alcancen la salvación". (Carta a los romanos, capítulo 1, verso 16). En ocasiones Pablo escribe sobre "mi evangelio", pero esto no significa una forma particular de interpretarlo, sino la experiencia especialmente revelada —intensamente vivida— de su conversión, que para él constituía una marca de auténtico apostolado. De aquí se deduce que para cada ser humano el Evangelio es siempre "buenas noticias".

En el siglo segundo de nuestra era el término se pluraliza ("evangelios"), al referirse a los cuatro escritores neotestamentarios que produjeron bosquejos de la vida de Jesús, denominados (en su orden bíblico) "el Evangelio según" San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

La perspectiva martiana del Evangelio no alcanza la hondura conceptual de los escritores bíblicos, ni la vertebración sistemática de los teólogos cristianos. No tiene que ver con lo divino, ni siquiera con un hecho redentor. Martí detiene su énfasis en lo didáctico-ético: la belleza y la verdad contenidas en los relatos de los evangelios, lo cual contribuye a la formación interior y a la postura exterior del ser humano, y a la hermosura del mundo en que vivimos. El Evangelio —para Martí— es una suma de bondades, una actitud generosa ante la vida, un intenso afán de pureza y de gracia. (Un teólogo define la "gracia" que se atribuye a Jesús en los evangelios como "el amor en acción").

Lo "evangélico", el "alma evangélica", el "espíritu evangélico", son para Martí carismas del hombre superior, que se reflejan en las causas más nobles, las que demandan entrega y sacrificio totales: las de liberación de los pueblos y fundación de naciones. Desde esta perspectiva, Martí provee muy variados usos del término, quedando siempre en el ánimo del que lee o escucha una intimidad de bienandanza y un dulce anhelo de consagración.

La carta de Martí al general mulato Antonio Maceo (1882), trata de reflejar su preocupación por las desigualdades sociales

que se expresan en la discriminación racial, y expresa: "No puede usted imaginar la especialísima ternura con que pienso en estos males, y en la manera, no vociferadora, ni ostensible, sino callada, activa, amorosa, evangélica, de remediarlos" (1-172). Esta fue su primera carta a Macco, y resulta interesante que pasados más de diez años, ya en el umbral del escenario guerrero donde ambos participaron, en el propio Manifiesto de Montecristi, se reafirme "la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el evangélico amor de libertad y el amable carácter de su compatriota negro..." (4-97).

Todavía adolescente, y aún con los pies llagados por los grilletes de la prisión en La Habana, Martí lanza en Madrid al rostro del imperio el desafío de su folleto *El presidio político en Cuba*, en el que apela y emplaza:

Yo os pido latidos de dolor para los que lloran, latidos de compasión para los que sufren lo que quizás habéis sufrido vosotros ayer, por lo que quizás, si no sois aún los escogidos del Evangelio, habréis de sufrir mañana (1-450).

Treinta años más tarde responde desde Nueva York, en el periódico *Patria*, a los juicios interesados y diversionistas que publica el periódico *Diario de la Marina* en La Habana sobre sus actividades revolucionarias. Muy hábilmente Martí denuncia la

...liga... entre los españoles que con el nombre de las reformas, abierto a todo, como la mujer fácil del Evangelio, procuran sustituir a los españoles privilegiados, y a los cubanos incapaces, para obtener de España una promesa... con la mira de desviar... la amenaza de la guerra (3-358).

Ambas menciones de la palabra "Evangelio" pretenden aparecer como citas indirectas del texto bíblico, no obstante, resultan un tanto extraviadas como tales, aunque en aquel rancio medio católico acarreaban una tremenda fuerza política.

Lo evangélico, para Martí, puede ser en ocasiones pura ingenuidad, mas también un ímpetu muy eficaz. Ingenuos son "...los métodos, vagos y confusos... con que almas evangélicas, movidas del ansia heroica de la redención, procuran resolver de antemano... problemas de demasiada monta para que los precipite voluntad aislada alguna" (5-104). Exalta Martí "...la condenación expresa, por parte de los emigrados, de las correrías de carácter personal, sea el invasor evangelista irreflexivo, o principiante vano, o capitán famoso..." (2-273). Y se lamenta de "los hombres generosos y de alma futura, que en su evangélico desecho, y concepción celeste del mundo... admiran sin examen suficiente las instituciones del pueblo norteamericano..." (2-76, 77).

En contraste, señala entusiasmado a los cubanos que “enojadísimos de la menor duda, a todas luces pecadora y fea, sobre la santidad de nuestros planes, esta gente evangélica decidió, toda, expresar en un periódico su adhesión unánime” (2-429), lo que permitirá “...que completemos la obra de la revolución con el espíritu heroico y evangélico con que la iniciaron nuestros padres, con todos para el bien de todos...” (4-238), ya que “hay fuego evangelista” (2-202) hasta en dos simples vocales de un club de la emigración. Y concluye: “¡Uno, es, pues, el espíritu evangélico que en la hora de la creación funde a los hombres, a los de la isla y a los de fuera de la isla, en el mismo abrazo de fraternidad!” (4-399). Pero de nuevo llama a la vigilancia y a la cordura:

Así como hay espíritus evangélicos que gozan en dar en silencio, como las violetas humildes, su perfume a los hombres, así hay, refrenadas por la educación o por el miedo, satánicas manos dispuestas a matar (9-97).

Los hombres “evangélicos” son de las más diversas procedencias y condiciones. Hay quien “predica, con su vida y con sus palabras, el Evangelio de la familia” (2-183), y también “era de oír, como de patriarca, la palabra evangélica, tallada toda en puro pensamiento, del anciano... José González...” (2-136), y “se nos salta el corazón... cuando vemos vivir en el silencio lleno de promesas de los montes... a uno de los padres evangélicos de nuestra libertad, que allá fundó y aquí sigue fundando...” (4-250).

Hay aún mayor diversidad en el uso y alcance del término. “Debiera ser capítulo de nuestro Evangelio agrícola de diversidad y abundancia de los cultivos menores” (7-189). Deslumbrado por la esplendente inauguración del puente que une a Brooklyn con Manhattan, exclama: “¡Oh, guión de hierro, —de estas dos palabras del Nuevo Evangelio!” (9-424). Cuando Oscar Wilde recorre los Estados Unidos con su extraño atuendo y sus reproches al culto de lo antiguo, Martí escribe una extensa crónica: “Esas nobles y juiciosas cosas dijo en Chickering Hall el joven bardo inglés... Mas, ¿qué evangelio es ese, que ha alzado en torno de los evangelistas tanta grito?” (15-366). En su prólogo al *Poema del Niágara*, que ya hemos mencionado, Martí incursiona por muy diversos territorios (sociales, religiosos, artísticos), y asegura que aquellos tiempos eran “de reenquiciamiento y remolde”, por lo que se halla “alarmado a cada instante el concepto literario por un evangelio nuevo” (7-225).

Martí intenta —tal como ya leímos de San Pablo— describir “su evangelio”:

Un hombre que se cultiva, y se levanta por sí propio, es el más alto de los reyes; y puede mirar como a inferior a todos estos vanos encopetados que no hayan vencido tanto como él. Ese es mi evangelio, que yo mismo me he hecho, y con él he ido subiendo, en las cosas del alma, a la serenidad en que usted me ve... (Carta a Rafael Serra, 1891, 20-385).

También describe distintos tipos de "evangelistas". Uno de ellos es Angel Peláez, obrero tabacalero, fervoroso emigrado (4-419); asimismo lo es Michelet, "evangelista del amor" (7-125), y su gran amigo Manuel Mercado, quien en una ocasión le corrigió un escrito en francés "con dulzura de evangelista" (20-76). No obstante, el vocablo alcanza su más alto tono cuando se refiere a los luchadores sociales norteamericanos Henry George, John Swinton, Louis Post y Terence Powderly, que

...van de pueblo en pueblo, atentamente oídos... No predicán estos nuevos evangelistas a la ciega... Estos son santos nuevos, que van por el mundo cerrando puertas al odio (11-18, 19).

7. Apóstol-Apostolado

Profusamente citados en la Biblia, estos términos equivalen en los textos novotestamentarios a "discípulo", "embajador", "ministro" y "profeta". De este modo se les llama a los doce primeros seguidores de Jesús, seleccionados para ser testigos de su vida, de su muerte y de su resurrección. En consecuencia, encargados de proclamar el Evangelio: las buenas noticias de liberación a toda la humanidad.

Una característica de estos hombres era su extracción popular, desde los más diversos oficios y ocupaciones. Ninguno pertenecía a la clase letrada, la de los escribas y fariseos, considerados prominentes en el mundo religioso judaico. Un caso atípico es el de San Pablo, que sí procedía de los ilustrados, y era, además, ciudadano romano. Convertido a la fe cristiana después de perseguir tenazmente a sus fieles, se transformó en uno de su más esforzados y abnegados paladines. Después de la revelación luminosa en el camino de Damasco, era capaz de argumentar: "¿No soy yo un apóstol? ¿No he visto yo al Señor Jesús?" (I Corintios 9:1), e insiste al comienzo de sus cartas: "Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios".

Tras la reprobación de Judas, traidor a su Maestro, los apóstoles dieron pruebas numerosas de su fidelidad al Señor resucitado, pues iniciaron una obra misionera que transformó al mundo, y en ningún caso posterior se produjo una deslealtad.

Por el contrario, muchos de ellos pagaron con sus vidas la entrega total a su fe y a su comisión.

Los términos que comentamos provienen del idioma griego, de las actividades comerciales desplegadas en el Mediterráneo. *Apostoleus* se llamaba al intendente de una flota de barcos, y *apostolé* se traduce por alejamiento, partida, marcha, expedición, misión, envío, lanzamiento, de donde deriva que el *apóstolos* es alguien expedido con una misión, y navega en cumplimiento de la misma. Esta proyección original de la palabra se refleja tanto en los escritos del Nuevo Testamento como en las crónicas y cartas de Martí. Sin embargo, no hay razón para adjudicarle una exclusividad religiosa. Lo importante aquí es la tarea promocional específica, para la que hay que viajar con ese propósito, o facilitar los caminos para que otros se desplacen con igual misión.

Los escritores del Nuevo Testamento, tanto los evangelistas como el colector de datos históricos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, así como los autores de numerosas cartas, especialmente San Pablo, aplican esta palabra de uso corriente en el tráfico mercantil a los que eran llamados a una misión trascendental y salvífica. Hay también hombres en la vida política, social y cultural de los pueblos que se destacan por un apasionado afán de servicio y sacrificio a una causa excelsa, y por razón de ella viajan, proclaman, debaten y sufren, mientras que abandonan todo otro interés personal. La mayor parte de las veces son los grandes solitarios de la Historia, a los que hoy admiramos y amamos.

En el caso específico de José Martí, cabe citar lo que de él escribió el doctor Eusebio Hernández cuando se encontraron en Nueva York en 1894:

Vino a verme Martí en seguida: estaba envejecido, mal vestido, algo abandonado en su persona, como que había abandonado todos sus negocios y economizaba el dinero de las recolectas como un avaro sus millones. Martí no hablaba más que de Cuba, de la inmediata revolución...

Sin embargo, en tiempos recientes se ha impugnado el epíteto *apóstol* en relación con Martí, y se han producido diversos criterios al respecto. No hay desvirtuación ni desdoro en afirmar que Martí fue un apóstol, pues nadie le supera en su condición de Embajador de Cuba irredimida, viajero infatigable por la patria, Enviado Plenipotenciario (Delegado) del Partido Revolucionario Cubano ante la emigración dispersa y ante los guerreros desesperanzados, "intendente" —aun después de muerto en batalla— de la flota expedicionaria que llevó hombres y armas en apoyo a las fuerzas de liberación en Cuba.

En medio de sus peregrinaciones y agonías, Martí escribió en cartas y artículos, y pronunció en discursos, la palabra *apóstol*, que siempre se refiere al que desempeña una misión especialísima, al que apasionadamente sirve, consagrado y sacrificado, una idea redentora. Y aun a los que no pudieron vertebrar sus sueños en una acción gloriosa, pero la anhelaron con pasión: “¿Quién no ha sentido —escribe— una vez al menos en la vida, el beso del apóstol en la frente, y en la mano la espada de batalla?” (5-105).

Según Martí, la justicia es el cimiento desde donde se levanta toda esta estructura de pasión, consagración y sacrificio, porque “...la justicia irrepresible bulle en el espíritu de los hombres de alma apostólica, y en los caracteres sencillos, que padecen y ven padecer por la falta de ella...” (MS-76), y admira “aquel espíritu tenaz y apostólico de los puritanos” (MS-7), que se refleja en los luchadores por los derechos nacionales de los norteamericanos de su tiempo, y en los postulados de la Orden de los Caballeros del Trabajo. Eufórico, hace saber a sus lectores de México cómo el movimiento obrero de los Estados Unidos aprovecha “la primera ocasión de exhibir su voluntad de poder en una seria contienda política.../y/ se precipita a pelear con ímpetu apostólico, con ala de águila, con júbilo de fe, por establecer su decisión e influjo” (MS-78), porque se trata de que “los trabajadores, partidarios de la nacionalización de la tierra, están a punto de sacar a su apóstol, Henry George, Mayor de la ciudad” de Nueva York (MS-80).

Como siempre sucede con estas grandes palabras teológicas, Martí las encaja briosamente en el forcejeo de su gran batalla independentista:

El Partido Revolucionario Cubano se fundó y prospera con el fuego intenso e indómito del apostolado, para allegar con orden y cariño, dentro y fuera de Cuba todos los elementos necesarios en la guerra de independencia a que va forzosamente un país cuya necesidad urgente de vida es mayor que las condiciones falsas, inestables y vergonzosas de la existencia que le crea una metrópoli floja y hostil (2-95).

Está bien claro: “con orden y cariño”, pero ello no admite descuidos, ni negligencias, ni apresuramientos indebidos, porque

Ni enojo ni suspicacia se ha de poner en el estudio de los problemas políticos de un país, ni es lícito llevar a ellos la misma fuerza angélica del apostolado, si no se la administra y disciplina con la serenidad de la razón (1-334).

En estas dos citas es evidente que Martí se refiere a su propia angustiosa situación como líder político que lleva a su pueblo a

la guerra: un apóstol del impulso animoso, y a la vez del freno previsor.

En el desempeño del apostolado político es muy riesgosa la invitación al freno, porque generalmente está determinada por elementos imponderables, o por realidades inescapables. Por ejemplo, la escasez del número de combatientes:

Los corazones apostólicos, que van por el mundo como médicos de almas, curando las llagas sociales, son muchos menos... que los que viven conforme a los usos del mundo y a sus intereses y preocupaciones (3-27).

Hay todavía otro factor a considerar, más sutil y penetrante: "¡Ay, que las leyes históricas no las tuercen, ni el espectáculo del apostolado ni las querellas desgarradoras del martirio, ni los febriles ímpetus del genio!" (5-104). Ninguna de estas dos observaciones de Martí invita a la decepción y al derrotismo: sólo al reconocimiento de coyunturas históricas y al análisis de fenómenos sociológicos.

Martí se hace enfático al afirmar —en días tan tempranos como los de 1877— que ama la tribuna: "la amo ardientemente, no como expresión presuntuosa de una locuacidad inútil, sino como una especie de apostolado, tenaz, humilde y amoroso..." (7-109); y en 1885 que

...se es responsable de todo mal que se sabe y no se remedia: es una pereza criminal, es una culpabilidad pasiva que sólo se diferencia en grado de la culpa de hacer: el apostolado es un deber diario y constante (10-32).

Para culminar en 1892 con un elogio a la "juventud apostólica" de Tampa y Cayo Hueso, quienes, "en competencia donde todos fueron vencedores", mostraron que son capaces de "vaciar unos en otros, como los metales afines que van ligando la joya en el crisol" (4-300). Estas citas son todo un programa de apostolado eficaz: el reconocimiento del poder de la palabra honrada en la tribuna digna, la sacralidad de la honesta pasión patriótica, y la solidaridad que es indispensable en la acción conjunta por un objetivo redentor.

El más sostenido uso que hace Martí del término que analizamos (expresado o implícito), está relacionado con el movimiento de rescate y uso racional de la tierra, encabezado por Henry George con su libro *Progress and Poverty*. Martí encabeza el tema con dominio pleno, escribiendo sobre tarifas, libre cambio, capitalismo y proteccionismo, para concluir con esta afirmación sobre la política en los Estados Unidos: "Acá, como en casi todas partes, pueden todavía más los intereses que las justicias" (11-17), pero "la tierra es santa", por lo que "han de vigilar mucho

los países que tienen tierras: mientras más pronto las pongan a salvo, mejor" (Ibid.). Esta batalla por la tierra está "en manos de apóstoles":

George, Swinton, Post, Powderly, puestos en la tarea gloriosa de volcar sin sangre el mundo humano sobre quicios mejores, van de pueblo en pueblo, atentamente oídos, enseñando la manera de conquistar por la acción inteligente y compacta una existencia de labor segura, donde la casa y el pan del trabajador no sean una limosna. No predicán estos nuevos evangelistas a la ciega. No se han aprendido de memoria un texto de reforma. Cada mal sugiere su propio remedio. Han deducido su texto original de sus males originales, y con la fuerza entusiasta y contagiosa de todo lo genuino, acomodan su propaganda a la reforma que intentan. Estos son santos nuevos, que van por el mundo cerrando puertas al odio. Ven venir el huracán y lo van guiando. Como método, usan la paz. Como fin, ven que la tierra no niega nunca al hombre lo que ha menester, y quieren que la tierra se administre de modo que su producto sea repartido equitativamente entre todos los hombres. De esta idea central, que ha encanecer antes de la victoria, surgen las reformas previas porque se ha de llegar a ella...

Estos apóstoles creen, pues, que ha de ponerse coto a la alianza ilícita entre las empresas y los representantes que, en nombre de la nación, dan a las corporaciones la riqueza de la tierra, por el interés de la parte de ella que les ha de ser devuelta, en forma de acciones o de lo que las valga, en pago de su voto: ¡de su robo!

Estos apóstoles, George, Swinton, Post, Powderly, creen que la nación, que es el nombre de estado del guardián de la propiedad común, no puede dar en dominio la tierra que es de todos, y es para todos necesaria, sino en arrendamiento o en préstamo, y sólo para los usos nacionales. Creen estos apóstoles que, puesto que el suelo público ha de llegar a ser del pueblo que en él vive, mientras menos se vaya dando de él, menos costará luego sacarlo de las manos de los que por cohecho o astucia se fueron alzando con los dominios públicos (11-18, 19).

Así, el término apóstol, que con nueva savia usan los autores bíblicos, y también Martí, deviene por ellos un vocablo riquísimo, con perpetua vigencia. No sería desacertado que se llamara apóstoles a los revolucionarios de nuestro tiempo, ni que en los seminarios teológicos latinoamericanos, donde se forman sacerdotes y pastores, se incluyera un curso de ética martiana.

8. Culto

Por regla general se acepta que la finalidad del culto es establecer y manifestar, mediante símbolos y ritos, una relación

de mutuo entendimiento entre el hombre y la divinidad, “una especie de circuito de fuerzas místicas y vitales, indispensable tanto a los dioses como a los hombres” (R. Martin-Achard). Es también una ocasión de encuentro feliz entre los que pertenecen a una comunidad de adorantes, que puede fácilmente convertirse en una fuente de energías espirituales.

Las prácticas religiosas, a pesar de su gran número y de su diversidad, tienen siempre semejanzas notables. Es posible detectar ritos gemelos en creencias nada parecidas, en ocasiones igualmente importantes: el nacimiento, el arribo a la pubertad, la muerte, el día y la noche, el ciclo de las estaciones del año, el curso misterioso de los astros, y muchas más.

El mundo bíblico no escapa a esa ley común. Los cultos que se describen en las Escrituras presentan trazos muy semejantes a los de las ceremonias paganas. Israel también posee días sagrados, lugares santos, festividades anuales (siega y vendimia), sacrificios de inciensos y sahumerios, animales puros e impuros, y otros signos rituales. Hay innegable correspondencia entre las costumbres litúrgicas del pueblo de Dios y las de los pueblos vecinos para con sus dioses. Hasta los gestos y las palabras pueden ser iguales.

Sin embargo, el espíritu que motiva y anima es totalmente distinto. Entre los hebreos se usaba la misma palabra para tres acciones: trabajo, servicio y culto. No hay separación alguna, en la literatura hebrea, entre las faenas diarias y la adoración a Dios. Desde los primeros capítulos de la Biblia se observa que van estrechamente unidos el trabajo manual y el culto a Dios. Porque el culto es una integralidad, que no está limitado a ciertos gestos rituales o a ceremonias religiosas, ya que debe abarcar todas las esferas de la vida. En su presente acepción —estrecha y limitada— la palabra *culto* designa apenas una pequeña parcela del servicio que debe a Dios el pueblo creyente, pues en verdad *toda* la existencia humana debiera ser un acto de culto.

Rendir culto a Dios, en la interpretación hebreo-cristiana, es, primariamente, entenderse con Alguien, con una Persona, no con una emanación de la Naturaleza, ni con una fuerza cósmica, ni con una idea racional o moral, sino con su ser vivo y activo que entra en la Historia de los hombres y forma para sí un pueblo singular, cuya finalidad es servir al mundo por amor al ser humano. Dios escoge los lugares, los tiempos y los medios para la realización de este servicio, lo que constituye la razón primordial del culto, y el más profundo motivo de felicidad para el creyente.

El error de los israelitas, y posteriormente el de la Iglesia Cristiana (¡trágico conflicto entre Dios y “su pueblo”!) ha sido el de querer atar a Dios a determinadas ceremonias, objetos, días

especiales, lugares, dogmas, personas, jerarquías... ¡y todo para gloria y conveniencia de los hombres! Por medio de fiestas religiosas espléndidas, de generosas ofertas de caridad, y de repetidas ceremonias pietistas, se autoadoran los hombres, se rinden culto a sí mismos.

Los profetas del siglo VIII señalaron airadamente este divorcio entre la finalidad del culto y las liturgias de los adorantes, que olvidaron el concepto de *servicio*, de compromiso social. Por ejemplo, Isaías:

El Señor dice: "¿Para qué me traen tantos sacrificios? Yo estoy harto de sus holocaustos... de grasa... y de sangre... Yo no soporto las fiestas de la gente que practica el mal... aunque hacen muchas oraciones y no las escucho: tienen las manos manchadas de sangre. ¡Lávense, límpiense, aparten de mi vista sus maldades, dejen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien, esfuércense en hacer lo que es justo, ayuden al oprimido, hagan justicia al huérfano, defiendan los derechos de la viuda! (Isaías 1:11-17).

Por su parte, Jesús ratifica la denuncia de Isaías y anuncia el cambio que se habrá de producir ya terminada su misión redentora:

Llega la hora, es ahora mismo, cuando los que de veras adoran al Padre lo harán de un modo verdadero, conforme al Espíritu de Dios. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo de modo verdadero, conforme al Espíritu de Dios (San Juan 4:23, 24).

En la "Carta a los romanos" hay una apelación y una definición que mucho nos ayuda a comprender el alcance del término:

Así que, hermanos míos, les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como ofrenda viva, consagrada y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer (Romanos 12:1).

Martí reconoció el culto honesto rendido por algunos cristianos militantes, tales como Francisco de Paula Vigil, el peruano amado que "necesitó el culto... sin tacha y sin error, culto vago y tenaz de suave esperanza y de resignado sufrimiento... y se hizo templo en Tacna" (6-313). Y porque era "amante de la ciencia y del estudio", "melancólico y austero, a quien toda la comarca tenía como santo", fue "perseguido tenacísimamente por los secuaces de la doctrina ultramontana" y se vio obligado a tomar "hábitos más prácticos", y "ni a su pluma ni a su palabra dio

descanso en la difícilísima tarea de devolver a todo un pueblo abrumado el respeto y la confianza propia", "reanimando a los débiles... dando ejemplo con sus virtudes, dando vigor con su palabra". "Lima entera ha acompañado a la tumba a aquel que vive más después que ha muerto" (6-314).

De pocos hombres escribió Martí páginas tan hermosas y sentidas como de Cecilio Acosta, el insigne venezolano: "Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso" (8-155).

La Iglesia le cautiva... y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez; bebe vida espiritual a grandes sorbos (8-156).

Todo esto, escribe Martí, no le impide ser "un grande hombre práctico", y para ello estudió Derecho, para "asegurar" y "refrenar" a la vez. "El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás, no lo es nada en bien propio". Y Martí le agradece que escribiera sobre temas para él fundamentales:

De América nadie ha dicho más: "pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos". Ni de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas". Ni del cristianismo: "el cristianismo es grande porque es una preparación para la muerte" (8:159).

Un hombre así, amplio y eficaz, por práctico, rehuía "el culto seco de un aspecto del hombre", y "se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla..." (8-160). En fin,

...Post vio y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vio por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil... Sirvió a la Tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres y a su honra... Pudo ser Ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza... De pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse: profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo... Pudo pasearse como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol... ¡Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas! (8-164).

Otro prominente cristiano, esta vez de los Estados Unidos, pastor de la Iglesia Congregacional (una rama del protestantismo), Henry Ward Beecher, mereció especial mención de Martí, porque

...introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la Naturaleza... y anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del Universo (13-36).

Pasando por sobre las limitantes de Beecher, afamado orador de la década de los ochenta, Martí lo admira por la aplicación de su credo, porque "puso al servicio de la campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía" (13-35), y en consecuencia, fue "defensor enérgico de los colonos que se resistían a permitir la esclavitud en el Estado", y "hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia", y provocaba risas y burlas porque

...cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; ¡y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla! (13-39).

También gustaba Martí de su teología heterodoxa y colorista porque predicaba que

...el mejor modo de servir a Dios es ser hombre libre y cuidar de que no se menoscabe la libertad. El no creía en la caída de Adán; el hombre estaba cayendo siempre; la divinidad se estaba revelando sin cesar; cada nido es una nueva revelación de la divinidad; los domingos deben ser alegres; el mundo no pudo haber sido hecho contra lo que revela su propio testimonio (13-39).

Además, no enseñaba más que "sobre el amor de Dios y la dignidad del hombre, con abundancia de símiles de la Naturaleza...", "...descubriendo en todos los credos dignos del hombre el amor a éste en que todos se reúnen..." (13-40, 41). En fin, que Beecher:

Grande ha sido, porque fustigó sin miedo a su pueblo cuando lo creyó malvado o cobarde; y, para extirpar de su país la esclavitud del hombre, hizo a su lengua himno, a su iglesia cuartel, y a su hijo soldado. Grande ha sido, porque la Naturaleza le ungió con la palabra, y aunque la usó en un oficio que apoca y estrecha, nunca la puso de disfraz de su interés, ni engañó con ella a los hombres, ni le recortó jamás las alas.

Grande ha sido, porque, como el cielo se refleja en el mar con sus luminares y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa del derecho, se reflejó en él como era: amigo del hombre ciclópeo. Grande ha sido, porque, criado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la alegría, el orden de la libertad y la ventura de la muerte (13-43).

Como para asentar un fundamento doctrinal, Martí escribe desde México en 1875:

El culto es una necesidad para los pueblos. El amor no es más que la necesidad de la creencia: hay una fuerza secreta que ahneda siempre algo que respetar y en qué creer. Extinguido por vetura el culto irracional, el culto de la razón comienza ahora. No se cree ya en las imágenes de la religión, y el pueblo cree ahora en las imágenes de la patria. De culto a culto, el de todos los deberes es más hermoso que el de todas las sombras... Las fiestas nacionales son necesarias y útiles. Los pueblos tienen la necesidad de amar algo grande, de poner en un objeto sensible su fuerza de creencia y de amor. Nada se destruye sin que algo se levante. Extinguido el culto a lo místico, álcese, anímese, protéjase el culto a la dignidad y a los deberes. Exáltese al pueblo; su exaltación es una prueba de grandeza (6-195).

En este "culto a la dignidad" se involucra decididamente a hombres reconocidos como dignos por sus grandes servicios a nobles causas, tales como Máximo Gómez: "...este hombre... que podría descansar satisfecho de su obra, abandona su comodidad presente, deja una familia que le rinde culto de adoración..." (4-334, 335); Benito Juárez: "El pueblo es siempre bueno y agradecido; así se explica el culto religioso que México entero, y los obreros especialmente, tributan a la memoria del gran Benito Juárez" (7-87); Morazán y Bolívar: "Morazán... a quien los centroamericanos rinden un culto semejante al que todos los hijos de Hispanoamérica rinden a Bolívar" (23-84). Este sentimiento abarcador se hace más vivo cuando se trata de la Revolución Cubana que él alienta:

...la guerra nace desde sus arranques con... carácter de gobierno y durabilidad, y con... igual respeto a las exigencias del culto y a la justicia con el humilde (4-128).

Y es lo primero este año... proclamar que nunca fue tan vehemente ni tan tierno en nuestras almas el culto de la Revolución... y este culto a la Revolución, que sería insensato si no lo purgase el conocimiento de sus errores, nos ha traído... fe cordial y serena (4-259-260).

Por tanto, "de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad del corazón que nos manda ostentar, por sobre nuestras cabezas, el culto de los que murieron por nosotros... el culto de los que supieron inmolarse" (4-239). No obstante, su voz alcanza su más alta y profunda resonancia cuando proclama: "Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre" (4-270).

Hay cultos despreciables, como el del "vicio de la riqueza, contra el que han de pelear los pueblos prósperos. Ríndasele menos culto. Póngase sobre ella el culto de las virtudes que la atenúan" (12-64); y el del deporte de los puños, cuando es cruel y despiadado: "Da frío, ver criarse a un pueblo entero en el culto de la fiera" (MS-45).

Hay cultos que educan y benefician, como el de la poesía de Pedro Castera: "Este libro es la forma de un culto, es el desenvolvimiento de una idea constante" (6-375); o como el que preconiza Oscar Wilde, quien "quiere que el arte sea un culto, para que lo sea la virtud" (9-223).

Para todos los cultos respetables, Martí demanda libertad y amplio espectro:

Se ha de permitir que todos los cultos salgan a la luz, para que los sancie el aire y los depure, mientras que, si se les compele a no salir del corazón, adquieren allí fuerza de templo y color de bandera, y acumulándose la actividad comprimida, estalla al fin en guerras. No puede suprimirse ningún factor humano (11-155).

En consecuencia, "es preciso sustituir el servicio incondicional de un culto solo por el respeto a todos los cultos que la ley ampara y reconoce, sin que respetarlos a todos implique odiar a alguno" (14-229).

9. Vida-Muerte-Otra Vida

Cuando en el Antiguo Testamento se habla de *vida* en la persona humana, la referencia permanece en el sentido concreto y material de la existencia, sin pretender ofrecer respuestas abstractas a planteamientos teóricos sobre el destino del hombre, o en torno a una filosofía de su ser.

La palabra hebrea *néfesch* conlleva la idea de alma (de *anima*, aquello que vive), y no en el exclusivo sentido espiritual y místico que muchos le confieren, por lo que muy bien pudiera traducirse "vida". Esta palabra contiene primariamente la idea de unidad en el ser vivo. No se hacen distinciones entre la vida física, la

intelectual y la espiritual. Se refiere al ser humano en su totalidad: una unidad que no puede ser quebrantada.

Por la palabra *vida* también se transmite la idea de movimiento, de acción; aún más, de plenitud, de intensidad, de perfección. Vivir significa no solamente existir: es además reencontrar la vida, revivir, restaurar las fuerzas vitales cuando han sido debilitadas por alguna dolencia o por la muerte. Por ello se asocia a la abundancia, a la prosperidad, a la felicidad. Vivir una "larga vida" no se refiere sólo ni siempre a los muchos años, sino a una saciedad de bienestar.

La plenitud de vida, según los textos veterotestamentarios, no puede ser lograda fuera de la órbita de Dios. La vida es un don de Dios, por su gracia, a los que le aman y obedecen. Yavé es el Dios de la vida, el "Dios vivo". Varios epítetos lo pregonan: "el árbol de la vida", "el camino de la vida", "el manantial de la vida", "el libro de la vida", "la luz de la vida".

A la noción de vida que ofrece el Antiguo Testamento, el Nuevo añade otras avenidas, dilatando sus fronteras. En ello intervienen dos hechos portentosos: la resurrección de Jesús y la presencia del Espíritu Santo en los creyentes. Jesús mismo puntúa definidamente: "Yo he venido para que ustedes tengan vida a plenitud". "El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá".

Tanto en un Testamento como en el otro, la vida y la muerte no son consideradas como fenómenos inseparables, sino naturalmente sucesivos. Pero la referencia no es primordialmente científica, sino de las relaciones del ser humano con Dios, a la luz de la fe. No se niega que es indispensable comer, beber y respirar para vivir, sin embargo se declara que la vida depende enteramente de Dios, quien la da y puede quitarla, lo que está determinado por el uso que el hombre y la mujer hagan de su vidas, de las cuales son responsables ante el Creador, juez de vivos y muertos.

Una evolución se produjo en el pensamiento hebreo-cristiano cuando las bendiciones prometidas no arribaban indefectiblemente en el momento en que se las deseaba y esperaba, por lo que la plenitud de vida se fue trasladando lentamente al porvenir, al "día del Señor", a la vida "eterna". Esta apareció como un sueño idílico, donde no habrá enfermedades, ni sufrimientos, ni pecado, ni muerte: será más bien el reino de la justicia, la paz y la alegría. Claro que la vida "eterna" no significa una duración infinita de la existencia humana, sino que se refiere a una plenitud que se inicia aquí, en esta tierra, y continúa aún después de la muerte física, en alguna forma, en otra vida. Jesús afirmó rotundamente: "En que cree en mí, tiene vida eterna". San Pablo la llama "la vida venidera". Así, la otra vida es una realidad

presente que se traslada al futuro con la muerte, la que de este modo se torna resurrección y liberación.

El evangelio (recordemos: "buena noticia") de la muerte y la resurrección de Jesucristo es una "palabra viva", una "palabra de vida", una "simiente incorruptible" que produce la regeneración de los creyentes, quienes por el bautismo comienzan a vivir una "novedad de vida", y constituyen "una nueva creación", por lo que se inician en la "vida eterna" antes de producirse la muerte física. Esta no se visualiza con espanto y angustia, porque "nada nos podrá separar del amor de Cristo, ni la vida ni la muerte", dice San Pablo, y estar definitivamente con Cristo "es mucho mejor".

Tales son —en apretada síntesis— los postulados bíblico-teológicos sobre este tema de nuestro interés. Desde la perspectiva martiense, muchas de estas ideas tienen validez y aplicación, aunque no dentro de la misma esfera conceptual. Es evidente la influencia de los textos bíblicos en Martí al expresar sus enfoques, matizados a la vez por tintes neoplatónicos. A la luz de este reconocimiento, es posible afirmar que Martí predicó y practicó el culto a la dignidad plena de la vida, y creyó en la exaltación que se cumple con la muerte, así como en la "otra vida", la "vida futura".

En consecuencia, y porque él no estableció una tricotomía, sino una interfertilización, vamos a trabajar en ocasiones con los tres términos simultáneamente, aunque en otras nos convendrá seguir el orden que él mismo propone en su apología de George Washington De Long, científico norteamericano que se propuso explotar el polo norte y encontró la muerte en el empeño, junto con sus compañeros de expedición:

Vida: Llevaba siempre en los ojos una pregunta, y andaba siempre buscando en los libros una respuesta.

Muerte: ¡Tal vez lo sabe ahora todo, debajo de la nieve!

Otra Vida: Han de seguir viviendo los que mueren: pues ¿qué es el hombre, sino vaso quebrable del que se desbordan, fragantes y humeantes, esencias muy ricas? (9-304).

Lo anterior fue escrito para *La Opinión Nacional*, periódico de Caracas, en 1882. Dos años más tarde, en *La Nación* de Buenos Aires, vuelve sobre el tema:

Morir es lo mismo que vivir, y mejor, si se ha hecho ya lo que se debe... Horas antes de morir, llegada la hora del rezo protestante, recitaron a medias, ya exhaustos, y no por miedo,

sino por leal práctica, los oficios del culto... Han traído, como si fueran templos, esos cadáveres desde las nieves boreales; mas, ¿dónde están los cirios apagados? Un clérigo ha tenido para estos hombres una frase hermosa, aunque pueril: "Dichosos los que asen la guirnalda de la fama, aunque sea con la mano helada de la muerte"... "Reposan en la gloria" dice con frase vieja otro clérigo. No reposan: ¡se esparcen! No se es hombre: se es fuerza, se es Naturaleza. Se han devuelto, crecidos, a la eterna alma humana (10-24, 25).

Siempre teniendo como trasfondo la muerte —culminación y nuevo destino—, Martí define y delimita la vida:

Esta mañana abrí un libro, un libro de una mente sana, y leí: *Life is a humbug!* Pero vengo aquí [a un lugar donde hay "árboles frescos"] y veo que no es verdad. La vida es inspiración, la vida es fraternidad, la vida es estímulo, la vida es virtud (22-81, 82).

El fin de la vida no es más que el logro difícil de la compensación y conciliación de las fuerzas vitales. Puesto que tenemos voluntad, criterio e imaginación, sírvannos los tres: la imaginación para crear, el criterio para discernir y reprimir la voluntad (6-369).

Es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra (8-153).

Si mi vida me defiende, nada puedo alegar que me ampare más que ella. Y si mi vida me acusa, nada podré decir que la abone. Defiéndame mi vida (1-292).

Contestaré acabando de limpiar mi vida, si no está bien limpia ya, de todo pensamiento o culpa que me impidan el servicio absoluto de mi patria (1-405).

Atúrdete haciendo bien, que es ya para nosotros el modo de vivir: sirve, vigila y perdona (3-183).

Esta última orientación contiene un término que en Martí es señal de sabiduría y discernimiento: la vigilancia. Ya leímos sus admoniciones en relación con el hombre y su conducta, por lo que no se puede ser extremadamente candoroso, y hay que estar avisados:

Todo lo sé de la vida: lo grande y lo feo. Pero sé y confío (3-234).

Aborrezco las falsedades de la vida, y sólo amo a quien tiene el valor de vivir en el agradecimiento y la verdad (1-295).

Amar sobre todo, confiar y desdeñar, ésa es tal vez la verdadera vía de la vida (20-61).

El que no sabe despreciar la vida, no la merece (22-89).

Con fecha 24 de abril de 1880, Martí escribió una carta a Miguel Viondi, en la que le informa:

Tengo pensado escribir, para cuando me vaya sintiendo escaso de vida, un libro que así ha de llamarse: *El concepto de la vida*. Examinaré en él esa vida falsa que las convenciones humanas ponen enfrente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola, y ese cortejo de ansias y pasiones, vientos del alma (18-290).

Y en uno de sus apuntes sobre libros que proyectaba para el futuro, aparece la vertebración temática de dicho libro, con frases guiadoras:

El concepto de la vida es éste: distinguir la vida postiza de la natural; lo que viene en el hombre, de lo que le añaden los hombres que han venido. Sopretexito de completarlo, lo interrumpen. La tierra es hoy una vasta morada de disfrazados... Las convenciones creadas deforman la existencia verdadera, y la verdadera vida viene a ser como corriente silenciosa que corre dentro de la existencia aparente, como por debajo de ella, no sentida a veces por el mismo en quien hace su obra sigilosa... Urge libertar a los hombres de la tiranía de la convención, que tuerce sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío y falso (18-290).

Si se toman seriamente en cuenta estas internas agonías, se pueden comprender los instantes de dudas y desalientos —infrecuentes en Martí, pero muy reales— que tiñeron ocasionalmente de pesimismo sus empeños de lograr vidas virtuosas y conciencia patriótica en cada cubano.

¿Pues qué sé, si después de treinta años de amar con desinterés, estudiar con ahínco, comparar sin pasión y vivir con sinceridad, no sé siquiera si mi vida es la consecuencia de mis propios actos, o si la capacidad de hacerlos sólo me ha sido dada para ayudar con ellos a una voluntad resuelta que guía, dispone e impone mi vida? (22-176).

¡Dios mío, y pensar que estos tumultos bárbaros del pecho caben todos en un grano de arena! ¡Oh, qué hermoso debe ser el término de la vida! Dan tentaciones de mirar como a un puñado de cenizas las cosas de la tierra, y de sacudirse todos los accidentes de la vida de los hombres, como un manto de polvo (22-125).

La vida humana, en fuerza de las estrecheces morales a que condena, va perdiendo cada día a mis ojos grandeza y significación. ¿Qué existencia es ésta, donde singulares dotes para

hacer el bien, y decidida voluntad de hacerlo, no bastan a hacerlo? ¿Donde condiciones causales de coloración y atmósfera deciden de la trascendencia y utilidad de las más nobles fuerzas humanas? ¿Donde la ausencia de todos los vicios, y el amor ferviente y la práctica de todas las virtudes, no bastan a lograr la paz del alma, ni a dejar tras de sí —por el placer inmenso de hacer bien, no por la pueril vanidad de alcanzar fama— una huella visible y durable? (21-246, 247).

Sorprendente y todo, resulta más inefable y esperanzadora la perspectiva martiana de la muerte, quizás por lo que lleva escondida en raíces, retoños y frutos. El 27 de noviembre de 1891, en recuerdo de los estudiantes cubanos fusilados veinte años atrás en La Habana, Martí lanzó en Tampa su discurso conocido por "Los pinos nuevos", con su magnífica semblanza de la muerte:

Otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida... Allá, por sobre los depósitos de la muerte, aletea, como redimiéndose, y se pierde por lo alto de los árboles, la luz que surge invicta de la podredumbre. La amapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas. El árbol que da mejor fruta es el que tiene debajo un muerto... Del semillero de las tumbas levántase impalpable, como los vahos del amanecer, la virtud inmortal, oreca la tierra túmida, azota los rostros viles, empapa el aire, entra triunfante en los corazones de los vivos: la muerte da jefes, la muerte da lecciones y ejemplos, la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida... (4-283, 284).

La muerte más gloriosa es la que rinde tributo a la patria, y por ello Martí entona su cántico de alabanza el 10 de octubre de 1889:

Un himno nuevo siento en mi alma, tan bello que sólo pudiera ser el de la muerte, si no fuese el que me anuncia, con hermosura inefable y deleitosa, que ya vuelven los tiempos de sacrificio grato y de dolor fecundo en que al pie de las palmas que renacen, para dar sombra a los héroes, batallen, luzcan, asombren, expiren, los que creen, por la verdad del cielo descendida sobre sus cabezas, que en el ser continuo que puebla en formas varias el universo, y en la serie de existencias y de edades, asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres. Muramos los unos, y prepárense, los que no tengan el derecho de morir, a poner el arma al brazo de los soldados nuevos de nuestra libertad. De pie, como en el borde de una tumba, renovemos el juramento de los héroes (4-244).

Y así continúan los discursos de las grandes fechas de la patria, incidiendo siempre sobre el mismo y fascinante tema de la muerte:

¡Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: 'fuiste mi hijo!' ¡No hay más gloria verdadera que la de servirte sin interés, y morir sin manchas! (4-224).

Juntos vimos... la sublimidad envidiable de la muerte por la redención del hombre y la independencia de la patria. Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad... (4-325).

...el lamento infecundo de los que no saben que cada muerto es una raíz y cada vivo es un peleador, o la elocuencia deshonrada por los que disimulan con ella la verdad, y sirven con ella su interés, o el discurso desdeñable y hueco, pueril y vegonzoso, de los que no saben, en la hora creadora de la muerte, ponerle a la palabra el pensamiento que le exige, y el espíritu que unifica, y el machete que pelea (4-336).

Para muchos cubanos eminentes tuvo Martí, a la muerte de aquéllos, palabras justas y durables. De José María Heredia:

Ya estaba, de sí mismo, preparado a morir; porque cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación que la nutren, devora a quien la posee (5-171).

De Alfredo Torroella:

¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!... nuncio de libertad, te hemos robado un hijo! ¡Digno era de ti, pero nos hace falta! Calientanos su fuego, anímanos sus cantos, suavízanos su amor, fuerzas nos da su indómita energía... ¡Muerte, muerte generosa, muerte amiga! ¡ay! ¡nunca vengas! (5-88,89).

De Cayetano Soria:

...los que le vieron vivir acudían a declarar, ante el sol, que había vivido bien: y los acompañó a la tumba un pueblo entero. ¡Allá, en el frío de la sepultura, debe arropar al muerto el cariño de las manos que vinieron a dejarlo en la tierra!: y cuando no se ha merecido, por la generosidad en la riqueza, o por la honradez en la pobreza, el amor de los hombres, el muerto debe sentir mucho el frío! (4-416).

No puede evitar Martí la expresión convencida de una constante persistencia de la conducta humana en un digno final:

La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida: truécase en polvo el cráneo pensador, pero viven

perpetuamente y fructifican los pensamientos que en él se elaboraron... viértanse sobre la tumbra las flores tristes de este solitario arbusto, y asciendan en aromas hacia la que adelanta por las sendas de la muerte, que es una forma de la vida... (6-420, 422, 423).

...cada cual, al morir, enseña al cielo su obra acabada, su libro escrito, su arado luciente, la espiga que segó, el árbol que sembró. Son los derechos al descanso: ¡triste el que muere sin haber hecho obra! (9-63).

La muerte no debe ser penosa para los que han vivido bien, ni para los que les conocían de cerca las virtudes (5-464).

Hombre honesto, Martí supo reconocer las heroicidades en las crisis históricas de los Estados Unidos, y las virtudes de sus grandes muertos. Cuando se refirió, como periodista, a las celebraciones por un aniversario más de la batalla de Yorktown, escribió:

De amar las glorias pasadas se sacan fuerzas para adquirir las glorias nuevas. ¡No hay flores más lozanas ni fragantes que las que nacen sobre la tierra de los muertos! (9-88).

Y también de cinco famosos nombres norteamericanos. Emerson:

Emerson ha muerto... La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo... La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver como se abre el cielo (13-17).

Peter Cooper:

La noche es la recompensa del día. La muerte es la recompensa de la vida... Póstrase la tierra con justicia a ver morir a un hombre que ha sacado la túnica inmaculada de su paso por el ejército de fieras (13-48).

Wendel Phillips:

Dolerse no es preciso de su muerte, hecho usual y sencillo que debe merecerse con una clara vida, esperarse en calma y recibirse con ternura (13-63).

Ulises Grant:

...no hay como verse cerca de la muerte para aprender a ser humilde... el silencio es el pudor de los grandes caracteres: la queja es una prostitución del carácter. Aquel que muere sin que le haya llegado su hora, muere en calma, que en alguna

parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo (13-79, 88).

James Garfield:

Un mártir es como padre y como hermano de los hombres en cuyo beneficio muere... ¡Oh, qué misterio! Vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos, ¡dulce premio! (13-199, 202).

Por claras razones, Martí afincó su pensamiento en la hora ineludible de su propia muerte, relacionándola con el sacrificio final y gozoso por su patria. Aunque tanto escribió sobre la muerte, cuando se trata de la suya propia su estilo se carga de originalidad, de inesperada luz.

Desde 1892 en adelante, cuando el compromiso político se había vertebrado en una poderosa organización, y se hacía inminente el inicio de la "guerra necesaria", en la que él anhelaba morir, sus imágenes se agudizan, y se desborda su intimidad: "Los muertos no son más que semilla, y morir bien es el único modo de continuar viviendo" (1-427), y más tarde insiste: "La tumba, abierta como un surco, llama a la semilla" (2-251). Cuando participa del hermoso espectáculo de miles de cubanos en el destierro que proclaman su adhesión a la república, y se disponen a sacrificarse por ella, Martí exclama: "¡Parece hora de morir, de tanta belleza" (1-432), y a la vez escribe a Gonzalo de Quesada: "Cuando uno va a morir, tiene miedo de ser desamado" (1-401). Y otra confesión, sólo para su *Cuaderno de apuntes*: "¿Qué es esto, que me penetra, y como bálsamo suave, dulcemente en mí se esparce? ¿Gozo de la tierra, o proximidad de la muerte?" (21-170). A su gran amigo Poyo le hace saber:

La única gloria verdadera del hombre... estaría en la suma de servicios que hubiese... prestado a los demás. Lo que ciega a los hombres, y los hace llegar tarde, o demasiado pronto, es la preocupación de sí. Yo, ya sé cómo voy a morir. Lo que quiero es prestar el servicio que puedo prestar ahora (3-226).

En el mismo tono, a Estrada Palma: "Es Manuel carta viva, y él le contará mucho de mí, porque me ha visto vivir, y morir más, en estos días... En todo lo de mi persona cederé, y ya la doy por muerta..." (4-86, 87). Y a su hermano de Santo Domingo, Federico Henríquez Carvajal, con evidente desgarramiento de espíritu:

Lo menos que puedo yo hacer... es encarar la muerte... De vergüenza me iba muriendo... cuando creí... que pudiera llegar a convencerme... de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida (4-110).

En su poesía, nunca ajena a la delicadeza y a la ternura, Martí también se abre al dramático contrapunto de la muerte:

Voy a una casa inmensa en que me han dicho
que es la vida expirar.
La patria allí me lleva. Por la patria
morir es gozar más (17-27).

Y tú, Muerte, hermana del martirio,
amada misteriosa
del genio y del delirio,
mi mano estrecha, y siéntate a mi lado...
¡Oh gloria, infausta suerte,
si eso inmenso es morir, dadme la muerte (17-34, 40).

Y cuando en brazos de la muerte hermosa,
de la humana existencia la medida,
dicen los miserables que reposa,
y yo sé que prosigue allí la vida;
el musgo, la oropéndola, las flores
que brotan de esta tierra, nunca fría,
son besos, son suspiros, son amores:
¡muertos que están amando todavía! (17-51)

Allá, cuando se muere, todavía
vive el que yace abandonado y muerto;
le habla la tierra que lo cubre; el día
le dice los murmullos del desierto.
Le cuenta el triunfo de la patria amada;
le habla del brillo de la patria estrella;
y cubierto de tierra aprisionada
se siente el muerto palpar bajo ella (17-112).

En consecuencia, el temor a la muerte es una insensatez, no obsante "nadie tiene el derecho de morir" mientras le quede una tarea por realizar. En ocasión de la muerte de Manuel Acuña (México, 1876), Martí escribe estas palabras retadoras:

Sufre el leño su muerte, e ilumina; y ¿más cobarde que un leño,
será un hombre? A él le queda por ceniza la ceniza: a nosotros
el renombre, la justicia, la historia, la patria, el placer mismo de
sufrir: ¿qué mejor sepulcro y qué mayor gloria? Cerrada está a
las plantas la superficie de la tierra: abrirla es violarla: nadie
tiene el derecho de morir mientras que para erguir la vida que

le dieron le quede un pensamiento, un espanto, una esperanza, una gota de sangre, un nervio en pie. Para pedestal, no para sepulcro, se hizo la tierra, puesto que está tendida a nuestras plantas (6-369).

Cuando ya nada más tiene que decir sobre la muerte de otros, Martí retoma la angustia —y a la vez el bálsamo— de su propia muerte, de modo más incisivo cuando es inminente el inicio de la guerra, o durante la guerra misma. En una carta a Rafael Serra (1891) le confiesa que “la impotencia” en que se ve “para hacer todo el bien que pudiera” lo tiene “padeciendo, como ahora, de un apetito desordenado de la muerte (20-385)”. Y en otra a Fermín Valdés Domínguez le asegura: “Créeme que jamás, acaso porque la tenga ya a la mano, se ha sentido tan cerca de la muerte tu hermano José Martí” (3-248). Al mismo Fermín, en el mismo año: “Sudo muerte, pero vamos llegando” (4-167). A José María Izaguirre: “Yo voy a morir, si es que en mí queda mucho de vivo. Me matarán de bala, o de maldades” (3-194). A su fiel Poyo: “Yo, ya sé cómo voy a morir. Lo que quiero, es prestar el servicio que puedo prestar ahora” (3-226). A Serafín Sánchez: “Ni vivo, ni viviré, hasta acabar” (3-244).

En su artículo “Los pobres de la tierra” (*Patria*, 24 de octubre de 1894), tan colmado de religiosidad que semeja una homilía, Martí finaliza con esta gozosa exclamación: “¡Qué placer será la muerte, libre de complicidades con las injusticias del mundo, en un pueblo de almas levantadas!” (3-305). Desde esa fecha y esa declaración, vive “montado en un relámpago”. Escribe a Maceo: “Si nos volvemos a ver vivos, será para asegurar la libertad que hayamos conquistado a Cuba, o para acabar de conquistarla, plena y conforme a toda la justicia” (3-444). Desde Santo Domingo escribe a Tomás Estrada Palma que Manuel (Mantilla) “es carta viva, y él le contará mucho de mí, porque me ha visto vivir, y morir más —en estos días” (4-86). E insiste: “En todo lo de mi persona cederé, y ya la doy por muerta” (4-87), porque “me muero de vergüenza, en cuanto tengo un solo instante que ocultar la verdad” (*ibid.*). Justamente a un mes de haber estallado la guerra en Cuba, desde Montecristi, escribe a Federico Henríquez y Carvajal: “Lo menos que... puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte...” (4-110), y esta idea culmina en las patéticas palabras que siguen: “De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora” (4-111).

En efecto, era su hora. El 19 de mayo de 1895, sobre su caballo blanco, y disparando un revólver contra el enemigo español, cayó en tierra cubana su hombre más completo y eficaz, no sin antes

hacerle saber a su amigo Manuel Mercado, el destino final de su vida y de su muerte:

...yo estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso... Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David (20-161).

En su trabajo ya mencionado "El poema del Niágara" —prólogo de un libro con el mismo título, escrito por el poeta Juan Antonio Pérez Bonalde (1882)—, Martí se propone desgarnar los pensamientos del poeta sobre la vida futura, y lo hace con tanta convicción y pasión, que descubre su propio pensamiento:

¡No! ¡la vida humana no es toda la vida! La tumba es vía y no término... Sale el hombre de la vida, como tela plegada, ganosa de lucir colores, en busca de marco; como nave gallarda, ansiosa de andar mundos, que al fin se da a los mares. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva. La vida humana sería una invención repugnante y bárbara, si estuviera limitada a la vida en la tierra... Del sufrimiento, como el halo de la luz, brota la fe en la existencia venidera (7-236,237).

Durante ese mismo año de 1882 Martí escribe en *La Opinión Nacional*, de Caracas, que "los hombres están viviendo como si la vida se acabara con la muerte, y es necesario tener piedad de ellos, para que no se aterren luego, y decirles que la vida no se acaba" (15-267, 268). Lo cual reafirma al referirse a la muerte del admirado mexicano Lerdo de Tejada: "Hasta muertos, dan ciertos hombres luz de aurora" (20-145), y con gran bondad y ternura lo expresa en carta a su amigo Manuel de Jesús González:

Mi muy querido Manuel:

No le es dable a un hombre tenerlo todo en este mundo: no se puede tener buen corazón, buena compañera e hijos vivos. Pero la muerte ha sido al fin bondadosa, llevándose al que había echado menos raíces. Nadie muere, y su mujer no debe llorar. Cada día verá ella a su hijo más hermoso.

Una casualidad me conmueve en esta muerte, y es que los hijos de los dos amigos caen a un mismo tiempo. ¿Por qué no los ponen juntos, a que se lleven a la otra vida lo que tenían, que sus padres están dando en ésta? La gracia y el ejemplo de su compañía les hará menos trabajoso el paso por la vida venidera. No irán al camposanto las dos criaturitas sin su amigo José Martí (20-393).

Otra modalidad de la vida futura la expresa Martí en uno de sus "Cuadernos de apuntes", cuando se refiere a los grandes cubanos de la Guerra de los Diez Años:

Morir no es nada, morir es vivir, morir es sembrar. El que muere, si muere donde debe, sirve. En Cuba, pues, ¿quién vive más que Céspedes, que Ignacio Agramonte? Vale y vivirás. Sirve y vivirás. Ama y vivirás. Despídete de ti mismo, y vivirás. Cac bien y te levantarás. Si mueres, vales y sirves (21-370).

Y en esta misma línea, en uno de sus Fragmentos:

Hay almas cadáveres. No se trabaja para el aplauso de los egoístas: se trabaja para la compañía futura de los mártires (22-159).

Para otros la muerte es fea y horrenda, pero Martí la ve con ojos de esteta:

La muerte final del ser: una eternidad de descanso resplandeciente; la forma humana es tan bella que no debe perderse —ni aun en el cielo— su correcta línea (22-74).

En un análisis crítico del libro *Evolución: índice de evidencia*, escrito por Robert C. Adams, Martí se afirma en sus tesis, aunque por el camino de las probabilidades:

Mucho interesa saber cómo se ha venido haciendo el mundo, aunque esto salta a la vista sin mucho esfuerzo de la naturaleza y de los ojos; pero interesa más saber adónde se va, puesto que a alguna parte se va, después de vivir (13-442).

Finalmente, entremos con Martí en la poderosa corriente de su poesía, donde la "otra vida" es tema recurrente. Seleccionamos de algunos poemas:

La madre está sentada:

Verdad que no es perdido

el tiempo ya vivido

—Y como de la tierra lo arrebató

la muerte en su sencilla edad de plata:

cuando torne ese espíritu en forma nueva,

¡volverá con la edad que ahora se lleva!—

No hay muerto, por bien muerto

que en las entrañas de la tierra yazga,

que en otra forma, o en su forma misma,

más vivo luego y más audaz no salga (16-306).

Y es que mi alma:

¡Sombra no más! Mentira es que el sepulcro
guarde lo noble de los seres yertos:
nada en el polvo ni en la cal se encierra:
pues mis ayes de amor están despiertos,
¡ha de haber otra vida y otra tierra
donde repondan a mi amor los muertos! (17-90).

Flor blanca:

Pues qué, ¿me muero yo? Si yo concibo
la inmensa eternidad que no perece,
no muero nunca: eternamente vivo:
yo sé bien dónde el Sol nunca anochece (17-94).

Aves inquietas:

Las aves adormidas
que bajo el cráneo y bajo el pecho aliento
como presagios de futuras vidas,
aleteando con ímpetu violento
despertaron ayer... (17-117).

Capítulo V

Nueva religión, nueva iglesia

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva!

Revelar... la ley ineludible, la razón triunfante, el porvenir seguro, la esterilidad de la precipitación, la reacción que acarrea la rebelión inculta, el triunfo definitivo de la calma activa, es ser caballero de los hombres, obrero del mundo futuro, cantor del alba, y sacerdote de la iglesia nueva.

Una iglesia sin credo dogmático, sino con ese grande y firme credo que la majestad del Universo y la del alma buena e inmortal inspiran, ¡qué gran iglesia fuera! ¡y cómo dignificaría a la religión desacreditada!

Esa es la iglesia nueva, que reemplaza a la que se va

José Martí

Aunque es un texto profuso, es necesario recoger íntegramente un *juicio* que es un fragmento de los papeles de Martí no publicados durante su vida, por la básica importancia que debemos concederle con carácter introductorio para este capítulo:

Hay en el hombre un conocimiento íntimo, vago, pero constante e imponente, de un *gran ser creador*: este conocimiento es el sentimiento religioso, y su forma, su expresión, la manera con que cada agrupación de hombres concibe este Dios y lo adora,

es lo que se llama religión. Por eso, en lo antiguo, hubo tantas religiones como pueblos originales hubo; pero ni un solo pueblo dejó de sentir a Dios y tributarle culto. La religión está, pues, en la esencia de nuestra naturaleza. Aunque las formas varíen, el gran sentimiento de amor, de firme creencia y de respeto, es siempre el mismo. Dios existe y se le adora.

Entre las numerosas religiones, la de Cristo ha ocupado más tiempo que otra alguna los pueblos y los siglos: esto se explica por la pureza de su doctrina moral, por el desprendimiento de sus evangelistas de los cinco primeros siglos, por la entereza de sus mártires, por la extraordinaria superioridad del hombre celestial que la fundó. Pero la razón primera está en la sencillez de su predicación, que tanto contrastaba con las indignas argucias, nimios dioses y pueriles argumentos con que se entretenía la razón pagana de aquel tiempo, y a más de esto, en la pura severidad de su moral tan olvidada ya y tan necesaria para contener los indignos desenfrenos a que se habían entregado las pasiones en Roma y sus dominios. Pura, desinteresada, perseguida, martirizada, poética y sencilla, la religión del Nazareno sedujo a todos los hombres honrados, airados del vicio ajeno y ansiosos de aires de virtud, y sedujo a las mujeres, dispuestas siempre a lo maravilloso, a lo tierno y a lo bello. Las exageraciones cometidas cuando la religión cristiana, que como todas las religiones, se ha desfigurado por sus malos sectarios; la opresión de la inteligencia ejercida en nombre del que predicaba precisamente el derecho natural de la inteligencia a libertarse de tanto error y combatirlo, y los olvidos de la caridad cristiana a que, para afirmar un poder que han comprometido, se han abandonado los hijos extraviados del gran Cristo, no deben inculparse a la religión de Jesús, toda grandeza, pureza y verdad de amor. El fundador de la familia no es responsable de los delitos que cometen los hijos de sus hijos. Todo pueblo necesita ser religioso. No sólo lo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo. Es innata la reflexión del espíritu en un ser superior, aunque no hubiera ninguna religión, todo hombre sería capaz de inventar una, porque todo hombre la siente. Es útil concebir un *gran ser alto*; porque así procuramos llegar, por *natural ambición*, a su perfección, y para los pueblos es imprescindible afirmar la creencia natural en los premios y castigos y en la existencia de otra vida, porque esto sirve de estímulo a nuestras buenas obras, y de freno a las malas. La moral es la base de una buena religión. La religión es la forma de la creencia natural en Dios y la tendencia natural a investigarlo y reverenciarlo. El ser religioso está entrañado en el ser humano. Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud. Las injusticias humanas disgustan de ella; es necesario que la justicia celeste la garantice (19-391, 392).

Declaraciones como ésta —y las que le siguen sobre una posible visita del Papa “a América”, y un vuelco de la Iglesia “al

campo moderno", en lenguaje popular y pedagógico, fácilmente digerible— constituyen los crisoles originarios del pensamiento martiano sobre la "nueva religión" y la "nueva iglesia".

Comienza Martí por reconocer en el hombre "un conocimiento íntimo, vago, pero constante e imponente, de *un gran ser creador*". Y allí se detiene. Es una expresión elemental del deísmo típico del siglo XIX, sin embargo no significa en Martí una confesión, porque ya conocemos otros costados de sus enfoques, desglosados en un capítulo anterior. Desde esa perspectiva deísta —referida intencionadamente— se deriva un dictamen acerca del "sentimiento religioso" y de "la religión". Esta última es "la manera con que cada agrupación de hombres concibe este Dios [el '*gran ser creador*', que ahora tiene nombre genérico] y lo adora", es decir, conjunción de teoría y práctica, doctrina y culto. Ratifica: "la religión está en la esencia de nuestra naturaleza", y deduce: "por eso, en lo antiguo, hubo tantas religiones como pueblos originales hubo".

Mi primer comentario está basado en el hecho de que la palabra *religión* como tal (con el significado que generalmente se le adscribe), no es una voz esencial del vocabulario bíblico-teológico. Sólo en dos ocasiones se menciona, y en ninguno de los casos se aplica a la fe cristiana. En *Hechos* 26:5 el apóstol Pablo se refiere con este término a la secta farisaica del judaísmo, a la cual él perteneció antes de su encuentro con Cristo. El apóstol Santiago, en su "epístola universal" (capítulo 1, versos 26, 27), la utiliza primero en forma despectiva —"religión vana"—, refiriéndose a los llamados "religiosos" que no refrenan su lengua y "engañan su corazón", y entonces postula una "religión pura y sin mácula: asistir a los huérfanos y viudas en su tribulación, y mantenerse inmaculados en el mundo". Martí se inclina a pensar de este modo cuando afirma que la religión no es más que la *forma*, la *expresión*, la *manera* de hacer saber que se tiene un conocimiento "vago" de un Ser que ejerce poderes sobrehumanos, observándolo todo con curiosidad desde una plataforma metafísica.

Hay quienes persisten en usar el término *religión* como si fuera el realmente apropiado cuando se trata de la *fe cristiana*, y aducen que ninguna como ésta para efectuar un *religare*, un "volver a atar", a restablecer el vínculo de relación amorosa entre Dios y el ser humano. No obstante, la raíz de la palabra religión es *religio*, de *relegere*, releer, repasar. En suma, que Martí observa que hubo "religión" dondequiera que los hombres sintieron la necesidad de *algo* o *alguien* que estuviera por sobre ellos, o fuera de ellos, a lo que llamaron de muy distintos modos, y que se sintetiza en una palabra: *dios*, o *dioses*. Esto significa que era muy fácil en la antigüedad producir o inventar religiones, y sigue

siéndolo hoy. Desde un vaso de agua sobre un aparato de radio, o un objeto con una historieta *sacralizada*, o unas marcas "milagrosas" en el cuerpo, hasta la adoración a un hombre como Adolfo Hitler, o la utilización de medios altamente tecnologizados para hacer aparecer figuras de "santos" y "vírgenes" por doquiera, todo ello es parte de un mismo afán de crear religiones y religiosos, siempre con un propósito de dominio y lucro.

De aquí que sea muy inapropiado llamar "religión" a la *fe cristiana*, porque ésta no depende del esfuerzo del ser humano por buscar e inventar *algo* o *alguien* superior ("un clavo ardiendo de donde agarrarse en una gran necesidad"), sino de la iniciativa del Dios único y verdadero en buscar y encontrar al hombre en el acto de su creación, en su compartir responsabilidad con el Creador, en su misión de trabajar por servir al otro ser creado y vivir en paz con él, en su plenitud de vida y esperanza. Todo ello mediante el hecho Cristo. Esto no es una religión, sino una *revelación* de Dios a la que el hombre responde con gozo, en espíritu de hermandad y solidaridad.

Sin embargo, Martí —quizás por conveniencia didáctica, o por no concederle categoría de "Verbo hecho carne" al hombre célebre de la Palestina del primer siglo— escribe sobre "la religión de Cristo", "la religión del Nazareno", "la religión de Jesús": una tarea ineludible, porque "ha ocupado más tiempo que otra alguna los pueblos y los siglos". Lo qué sigue pudiera haber sido escrito por cualquier militante de la fe cristiana: "la pureza de su doctrina moral", "la entereza de sus mártires", "la extraordinaria superioridad del hombre celestial que la fundó", "la sencillez de su predicación", "la pura severidad de su moral". Consecuencia lógica:

Pura, desinteresada, perseguida, martirizada, poética y sencilla, la religión del Nazareno sedujo a todos los hombres honrados, airados del vicio ajeno y ansiosos de aires de virtud; y sedujo a las mujeres, dispuestas siempre a lo maravilloso, a lo tierno y a lo bello.

Martí establece una periodización que abarca como aceptables en esta "religión" sus cinco primeros siglos. Más fácil nos sería comprender su tesis si sólo incluyera el primero, y quizás el segundo. De todos modos, denuncia en el cristianismo primitivo una desfiguración —"como todas las religiones"— debido a "exageraciones", "opresión de la inteligencia" y "olvidos de la caridad cristiana". Estos desvíos, aclara de inmediato, "no deben culparse a la religión de Jesús, toda grandeza, pureza y verdad de amor", sino a "los delitos que cometen los hijos de sus hijos". Con anterioridad había contrastado las otras religiones —sus "indignas argucias, nimios dioses y pueriles argumentos"— y la

tan distinta religión de Jesús, pero a la vez censura a "los hijos extraviados del gran Cristo".

Por último, descubre que "todo pueblo necesita ser religioso", y que "la moral es la base de una buena religión". Y sentencia: "Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud". Este final subraya un sentido ético preciso, lo que es en Martí constante preocupación, y a lo que da valor primario.

Martí muestra una gran honestidad cuando enfrenta este asunto al reconocer el "sentimiento religioso" y las diversas "formas" en que éste se expresa como "adoración", hasta culminar vertebrándose en "religión", lo que constituye "la forma de la creencia natural en Dios y la tendencia natural a investigarlo y reverenciarlo". En cuanto a la imperfecta comprensión martiana de la fe cristiana, no podemos reprocharle su repulsión a lo visible institucionalizado —la religión y la Iglesia—, porque en su momento de experiencia personal histórica —la segunda mitad del siglo XIX— mostraban su costado más corrupto y degradante, ya que se habían asociado acríticamente a la prepotencia peninsular y a la explotación de los pueblos colonizados, y aprobaban tácitamente "los indignos desenfrenos a que se habían entregado las pasiones de Roma y sus dominios".

El que hemos tratado de interpretar y de analizar en un texto elemental, escrito probablemente con un propósito didáctico para hombres de instrucción elemental. Hay otro más elaborado y actualizado, producto de la dolorosa experiencia vivida por Martí en relación con el sacerdote católico Edward McGlynn, y vaciada en una crónica para *El Partido Liberal*, de México, escrita en julio de 1887:

Queda aquella poesía innata en el alma, más exigente mientras menos culta, y a cuya actividad involuntaria o torpe dan pueblo alado y regocijo hecho los mitos religiosos, o aquellos símbolos, enriquecidos con lo que la mente levantisca añade o forja, y en los que el que mira de prisa cree ver a Dios, cuando lo que está viendo lo es de veras, porque es el hombre. Por eso, porque nacen de la esencia del alma y se fabrican naturalmente de sus elementos, perduran, entre los cultos como los salvajes, las religiones...

Las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra no se llevan un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo. Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios (11-242, 243).

Teniendo como punto de partida lo que hay de creatividad humana en la forja de religiones, Martí utiliza dos términos que

hoy nos son muy familiares: *mitos y símbolos*. No hay duda alguna de que en los textos de la fe judeo-cristiana estos elementos han tenido cabida, y también han sido "enriquecidos con lo que la mente levantisca añade o forja". Mucho de la literatura bíblica ha sido trasplantado —mediante transmisión oral— de otras literaturas orientales: solamente que en las Escrituras la persona del Dios de Israel actúa en los relatos como "un solo Dios", y en constante comunicación con el hombre, su colaborador. Un mito persa puede devenir un símbolo del poder y el amor de Dios en los escritos de la Biblia. Es conveniente darse cuenta de que a la literatura bíblica hay que conocerle su entraña simbolista para que sea efectiva en la vida y la conducta del creyente. En ese sentido podemos afirmar con Martí que "las religiones todas son iguales" en su origen: todas requieren de mitos y símbolos; y en su trayectoria: todas "prosperan por las mismas virtudes y se corrompen por los mismos vicios". Esto sucede también con la fe cristiana cuando se adultera y no pasa de ser una religión más entre otras.

¿Cómo explicar esta anomalía? Martí nos ofrece una vía de comprensión y análisis, mediante la inversión en tan árido tema de una palabra luciente y tierna, dispuesta para los más nobles propósitos de enriquecimiento espiritual: *poesía*

Las religiones, que en su primer estado son una necesidad de los pueblos débiles, perduran luego como anticipo, en que el hombre se goza del bienestar final poético que confusa y tenazmente desea. Las religiones, en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente; fuera de la vida, son la poesía del mundo venidero: ¡por sueños y por alas los mundos se enlazan!: giran los mundos en el espacio unidos, como un coro de doncellas, por estos lazos de alas. Por eso la religión no muere, sino se ensancha y acrisola, se engrandece y explica con la verdad de la naturaleza y tiende a su estado definitivo de colosal poesía (11-243).

De momento pudiera inquietarnos este salto del pasado al futuro, sin referencia al presente. La poesía del pasado —la de los "mitos" y los "símbolos"— se traslada "como anticipo" a "un bienestar final poético": "las religiones, en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía". Es por ello que "la religión no muere", sino que "se ensancha y acrisola", hasta alcanzar "su estado definitivo de colosal poesía".

Dada la coyuntura histórica en que se produce esta declaración (la batalla de los católicos neoyorquinos por un cura, el padre McGlynn), no desconcierta un tanto esta ensoñación, este idealismo etéreo. No obstante, si se tiene en cuenta el realismo habitual en Martí, pienso que el vínculo poesía-religión tiene por

base el poder creador de la inteligencia y la voluntad humanas, la *poiesis*, que Martí proclama enfáticamente con reiteración, y que es fuente de constante practicidad. La poesía es lo que proporciona "el deseo y la fuerza de la vida", y "la poesía de la libertad, el culto nuevo".

Con estas premisas asentadas, estamos listos para iniciar ya un estudio particular de las dos grandes ramas en que se divide la cristiandad: el catolicismo y el protestantismo; esto es, la concepción martiana, basada en su experiencia de observador honesto y de analista sagaz.

1. El catolicismo

Para ubicarnos correctamente, no podemos olvidar que Martí vive y recibe instrucción religiosa en un ambiente de rancio catolicismo durante su niñez y su pubertad, por lo menos hasta cumplidos sus quince años. Esta experiencia permaneció en él y se reflejó en su ancho y hondo panorama existencial y en sus escritos, tanto los de loa como los de censura. En ocasiones destella el relámpago de un recuerdo vago, que desaparece de inmediato, porque prefiere no conservarlo: las palabras del "padrenuestro", la forma de búho de la iglesia del paseo, el sombrero de teja de un cura malo. Son generalmente remembranzas ingratas.

Ya con una mayor maduración de juicio, pero todavía joven, Martí viaja a España, donde permanece varios años como estudiante, y posteriormente, graduado en filosofía y en jurisprudencia, se traslada a México, Guatemala y Venezuela, donde ejerce como profesor y periodista. En estos países observa críticamente el desarrollo y la práctica del catolicismo como religión mayoritaria y autoritaria. Durante su estancia en México escribe para la *Revista Universal* (8 de junio de 1875) lo que sigue:

La religión católica tiene dos fases que merece cada una peculiar consideración. Es doctrina religiosa, y es forma de gobierno; si aquella es errónea, no es necesario combatirla; cuando el error no está sostenido por la fuerza y la ignorancia dominantes, el error por sí propio se deshace y cae: hay en el ser humano una invisible y extraordinaria fuerza de secretos, buen sentido y razón, y si la religión católica desconfía de su fuerza, a pesar de su sobrenatural origen; si, a pesar de ser divina, tiene miedo de los hombres; si para dar al hombre la conciencia de sí mismo, quiere quitarle los medios de conciencia; si la religión de la dulzura se convierte en la cortesana de la ambición y de la fuerza, este ser propio de que se nos quiere desposeer se levanta herido; este ser que tiene libre el pensamiento no quiere que se haga hipócrita su voluntad; el concepto humano se rebela; la

fuerza común se alza contra la fuerza tiránica; la paz de todos contra la insaciable ambición de algunos; y la religión de la libertad común y el racional albedrío propio contra la dominación absorbente y la fiscalización y el encadenamiento de la conciencia (6-226).

Con estos criterios por fundamento, no debe sorprendernos que Martí escriba en México uno de sus más encendidos artículos de juventud. Dos villas de Michoacán fueron robadas e incendiadas por presuntos católicos, es decir, por bandidos y criminales de profesión que eran amparados por dirigentes católicos. Familias inocentes sufrieron el ultraje y la muerte, y Martí, encrespado, denuncia el hecho vandálico y "la victoria de la religión": "matando hombres, saciando infamias que una pluma honrada no comenta, e incendiando pueblos para mayor prez y honra de la humildísima causa de Dios".

¡Infames! Pero, ¿no se avergüenzan los católicos mexicanos de acudir para defenderse a estos bandidos prófugos de cárceles, a estos hombres capaces de toda vileza, a los que no comenten un solo acto que no pueda condenarse con arreglo a la ley común? ¿Qué Dios villano es ese que estupra mujeres e incendia pueblos? ¿No sienten repugnancia de sí mismos los que a tales medios acuden para tentar los últimos esfuerzos de su desesperación y su criminal piedad? ¿Qué, el silencio ante los crímenes puede ser arma honrada en provecho propio? ¿Qué, a un hombre honrado le es dado aprovecharse de los crímenes ajenos, protegerlos, alimentarlos, absolverlos, dirigirlos, fundar en ellos una esperanza vergonzosa, esos que no tienen ya valor de defender sus doctrinas por sí mismos? (6-220).

Desde la trinchera de su periódico, Martí arremete contra las publicaciones que callan ante la barbarie, o se solazan en referir los hechos deshonorosos:

Pero hablen los periódicos católicos; tenga uno de ellos la imprudencia de proteger a esa malvada rebelión; prohije a estos hombres; vindique sus actos; aplauda estos incendios; predique esta guerra. Se está con ella o contra ella; se condenan los crímenes o se cometen; se reprueban los incendios o se aceptan. ¿Qué hacen los periódicos católicos? Lo que hacen en todos los tiempos: vestirse con el manto de piedad; bajar a tierra estos ojos humanos que se han hecho para mirar de frente a todo; disimular bajo sus vestiduras negras las iracundas palpitaciones de su corazón, y ocultar con la sombra de sus hábitos la sonrisa que, ante los malvados que desolan una comarca fertilísima, se dibuja con regocijo en sus labios contraídos por la satisfacción y silenciosos (*ibid.*).

También en tierra mexicana, en Guanajuato, se produjo un incidente de muy distinta índole, porque tan pronto como tomó posesión de su cargo un nuevo gobernador, mostró "aficiones clericales, expresas... por la fundación de una capilla católica, por la asistencia a actos públicos religiosos, y por otros detalles..." Martí pregunta:

...¿quién puede desconocer cuántas heridas están abiertas, cuántos males están palpitantes, cuántos elementos dañosos hay en la constitución de nuestro pueblo por el dominio y afán absorbente de la doctrina católica?

Y sentencia:

Un gobernador puede tener simpatías íntimas por un culto determinado; pero cuando acepta el cargo de gobernador, sobrado difícil para que todos los entiendan y lo cumplan, acepta con él la Constitución y leyes adicionales que el cargo representa: prohíben estas leyes la contemplación predilecta a culto alguno: la ley no asiste a los actos religiosos, porque la ley es el Estado; el Estado no puede tener principios religiosos, porque no puede imponerse a la conciencia de sus miembros, y el funcionario que lo representa, que es el Estado en cuanto es su funcionario, como el Estado ha de ser indiferente, como él no puede expresar determinada tendencia religiosa; porque no cabe la atención especial a una en aquél que tiene el deber de atender de igual manera a todas (6-297).

Varios años después, cuando escribe sobre la educación en Colombia, sigue esta misma línea de pensamiento:

...si se dice que la educación de las escuelas normales es corruptora porque no es católica, decimos que católica es la educación de las clases altas europeas, que, con excepciones raras, viven en espantoso desconcierto de espíritu...

Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica; o no es el honor virtud que cuenta entre las religiosas, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada. Eso sí, implacablemente honrada. Ni es lícito a un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría de su país puesta en duda, ni ofender una religión que desde que el educando la acata, en libre uso de su juicio, es ya un derecho. ¿O es tan de humo y tan hueca la religión católica que, con el estudio de la Naturaleza y la enseñanza de las virtudes humanas, se venga abajo? ¿o está, acaso, contra estas virtudes, que teme de ellas? ¿o ha venido ya a tan poco que, sobre ser doctrina divina, y, por tanto, eterna, como afirman los que la mantienen, ni con el prestigio de la tradición, ni con el influjo que en las iglesias solemnes y

encendidas ejerce en la imaginación y sentidos, ni con el espanto que con la amenaza de la condenación suscita en las almas, de enseñar en las escuelas de niños y niñas su culto a todos aquellos cuyos padres lo soliciten, puede esta obra de siglos sustentarse? (7-416).

Una experiencia más directa fue la vivida por Martí en Guatemala. Leamos cómo la resume en frases angustiadas, sedientas de justicia. Guatemala, "que batalla en forma de república contra la constitución pastoral que dejó España, y mantuvo el clero, por quien España perdura en América..." Guatemala, "con sus hogares generosos donde crecen juntos en el patio el jazmín del Cabo y la bondad en el corazón, sin más cizañas que las pasiones de la religión falsa..." (7-182). Guatemala, donde "cada indio... deja un *medio* piadoso en el infatigable plato católico: ¡absorbe tantos ahorros de los pobres pueblos!" (7-131).

El elogio escrito por Martí del periodista ecuatoriano Federico Proaño —quien "para los enemigos del albedrío del hombre, y de su franco empleo en América, no tenía más que uña y diente"— contiene palabras insólitas:

No podía él vivir sin la letra impresa. Todo, hasta el pecado, por el pensamiento libre. Corona a la idea, no coronilla. Quien desame la mala religión, la despótica e intrusa, hasta el derecho tendrá de pagarle la pluma: ¡esos son los servicios de la guerra! (8-258).

La otra cara de esta moneda, lo que la completa y le da validez suma, es la siguiente declaración del mismo artículo:

Venérese a los hombres de religión, sean católicos o tarahumaras: todo el mundo, lacio o lanudo, tiene derecho a su plena conciencia: tirano es el católico que se pone sobre un hindú, y el metodista que silva a un católico. Hállenos de escudo suyo el criollo a quien se impida negar, y el católico a quien se impida afirmar. El hombre sincero tiene derecho al error (8-257).

Podría esperarse una visión martiana muy distinta del catolicismo en los Estados Unidos, no obstante su experiencia aquí fue también muy amarga, porque pronto se percató de la hipocresía que lo sustentaba. He aquí cómo se origina y desarrolla:

...en hombros de los emigrados irlandeses, en quienes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos en tiempos pasados fueron los caudillos de su independencia, y porque los conquistadores normandos e ingleses les han atacado siempre a la vez su religión y su patria... El cura irlandés

fue la medicina, la almohada, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda...

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes de Irlanda llegaban durante él... Esos fueron los cimientos del catolicismo en estos Estados: los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta sin estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; desdeñando a la gente humilde, a quien debía su establecimiento y abundancia, levantó reales la Iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común a las gentes de súbito engrandecimiento y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste de las condiciones sociales, para presentarse ante los ricos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus podía refrenar la marcha temible de los pobres, manteniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que ha de saciarse su sed de justicia, para que así no sientan tan ardientemente el deseo de saciarla en esta vida (11-142,143).

Los escritos de Martí señalan hacia el catolicismo norteamericano como el autor de una nueva corrupción: la de la política electoralista. De este modo, Sherman y Blaine "pasan por católicos", "que es cosa excelente para llevarse el voto de la religión" (12-454). Y George Wilbur Pek, quien logro que se conociera su nombre escribiendo libros de cuentos para niños,

...ha sido electo gobernador de Wisconsin, que es una mala elección, donde el asiento le ha de quemar como brasa viva, porque promete al gentío extranjero del Estado, a la escoria católica de húngaros y rusos, que les enseñará en las escuelas en la lengua de cada uno, criando así naciones diversas dentro de su nación, y a los católicos les hará dotar, de los fondos públicos, las escuelas de su religión (12-478).

Dos anotaciones en el *Cuaderno de apuntes* No. 1 son durísimos reproches al catolicismo. El primero se refiere al celibato de los sacerdotes, que es "necesariamente inmoral":

La naturaleza ha prescrito una ley, ineludible, como todas las suyas. La religión católica impone a sus apóstoles la inobservancia precisa de esta ley. Si religión es la manifestación clara de Dios en la tierra, si es Dios que crea y que manda y hombre que adora y obedece, ¿cómo es natural, cómo es legítima religión que manda al hombre que se rebele contra el precepto de su

Dios? Más claro: ¿cómo es natural religión que se rebela contra la naturaleza? ¿cómo es legítima religión que se alza contra la Ley? (21-16, 17).

El segundo reproche es más bien un responso:

El catolicismo fue una razón social. Aniquilada aquella sociedad, creada otra sociedad nueva, la razón social ha de ser distinta, el catolicismo ha de morir. Ha vivido ya demasiado, ha tenido la osadía de vivir más que Matusalén. Hay, sin embargo, entre ellos alguna diferencia. Matusalén tenía un alma, un alma que le ha sobrevivido, un alma inmortal. Y al catolicismo no le queda siquiera este consuelo... el catolicismo muere, como murió la mitología, como murió el paganismo, como muere lo que un genio humano crea, o halla, y la razón de otro genio destruye, o reemplaza (21-28, 29).

Esta segunda cita de los "apuntes", tan llena de ironías y desaires, ha de ser contrastada a otra en la que el catolicismo no muere, sino que es él quien aniquila. En el drama en verso que ya conocemos sobre la independencia de Guatemala, Martí afirma:

Que hoy el catolicismo, padre Antonio, del cristianismo es muerte y es deshonra (18-148).

Esta aseveración se repite en su exaltación de Francisco de Paula Vigil, que es también una condenación de

...el hábito del dominio, mantenido por errores, ambiciones y soberbias. Esto es lo católico de Roma, y Vigil era lo justo y lo cristiano. La forma atrevida y corrompida desconoce la esencia pura que ha abrumado y ha roído. El cristianismo ha muerto a manos del catolicismo (6-313).

Cuando Martí usa el término "cristianismo", no resulta difícil determinar si se refiere a la *cristiandad* (conjunto de creyentes en un país, o en una más vasta región, organizados bajo una estructura eclesiástica) o a la *fe cristiana*, cúmulo de experiencias, convicciones, principios, que retroalimentan espiritualmente a los fieles. Si es lo primero, es posible entender su desazón, su angustia y sus apetencias. Ansía —y se evidencia su lucha por alcanzarlo— la desaparición de los dogmas y de la acción maléfica vestida de ropaje religioso. Coincidimos todos en que esto debe desaparecer. Pero cosa muy distinta es la posible muerte de la fe cristiana como una consecuencia del pecado —tómese esta palabra en la dimensión martiense que ya hemos estudiado— de los que se hacen llamar seguidores de Cristo. Esto —desde la perspectiva de la fe misma— jamás habrá de suceder. El factor alienante del

pecado humano está previsto y comprendido dentro de la esfera del quehacer vivencial: una verdad contextualizada que Martí también enfrentó y asimiló valientemente. Y otra verdad comprobada durante dos milenios de hervores y bandazos: la fe —no así la religión, ni la iglesia— no está a merced de los errores u horrores de los hombres, ni de las instituciones, ni de los acontecimientos históricos, ni de las filosofías, ni de las ideologías. Aun refiriéndose al catolicismo como religión institucionalizada, Martí admite:

Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la Iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe (11-139).

Esto significa que cuando se analiza el catolicismo dentro del cristianismo, no puede hacerse aparte de la Iglesia, para bien o para mal. En 1881 escribe sobre Cecilio Acosta y reconoce:

La iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez; bebe vida espiritual a grandes sorbos (8-156).

Y siete años después escribe sobre Juan José Baz, "mexicano ilustre", también reconocido:

Para él eran pícaros todos los enemigos de la libertad. Cuando la Iglesia se negó a entregarle, un Jueves Santo, las llaves del templo, como símbolo del acatamiento del culto al Estado en que se practica, entró en el templo a caballo, y se llevó las llaves: ¡quien no escribe poema en América, es porque no conoce América! (8-199).

Contrastemos otros dos casos. Escribe sobre Eusebio Guiteras:

En su casa de patriarca humilde, al pie de la iglesia adonde iba a buscar de continuo, con la fe de la imaginación, el consuelo y reposo que escasean en la vida, ha muerto, lejos de su patria, el matancero amado, el maestro Eusebio Guiteras (5-270).

Y escribe sobre otro muerto ilustre, Federico Proaño, un realce de su batalla incesante contra la Iglesia:

Las autoridades se buscan y se ayudan: los de alma de amo se juntan: la iglesia, que bebe Málaga y se echa sobrinos, mantiene

a los volterrianos redomados que en público fungen de carmelitas y dominicos, para que con el consejo a las almas les ayude el clero, en premio del respeto y la paga de la oligarquía agradecida, a poder y mandar sobre las clases inferiores, ¡que ya serán iguales y felices en la claridad del cielo! Con estas desvergüenzas se ha estado gobernando a la América. Es necesario cambiar (8-257).

Hay para Martí dos pecados inadmisibles, imperdonables, de la Iglesia de Roma: el dogma que ciega y aherroja, y el abuso del poder, que degrada al hombre. Claro que estos pecados tienen de inmediato, y siempre, consecuencias políticas. En la España de 1881,

La casa del combate es ahora el Senado. De un lado se sientan los ministros revolucionarios, hojeando las leyes de reforma... De otro lado, con paso solemne, van a sus amplios sitiales, envueltos en sus ropas majestuosas, los grandes de la Iglesia, los arzobispos y obispos, los grandes de la monarquía... (14-264).

Y en los Estados Unidos de 1887, en un marco político y económico absolutamente distinto, la Iglesia es la misma, y debe ser emplazada:

¿Conque el que sirve a libertad no puede servir a la Iglesia? ¿Conque hoy, como hace cuatro siglos, el que se niega a retractar la verdad que ve, y que la Iglesia acata donde no puede vencerla, o tiene que ser vil, y negar lo que está viendo, o en pago de haber levantado en una diócesis corrompida un templo sin mancha, es echado al estercolero, sin agua bendita ni suelo sagrado para su cadáver? ¿Conque la Iglesia se vuelve contra los pobres que la sustentan y los sacerdotes que estudian sus males, y echa el cielo en la hora de la hiel del lado de los ahítos, y arremete con ellos, como en los tiempos del anatema y la flor del Papado, contra los que no hallan bien que las cosas del mundo anden de modo que un hombre vulgar acumule sin empleo lo que bastaría a sustentar a cincuenta mil hombres? ¿Conque la Iglesia no aprende historia, no aprende libertad, no aprende economía política? ¿Conque cree que este mundo de ahora se gobierna a cuchicheos y villanías, de barragana hedionda en rey idiota, de veneno en cuchillo, de calabozo en pica, de chisme en intriga, de augurio en excomunión, de complicidad en venta, como en los tiempos de Estes, Sforzas y Gonzagas? (11-241, 242).

Porque frente a las denominaciones protestantes y sus "iglesillas", que iniciaron sus trabajos con la misma raíz de la nación,

...ahora crece y prospera al modo compuesto y precipitado de una progresión geométrica, otra iglesia distinta que apoyada en los temores de los incultos a quienes aterra con el anuncio de la penitencia eterna y atrae con las solemnidades del rito, y en los mayores y distintos miedos de la gente poderosa, que empieza a ver con recelo la libertad política, como ocasionada a que se salgan al fin de madre los apetitos de la muchedumbre, cunde y se enseñocea, atrae a sí las sectas más autoritarias y, por tanto, abandonadas del culto protestante, crea universidades de Teología, prepara, para echarlo por sobre la nación como una red, un sistema de enseñanza religiosa, y echa al cielo impasible, rodeada de palacios, una catedral de mármol, más frecuentada y rica que todas las que proclaman el uso legítimo de la razón libre (10-156).

Martí, por su inteligencia avizoradora, percibió que el problema religioso en los Estados Unidos, "con ser el político tan interesante, no está sobre él, sino dentro de él", por "lo que viene de Europa": "las grandes hordas descontentas... que enseñan el puño cerrado"; y "la indiferencia religiosa, que viene de la omnímoda preocupación de la riqueza"; y "el pensamiento libre, que amenaza a la vez todas las formas de cultos". Presionadas las iglesias por estas realidades, se crea un "trascendentalísimo problema humano":

¿Se agruparán, más en espíritu y forma y la mayor parte en espíritu, todas las Iglesias, autoritarias por esencia, alrededor de la más autoritaria, mirada hoy como baluarte único contra la próxima arremetida social, o sensibles al fin al inminente peligro, ya por mucho tiempo descuidado, frente a la Iglesia Romana, y alguna hija cercana que se allegue; se congregarán, en enorme y arrolladora rebeldía, a una sacudida alarmada de ese espíritu del país, que parece ir de vencida, todas las Iglesias, desde el episcopalismo al abeceísmo, que mantienen el derecho inalienable del hombre al ejercicio de su propia razón?

¿Y cuánto problema secundario, cada uno considerable, arranca de éste? ¿La Iglesia Romana, al enseñorearse de un pueblo de prácticas más libres y gratas al hombre que las de otro alguno, se suavizará beneficiosamente con ellas, o se valdrá meramente de ellas para luego, ya segura de su dominio, cercenarlas? (10-156).

Ya sabemos de la pugna inevitable que se produjo cuando fue destituido de su curato, y más tarde excomulgado, el padre Edward McGlynn, sacerdote católico de Nueva York, y de las páginas encendidas que escribió Martí sobre tema tan apasionante. Como es entendible, en ellas se contienen sus más duros juicios sobre la Iglesia Católica. Así comienza la crónica escrita el 16 de enero de 1887:

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés a la lucha empeñada entre las autoridades de la Iglesia Católica y el pueblo católico de Nueva York, a tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal, si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una Iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. ¡Sí, es la verdad! Los choques súbitos revelan las entrañas de las cosas. De la controversia encendida en Nueva York, la Iglesia mala queda castigada sin merced, y la Iglesia de misericordia y de justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la Iglesia en el mundo moderno... Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república... (11-139).

Martí, periodista, es testigo celoso de los acontecimientos:

¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses? ¿Para qué estaban allí aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas? ¿Para qué estaban allí los hombres nobles de todos los credos, sino para honrar al santo cura, perseguido por el arzobispo de su Iglesia por haberse puesto al lado de los pobres?

...al "cura de los pobres", al que los aconseja sin empequeñecerlos desde hace veintidós años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su sueldo, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas a sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre espíritu al servicio ciego de los intereses mundanos e impuros de la Iglesia, al padre McGlynn! (11-140).

Ya descrito el personaje protagónico, colmado de virtudes, hay que enfrentar a los que quieren destruirlo, y por qué, puntuados por Martí en los decretos oficiales de una institución, la Iglesia, y en sus máximos representantes: obispo, arzobispo, Papa.

Porque McGlynn "ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra", porque

...ayudó en las elecciones magníficas de otoño a los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria, ¡su arzobispo le quita su curato y el Papa le ordena ir disciplinado a Roma! (11-141).

La estrategia de la Iglesia Católica en los Estados Unidos, donde era minoritaria, es revelada por Martí:

Todo lo osó la Iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por la alianza que les ofrecía para la protección de los bienes mundanos, y entre los políticos por la necesidad que éstos tienen del voto católico (11-143).

Y así creció en proporciones enormes la fuerza de la Iglesia en los Estados Unidos... (11-144).

A tal punto que

...el Arzobispo... ordena en carta circular a sus párrocos que apoyen la política de los logreros y rufianes determinados a venderlas [la política de las clases llanas].

¡Sólo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a las clases llanas, el padre McGlynn! (11-147).

En este punto de la historia Martí intercala sus propias reflexiones: "No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohíba expresarlo". Y continúa:

Si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito a sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres, ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre, ayudar a los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aun para hacerles bien en cosas no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias? ¿Quién peca, el que abusa de su autoridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmemente desde la cátedra sagrada a los que venden la ley en pago del voto que les pone en condición de dictarla, o el que sabiendo que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y lo ayuda fuera del templo como ciudadano?... ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su Arzobispo, que no es autoridad suya en política, y cura viene a ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del señor, porque se atreva a abogar con ternura por los desventurados? ¿O el cura ha de renunciar a tener patria? (11-148).

No cedió el padre McGlynn sus derechos ciudadanos, ni aceptó ir a Roma a recibir su castigo, aunque escribió una "sumisa" carta explicativa, pero el Papa, en respuesta "le arranca las vestiduras sacerdotales". Lo que sucede de inmediato es que "los católicos de Nueva York se alzan coléricos contra el Arzobispo, preparan juntas colosales, oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de curas y vicarios que el arzobispado tiene en gloria", y vindican "en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política" (11-148, 149). Esta primera crónica sobre el padre McGlynn finaliza con una denuncia indignada y un grito solidario:

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la República ha revelado! ¿Conque la Iglesia compra influjo y vende voto? ¿Conque la santidad la encoleriza? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohíbe a sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos; a no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la Iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase cómo se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿acompañando al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre? (11-150).

La segunda crónica sobre este mismo tema, ya excomulgado McGlynn, y publicada también el *El Partido Liberal*, de México, está fechada el 20 de julio de 1887. Es una mezcla de reflexión y de informaciones, así como de citas directas del sacerdote victimizado y de sus feligreses que lo vitorean. Es tanta su indignación, que Martí escribe como si él fuera un católico más que emplaza a sus máximos jerarcas:

¿Se puede ser hombre y católico, o para ser católico se ha de tener alma de lacayo? Si el sol no peca con lucir, ¿cómo he de pecar yo con pensar? ¿Dónde tienes tú escrita, Arzobispo; Papa, dónde tienes tú escrita la credencial que te da derecho a un alma? ¡Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya tenemos curas buenos que nos expliquen la verdadera teología, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué contratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del papado! (11-243, 244).

Hay momentos en la crónica cuando —sin entrecomillados ni exordios— no sabemos si habla McGlynn o habla Martí, porque las palabras y las ideas se atropellan y se vuelca un torrente de desahogos, en la búsqueda de la justicia:

¡Aprenda su fe el católico decoroso que no quiera ser burlado por los falsos ministros? ¿Que la fe es una librea? ¿Que ser católico es ser esclavo? ¿Que no se sabe en qué tratos mundanos están siempre los palacios de los obispos? No hay cuadro más mísero que el de esos ciegos que andan por el mundo de rodillas, cogidos de la fimbria de una sotana como los brahmanes que se asen, para morir en la gracia, de la cola del buey sagrado (11-248, 249).

El movimiento de protesta popular que produjo el caso McGlynn, es descrito por Martí como el de un huracán de arrebatos, "un vítor que todavía no cesa, que repitió la calle, que la nación repite". Una de las frases salidas desde el pueblo era ésta: "¡Tú eres nuestro Papa!".

Lo abrazaban de lejos; las madres ponían en alto a sus hijos, para que aplaudiesen: hacían los hombres con los brazos, al ir saliendo McGlynn del escenario, el movimiento de quien saluda con ramos de palmas. De esta manera, seguido de ciudades, comienza su campaña el que, si no alcanza a purificar la Iglesia Católica, o a conciliarla con la República, habrá sido al menos uno de los salvadores de la libertad (11-252).

No sólo eso: para Martí la verdadera Iglesia estaba representada por McGlynn, porque la otra, la oficial,

Al principio, mientras les resbalaba el pie, ¡qué obsequiosos con la libertad!... ¡la Iglesia y la libertad pueden vivir unidas!... Pero todas las iglesias se juntan, las de la religión como las de la política: ¡los intereses reúnen hasta lo que ha dividido la fe! las autoridades, por instinto, se coligan contra los que padecen de ellas.

Así, cuando cayeron sobre el piadoso sacerdote... esas ligas de ricos de todas las sectas... se alzó contra estas excrecencias de Jesús el pueblo que lo ama, y a la excomunión de la Iglesia, que castiga al buen cura por servir al hombre, ha respondido el pueblo de Jesús excomulgando a la Iglesia. ¡Esa es nuestra Iglesia, ese cura pálido! (11-245).

2. El protestantismo

Aunque existían grupos protestantes en España y en México, durante sus pocos años de residencia en ambos países, sólo encontramos referencias periodísticas de Martí en relación con sucesos en Toluca donde hubo protestantes involucrados, sin mayores datos ni juicios. Desde 1880, cuando se traslada a Estados Unidos, país en el que eran mayoritarias las iglesias protestantes, se asoma a su conocimiento. Dentro del período inicial de fascinación, el protestantismo encontró su lugar. Esto es explicable. Tanta era su frustración con la Iglesia de Roma en los países anteriormente señalados, que por la experiencia de una visión distinta en un país de libertad de culto y reunión, el protestantismo se le hizo simpático, y a los protestantes, con su dinamismo ético, los consideró ciudadanos ejemplares. En consecuencia, su perspectiva resultó menos censurante, por lo menos mientras no les descubrió sus puntos vulnerables.

No puede desconocerse en Martí su agrado y su admiración por la figura de Martín Lutero, a tal punto que abogaba porque "todo hombre libre debía colgar en sus muros, como el de un redentor, el retrato de Lutero" (13-442). En él ve Martí al hombre fuerte, libertador por impulso propio, consciente de su misión y de su destino:

La fuerza embriaga. Embriaga a los de mente fuerte y educación suma. ¿Qué mucho que ponga fuera de sí a los que están hartos de padecer, y sedientos de justicia, y sin mucha mente de que disponer, y ven su fuerza como un medio justo y sagrado de reparación, de entrada en el goce de sí mismo, del supremo deleite de sentir en sí triunfante la persona humana? (10-419).

Y en otros hombres fuertes y predestinados vio Martí una réplica de Lutero. Por ejemplo, Juan Montalvo, "gigante mestizo, con el numen de Cervantes y la maza de Lutero" (8-258). Y aun el padre McGlynn, al responder a las aclamaciones de los neoyorquinos, "comenzó su discurso lento y grave, con palabras que involuntariamente recordaban los martillazos con que clavó Lutero sus tesis en la puerta de Wittemberg" (11-247).

Calvino, sin embargo, no era de su agrado. En un escrito titulado *La libertad religiosa en los Estados Unidos*, que nunca fue publicado en vida de Martí, probablemente escrito en México, el tema está centrado en que "la religión muda en nuestros tiempos", y cita el siguiente ejemplo:

De esta reforma religiosa y de la persistente demanda de un cambio que ponga a la religión sobre bases racionales, tenemos buena prueba, por lo que hace al país vecino, en la censura con que los mismos diarios que defienden disimuladamente al catolicismo, castigaron, temerosos de divorciarse de la opinión, la tenacidad con que los presbiterianos viejos se opusieron en la última asamblea de la secta a revisar, como obra humana que es, el dogma innatural y violento de Juan Calvino, que de lógica en lógica vino a parar, partiendo del absurdo de la autoridad absoluta de una Iglesia en un mundo de varias iglesias, en que el que desconoce, por no estar donde impere la doctrina presbiteriana, está destinado, como los niños recién nacidos, que son semillas de inmundicia, a las llamas infernales. ¡Con razón dijo en plena asamblea uno de los sacerdotes presbiterianos del partido joven, que ya los hombres eran "demasiado caballeros para creer en iniquidades semejantes!". La pelea por la revisión del Credo de Calvino es un paso más hacia esa religión venidera que ha de fundarse, con belleza profunda y sin misterios pueriles, en la naturaleza divina y reverente del hombre (19-397, 398).

De nuevo el padre McGlynn le sirve a Martí para recordar a los grandes héroes de la reforma religiosa:

...aquel McGlynn de bravo corazón en quien, a lo que su pueblo se degrada y pudre, vuelve a encarnarse el soberano espíritu de rebeldía y examen a que deben los hombres su adelanto, y su oreo y sancamiento las naciones; aquel católico ardiente que ha hallado natural manera de servir con el alma de Hutten y de Zwinglio a la libertad, sin que se entibien en él ni en sus feligreses el culto pintoresco y la fe activa del dogma... (11-241).

Tampoco desconoce a Erasmo de Rotterdam:

...parece ley que el que ve una verdad nunca la goce, acaso porque para dar lugar a que una verdad se abra paso entre los hombres es necesario verla con más tiempo de anticipación del que puede esperar una vida de hombre a hacerla posible. Erasmo puso el huevo y lo empolló Lutero (13-445).

Al referirse a la Iglesia Protestante en general afirma Martí que ésta "guarda, a pesar de sus estrecheces —¿por qué no decirlo?— la semilla de la libertad humana" (10-204). Y cuando se trata de la Iglesia Protestante en los Estados Unidos, Martí descubre a veces y escucha clamores de justicia, cuando se dispone a apoyar los cambios estructurales que reclama la sociedad:

Así se ve que la opinión en masa, la prensa misma de los capitalistas, ¡qué más, la Iglesia misma, la Iglesia Protestante!, acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco de mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras (10-448).

El gran revolucionario cubano reproduce con agrado, en una crónica para *La Nación*, la pastoral que un obispo metodista lanza entre las iglesias bajo su mando, la que "causa en el país una emoción profunda":

Basta: este edificio donde vivimos es un edificio de injusticia: esto no es lo que enseñó Jesús, ni lo que debemos hacer los hombres: nuestra civilización es injusta: nuestro sistema de salarios, asilos y hospitales, ha sido sometido a prueba y a fracaso. Repugna el credo de la razón que unos tengan demasiado y que otros no tengan lo indispensable. Lo que está hecho así, debe deshacerse, porque no está bien hecho. Salgamos amistosamente al encuentro de la justicia, si no queremos que la justicia se desplome sobre nosotros. Por Cristo, y por la razón, esta fábrica injusta ha de cambiarse. Rico, ¡tú tienes mucha tierra! Pobre, ¡tú debes tener tu parte de tierra! (10-448).

Por su parte, Martí no sólo traduce y reproduce, sino que comenta "ese sorprendente acercamiento del representante de una Iglesia al reformador más sano e ingenuo que estudia hoy el problema del trabajo, a Henry George":

Esas palabras, que condensan las de la pastoral, han sacudido la atención, porque no vienen de filántropos desacreditados, ni de gente de odas y de libres; sino de un gran sacerdote, de mucho seso y pensamiento, que tiene una iglesia de granito con ventanas de suaves colores, y ha pasado una vida majestuosa en el trato y cariño de los ricos. ¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres! (*Ibid.*).

Quizás por lo que tenía de novedoso para él, o por las esperanzas que concibiera en la contribución que el protestantismo podría aportar a la nueva iglesia de sus sueños, Martí se detiene a observar a los pastores, las costumbres, las liturgias, las asambleas, los sermones: todo aquello que descollaba en la vida religiosa estadounidense.

Abre la sesión un pastor protestante: en los Estados Unidos, toda ceremonia privada o pública, de gozo o de tristeza, bien sea de fiesta de colegio, bien sea congreso de delegados de un partido político, empieza con plegaria; el pastor, vestido de negro, alza los ojos al cielo e impreca sus plácemes; los oyentes, sentados en sus bancos, se cubren con las manos el rostro, que apoyan sobre el respaldo del banco vecino. Y aquella plegaria espontánea de hombres libres, vibra. Después, con las quereillas de iglesia, la virtud de la plegaria desmerece (8-440)."

Esto que Martí describe sucedió en "una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos", y algo similar llama su atención en la asamblea anual de la Asociación Americana para el Adelanto de las Ciencias:

Abrió la asamblea, con su palabra pellizcada y lamida, el obispo protestante Potter, y con visible apremio, como si ya les escasease el tiempo para comunicarse sus victorias del año, sus invenciones, sus desfallecimientos, saliéronse todos, después de la plegaria usual, del paraninfo, y cada uno se fue al aula de su ciencia... (11-275).

Hay varios tipos de pastores protestantes: está "el cesante en busca del púlpito y que hace gala de la oratoria que pueda animar a los ricos a darle una buena iglesia" (11-385); está Dwight L. Moody, afamado evangelista,

...poniendo la Biblia en chistes, y convirtiendo con anécdotas a los reacios: los convida con la llaneza, los retiene con la

amenidad, los conmueve de súbito con una exhortación vehemente y desesperada, les enjuga con un cuento las lágrimas de los ojos... (12-416).

Está Thomas de Witt Talmage, menos afamado, que

...proclama a grandes voces, con gestos de titiritero e imágenes dantescas, la necesidad de abrir al aire la religión, de modo que cuantos crean en Cristo quepan en ella... (*Ibid.*).

Pero está también Phillip Brooks, "que habla como si derramase las palabras sobre el corazón, con un arte que a la vez manda y suplica", "con más fuego y dignidad" que los anteriores, porque "no quiere saber de este dogma ni de aquél, sino de lo esencial de la fe en Dios"; y está Henry Ward Beecher, "el gran predicador protestante" que "introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la naturaleza" y "anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del Universo". Estas son las palabras definitivas escritas por Martí en ocasión de los funerales de Beecher:

Y aquel pastor elocuente, a quien ya venían a oír de los lugares a la redonda; aquel defensor enérgico de los colonos que se resistían a permitir la esclavitud en el Estado; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en convidar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerles llorar con sus tiernas memorias domésticas; aquel desenvuelto predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia, cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; ¡y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla! (13-38, 39).

En septiembre de 1889 se celebró en Nueva York una "convención de clérigos protestantes". Según Martí,

...en ella se ha visto que los pastores de hoy ya no son aquellos levitas de rostro nacarino que iban de casa en casa tomando té y budín, y poniendo un versículo de Job sobre las heridas matrimoniales; sino hombres nuevos que saben de Haeckel y Faraday, y ven la religión más como freno social que como dogma.

Y los sacerdotes hablan de eso más que de los artículos de la fe. Creen que la Iglesia ha de adelantar y de cambiar de forma. No la administran ya como panacea divina, sino como gobierno de las fuerzas espirituales. Hasta en el vestir y el andar se les conoce el concepto nuevo de la Iglesia (12-337).

Todas las referencias de Martí al protestantismo, a sus iglesias, a sus pastores, a sus feligreses, dejan asomar por acá o por allá una sonrisa de asombro ante la puerilidad o la extravagancia. Sin embargo, sobresale la admiración por el gesto libre, la apertura razonable, el énfasis moral, la visión reformadora. Cuando Martí se enfrenta a algo que debe censurar, lo hace con decisión y energía. Lo que más parece molestarle es el alejamiento del abolengo puritano, y el olvido de los bravos peregrinos.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte... Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela... lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios... mientras una hija habría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio... Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión... La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar (6-134, 135).

Tales palabras de Martí fueron parte de un discurso pronunciado en diciembre de 1889 en una velada a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana. Unos meses antes había escrito para *La Nación* una reseña de los actos celebrados al inaugurar un monumento sobre la roca de Plymouth,

...en memoria de aquellos bravos de bota y alabarda que se arrodillaron en la limpieza de la nieve a dar gracias a Dios, el 22 de diciembre de 1620, porque en la catedral azul del cielo podían orar como les dictaba la conciencia, con el amparo del mar de Plymouth, a la música de los pinos.

No eran aquellos peregrinos los puritanos de quijada fuerte y de mosquete al hombro que quemaban brujas y acribillaban a balazos a los cuáqueros, sino los que recibían a los cuáqueros con amor, porque con que el hombre fuese sincero, y con que padeciese por la libertad, ya era para los peregrinos religioso... Con su carga de arados, de escopetas y de Biblias, en busca de ese puerto venían cuando a bordo de la "Flor" reconocieron y firmaron que en las cosas del alma no hay más guía ni autoridad que la razón, y que sobre esa base de felicidad había de levantarse, sin injerencia alguna en el gobierno ni especie de templo, la asociación que los peregrinos formaban para vivir y

prosperar juntos donde el hombre pudiese vivir conforme a su naturaleza. Y en el camarín de la "Flor" quedó establecida para siempre la práctica sin la cual no puede haber pueblo dichoso, y aseguró a la vez la dignidad y la paz al hombre y a la religión: la separación de la Iglesia y el Estado (12-289).

El "espíritu tenaz y apostólico de los puritanos" (MS-27) se mantuvo durante varias generaciones. Martí señala que "En 1620 el 'Flor de mayo' trajo los peregrinos a Plymouth, y en 1620 un buque holandés trajo a Virginia veinte esclavos africanos... Así empezaron a vivir los Estados Unidos" (10-93). La esclavitud tomó en el sur carácter de institución, pero por preservar la Unión se olvidaron los principios puritanos, y "la Unión... significaba sólo el engrandecimiento material: los grandes sembrados de algodón, los grandes campos de caña, las grandes vegas de tabaco, los alambiques gigantescos".

Para que la Unión no fuera solamente eso, en una noche fría y nevosa, la del seis de enero de 1832, doce hombres de buena voluntad se reunieron en una iglesia de Boston y firmaron la constitución del partido antiesclavista; eran tan pobres y tan humildes como aquellos de la Galilea, y el Evangelio que iban a sembrar con su palabra en el frío corazón de sus conciudadanos, era el mismo, sin duda, que sus abuelos, los puritanos, vinieron a leer libremente en este suelo virgen de la América (10-94).

El resultado inmediato del encuentro entre los intereses económicos y la dignidad nacional fue que —en el decir de Martí— "dos espíritus enemigos, dos corrientes de ideas agitaban este inmenso país, y sacudían con violencia sus instituciones, pugnando por dominarlas para siempre". Lo más entristecedor es que "la esclavitud tuvo sus sacerdotes, así como más tarde había de tener sus mártires; tuvo sus salmos, sus oraciones y sus interpretadores de la Biblia":

Al principio, los mismos hombres del Sur la llamaron un "mal necesario": arrastrados después por el vértigo de la polémica, levantóse a dogma la justificación de la trata. El ataque a la esclavitud fue para el sudista la amenaza contra su propiedad, el desconocimiento de su derecho, el propósito de una tiranía federal, y por último, un ultraje —¡asombra decirlo!—, un ultraje a su creencia religiosa. El hombre del Sur creía en la esclavitud como creía en Dios (10-95-96).

Al fin fue fundado el Partido Republicano por hombres propulsores de la abolición. "En 1860 Abraham Lincoln, el más reposado y sereno enemigo de la esclavitud, un hombre de los

que se llaman providenciales, porque responden a todas las exigencias del ministerio que les toca, subió al poder", y el 1º de enero de 1863 proclamó libres los esclavos del Sur. Cuando leyó la proclama a su Consejo de Gabinete, explicó "en voz tan baja que apenas podía ser oída: Cuando Lee fue arrojado de Maryland, prometí a Dios la emancipación de los siervos" (10-97).

Al pasar los años y los acontecimientos, el espíritu puritano de pureza, justicia y decoro fue perdiendo impulsos y hombres consagrados. No sólo en las lides políticas: también en las iglesias protestantes. Cuando Martí arribó a Nueva York, asomaban los afanes por la ostentación, el lujo y la acumulación de riquezas. En consecuencia, eran desdeñados los pobres descendientes de los puritanos que las fundaron, y los trabajadores que luchaban por una vida decente y digna para sus hijos.

Era símbolo de una decadencia espiritual la competencia en la erección de edificios enormes, únicamente para deslumbrar. Refiriéndose seguramente a los primeros pasos de la Iglesia Protestante Episcopal en la erección de la catedral de San Juan el Divino, "que deja enana a la católica de San Patricio" (11-258), Martí escribe:

Pero de lo que sí hemos de hablar cuando la idea esté bien a punto, es del deseo de las iglesias protestantes de levantar, por sobre todos los edificios metropolitanos, una catedral que desde mares y campos se divise, y domine los atrevidos palacios de negocios, las espiras de piedras pardas de las sectas viejas, los campanarios relamidos de los templos estéticos, las dos torres blancas, aún no acabadas, de la catedral católica (11-202).

Esta competencia improductiva y pueril se generalizó prontamente. Martí presenta como típico de la época lo que sucedió en Johnstown, Pennsylvania: "En la falda de la colina, donde se las viera mejor, competían en altura las torres de las iglesias, la católica con la episcopal, la presbiteriana con la anabaptista" (12-227). Por ello el protestantismo "de salas ricas" no avanza todo lo que debiera:

...puede decirse que a pesar de sus músicas y anuncios y torres morunas y bancos de ébano, los templos están pobres y vacíos. Va la gente a oír a los pastores liberales, y más cuando se susurra que van para rebeldes... Pero los pastores reunidos en estos días se han preguntado lo que todos ven: ¿por qué ni aun dando a los templos el bullicio y agrado del teatro se niega la gente a venir al templo?

¡Porque la enseñanza es falsa, el carácter duro, el rico soberbio, el pobre desconfiado, y la época de vuelco y reencarnación, que pide para guía del juicio y consuelo del alma algo más que

iglesias ligadas en pro de los pudientes contra los míseros, y que se rebajan al empleo de instrumentos de gobierno, y caen al suelo de una embestida de uñas! (12-117).

Estos asuntos a los que nos hemos referido son probablemente los que Martí llamó "estrecheces" del protestantismo en los Estados Unidos. No obstante hay otra cuestión mucho más seria, que afloró precisamente cuando ocurrieron los acontecimientos relacionados con el padre McGlynn. Es de conjeturar que Martí esperaba una apoyatura ideológica del sector protestante al cura rebelde, teniendo en cuenta que era la víctima del poder jerárquico católico. Sin embargo, no sucedió así. Otros intereses primaron,

...por lo desordenado y tibio de las sectas protestantes, por lo descuidado de la época en cosas religiosas, por lo poco conocido de la ambición y métodos del clero de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa nueva, y, sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme a sus demandas de mejora, y el más seguro mampuesto de la fortuna de los ricos (11-144).

En conclusión:

¡De ese modo se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aún representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos, de la religión que los tostó en la hoguera, y a quien hoy acarician porque les ayuda a salvar su exceso injusto de fortuna! ¡Fariseos todos, y augures! (11-143).

Así, profundamente dolido e indignado, Martí denuncia y condena

...esas ligas de los ricos de todas las sectas, esa osadía de hablar de la pobreza de Jesús y vivir de faisán con vino de oro en pompa de palacio, deslizando la púrpura suave entre altas damas que gusten de los clérigos blandilocus (11-245).

3. La nueva religión

En este punto de nuestro recorrido por los escritos de Martí, habremos de convenir con él en su verdad de que la religión cristiana (tanto en la vertiente católica como en la protestante) había sido "desfigurada por sus malos sectarios" (11-242). Por ello propone objetivos y métodos de rectificación y saneamiento

to, que incluyen tanto el regreso a principios fundamentales de la fe como la incorporación de elementos desconocidos o preteridos.

Martí preconiza una religión "nueva" —"¡pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos!" (8-290)—, de "amor activo entre los hombres" (2-279), donde "el alma cubana está fundiendo sus elementos de odio" (2-463); una religión "natural y bella" —y aquí elogia la del educador Luz Caballero— "que se acomoda a la razón nueva del hombre" (5-272). Ha de partir esta religión de la "inconformidad con la existencia actual, y la necesidad de algo que realice lo que concebimos" (6-313), y tendrá como objetivo "que logre la virtud: no por deber ni por castigo, sino por patriotismo, conocimiento y trabajo" (7-120). Esta religión nueva será "la verdadera, que va saliendo del conocimiento científico del mundo" (10-388), porque "el mundo es religioso" (12-306). "No es religión la que rebela contra la naturaleza" (21-16).

La religión habrá de ser también nueva porque a ella "conduce el ejercicio de la libertad" (13-33), ya que "nada ayuda más eficazmente que la libertad a la verdadera religión" (19-397). Así vendrá a ser "religión definitiva": "una fe que ha de sustituir a la que ha muerto, y que surge de la paz del hombre redimido" (13-140). Tiene la certeza Martí de que esa religión "venidera" habrá de fundarse "en la naturaleza divina y reverente del hombre, con belleza profunda y sin misterios pueriles" (19-397). Y aunque esta religión devendrá "única", no dudará en tomar "lo que hay de esencial en todas, sin oprimir a ninguna" (22-75); una religión en que no se obstaculice "el amor a la libertad en el hombre, que es su ejercicio natural". "La religión, en suma, de los hombres libres, nuevos, vasta, grandiosa, fraternal, humana, libre como ellos" (22-307). Eso explica por qué "los sacerdotes de la nueva religión se han puesto en pie" (2-250).

Las citas anteriores han sido extraídas de muy diversos textos, escritos en muy diversos momentos. Esto quiere decir que Martí no se propuso elaborar una tesis sobre la nueva religión, hasta agotar su pensamiento sobre la cuestión planteada. Sin embargo, será posible engarzar palabras-clave, y hasta descubrir un hilo conductor.

No es inútil recordar que Martí no era esencialmente un filósofo, ni un teólogo: lo que hizo fue incursionar rápidamente por ambos terrenos con sus propios recursos y su propia luz. Parte a veces de las concepciones y el lenguaje de su tiempo histórico, pero prontamente plantea sus personales categorías, que coinciden o no con las escuelas conocidas, aunque evidentemente no era un adepto incondicional de academias. Fue capaz de vislumbrar aciertos en la vida y enseñanzas de Jesús —y en general de los

temas bíblicos—, y en ocasiones nos asombran sus hallazgos de luminosidades y raíces no captadas por teólogos contemporáneos.

Lo esencial en Martí es su condición de pensador revolucionario y de político liberacionista. Esta consagración permea totalmente su vida y su pensamiento. Por ello los problemas no se plantean en relación con la fe, sino con la *religión*, si bien nadie podría afirmar que Martí era un irreligioso, ni un antirreligioso. La religión de su época —la establecida y practicada por las iglesias— era un muro de contención para sus ríos interiores, y un valladar para sus campañas libertarias. Las virtudes patrias —centradas en un americanismo de "nuestra América"— eran distorsionadas y emponzoñadas por las religiones y los religiosos que estancaban las vidas de los feligreses en tembladeras de dogmas y ritos absolutamente increadores, y aún más: que amordazaban y ahogaban todo empeño liberador.

De aquí sus ataques a la religión en uso, y su planteamiento de una "nueva religión". Veamos si es posible un intento de análisis. Primeramente, el entorno histórico de la hora de su vivencia.

Martí vive su primera juventud en España, mientras se produce un entrecruzamiento de corrientes culturales que cuestionaban diariamente, desde muy variadas ópticas, la cuestión religiosa. Existía un "clima ideológico" que dio una base a toda manera de ver, de juzgar y de vivir. Por otra parte, era España un país eminentemente agrario, aunque en esos años ya comenzaban (o se concentraban) pequeñas empresas de minería y siderurgia en Vizcaya, y de textiles en Cataluña. Se creaban las primeras compañías para generar y explotar la energía eléctrica. Había un 71% de analfabetos. La burguesía liberal se sentía incómoda; campeaba la oligarquía. A la vez, se percibía claramente la dicotomía de "las dos Españas!" de que escribió Benito Pérez Galdós: tradición, fanatismo, intolerancia, de un lado; progreso, cientifismo, liberalismo, del otro. El mismo Galdós se muestra anticlerical, pero *anticlerical cristiano*, enemigo de la función histórico-temporal de la Iglesia, no de la religión. Critica, igualmente, el aprovechamiento que las clases superiores hacen de la religión para sus fines egoístas. Leopoldo Alas (*Clarín*), produce entonces la crítica más profunda de la sociedad española, y dio a conocer la trama de los caciques. Su libro, *La Regenta*, es un llamado al anticlericalismo, si bien con fundamentos religiosos:

Doña Camila entendía el cristianismo como la geografía o el arte de coser y planchar: era una asignatura de adorno o una necesidad doméstica. Nada le dijo a Ana contra el dogma, pero jamás la dulzura de Jesús procuró explicársela con un beso de madre (*La Regenta*, tomo I, pág. 124, Buenos Aires, 1946).

Galdós y *Clarín* despliegan un agudo sentido autocrítico de España y de sus males. Esa óptica censurante les lleva a cambiar por completo la axiología al uso y la base de sustentación con que se explicaba la historia de España. *Clarín* decía desde la tribuna del Ateneo en 1886 que

...la historia no puede ser imparcialidad formalista, sino preferencia de lo verdadero sobre lo falso, de lo bueno sobre lo malo; la historia no puede ser *pragmática*, es decir, sin ir al fondo de las cosas, sin obtener consecuencias, sino *reflexión* y *sugestión* (*La España del siglo XIX*, tomo II, pág. 469).

Galdós y *Clarín* demostraron ser hombres de su tiempo, alejados de las élites como grupos cerrados, en trato directo con la gentes llanas y los "bajos asuntos".

Ambos son elogiados por Martí. Pérez Galdós es "minucioso", "trabajador", "patético", escritor "de lengua sabia y concisa".

Gloria, esta delicadísima novela de Pérez Galdós, que a la par mueve el corazón más duro y satisface la mente más descontentadiza y hecha a lo serio, acaba de ser traducida al inglés... *Gloria*, como *Marianela*, no son sólo obras literarias, sino obras benéficas. Ciertamente que no añaden gran cosa al lenguaje, al cual nada quitan tampoco; pero ¡cuánta dulzura ponen en el corazón! ¡con cuanta rectitud deciden en lo difícil! ¡cuán cariñosamente advierten a los hombres de los peligros tremendos de la intolerancia! ¡cómo, después de leer esos libros, se siente como si de súbito hubieran enriquecido nuevos quilates nuestro espíritu! (23-289, 290).

Cuando se leen los diarios de Madrid, suele hallarse en ellos unos buenos artículos que tienen de grave y de chispeante, en que se juzga con buen sentido y gracia los dramas que se representan y los libros que se publican en la Corte, los cuales artículos llevan la firma de un *Clarín*, que es el nombre de batalla del buen crítico Leopoldo Alas... El estilo de Alas es llano y risueño... su crítica es sensata y generosa; y saca a lucir lo bueno, antes de censurar lo que halla malo... y lo llano del lenguaje de *Clarín* no obsta para que con él, como con cuchilla de cortante acero, vaya saando y cerrando y purgando por los libros, hasta dar con la razón real de ellos, y poner en claro su propósito, y sacar a luz sus elementos verdaderos (23-266). Su novela *La Regenta* sí es buena... y debían distribuirla gratis los gobiernos en los pueblos católicos (20-135).

He seleccionado estos dos autores españoles entre muchos a quienes podría citar, porque es detectable un acople de sus voces con la de Martí, consecuencia admisible de una misma tesitura moral. Ya residente en los Estados Unidos, Martí continúa leyéndolos y comentando sus escritos. Los tres eran respetuosos

de una idea religiosa y la conservación de una fe, pero críticos severos del catolicismo intolerante y de la conducta reproachable.

Aún más incisiva fue en Martí la coincidencia en tiempo y lugar, y en prospección ética, con la versión española del krausismo. Es indispensable una palabra de precisión, la que nos ofrece Manuel Tuñón de Lara:

Del krausismo español —muy distinto del krausismo a secas— se puede decir que es una actitud intelectual, un estilo, una vasta corriente de contornos poco precisos, y hasta... "una actitud de protesta" [que] desborda pronto los límites de una filosofía sistemática y... se proyecta en varias direcciones. Hay, pues, varias etapas del "krausismo español"... (*Medio siglo de cultura española*, Madrid, Editorial Tecnos, 1971).

El nombre precursor es el de Julián Sanz del Río, en una época cuando —en el decir de Martí— era el paraninfo de la Universidad de Madrid

...la histórica arena donde han reñido magníficos combates todas las doctrinas que batallan en la época presente: el libro contra el altar, el bisturí contra la nube, la experiencia contra la revelación, la contemplación y labor de la tierra contra la mística contemplación y fe en el cielo (14-121).

El "magno hombre" —"que tan bien tradujo y comentó *El ideal de la humanidad*", escrito por Krause—, se rodeó humildemente de los españoles mejores y dio origen a un movimiento de vastas proporciones espirituales y éticas. Así lo vio José Martí:

Sin discusión alguna, en Madrid se vive estrecha vida científica, y abundante y buena vida literaria. Son en esto, sin duda, parte principal las condiciones imaginativas y el cielo todavía azul de los españoles, no muy asimilables ciertamente a las graves especulaciones alemanas en que, a despecho de la originalidad, mas con trabajo y ampliación notables, ocupó su inteligencia Sanz del Río, y la ocupan hoy Patricio Azcárate, Macías, Francisco Giner, y el lógico, el honrado, el vigoroso Salmerón. Ellos alemanizan el espíritu; ellos explican a un pueblo de imaginación generalizadora abstractas durezas de inteligencia positiva; ellos krausifican el derecho; pero ellos son espíritus severos, limpios, claros e hijos en verdad legítimos de la grave madre ciencia (15-39).

Tanto Juan López Morillas (*El krausismo español*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1956) como Manuel Tuñón de Lara en su obra ya citada, coinciden con Martí en que la traducción ofrecida a los españoles por Sanz del Río de la obra

fundamental de Krause fue editada “a despecho de la originalidad... con trabajo y ampliación notables”, es decir, una interpretación española desde circunstancias históricas nacionales muy definidas. Por eso Martí vio con simpatía al krausismo español, no a Krause mismo.

Lo extraordinario de esta interpretación, lo auténticamente español, es lo que tiene de rompimiento con el conformismo ambiente, de rebeldía, de ansia por el cambio, basados en el racionalismo. La pasión del saber, la fe en la razón y en la ciencia, son esenciales en Sanz del Río y sus amigos, tanto como en Martí; lo que los llevó a enfrentar una sociedad que desplegaba un rígido dogmatismo, que seguía encerrada en la escolástica y que desdeñaba la visión científica del mundo. Martí no olvidaba que —aún más crudamente que en España— así era la sociedad cubana, y que contra estos males se batieron valientemente dos eminentes sacerdotes criollos desde principios del siglo: los presbíteros José Agustín Caballero y Félix Varela.

Armando Palacio Valdés (tan reconocido por Martí), afirmaba en 1875 que *el problema religioso es el más imponente de cuantos conmueven la sociedad en los tiempos presentes*. En efecto, coincide la emergencia del krausismo español con dos acontecimientos críticos en el campo religioso: el *Syllabus* del Papa Pío IX y el Concilio Vaticano I.

La publicación del *Syllabus* (ochenta proposiciones sobre “errores” tales como librepensamiento, agnosticismo, materialismo, nacionalismo, anticlericalismo, regalismo, liberalismo y masonería) y de la encíclica *Quanta cura*, catálogo de censuras, dieron ocasión a largas y enconadas polémicas. En el libro mencionado, López Morillas señala como adiciones al encono las siguientes:

...el apoyo que una parte del clero español había prestado y prestaba a toda práctica y pretensión absolutista, la intransigencia clerical frente a toda novedad ideológica..., los atentados contra la inteligencia perpetrados por el ministro Orovio en nombre de la unidad de la fe, la reacción ultramontana en 1875-1881, etc.

Fue el clero en su función mundana, en su apetencia de privilegios seculares, en su tentacular sondeo de todos los estratos de la vida, en su afán de mantener sus prerrogativas e inmunidades aun a costa del sosiego público, el que vino a enconar una situación que, grave ya de antiguo, repercute a lo largo del siglo XIX con ecos de crisis. Y esa difícil situación se pone de manifiesto en dos conflictos: uno, jurisdiccional, entre la autoridad eclesiástica y el poder civil; otro, político e ideológico, entre la coalición Estado-Iglesia y el espíritu liberal de la época. Regalistas y anticlericales se dan la mano. Aquellos impugnan

las pretensiones del clero en la palestra de la alta política; éstos hacen lo propio en el terreno, y con las armas, de la política cotidiana (pág. 153).

Los adalides del krausismo español eran reconocidos católicos liberales. La definición del dogma de la infalibilidad hendió a los católicos en dos grupos: uno se sometió a la autoridad del Papa; otro rompió definitivamente con Roma. En este grupo cabe contar a la mayoría de los krausistas, quienes se desplazaron hacia el “cristianismo racional” o “religión natural”, la que

...dice proceder de la actual insuficiencia de todas cuantas religiones positivas, hasta hoy, han aparecido en la historia; reconoce la necesidad de un vínculo real entre Dios y el hombre, declarándolo puramente natural y racional, y rechazando todo elemento dogmático, todo misterio, toda revelación y todo milagro. La existencia y providencia de Dios y la inmortalidad del alma son quizá los únicos principios comunes a toda esta dirección, que en Francia y en América reviste un carácter esencialmente sentimental y moral, e intelectual por excelencia en Alemania, donde Dios es tan sólo el *Ser absoluto*, no el *Dios vivo*, y la religión se absorbe casi por completo en la metafísica (F. Giner de los Ríos, “Los católicos viejos y el espíritu contemporáneo”, en: *Estudios filosóficos y religiosos*, págs. 345-346).

Uno de los más prominentes expositores del krausismo español, Gumersindo de Azcárate, se instala al fin en

...el punto de conjunción en que han venido a encontrarse la filosofía y la religión positiva, el teísmo racionalista y el cristianismo protestante... Ese punto de conjunción es una profesión de fe muy semejante a la del *unitarismo* (Citado por Juan López Morillas en *El krausismo español*, pág. 163).

Ya nos resulta familiar toda esta terminología de los krausistas españoles, porque anteriormente la hemos descubierto en Martí, con muy escasas discrepancias, y también con énfasis muy particulares en la actitud vivencial. Al final de su libro, López Morillas descubre que el krausismo español fue, esencialmente, un “*estilo de vida*, una cierta manera de preocuparse por la vida y de ocuparse en ella, de pensarla y de vivirla, sirviéndose de la razón como de brújula para explorar segura y sistemáticamente el ámbito entero de lo creado” (pág. 212). En resumen: las tesis sustentadas por el krausismo español, tanto en sus directores como en Martí, constituyeron una vía de escape frente al oscurantismo dogmático de la religión oficial, y frente a la clerecía corrompida, ambiciosa de poder político.

En lo que se refiere al ámbito latinoamericano, la experiencia fue mucho más directa y amarga, porque Martí vio con sus ojos que

México estaba lleno de piedra muy fuerte, y no ha quedado ninguna, sino que la cruz dio tan recio en ellas que las echó a tierra y las metió debajo de ella, y se levantó sobre sus ruinas. Llorar hemos visto a un patriarca indio en las cercanías de México sobre cimientos arrasados de uno que debió ser gran pueblo, en las cercanías de Tlacstálpam; y ahora enseña sus raíces de piedra, sustento un día de espaciosas moradas, y tristes hoy y solas, como una elegía (8-339, 340).

El irrespeto al mensaje de la cruz, tanto por parte de la soldadesca envilecida como por la de los clérigos miopes o cómplices, convierte a la cruz del Cristo —levantado en ella para atraer a todos los pueblos a la prodigalidad de su amor, suma del Evangelio— en una lanza que horada carne y huesos y en un instrumento cavador y destructor de una civilización autóctona y milenaria. La cruz devino pica y pico: sus extremos se agudizaron para matar y devastar. La función evangelizadora, que debió ser muralla de contención a los apetitos malvados, devino cauce facilitador de felonías y abusos. No hubo, pues, "encuentro de culturas", sino aplastamiento de culturas por una horda de incultos, que entraron al saqueo bajo palio.

De esta forma la cruz fue ganando altura en los templos "cristianos" que se edificaban, y a la vez perdiendo credibilidad y confianza entre los pueblos espoliados. También de esta realidad se percató Martí, en una crónica sobre fiestas patrióticas en la ciudad de México, escrita en 1875:

Ondeaba ayer en la catedral la bandera de la independencia mexicana... La bandera de la libertad era en la Iglesia el triunfo de una época... La bandera estaba sobre la cruz, porque la cruz se hizo enseña de tiránica ambición y errores tristes. A la par estarían, si la cruz no hubiese horadado y vendido la bandera (6-261, 262).

Martí recorre la historia de los años de la conquista y colonización del continente y ve "los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América", donde muchos "clérigos hambrones" tomaron activa parte, para vergüenza de la religión. La América española "nació del perro de presa". La "soldadesca sobrante"... "se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio..."

Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro... En el pecho del último

valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio... Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores... cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca... y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera... (6-136, 137).

Esos indios que mueren, esos primeros criollos, son la semilla de la libertad definitiva:

¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de la América a la vez. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera!... ¿A dónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola (6-137, 138).

Las batallas por su libertad han sido la mejor escuela para la América: entre victoria y derrotas ha madurado su conciencia y constantemente se reconsagra en la forja de un destino singular:

Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser... Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que parece descascaradas, por donde asoma el búho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre... las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo... Ha triunfado el puñado de apóstoles... Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían; y estos países se han salvado... Llevamos nuestra América como luz y como hostia... (6-138, 139, 140).

El fácil percibir la indignación de Martí cuando a cada paso se enfrenta a la secular religiosidad con sus caducos moldes, como un tropiezo perenne a todos los anhelos de justicia y a todos los procesos de liberación. Así comprendemos su anti-dogmatismo y su anticlericalismo. Fundamenta el primero en la irracionalidad de cánones, catecismos, encíclicas, syllabuses y

pastorales. Según él, la razón, no la ciega sumisión, es el tamiz por donde deberá pasar primero cualquier carga espantosa que se pretenda imponer a la conciencia del creyente. Y fundamenta su anticlericalismo en la toma de posición política y social de los clérigos, generalmente a la vera de los adinerados y poderosos, y de las fuerzas gobernantes y opresivas. Los religiosos que amparaban la tiranía y apadrinaban el abuso y la explotación, sólo merecían el alejamiento y el desprecio.

Obsérvense las copiosas referencias martianas al tema religioso, y no se hallarán ataques a las doctrinas bíblico-teológicas o a los escritos de la patrística. A lo sumo, una discordancia fugaz y respetuosa. Para él eran más preocupantes las carencias que las existencias. Por ello la "nueva religión" con su "amor activo" —tan distinto de la caridad y la piedad exhibidas por las iglesias—, su ausencia de odio, su modo "natural" y "bello" de comprender y explicar los misterios de la fe, acomodada a "la razón nueva del hombre", su "inconformidad" con patrones estereotipados, su empeño en "lograr la virtud", conducirán a la "religión verdadera, que va saliendo del conocimiento científico del mundo", y "definitiva", que "surge de la paz del hombre redimido". El "ejercicio de la libertad" guía naturalmente a esta religión, que se basa en "la naturaleza divina y reverente" de los "hombres libres": una religión "vasta, grandiosa, fraternal, humana, libre como ellos".

Por mucho que se pretenda, será imposible afirmar que la "nueva religión" propugnada por Martí es una antítesis de la fe cristiana. Todo cuanto él anhela está ya contenido —latente o latiente— en esta fe, y por cuanto no es perceptible ha de culparse a los creyentes y catequistas, que se andan con estrecheces e intolerancias incapaces de absorber toda la luz.

4. La nueva iglesia

Tal religión "nueva" se articulará en una institución apropiada, en la "iglesia nueva", donde sus sacerdotes serán "caballeros de los hombres, obreros del mundo futuro, cantores del alba" (5-103); iglesias que serán

...mansión de inteligencias ricas y vivaces, colmadas de grupos animados de jóvenes que se preparan para llevar a los pueblos la palabra de la historia humana, los reactivos de la química, la trilladora, el arado, la revelación de las potencias de la Naturaleza (7-120).

Para lograr esta realidad hay que soñarla primero:

Una iglesia sin credo dogmático, sino con ese grande y firme credo que la majestad del universo y la del alma buena e inmortal inspiran, ¡qué gran iglesia fuera! ¡y cómo dignificaría a la religión desacreditada! ¡y cómo contribuiría a mantener encendido el espíritu en estos tiempos ansiosos y enmonedados! (8-440).

Una iglesia donde “se levanten las almas”... “pero no con limosnas que envilecen, sino con modelos nobles, con las artes del ejemplo” (10-60); una iglesia que se reúna en “templos a los redentores de los hombres, y sus estatuas colocadas en nichos, donde se comenten las virtudes de los héroes, con un santoral nuevo” (10-188); una iglesia “portentosa, natural, que se levante del pecho de todos los hombres a la vez: iglesia única, inexpugnable y hermosa”, a donde irán a parar “como zorras encadenadas, todas estas iglesias” (12-116). Y anuncia triunfalmente: “Esa es la iglesia nueva, que reemplaza a la que se va” (10-188).

Los fieles de estas iglesias “que se van” aprenderán pronto a vertebrar nuevos programas de actividades productivas: mejor que oír “comentarios sobre la bestia del Apocalipsis, regocijándose en los picotazos que se dan los pastores de los templos rivales del distrito”, deberían comenzar por echar una ojeada a su entorno social, y esto es lo que verán:

...niños que... gustan más de pelotas y pistolas que de libros, porque en las escuelas las maestras que no ven en la enseñanza su carrera definitiva, no los enseñan de modo que el estudio los ocupe y enamore —y de las casas, los padres acostumbran feamente empujarlos, como para que no les enojen con sus travesuras y enredos, a las calles—; los niños, ¡válganos Dios!, o se detienen en las esquinas, lo que no es del todo mal, a trocar coqueterías con damiselillas pizpiretas de diez o doce años que con mirada y aire de mujer van solas; o se entran a la callada, a escondidas de la policía, en un patio a jugar a la pelota, o salen de las cigarrerías, que por esta maldad debieran ser tapiadas con el cigarrero adentro, ostentando en los labios sin bozo, encendidos pitillos. Y si se va por los barrios pobres, es usual ver cómo en las barbas del gendarme, que suele no ir muy seguro sobre sus pies, unos chicuelos descalzos empinan por turno una botella de cerveza... ¡Válganos Dios, decimos!... (10-60).

Martí está convencido de que

...los fieles de estas iglesias estarían mejor levantando estas almas, y calzando a estos desnudos, y apartando estas botellas de los labios... ¿Quieren levantar templo? Que hagan casas para los pobres. ¿Salvar almas quieren? Pues bájense a este infierno... (*ibid.*).

A nosotros, cien años después de escritas estas palabras, cuando la corrupción social en la mayoría de la población del orbe, y especialmente entre los niños y jóvenes de las grandes ciudades, es muchísimo peor, pudieran sonarnos a simple moralismo. Sin embargo, convendría detenerse a reflexionar si no sería efectivo *también en estos tiempos* el programa de acción que Martí proponía para las iglesias y los creyentes de su tiempo:

Enviense conversadores de alma sana por esos barrios bajos; regálenseles periódicos amenos, que no les enojen con pláticas sermoníacas de virtudes catecismales, sino que lleven la virtud invisible envuelta en las cosas que al pueblo interesan, de manera que no vean que está allí, y sospechen que se la quieren imponer, porque entonces no se la aceptarán. Se curan las llagas en el pecho, y no se curan esos suburbios en las ciudades... Quien no ayuda a levantar el espíritu de la masa ignorante y enorme, renuncia voluntariamente a su libertad (*Ibid.*).

La transformación de las iglesias no puede ser tarea fácil, ni apresurada, porque es fuerte la tradición, y son muchos los intereses. Frente al "ataque próximo de las clases nuevas" existe una "tentativa de agrupación de las fuerzas altas, de la iglesia, el ejército, la banca, el gobierno central", "como componentes de este cuerpo conservador" (10-340). En contraste, existen gentes como "el tirano filántropo Putnam, quien da a los que trabajan en sus carro-palacios casa de piedra, iglesia con elocuente pastor, y biblioteca con buen fuego y alfombras..." (11-268). De nuevo al ataque, Martí señala que cuando se trata de "crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías", allí está la Iglesia junto a "la magistratura, la representación nacional, la prensa misma, corrompidas por la codicia..." (11-437).

Iglesias así padecen de una ceguera total:

No ven la Iglesia portentosa, la Iglesia natural, que se está levantando, como árbol que tendrá por copa el cielo, del pecho de todos los hombres a la vez. En la iglesia única, inexpugnable y hermosa, pararán, como zórras encadenadas, todas estas iglesias (12-116).

Este *ecumenismo* forzado por los tiempos nuevos que se abren, ensueño imbatible de Martí, invita a un vuelco radical en la liturgia:

¿Qué hacen los pueblos que no levantan grandes templos a los redentores de los hombres, y colocan en nichos sus estatuas, y

componen con ellos un santoral nuevo, y se reúnen en los días feriados a comentar las virtudes de los héroes? ¿Por iglesia claman, por Iglesia que reemplace a la que se va? ¡Pues he ahí la Iglesia nueva! (10-188).

Pero no es un iluso: sabe que continuarán las dicotomías y la polarización de fuerzas, y que se ha de actuar con astucia y honestidad: "la Iglesia no debe estar a sueldo de nadie, porque es como poner a Dios a pesebre, y darle un pienso por la tarde, y otro por la mañana" (12-288), y todo el mundo sabe que

...lo que tiene la Iglesia en pro, ya cuenta con caudal, éxitos, socios, bufete, clientela, y lo que tiene en contra muere. En cuanto se entra en las grandes corrientes de la existencia, en cuanto se aspira a bogar en lo hondo del país y con sus propias maderas, hay que pedir venia para vivir a la tirilla y al levitón negro (13-352).

Por ello

...las iglesias acá, para no perecer en el mundo, andan con él. Antes prosperaba la más intolerante, y ahora sólo la tolerante prospera. Cada una, a la sordina, echa sus vanguardias y procura ganar a las rivales el pueblo nuevo, la cátedra vacante, o el millonario moribundo; pero en su corazón saben que morirán si no se unen... (12-438).

Pone —sin embargo— su esperanza en que desde la misma vieja Iglesia surjan las fuerzas nuevas, cambiantes. Así escribe de algunos practicantes del protestantismo:

Creen que la Iglesia ha de adelantar y cambiar de forma. No la administran ya como panacea divina, sino como gobierno de las fuerzas espirituales. Hasta en el vestir y el andar se les conoce el concepto nuevo de la Iglesia (12-337).

La visión martiense de la nueva religión y la nueva iglesia se asemeja a la de Lutero frente al catolicismo: no una desaparición de la fe cristiana, ni de la institución responsable de difundirla y vertebrarla didácticamente, sino una sustitución —un reemplazo— de los mecanismos viciados —tanto dogmáticos como litúrgicos—, para reubicar lo más original e insustituible, por más prístino, y para dar cabida a todo lo nuevo que sea "natural", "racional", "bello", "virtuoso", "libre", "fraternal", "humano".

Capítulo VI

No hay sermón como la propia vida

*Se me va la pluma al sermón, por las fealdades
que usted allá y yo acá vemos.*

No hay sermón como la propia vida.

*¿A qué palabras, en tiempo de hechos? Lo que
se hace es lo queda, y no lo que se dice.*

Hacer es nuestra manera de decir.

*Se hace lo que se debe hacer, y se sabe en plena
razón cuándo y cómo se debe hacer.*

*Debe hacerse en cada momento lo que en cada
momento es necesario.*

*Sólo las virtudes producen en los pueblos un
bienestar constante y serio.*

*Urge ya, en estos tiempos de política de mos-
trador, dejar de avergonzarse de ser honrado.*

*El verdadero hombre no mira de qué lado se vive
mejor, sino de qué lado está el deber.*

José Martí

En una de nuestras anteriores reflexiones alcanzamos la certeza de una coincidencia temática y existencial entre los krausistas españoles y José Martí: un nuevo "estilo de vida" proveniente de la inconformidad con la religión irracional e impositiva del catolicismo de la época, lo que permeaba todos los estratos del quehacer nacional en España, aplicable en las experiencias latinoamericanas del escritor y político cubano.

Al paso de los años y los acontecimientos esta preocupación matizada de rebeldía devino —lo que me propongo comprobar en este capítulo— un afán por la virtud y el decoro, la integridad y el sacrificio, tanto individuales como colectivos, que bien pudiera denominarse *compromiso con la calidad de la vida*. Lo gratificante de este esfuerzo es haber hallado la nueva coincidencia de esta disposición en Martí y en los preceptos de la fe cristiana, relacionados con la diaria conducta y el deber misiológico de todos los seres humanos.

Totalmente imposible sería una revisión exhaustiva del tema en los textos bíblicos y en sus implicaciones teológicas. Se impone, pues, una selección y el más breve comentario. Lo que pudiéramos considerar una regla general de conducta es la universalmente llamada "regla de oro" propuesta por Jesús: "Hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes" (San Mateo 7: 12). En su forma negativa ("No hagan... lo que no quieran...") fue enseñada mucho antes por Lao-tzé, Conflucio, Platón, y aun por escritores veterotestamentarios. Jesús ofrece no sólo un tono afirmativo: también una practicidad servicial y amorosa. Aquí aparece como básico el verbo *hacer*, siempre contrastado al simple *decir*. El hecho consecuente rubrica la palabra expresada; si no lo es, la invalida.

En las narraciones del Antiguo Testamento predomina la eticidad del hecho cotidiano en las relaciones familiares, vecinales, sociales. Esto es lo que Dios juzga, no las prácticas religiosas, las que en ocasiones desprecia, porque no van convalidadas por la conducta. En el salterio de los antiguos hebreos aparece esta verdad en uno de sus poemas:

Más de una vez he escuchado
esto que Dios ha dicho:
que el poder y el amor le pertenecen,
y que él recompensa a cada uno
conforme a lo que haya hecho (Salmo 62:11, 12).

Una buena parte de la literatura mundial, desde los comienzos de nuestra era, está permeada por las historietas que aparecen en los Evangelios, principalmente las narradas por Jesús en forma de parábolas. Observemos que lo central y decisivo en cada una de ellas es el *factor*, el hacedor de lo correcto. En la "parábola de los dos hijos" (San Mateo, capítulo 21), el relato fluye de este modo:

Un hombre tenía dos hijos, y le dijo a uno de ellos: "Hijo, ve hoy a trabajar a mi viñedo". El hijo le contestó: "¡No quiero ir!". Pero después cambió de parecer, y fue. Luego el padre se dirigió al otro, y le dijo lo mismo. Este contestó: "Sí, señor, yo iré". Pero no fue.

Plantea entonces Jesús a los discípulos la más elemental pregunta: "¿Cuál de los dos *hizo* lo que su padre quería?" Lógicamente la respuesta de ellos fue ésta: "El primero". De donde se deduce que las promesas se miden con el metro de la conducta que las acompaña.

Otra de las famosas parábolas de Jesús es la llamada "del buen samaritano" (San Lucas 10:25-37), donde se relata un hecho vandálico: un hombre (un judío) fue asaltado, golpeado y robado en un camino solitario, y echado a la orilla, "medio muerto". Pasó por allí un sacerdote (oficiante de la institución religiosa), sin embargo "dio un rodeo y siguió adelante". Después pasó un levita (responsable de los lugares considerados "santos") e hizo lo mismo. Al fin, pasó "un hombre de Samaria" y "sintió compasión": curó sus heridas y en su propia cabalgadura lo llevó a un mesón para que fuera cuidado mientras él continuaba camino, pero con esta instrucción: "si hay algún otro gasto, yo lo pagaré".

Este hermoso relato lo ocasionó un escriba (maestro de la ley) que quiso "poner a prueba a Jesús" en relación con "la vida eterna", pero Jesús lo remitió a sus propias escrituras, y lo hizo recitar el *shemá* hebreo, con esta adición: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". El escriba, haciéndose el desentendido, preguntó: "¿Y quien es mi prójimo? Terminado el relato, le pregunto Jesús: "¿Cuál de los tres te parece que fue el prójimo del hombre asaltado?" La respuesta no podía ser otra: "El que tuvo compasión". Entonces Jesús lo emplazó con la conclusión determinante: "Ve y haz tú lo mismo". "Si *haces* eso, tendrás la vida eterna". Lo que no se puede olvidar es que los muy religiosos que siguieron de largo y no atendieron al herido, desdeñaban al samaritano por no ser de su misma afiliación.

La tercera parábola de referencia es la denominada "el juicio de las naciones" (San Mateo 25:31-46), de carácter escatológico, porque trata del acto final en el cual Jesús juzgará los hechos de los hombres, y los situará a su derecha o a su izquierda, de acuerdo con su conducta sobre la tierra. Sólo tendrán su aprobación aquellos que cuando se enfrentaron con él, extranjero y errante, con hambre y sed, enfermo y preso, le proveyeron de todo lo necesario y se solidarizaron con él en su situación miserable. Ellos preguntaron, sorprendidos: "¿Cuándo, dónde, sucedió esto?" Y la respuesta de Jesús aclara la responsabilidad ética: "Les aseguro que todo lo que ustedes hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron".

Además de estas parábolas, en sus enseñanzas directas y en sus constantes enfrentamientos Jesús plantea el servicio a otros como la demanda ineludible:

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que separan para Dios la décima parte de la menta, del anís y del

comino, pero no hacen caso de las enseñanzas más importantes de la ley, que son la justicia, la misericordia y la fidelidad. Eso es lo que deben hacer... (San Mateo 23:23).

Y en toda esa sección del Evangelio hay un violento ataque de Jesús a la hipocresía de lo externo y aparential —los “sepulcros blanqueados”, los “vasos limpios por fuera”, los “monumentos con adornos”—, y el olvido de lo realmente válido y creador: lo que está en la entraña justiciera y amorosa del ser humano, y en la dinámica ética de los pueblos.

Este correcto proceder que propugnan los textos bíblicos —y, coincidentemente, también Martí— se origina en una semilla plantada, cuidadosamente abonada, constantemente cultivada, por la que clama un salmista: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmo 51-10). El corazón limpio y el espíritu recto son la permanente garantía de una ética de abundantes frutos.

Cuando el lector de Martí se detenga a considerar el tema de lo ético en el revolucionario cubano, se asombrará de la persistente dedicación, de la afincada importancia que concedió a un asunto que resultaba vital en su “hora de los hornos”. Hay en él una desvelada preocupación por las raíces del mal en todas sus ramificaciones, y va tejiendo una cadena de inquietudes anchamente abarcadora: tanto que difícilmente haya algún aspecto de la conducta humana que queda fuera de su visión y de su análisis. Comencemos por sus definiciones, ubicaciones y desgloses:

Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas (1-93).

El más punible de los delitos es aquel que lastima, o trata de oscurecer, una fama o una pureza útil a la patria (3-401).

Los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan (4-177).

La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio (4-193).

Nosotros somos el freno del despotismo futuro, y el único contrario eficaz y verdadero del despotismo presente. Lo que a otros se concede, nosotros somos los que lo conseguimos. Nosotros somos espuela, látigo, realidad, vigía, consuelo. Nosotros unimos lo que otros dividen. Nosotros no morimos. ¡Nosotros somos las reservas de la patria! (4-232).

Las diferencias políticas no dan derecho, entre hombres corteses y leales, a la inversión, o admisión indiscreta, y publicación voluntaria, de noticias falsas (20-427).

El que da lo justo no ha de temer que le pidan lo injusto (28-548). Sólo el que es capaz de vender su honra, tiene el valor de proponer la venta de la honra ajena (1-120).

Sólo son amigos de la patria los que saben deponer ante ella sus iras y sus tentaciones: sólo sirve a la patria el que la obedece. El nombre de la patria es cosa que se roba, y se usa en ocasiones para acusar a los que más la aman (1-181).

Los que intentan resolver un problema, no pueden prescindir de ninguno de sus datos. No es posible dar solución a la honda revuelta de un país en que se mueven diversos factores, sin ponerlos de acuerdo de antemano, o hallar un resultado que concuerde con la aspiración y unidad del mayor número (4-205). En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina (4-274).

Quien crea, ama al que crea; y sólo desdén a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio (4-304).

Los pueblos viven de la levadura heroica. El mucho heroísmo ha de sanear el mucho crimen. Donde se fue muy vil, se ha de ser muy grande (4-286).

Las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión. Los hombres que ceden no son los que hacen a los pueblos, sino los que se rebelan (4-324).

No hay gozo privado que emancipe al hombre, criatura y compuesto de su pueblo, de su deber público (5-230).

Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia, y de sus hábitos religiosos y políticos (5-262).

Todo acto equitativo en provecho de la masa laboriosa contribuye a afirmar la seguridad pública (6-151).

No son inútiles la verdad y la ternura (20-475).

Duerma con los ojos abiertos, porque ya sabe que en el mundo eso es necesario, y anda uno sobre trampas y redes; pero conserve esa pureza de corazón (20-363).

El mundo marca, y no se puede ir, ni hombre ni mujer, contra la marca que nos pone el mundo (20-482).

Cada hombre, si mira atentamente, construye el mundo. Se explica los mitos eternos. Los produce él mismo, en igual o semejante forma (21-221).

Movámonos desde estos principios generales hacia la fuente que los genera. En una carta al Licenciado Ignacio Zarragoitia, fechada en Filadelfia el 24 de abril de 1893, Martí le explica que —en relación con la guerra liberadora— su paciente espera, su prudencia, sus escrúpulos, están envueltos por “esta ansia mía enfermiza por lo puro”. Ello significa que todo acto, para lograr eficacia y beneficio en otros, debe realizarse con limpieza de intenciones y maneras. Lo cual nos recuerda otra oración de otro salmista: “Oh Dios, examíname, reconoce mi corazón; ponme a prueba, reconoce mis pensamientos; mira si voy por el camino del mal, y guíame por el camino eterno” (Salmo 139: 23, 24). Esto

en Martí, con sus propias palabras, y desde sus vivencias, se expresa como sigue:

Hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura (3-140). Los únicos hombres dignos de ser amados: los que en el roce de la vida no pierden la capacidad de la virtud (5-366).

Su estoica virtud nunca necesitó de eclesiástico estímulo, ni de futuro premio. ¡Cierta aplauso del alma, y cierto dulce modo interior de morir, valen por todo! (8-191).

La virtud es un hada benéfica: ilumina los corazones por donde pasa; da a las mentes la fuerza del genio (9-134).

Amar sobre todo, confiar y desdeñar: esa es tal vez la verdadera vía de vida (20-61).

Tú sabes que la pureza y la lealtad son la dicha única. Hay pocas almas tan capaces como la tuya de fidelidad, que es la aristocracia verdadera (20-233).

Sé de pocas almas más ingenuas, amorosas y claras que la de usted. Después de padecer, que es lo mismo que vivir, son pocos los que sacan en salvo ese entusiasmo suyo generoso por todo lo que creen sincero y bueno (20-145).

La mala voluntad es un áspid inmenso de mil colas (21-189).

Un bien grande hacen los viles en el mundo, y es purificar con la paciencia los corazones generosos, dándolos así mayor limpieza e influjo mayor (21-369).

Mantengamos puro el espíritu de nuestros pueblos para que no nos deslumbre el tamaño, ni nos corrompa el espectáculo del amor excesivo a la riqueza (22-71).

Una hora de virtud da a los hombres más fama y alegría que la posesión costosa, y casi siempre culpable, de la riqueza (28-380). El que sabe desdeñar su vida, sabrá siempre honrarla... No hay más que un partido: ¡el de la honra! No hay más que una riqueza: ¡la de la virtud! (1-158).

Sobre lo verdadero hay que golpear... En un pueblo, hay que tener las manos sobre el corazón del pueblo (1-451).

Virtudes se necesitan, más que talentos (1-453).

Valgámonos a tiempo de toda nuestra virtud para levantar, en el crucero del mundo, una república sin despotismo y sin castas (2-405).

¿Qué es la gloria, sino la estimación de la propia conciencia, y de unos cuantos hombres buenos? (3-315).

No vivimos aquí contando los defectos, sino las virtudes... Razón y corazón nos llevan juntos (4-262).

De la naturaleza se tiene el talento, vil o glorioso, según se le use en el servicio frenético de sí, o para el bien humano que de sí elabora el hombre, aquilatándose y reduciéndose, el mérito supremo del carácter (4-379).

El don propio, y medida del mérito, es el carácter, o sea, el denuedo para obrar conforme a la virtud... (5-143).

No hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí (5-168).

Con la energía de la honradez se pueden cruzar aceros contra los fuertes arrogantes... (6-122).

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu (6-158).

El propio decoro es la ley suprema... (6-264).

La dignidad propia se levanta contra la falta de dignidad ajena... (6-266).

El exceso de soberbia daña, pero el exceso de humildad lastima y deshonra (6-273).

Antes que impugnar, debe amarse al que nos dice rudamente la verdad (6-331).

La grandeza está en la verdad, y la verdad en la virtud (6-457).

Ya que sabemos desde dónde fluyen las fuentes de su fuerza moral, es hora de que escuchemos cómo Martí las adquiere y se las inyecta en su cotidiano quehacer y en el desempeño eficaz de su obra magna: la redención de su patria. A la vez, cómo espolea para que haya en cada cubano una ética dignificante, y en la república futura una nación colmada de "la energía inédita de la virtud".

Este programa implica —para sí mismo y para todo su pueblo— un período de horno y crisol, de sufrimiento y martirio, de negación absoluta de sí y de dación ilimitada por los demás.

Mi corazón no tiene fuerzas más que para la virtud (21-144).

[Yo soy] un hombre purificado por la virtud de su pueblo (17-218).

No hay como vivir para los otros, lo que da suave orgullo y fortaleza (9-202).

Molestaban mi voz, mis principios, mi entereza, mi convicción, revelada en hechos sencillos, de que puede vivirse en un país, enseñando y pensando, sin viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco (20-48).

Tengo fe en el cariño que me impulsa, y en la tenacidad de mi carácter... en mi palabra ardiente, en la sinceridad que me capta amigos, en la solidez de mi conducta, en esta fuerza extraña con que suelo conmover y entusiasmar... (20-260).

Estoy como roído de ansia de vivir en acuerdo conmigo mismo, y en obediencia a los mandatos que llevo en el alma (20-62).

Llevo al costado izquierdo una rosa de fuego que me quema, pero con ella vivo y trabajo, en espera de que alguna labor heroica, o por lo menos difícil, me redima (20-80).

Mi única ventura, y lo preví desde niño, está en que unas cuantas almas nobles me conozcan y quieran, y en dar a la tierra lo que le traje, y no he podido darle todavía, por lo que me miro con encono y disgusto, como si fuera yo un grandísimo malvado (20-68).

A obrar bien, y no a gozar, hemos nacido (20-290).

Hago tristemente, sin gozo ni esperanza alguna, lo que creo que es honrado para mí y útil para los demás que yo haga. Fuerzas quiero, que no premio, para acabar esta tarea (20-61).

Como tengo sobre mí los males de mi pueblo y los míos, y aquéllos tal vez con más gravedad que éstos, déjeme que calle, que importa poco decir lo que se siente, cuando no se puede hacer lo que se debe (20-57).

¡Pero es terrible martirio éste de ver necesaria una gran obra, sentirse con fuerzas para llevarla a cabo, y no poder llevarla! (20-56).

A mí me parece a veces que me vendo y prostituyo cuando, con el ánimo dispuesto a peleas mayores, tengo que bajarme, como león de circo, a lucir mis lindezas entre los concurrentes. Haría polvo entonces con mucho gusto de los huesos de la frente (20-118).

Ya usted sabe que yo no digo todo lo que tengo en el corazón, por miedo de que los que han padecido tanto de los falsos amigos vayan a tomar mi entusiasmo y el juramento secreto que me tengo hecho de vivir para servirles, por entromiento y adulación, o desco de buscarme popularidad. Esa idea me es odiosa. Pero lo que el alma echa a los labios se ha de decir (20-346).

Lo que me queda de vida, que va siendo bastante dolorosa, quiero que sea tan útil como pueda yo hacerla... Asegure a cuantos no lo sepan que este amigo de usted no vive para crearle a su patria dificultades, ni disputarles glorias a sus paisanos, sino para servirlos en silencio y humildad, y muy presto a cuanta voz y consejo quieran llegar hasta él, a fin de entrar en la felicidad posible antes de que nos coma el gusano, sin tiranías y sin odios (20-423).

Morir no es descanso. No hay descanso hasta que toda la tarea esté cumplida, y el mundo puro hallado, ¡y el lienzo en su marco! No quiero descansar, porque hay goce en sufrir bien; y lo que es, debe ser (21-190).

Aquel que sabe soportar con dolor los grandes males es el más digno de mandar a los otros (21-183).

Bien sé que los que trabajan para el porvenir son siempre, sin variación alguna, censurados, perseguidos y acusados de visionarios en el presente (21-217).

¡Cómo me regocijo al volver hacia atrás mis ojos, de no haber concebido un solo pensamiento, ni dicho una sola palabra, de intransigencia o de odio, ni siquiera cuando, para encauzar males que no se podían suprimir, para dar forma útil a grandezas adorables y ciegas, tenía las manos puestas en la guerra! (21-341). Jamás he solicitado sufragios a nadie, ni descendido a las vergüenzas y cobardías de esos candidatos al puesto público o la fama... (22-13).

Tengo el derecho de llamar infame, viejo o joven, manco o con las dos manos, a quien se atreva a lanzar sobre mí una acusación que no me pueda probar (22-19).

¿Qué dónde estoy? En la revolución, con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos, sino para

poner en ella con mi leal entender los elementos que —aunque no sean reconocidos al principio por la gente de poca vista o mala voluntad— serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz, han de salvarla (22-73).

Cuando se tiene algo que decir, se dice, sea cualquiera el juicio que forme de ello la gente ignorante o malévola, o el daño que nos venga de decirlo (22-82).

Yo vivo para el estricto cumplimiento de mis deberes. Cada uno de ellos me trae un séquito de males, provenientes del tremendo conflicto entre el deber puro y la naturaleza humana. Yo no quiero en el mundo más que mi deber, mis amigos y mis hijos, y el recuerdo de las horas fugaces en que he sido amado (22-254).

Yo sé que hay muchos que no piensan como yo; yo sé que no todos son mis amigos, aunque bien sé que enemigos no tengo, porque todos respetan en mí mi sinceridad y mis ternuras, y saben que si algún día me viese forzado, en esta o aquella tierra, a llevar mis manos a las armas, sería para hacer triunfar a la justicia, pero no para el uso de la venganza, sino para el bien de los mismos que la hubiesen ofendido, para el bien de todos los que respiran el aire y pisan la tierra: para el bien de todos (22-255, 256).

En mí, el amor a la patria sólo tiene un límite, y es el temor de que imagine nadie que por interés me valgo de ella, ni siquiera por el interés de ganar fama, que con ser menos innoble que otros, lleva a los hombres muy lejos a veces de aquella pureza absoluta que la patria tiene derecho a exigir de todos los que se ocupan en servirla (1-211).

No vivimos para nuestra persona, sino para la patria. Debemos aceptar lo que nos mortifique, si es útil a la patria, si le es indispensable (2-238).

Yo voy a que me estrujen, a que me acorralen, a que me intrigen, a que me nieguen. Pero seré mientras viva, en el Cayo como en el monte, fortaleza de verdad y amor. Con la realidad, y por el cariño (2-268).

No caben en mí impaciencia de fanático, ni flaqueza de ambicioso, ni la ligereza y presunción del político soberbio y novel (2-419). Yo no trabajo por mi fama, puesto que toda la del mundo cabe en un grano de maíz (2-459).

La patria, ¿para qué es, sino para padecer por ella? Yo insisto, yo argullo, yo me arrodillaré, y no dejaré nada por hacer (3-16).

Yo soy la última persona que por un alarde vano e injustificable pudiese insistir en provocar un conflicto de que no podemos salir airoso, ni una injuria, por leve que fuese, a la revolución cubana (3-42).

El amor de la patria es en mí el ardiente amor de la justicia y el bienestar del hombre, y el arte de adelantar su derecho sin lucha violenta e innecesaria contra cuanto se le opone (3-180).

No flaquearé por ningún exceso: ni por el de la aspiración, fatal al deber, ni por el de condescendencia. Amo y venero cuanto sacrificio respetable se hace alrededor de mí. Voy con la justicia (4-106).

Es que vivo por mi patria, y por su libertad real, aunque sé que la vida no me ha del alcanzar para gozar del fruto de mis labores, y que este servicio se ha de hacer con la seguridad, y el ánimo, de no esperar por él recompensa (6-120).

Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón (4-269).

Lo transcrito —que se lee con emoción profunda y toca sensiblemente a cualquier humano, por duro o indiferente que sea— nos muestra a Martí en la entraña viva de su compromiso misiológico y en la obsesión por una calidad existencial que lo justifique, abone y garantice. Salvando las distancias, y sin pretender paralelos ni similitudes, podemos reconocer que en estas agonías se encuentran —cada uno con la carga de su momento histórico y con sus propios recursos, métodos y objetivos— Jesús de Nazaret, San Pablo y José Martí, que se saludan comprensivamente, intercambian experiencias —donde afloran tanto pareceres como discrepancias— y continúan exaltados sus respectivas tareas de redención, interfertilizados, enriquecidos, plenos.

Martí parte desde sí mismo —desde la virtud que lo nutre— para señalar a su pueblo la religión del deber, la consagración (sacralización de un apostolado), el trabajo que redime, la disciplina que ordena y administra, la prédica de la verdad, la identificación con el caído (desheredado o culpable), el omnicomprendivo sentimiento de hermandad y ternura, el afán por el decoro propio y el de todo ser humano, el ejemplo tenaz de una vida limpia y pura; en fin, una eticidad comprometida que remata la de sus admirados presbíteros José Agustín Caballero y Félix Varela, y la del educador (también un cristiano militante) José de la Luz.

Sólo en las ideas esenciales de dignidad y libertad se debe ser espinudo, como un erizo, y recto, como un pino (10-250).

La grandeza moral absoluta, que es cosa del cielo, suele ser justamente crimen en la historia, que es cosa de los hombres. Todo aquel que no mira por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio (10-415).

Este mundo tiene increíbles vilezas, ocasionadas casi todas por el interés. No hay más modo de salvarse que moderar las necesidades. La sobriedad es la virtud. El que necesita poco es fácilmente honrado (1-287, 288).

No es la suma, aunque ésta es suficiente, lo que en nombre de la patria les agradezco, sino la fe, la espontaneidad y la virtud con que la aportan a nuestra tarea de redención (1-485).

El deber del hombre virtuoso no está sólo en el egoísmo de cultivar la virtud en sí, sino que falta a su deber en que descansa mientras la virtud no haya triunfado entre los hombres (2-24).⁷

De tal manera necesitan los pueblos el concepto de dignidad, que hasta conviene herirla para darles el plater de defenderla (6-196). Muchas veces, recordar a un caído que es hombre, basta para levantarlo. Se le despiertan fuerzas dormidas: surge a la revelación, y quiere ser digno de sí (6-265).

Se es hombre para serlo. Hombre es algo más que ser torpemente vivo: es entender una misión, emblecerla y cumplirla (6-332).

Quien quiera pueblo, ha de habituar los hombres a crear. Y quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la Naturaleza (8-15).

Quien quiera nación viva, ayude a establecer las cosas de su patria de manera que cada hombre pueda labrarse en un trabajo activo y aplicable una situación personal independiente. Que cada hombre aprenda a hacer algo de lo que necesitan los demás (8-285).

Más bella que la luz del sol sobre la tierra es la de una buena acción sobre el rostro del bueno (9-354).

Los malos no triunfan sino donde los buenos son indiferentes (9-359).

El deber, que deleita, rige a los hombres. El guía, él salva, y él basta (10-25).

El alma humana es noble, puesto que llega a soportar la vida, en la que suele dejar de hallar totalmente placeres, por la mera conciencia de su deber, de su capacidad para el beneficio de otros. Goza en su martirio, si con prolongar su martirio otros se aprovechan de él (21-253).

Un hombre honrado está saliéndose siempre al paso de sí mismo, y saltando ante sí. La beldad de la verdad sólo cautiva a las almas previsoras y virtuosas (21-268).

Sólo dejan de entender la honradez en los demás lo que han dejado de ser hombres honrados (21-280).

No hay deleite mayor que el de ver a hombres batallar con libertad y fe por lo que les parece verdadero, así como no hay espectáculo más doloroso que el de los hombres sumisos, por la ignorancia o la pasión, o el interés, o la voluntad ajena (21-380).

Cuando se conoce la vida, sólo el deber es grato: sólo él es digno de obediencia; sólo él da fuerzas para afrontar la malignidad de los hombres (22-77).

Yo no creo que en aquello que a todos interesa, y es propiedad de todos, deba intentar prevalecer, ni en lo privado siquiera, la opinión de un solo hombre (1-208).

El pensamiento se ha de ver en las obras. El hombre ha de escribir con las obras. El hombre sólo cree en las obras. Si inspiramos hoy fe, es porque hacemos todo lo que decimos (1-424).

El que se conforma con una situación de villanía, es su cómplice. Es su cómplice el que considera insuficiente o imposible el remedio que pregona, y con la mentira en el alma, continúa proclamando el remedio insuficiente o imposible (3-25).

Es de pocos el prever y el auxiliar sin ostentación y sin premio la obra de que no han de sacar provecho alguno (3-173).

Sólo en el cumplimiento triste y áspero del deber está la verdadera gloria. Y aun ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno,

porque si va con él alguna esperanza de bien propio, por legítimo que parezca, o sea, ya se empaña y pierde fuerza moral. La fuerza está en el sacrificio (3-266).

Alísteme a ese hermano en la verdad, y dígamele el alma que somos, y la misión que nos hemos echado encima, y la fe y la prisa con que nos movemos, y que no andamos en sueños (3-184).

Una cosa es aprovechar una oportunidad mientras verdaderamente existe, y otra forzarla. Tanta responsabilidad hay en dejar pasar la una como en violentar la otra. No vivimos para un día (3-374).

Estos tiempos de ahora son como de competencia en el honor, y no se está a quien brilla, sino a quien sirve. Hay afán de ser útil, y el sacrificio vuelve a ser la moda (4-374).

Se es libre, pero no para ser vil, no para ser indiferente a los dolores humanos... El hombre no tiene la libertad de ver impasible la esclavitud y deshonra del hombre, ni los esfuerzos que los hombres hacen por su libertad y honor (4-435).

Como cuerpos que ruedan por un plano inclinado, así las ideas justas, por sobre todo obstáculo y valla, llegan a logro. Será dado precipitar o estorbar su llegada; impedirlo, jamás. Una idea justa que aparece, vence (5-105).

Negarse, y recogerse en sí, y huir de la necesidad del mundo, y adularle el poder, es el pálido oficio de las almas inferiores... El salir de sí, el juntarse con los demás hombres, el padecer con alma ardiente por la iniquidad humana, y el ponerse a la obra contra ella... es el único modo viril de lamentarla (4-481).

El que vive de la infamia, o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen es cometerlo (5-168).

Son algunos los vendidos y muchos los venales; pero de un bufido del honor puede echarse atrás a los que —por hábito de rebaño, o el apetito de las lentejas— se salen de las filas en cuanto oyen el látigo que los convoca, o ven el plato puesto (6-122).

La satisfacción que se siente de haber cumplido los deberes es la base eterna de la moral humana... La moral no perece, porque cada hombre que nace la refecunda. Nace con cada hombre. Es ley natural. Es elemento natural. Es fuerza natural (21-168).

Veo que el trabajo es fuente de toda alegría; todo pobre de ánimo es un verdadero desertor. En esta batalla de la vida hay que morir sonriendo (21-184).

En lo que se trabaja no importa, sino que se trabaje. La esclavitud deshonra al hombre, y el besar manos criminales, no la humildad del oficio (1-451).

En pompas míseras, como una encía despoblada, gasta lo más de las gentes la bolsa y el honor, sin que al cabo les quede de la vida más que la soledad y la rabia; y otros ponen su goce en la satisfacción de la conciencia y el gusto de ser útiles, y la fiesta en un rincón de amigos, con uva fresca y flor sobre el mantel, y en torno a él la verdad y el trabajo (5-456).

“Al buen Pedro”

Dicen, buen Pedro, que de mí murmuras
porque tras mis orejas el cabello
en crespas ondas su caudal levanta:
diles, bribón, que mientras tú en festines,
en rubios caldos y en fragantes pomas,
entre mancebas del astuto Norte,
de tus esclavos el sudor sangriento,
torcido en oro, descuidado bebes;
pensativo, febril, pálido, grave,
mi pan rebano en solitaria mesa,
pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
de libertar de su infortunio al siervo
¡y de tu infamia a ti! Y en estos lances
sucéleme, Pedro, en la apretada bolsa
faltar la monedilla que reclama
con sus húmedas manos el barbero (16-140).

Tengo para mí que hemos realizado un abordaje central al pensamiento martiano: el que está ligado a una preocupación agónica por el ejercicio de una conducta reconocible como virtuosa. La agonía que implica este ejercicio depende en gran medida del estado natural del camino que se ha de andar. La Biblia y Martí no enseñan que muchas veces la senda está por allanar, y hay que transitar entre pedregales, o yerbazales, o encenagamientos, para ir haciendo camino, siempre que la orientación sea la correcta. Si lo es, se convertirá en senda perdurable, y más tarde en alameda de incalculables proyecciones. Debemos reconocer aquí las posibilidades políticas de este pensamiento de Enrique Dussel:

La ética es la teología primera, la fundamental. Lo primero son las opciones éticas. No una teología ideológica, sin una ética teológica (*Cuestiones éticas*).

Martí nos abre el entendimiento hacia un afán ético que consiste primariamente en hacer, en comportarse. Los análisis se realizan desde dentro de esa postura, porque de otro modo serían un malabarismo de especulaciones y abstracciones. Y también a no enjaularnos en dogmas éticos, porque en realidad todo lo que hacemos es abrirnos a un primer panorama, y partir desde allí en una constante búsqueda de nuevos horizontes históricos. Los principios y los compromisos siempre deben ser renovables, en una persistente superación.

Otra contribución martiana —con sus antecedentes bíblicos— que siempre debemos tener en cuenta es la de que no existe una moral individual y otra colectiva. Aquí no hay partición posible. La historia del hombre demuestra que, en ocasiones, individuos perfectamente virtuosos en su vida personal no se percatan de

que el otro hombre es su hermano, con derechos y deberes tan respetables como los suyos. La moral de un país —según Martí— se muestra a la vez en lo personal y en lo colectivo, porque no hay aislamiento justificable, ni una ética de intereses personales en perjuicio de otros.

Por último, señalar también la confluencia del pensamiento bíblico y el pensamiento martiano: lo ético es el trabajo incesante, no el goce en quietud de una satisfacción anímica, por muy bien fundada que esté. El ocio y la especulación a distancia desnaturalizan y abren vías para la alienación.

Capítulo VII

El mundo está de cambio: el hombre se ensancha

*El mundo está de cambio; y las púrpuras y las
casullas, necesarias en los tiempos místicos
del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía.*

El hombre se ensancha, y la religión con él.

*La batalla está en los talleres; la gloria, en
la paz; el templo, en toda la tierra; el poema,
en la naturaleza.*

*Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar
en ellos, decir lo cierto bravamente, desamar
el bienestar impuro, y vivir virilmente, para
gozar con fruición y reposo el beneficio de
la muerte.*

*Eso sí: tenemos el derecho de americanos en
América, y el deber de ese derecho: tenemos
que vigilar por la salvación del buen espíritu,
y por la buena dirección de la América nueva.*

José Martí

José Martí es un pensador revolucionario que organiza un movimiento de liberación con proyección exógena: desde su isla amada hacia las demás Antillas, con el propósito de levantar un muro de contención y salvaguardar toda la América del "destino manifiesto" expansionista de los Estados Unidos: "Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso" (4-167). Es un proyecto político que contiene las indispensables apoyaturas de integralidad económica y social. Como símbolo asociador y asegurador, Martí levanta una bandera de tesis inéditas hasta entonces en América

Latina: la pureza ideológica, la calidad moral en la conducta de los revolucionarios, y los lineamientos básicos de una futura nueva sociedad.

De nuevo llamo la atención del lector a los no deliberados puntos de tangencia martianos con la fe auténtica, la que se alimenta en las páginas de la Biblia y se manifiesta en la teología judeo-cristiana, producto de la experiencia secular del "pueblo de Dios".

La liberación política de los oprimidos, convoyada por la justicia social y la equidad económica, es una constante en los escritos bíblicos. Toda la Biblia es un mensaje de liberación. El Dios de la Biblia (Yavé) se presenta no como una idea para especular, sino como una acción creadora y sustentadora que obra, gobierna y protege. Para ello se requiere la formación de una sociedad, de la que él demanda unidad y armonía por caminos de amor y justicia. Su voluntad —que siempre procura el bien de todos los seres vivos— requiere ser obedecida y respetada.

José Míguez Bonino escribe:

La Biblia ve al hombre en un contexto concreto: como gobernante o súbdito, como litigante o juez, como padre, madre o hijos, como miembro de una tribu, como sacerdote o adorador. La justicia es la correcta relación de todos. (*Ama y haz lo que quieras*. Editorial Escatón y Editorial La Aurora, Buenos Aires, 1972, pág. 86).

La práctica de la justicia, en la Biblia, implica el ejercicio de derechos, y se especifican los de las viudas, los huérfanos, los pobres, los peregrinos, y los extranjeros residentes en Israel. La paz de la comunidad se asegura por la aplicación de la ética justiciera: "El efecto de la justicia será la paz" (Isaías 32:17). Yavé entonces promulga leyes que aseguren la justicia y la paz, y provee gobernantes que garanticen su cumplimiento. También es ésta una función de los auténticos profetas, que actúan como fiscales acusadores, pues vigilan constantemente el entorno social y hablan por los que no tienen voz, o se atemorizan ante los gobernantes depravados y las jerarquías eclesiásticas corrompidas.

Hay que aclarar el concepto de *paz* en la Biblia. El término que se usa es *shalom*, que no es sólo ausencia de rivalidades y guerras, sino preferentemente —en signo positivo— el bienestar *total* de la persona humana y de la colectividad a la que pertenece. La paz va unida a la justicia porque se quebranta —individual y colectivamente— tan pronto como alguien es injusto: los que practican la mentira, el engaño, la explotación, la usura (toda forma de corrupción legal y comercial). Así nos explicamos el grito airado de Jeremías:

Todos, grandes y pequeños, practican la avaricia; y tanto profetas como sacerdotes, son engañadores. Tratan livianamente las heridas de mi pueblo, y dicen "paz, paz", cuando no hay paz (6:13-14).

Convencido de ello, uno de los poetas de Israel lanza sus dísticos esperanzadores:

La miseria y la verdad se encontraron;
la justicia y la paz se besaron.
La verdad brotará de la tierra,
y la justicia mirará desde los cielos (Salmo 85:10, 11).

Estas ideas veterotestamentarias reaparecen con una nueva óptica en los evangelios. En el de San Lucas (tan colmado de referencias a la justicia social), aparece María —la madre de Jesús— con su cántico de alborozo, porque

Dios actuó con todo su poder:
deshizo los planes de los orgullosos,
derribó a los reyes de sus tronos
y puso en alto a los humildes.
Llenó de bienes a los hambrientos,
y despidió a los ricos con las manos vacías.
Ayudó al pueblo de Israel
y no se olvidó de tratarlo con misericordia (1:51-54).

Por su parte, Jesús —hijo de tan adorable mujer, aldeana o campesina, y de un obrero carpintero, probablemente explotado dentro de una tierra invadida y oprimida, una colonia romana— lanza en la sinagoga de Nazaret el programa político de su ministerio singular:

El espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado
para llevar la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a anunciar
la libertad a los presos
y a dar vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
a anunciar el año favorable del Señor (4:18-20).

En los otros evangelios, y en las cartas del Nuevo Testamento, hay innumerables señalamientos apodícticos del compromiso social judeo-cristiano. En la imposibilidad de señalarlos todos, selecciono algunos del apóstol Santiago:

El hermano de condición humilde debe sentirse orgulloso si Dios lo enaltece, y el rico debe sentirse orgulloso si Dios lo humilla.

Porque el rico es como la flor de la hierba, que no permanece. Cuando el sol sale y calienta con fuerza, la hierba se seca, su flor se cae y su belleza se pierde. Así también el rico desaparecerá en medio de sus negocios (Santiago 1:9-11).

Pero no basta con oír el mensaje; hay que ponerlo en práctica, pues de lo contrario se estarían engañando ustedes mismos (1:22).

Ustedes, hermanos míos, que creen en nuestro glorioso Señor Jesucristo, no deben hacer diferencia entre una persona y otra. Supongamos que ustedes están reunidos, y llega un rico con anillos de oro y ropa lujosa, y lo atienden bien y le dicen: 'Siéntate aquí, en un buen lugar', y al mismo tiempo llega un pobre vestido con ropa vieja, y a éste le dicen: 'Tú quédate allá en pie, o siéntate ahí, en el suelo'; entonces ya están haciendo distinciones entre ustedes mismos y juzgando con mala intención (2:1-4).

¿Acaso no son los ricos quienes los explotan a ustedes, y quienes a rastras los llevan ante las autoridades? (2:6).

Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: 'Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran', pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta. Tal vez alguien dirá: 'Tú tienes fe y yo tengo hechos'. Muéstrame tu fe sin hechos, y yo te mostraré mi fe con mis hechos. Tú crees que hay un solo Dios, y en esto haces bien; pero los demonios también lo creen, y tiemblan de miedo. No seas tonto, y reconoce que si la fe que uno tiene no va acompañada de hechos, es una fe inútil (2:14-20).

En resumen: así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe está muerta si no va acompañada de hechos (2:26). Los que tienen la sabiduría que viene de Dios, llevan ante todo una vida pura, y además son pacíficos, bondadosos y dóciles. Son también compasivos, imparciales y sinceros, y hacen el bien. Y los que procuran la paz siembran en paz para recoger como fruto la justicia (3:16-18).

¡Oigan esto, ustedes los ricos! ¡Lloren y griten por las desgracias que van a sufrir! Sus riquezas están podridas; sus ropas, comidas por la polilla. Su oro y su plata se han enmohecido, y ese moho será una prueba contra ustedes y los destruirá como fuego. Han amontonado riquezas en estos días, que son los últimos. El pago que no les dieron a los hombres que trabajaron en su cosecha, está clamando contra ustedes: y el Señor todopoderoso ha oído la reclamación de esos trabajadores. Aquí en la tierra se han dado ustedes una vida de lujo y placeres, engordando como ganado, ¡y ya llega el día de la matanza! Ustedes han condenado y matado a los inocentes sin que ellos opusieran resistencia (5:1-6).

Cuando una ética justiciera se clava en la conciencia, no nos asombremos de que se produzca prontamente un compromiso

de acción y reivindicación con ánimo apasionado, lo que lleva a hombres y mujeres a la organización de la lucha revolucionaria, a la promoción inteligente de un ideal y a su despliegue inmediato y eficaz, y esto significa la guerra, y posiblemente el triunfo popular.

La historia del éxodo israelita se dilata por quince capítulos en el "libro" de este mismo nombre. La palabra significa "salida", o mejor, "una vía hacia la liberación". La narración tiene que ver con el sometimiento forzoso, la esclavitud, la explotación, que agrede a los israelitas en territorio egipcio, y cómo Dios toma partido por ellos y los ayuda a ganar su independencia y a crear su propia nación, como parte del pacto establecido desde siglos atrás.

Pero no es sólo liberación *de* los egipcios: también liberación *para* el desempeño de una tarea liberadora entre otros pueblos. Los israelitas creyeron desde el primer instante en un Dios que mezcla la fe religiosa con la política, con toda la amplia significación que conlleva este último término. Las llamadas "fiestas religiosas" en Israel siempre iban matizadas de fervor político.

Hay que ver también el éxodo de los hebreos como un símbolo precursor de *todo* el proyecto liberador de Dios en la historia humana, contenido en los textos bíblico-teológicos: Dios *siempre* toma parte en los afanes libertarios, bien en las personas de los patriarcas, en las de los profetas, o en Jesucristo mismo, o en los discípulos y apóstoles. Aún más: utiliza a veces como instrumentos de su voluntad a la gente desconocida, sencilla, desechada. Esto lo reconoció San Pablo en su Primera carta a los corintios (1:27, 28).

Para avergonzar a los sabios, Dios ha escogido a los que el mundo tiene por tontos; y para avergonzar a los fuertes, ha escogido a los que el mundo tiene por débiles. Dios ha escogido a la gente despreciada y sin importancia de este mundo, es decir, a los que no son nada, para anular a los que son algo.

Cuidémonos de pensar que la liberación en los textos bíblicos se refiere apenas a la independencia política de naciones extrañas, colonizadoras y explotadoras. También se proyecta contra las tiranías y los despotismos nacionales, amparados en los ricos influyentes y en los jerarcas de la religión. Por profetas auténticos tiene la Biblia a Natán, que se enfrentó a las liviandades criminales del rey David; Isaías, que pronunció delante de los jefes de gobierno ardientes llamados a la pureza personal y a la justicia para con el pueblo; Jeremías, cuya misión fue reconvenir al pueblo por sus descarríos e idolatrías; Ezequiel, que clamó por un

completo reconocimiento de la responsabilidad individual por los pecados colectivos, y por una renovación del espíritu; Daniel, que resiste las más duras pruebas y despierta la fe y la lealtad en sus conciudadanos; Oseas, que condena la idolatría del pueblo, comparable solamente a la infidelidad conyugal; Joel, que llama al arrepentimiento, base indispensable para una restauración nacional; Amós, para quien Israel no está dispensado del juicio de Dios, por su pecado de injusticia social; Jonás, que denuncia el orgullo espiritual del exclusivismo religioso; Miqueas, que amonesta y a la vez despliega la bandera de la esperanza. Todos éstos son patriotas y libertadores que ejercitan su ministerio con grandes riesgos personales, pues parten desde la denuncia de situaciones de corrupción interna.

El nombre *Jesús*, en su raíz hebrea, significa "salvador", "redentor", "libertador". No sólo era de cuna humilde, sino también de oficio humilde (carpintero), y prefería entre sus discípulos a los de su propia condición social (campesinos, pescadores, artesanos). Por lo menos uno de ellos pertenecía a un partido opositor a la dominación romana, y Jesús llamó "esa zorra" a Herodes, el gobernador. En los evangelios le vemos solidarizado con los pobres, las viudas, los huérfanos, los enfermos, la ramera, los cobradores de impuestos. De estos últimos, los más despreciados, afirma que "van delante hacia el reino de Dios".

Por su parte, en sus varias veces citado "Hombre del campo", Martí señala hacia una inescapable —pero intencionadamente soslayada— faceta de la persona del Cristo:

Yo te voy a decir quién fue Cristo. Fue un hombre sumamente pobre, que quería que los hombres se quisiesen entre sí, que el que tuviera ayudara al que no tuviera, que los hijos respetasen a los padres, siempre que los padres cuidasen a los hijos; que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja; que se hiciese bien a todo el mundo y que no se quisiera mal a nadie. Cristo estaba lleno de amor para los hombres. Y como él venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios, y como los pueblos le tomaron gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas se iban tras él, los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz (19-381, 382).

Creo muy conveniente desglosar y discernir este trozo de prosa martiana. Observemos el punto de partida: "Cristo fue un hombre sumamente pobre". Aquí el sentido de pobreza cubre una ancha dimensión, que va desde la economía hogareña hasta la esclavitud política en su tierra esclavizada por el imperio romano. Lo más hiriente, por cotidiano, era la carga familiar con

tan pobres recursos. Jesús sabía muy bien, y lo dice en una de sus parábolas, lo que significaba la pérdida de una moneda. La tradición cuenta —con buen fundamento— que su padre José falleció siendo él muy joven, y tuvo que hacerse cargo de los trabajos de carpintería para sostener a su madre y a sus varios hermanos, probablemente seis. Cuando regresó a su aldea de Nazaret y enseñaba en la sinagoga, los vecinos se preguntaban: “¿No es éste el carpintero?” (San Marcos 6:3). Y cuando abandonó su taller y anduvo predicando y peregrinando, afirmó: “El hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza” (San Juan 9:58).

Es muy probable que ésta sea la primera ocasión en que un líder político del siglo XIX señale hacia la pobreza de Jesús, hacia su origen de clase, como factor importante a considerar en la tarea salvífica del hombre de Nazaret. Hoy, a punto de finalizar el siglo XX, sabemos que la historia se escribe desde la perspectiva del pobre, por constituir —en la población total de la tierra— la mayoría del pueblo. De esta forma Martí deviene el primer pensador revolucionario latinoamericano —por lo menos entre aquellos que han quedado definitivamente en los anales— que descubre en la figura histórica de Jesús, y en el hecho teológico del Cristo crucificado, una razón política: la del hombre surgido como dirigente del pueblo sencillo y trabajador, que invoca la correcta interpretación de las viejas leyes de Israel y la aplicación de nuevas leyes no escritas; que se enfrenta a los poderosos, los reta y los conturba con sus verdades como puños, hasta que “los déspotas que gobernaban entonces” (léase los invasores romanos y los sacerdotes del judaísmo), decidieron su muerte tras una farsa de juicio. A la soteriología que se enseña tradicionalmente en los seminarios católicos y protestantes hay que añadir —para enmarcar correctamente la figura de Jesús— esta perspectiva martiana.

La otra afirmación básica acerca del hombre de Nazaret es la de que “Cristo estaba lleno de amor para los hombres”, y los relatos de los Evangelios así lo demuestran. En ellos se nos presenta a un carpintero que se convierte en maestro que predica y enseña, y a la vez rubrica estas actividades con un despliegue de asistencia social, sanando enfermedades y dolencias: tres aplicaciones prácticas de un amor genuino. Este conlleva también una variante casi inaceptable, o por lo menos de muy difícil cumplimiento: “Ustedes saben que se dijo: ‘Ama a tu prójimo y guarda rencor a tu enemigo’ (Levítico 19:18). Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, imploren por sus perseguidores” (San Mateo 5:43, 44). Aquí tenemos una fórmula de aplicación general, si bien en muy variadas ocasiones Jesús aplicó un amor específico. Este es el caso del llamado “joven rico”, en quien Jesús vio una honesta búsqueda de la verdad, y por ello dice el escritor:

"Entonces Jesús lo miró y lo amó" (San Marcos 10:21). Una casa que Jesús visitaba con frecuencia, en la aldea de Betania, era la de Marta, María y Lázaro, tres hermanos, y el evangelista San Juan (11:5) explica la razón: "Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro". Esta frase aparece en el relato de la enfermedad y la muerte de Lázaro, y de su resurrección. El narrador afirma que cuando se enfrentó a su amigo muerto, "Jesús lloró", y los vecinos comentaban: "¡Miren cuánto lo amaba!" (11:35, 36). El mismo narrador afirma que al disponerse Jesús para su enfrentamiento con la muerte vicaria, "así como había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (13:1). Lo que concuerda explicablemente con una expresión anterior del propio evangelista: "De tal manera amó Dios *al mundo*, que dio a su hijo" (3:16). El amor es el único fundamento de una dación perfecta como la de Cristo, por la que se alcanza la plenitud. Así entendemos el alcance de la frase martiana: "Cristo estaba *lleno de amor para los hombres*".

Ya aclarado el estrato social de Jesús, y la máxima motivación de su ministerio, Martí se refiere a sus enseñanzas, a su ideario, a la temática de su predicación. Sitúo las frases en el orden en que Martí las propone, y ofrezco sus equivalencias bíblicas:

1. Cristo "quería que los hombres se quisiesen entre sí".

El que no obra la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano, pues se les enseñó desde el principio que se amen los unos a los otros... Al amar nosotros a nuestros hermanos comprobamos que hemos pasado de la muerte a la vida... Jesucristo sacrificó su vida por nosotros, y en esto hemos conocido el amor; así también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos... No amemos con puras palabras y de labios afuera, sino verdaderamente y con obras (Primera de Juan, capítulo 3).

2. Cristo quería "que el que tuviera ayudara al que no tuviera".

Al que se le ha dado mucho se le exigirá mucho (San Lucas 12:48). Den gratuitamente, puesto que recibieron gratuitamente (San Mateo 10:8).

Al caer la tarde, sus discípulos se acercaron para decirle: 'Estamos en un lugar despoblado, y se hace tarde; despide a esta gente para que se vaya a las aldeas y se compre algo que comer'. Pero Jesús les contestó: 'Denles ustedes de comer' (San Marcos 6:37).

Jesús le dijo: 'Sólo te falta una cosa: anda, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme' (San Marcos 10:21).

Den, y se les dará; recibirán una medida bien llena, apretada y rebosante; porque con la medida que ustedes midan, serán medidos" (San Lucas 6:38).

Vendan lo que tienen, y repártanlo en limosnas (San Lucas 12:33). Porque tuve hambre y ustedes me alimentaron; tuve sed, y ustedes me dieron de beber. Pasé como forastero, y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas, y me vistieron. Estaba enfermo, y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel, y me fueron a ver (San Mateo 25:35).

3. Cristo quería "que los hijos respetasen a los padres, siempre que los padres cuidasen a los hijos".

¿Por qué quebrantan un mandamiento de Dios en nombre de sus tradiciones? Pues Dios dijo: 'Honra a tu padre y a tu madre. El que maldiga a su padre o a su madre debe ser condenado a muerte'. En cambio ustedes afirman que un hombre puede decir a su padre o a su madre: 'No puedo ayudarte porque todo lo mío lo tengo destinado al templo'. En este caso, según ustedes, esta persona queda libre de sus deberes con su padre y su madre. Y así ustedes han anulado la orden de Dios en nombre de sus tradiciones. ¡Hipócritas! Isaías profetizó exactamente de ustedes cuando dijo: 'Este pueblo me honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me rinden no sirve de nada' (San Mateo 15:3-8). ¿Quién de ustedes da una piedra a su hijo si le pide pan, o una culebra si le pide pescado? (San Mateo 7:9).

Y tomando Jesús a un niño lo puso en medio de ellos, lo estrechó entre sus brazos y les dijo: 'El que recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe' (San Marcos 9:36, 37).

Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has mostrado a los niños (San Lucas 10:21).

4. Cristo quería "que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja".

Mi Padre sigue trabajando, y yo trabajo (San Juan 5:17).

Trabajen, no por la comida de un día, sino por otra comida que permanece, y con la cual uno tiene vida eterna (San Juan 6:27).

Vengan a mí los que trabajan y se sienten agobiados, porque yo los haré descansar (San Mateo 11:28).

Ustedes saben en qué forma tienen que imitarnos: nosotros trabajamos mientras vivimos entre ustedes. No pedimos un pan que no hubiéramos ganado, sino que, de noche y de día, trabajamos duramente hasta cansarnos, para no ser carga a ninguno de ustedes. Además, les dimos esta regla: si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma (Segunda a los tesalonicenses 3:7-10). El obrero merece su salario (San Lucas 10:7).

5. Cristo quería "que se hiciese bien a todo el mundo, y que no se quisiera mal a nadie".

El hombre bueno saca cosas buenas del tesoro que tiene adentro, y el que es malo, de su fondo malo saca cosas malas (San Lucas 6:45).

Un leproso vino a arrodillarse delante de él, y le dijo: 'Señor, si tú quieres, puedes limpiarme'. Jesús alargó la mano, lo tocó, y le dijo: 'Lo quiero; queda limpio'. Su lepra desapareció inmediatamente (San Mateo 8:2, 3).

Tengan cuidado de despreciar a alguno de estos pequeños... porque el hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido (San Mateo 18:10, 11).

Dos ciegos estaban sentados a la orilla del camino, y cuando oyeron que pasaba Jesús, comenzaron a gritar: '...¡ten piedad de nosotros!' Jesús se detuvo... y les preguntó: '¿Qué quieren que yo haga por ustedes?' Ellos dijeron: 'Señor, que se abran nuestros ojos'. Jesús tuvo compasión y les tocó los ojos. Y al momento recobraron la vista y siguieron a Jesús (San Mateo 20:30-34).

El reino de los cielos se les quitará a ustedes [sumos sacerdotes y autoridades] para dárselo a gente que rinda frutos (San Mateo 21:43).

Dejen que los niños vengan a mí. ¿Por qué se lo impiden? ... Jesús los abrazaba y ponía las manos sobre ellos para bendecirlos (San Marcos 10:14, 16).

No son las personas sanas las que necesitan médico, sino las enfermas. He venido, no para llamar a los buenos, sino para invitar a los pecadores a que se arrepientan (San Lucas 5:31, 32).

Este programa de principios morales y de ejemplar comportamiento diario que Martí destaca como auténticamente cristiano, surge sólo de un espíritu libre, y se enmarca cabalmente en un ambiente de libertad. Por ello —insiste Martí— Cristo "venía a decir a los esclavos que no debían ser más que esclavos de Dios".

Jesús les dijo a los judíos que habían creído en él: 'Si ustedes se mantienen fieles a mi palabra, serán de veras mis discípulos; conocerán la verdad, y la verdad los hará libres'. Ellos le contestaron: 'Nosotros somos descendientes de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo dices tú que seremos libres?' Jesús les dijo: 'Les aseguro que todos los que pecan son esclavos del pecado. Un esclavo no pertenece para siempre a la familia, pero un hijo sí. Así que si el Hijo los hace libres, ustedes serán verdaderamente libres (San Juan 8:31-36).

Ustedes saben muy bien que si se entregan a un amo para obedecerlo, entonces son esclavos de ese amo a quien obedecen. Y esto es así, lo mismo si obedecen al pecado, lo cual lleva a la muerte, que si obedecen a Dios para vivir una vida de rectitud. Pero gracias a Dios que ustedes, que antes eran esclavos del pecado, ya han obedecido de corazón a la forma de enseñanza que han recibido. Una vez libres de la esclavitud del pecado, ustedes han entrado al servicio de una vida de rectitud (Romanos 6:16-18).

El que era esclavo cuando fue llamado a creer en el Señor, ahora es un hombre libre al servicio del Señor; y de la misma manera, el que era hombre libre cuando fue llamado, ahora es esclavo de

Cristo. Dios los ha comprado a gran precio; no permitan que otros hombres los hagan esclavos (I Corintios 7:22, 23).

Este estilo de vida, que se hace evidente por su calidad, acarrea naturalmente la satisfacción “del alma que está contenta de sí”, según la expresión martiana; pero también conlleva agonías, incomprendimientos, desprecios, padecimientos, y hasta la posibilidad del martirio, que es la forma sublime del testimonio. Ya leímos en Martí las consecuencias ineludibles en las vidas de los que están colmados de *virtud*, cara palabra. En el caso particular y especialísimo de Cristo, éste tuvo el gozo de experimentar cómo “los pueblos le tomaron gran cariño, y por donde iba diciendo estas cosas se iban tras él”. Damos por sentado que Martí recordaba dos pasajes de los evangelios. Después que Jesús entró al templo de Jerusalén y “echó fuera a todos los que vendían y compraban en los patios, y derribó las mesas de los que cambiaban monedas, y los puestos de los vendedores de palomas”, se produjo una explosión de regocijo popular y a la vez de ira entre los negociantes y sus protectores: “Viendo estas cosas tan asombrosas que Jesús acababa de hacer, y a los niños que clamaban en el templo ‘¡Viva el hijo de David!’, los sacerdotes principales de la ley se indignaron...” (San Mateo 21:12-16). Y también el que se describe en el evangelio de San Juan (12:12, 13, 17-19).

Al día siguiente, la multitud que había llegado a Jerusalén supo que Jesús también venía para la Pascua. Salieron a su encuentro con ramos y palmas, gritando: ‘¡Dios nos salve! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito sea el Rey de Israel!’ ... El pueblo que acompañaba a Jesús contaba lo que había visto: cómo él había llamado a Lázaro del sepulcro y lo había resucitado de la muerte. A causa de este milagro salió tanta gente a su encuentro. En cuanto a los fariseos, se dijeron entre ellos: ‘¿No ven que no sacamos nada? Miren que todo el pueblo lo sigue’.

Estos relatos presentan muy realistamente una situación de privilegio: compradores, vendedores y negociantes en un lugar que se tenía por sagrado (amparados por quienes autorizaban y participaban del negocio), con los que Jesús se enfrenta y no sólo los denuncia, sino que los desmantela con su vigor de carpintero. A la vez, el pueblo esquilmado que se goza en el espectáculo, y en la sombra, acechantes, “sacerdotes principales”, “maestros de la ley” y “fariseos”.

Inmediatamente después de reconocer con gozo el “cariño” que mostraban a Jesús las gentes humildes que “se iban tras él”, Martí trae a escena las fuerzas coaligadas del mal: “los déspotas que gobernaban entonces le tuvieron miedo y lo hicieron morir en una cruz”. El miedo a la verdad llevaba —a comienzos del

siglo I— al encarcelamiento, a la tortura, al asesinato, al genocidio; tal como hoy, a finales del siglo XX. La muerte en la cruz es presentada por Martí como lo que era para los ojos presenciales: un acto político de abuso de poder imperial. El miedo se apodera entonces de los seguidores de Cristo, durante tres días, cuando comienza una nueva era en la esperanza del Reino de Dios.

Este breve escrito martiano sobre el que hemos reflexionado extensamente, finaliza con una frase de convicción y persuasión que debería ser divisa de todos los movimientos genuinamente liberadores: "Cristo fue un hombre admirable". Aquí debo referirme a páginas escritas en otro lugar de este libro, en las cuales me lamentaba de que Martí no llegara a alcanzar la comprensión total del hombre-Dios en la persona de Jesucristo, dejando fuera de su cosmovisión una fase de la integralidad del plan redentor del Dios de la fe cristiana.

No obstante, ahora reconozco que el énfasis de Martí en la hombridad de Jesucristo es un elemento conveniente y saludable cuando se trata de vertebrar un proceso político de liberación. Porque el peligro siempre está en unilateralizar, y será peor la espiritualización excesiva que la humanización excesiva. Por lo menos, el sentido correcto de un cristiano código de conducta está más a salvo cuando la persona de Jesucristo, y su obra redentora, se observan desde una perspectiva horizontalizada, a nivel de humanidad.

El *hecho Cristo* ocurrió sobre este planeta, en un momento histórico definido, en un punto geográfico específico, dentro de una familia humana que vivía en condiciones económicas de pobreza, bajo la administración política de un ejército extranjero, como una provincia exterior de un gran imperio. El obrero de Nazaret vino a representar —para el pueblo humilde— un signo de esperanza, un anhelado libertador político, el Mesías anunciado por los profetas. Sin embargo, Jesús mismo —según los discursos de los Evangelios— no reclamó la dimensión política como su tarea única, ni primordial. Esta vino a ser una parte de otra más integral e inclusiva. Por eso acepta que le llamen "el Cristo, el hijo del Dios viviente". A la vez, él se llama a sí mismo "el hijo del hombre": ¡hermosa paradoja complementaria! Mientras sus discípulos y seguidores le reconocen como "hijo de Dios", pero apetece que él los dirija en sus ansias políticas y llegue a ser "el rey de Israel", Jesús insiste en recordar su encarnación, su condición pareja a la de los que lo aclamaban como Dios: su perfecta humanidad. Era únicamente un gesto solidario; también era una forma de clarificar el alcance de su misión: sólo un hombre podía morir por los hombres; sólo un hombre (Jesús-Salvador), podía hacer válida entre los hombres la liberación *total* que Dios proyecta para el mundo.

Pienso que por haber escogido esta senda de la plena condición humana del Cristo —sin asociarlo a Dios como persona de la Trinidad, ni emparejarlo con la doctrina del Espíritu Santo—, Martí pretende afianzar la misión política de Jesús por sobre las demás. En Martí es perfectamente comprensible, ya que ésta era su gran pasión, la razón de ser de su vida. En el borrador de un discurso que debió pronunciar, probablemente en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, de la que fue presidente, Martí reconoce a dos visitantes distinguidos, “ministros de la verdad”. Uno de ellos, Aurelio Silvera, pastor metodista entre los cubanos de Cayo Hueso y Tampa, “que lleva su Biblia por encima de los odios y de los dogmas”, merece en la presentación de Martí especial distinción

...por su empeño en reducir a la justicia a los malvados, con las palabras del rebelde sublime que —con la fuerza de su patriotismo— dio empuje de humanidad, y alcance de Universo, a la vía en que le encendía la opresión romana en Galilea (19-455).

Esta cita es muy iluminadora. Silvera, a la par que un sacerdote cristiano, era un eminente patriota. Y Martí reconoce que es hombre que no se deja arrastrar por odios ni se ata a dogmas, “ni miente”,

...y no va de visita a casa de los pudientes del mundo, a que le pongan el hombro a cambio del hombro que les ofrece él, para ir salvando de los de la razón humana creciente a las autoridades, sino se va del lado de los pobres, del lado de los de la razón, y empuja con ellos (*Ibid.*).

Martí atestigua que esta honrosa condición de cristiano militante y de ciudadano honesto que muestra Silvera, le viene porque asimila y comunica las palabras de Jesús, “rebelde sublime” que no solamente protesta de “la opresión romana en Galilea”, sino que “con [desde] la fuerza de su patriotismo” ensancha su prédica y su lucha “con empuje de humanidad” hasta alcanzar todo el Universo.

Esta tesis que acabamos de analizar es un punto de partida en la ubicación definitiva del carpintero de Nazaret, con su nombre en la lista de héroes que batallaron y murieron por la liberación de sus pueblos. En consecuencia, Martí organiza un movimiento independentista que tiene todas las características —en la terminología usada, en la concientización captadora, en la vertebración de fuerzas, en la ética personal de los luchadores, en la definición de los objetivos inmediatos y futuros, en su táctica y su estrategia— de una religión “nueva”, porque a ella “conduce el ejercicio de la libertad” (13-33).

En su primera carta al general Máximo Gómez, en 1882, Martí comienza a puntuar los lineamientos éticos de la preparación de un enfrentamiento armado contra el gran enemigo político: el coloniaje español en Cuba: "Porque usted sabe, General, que mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes. Y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla" (1-167, 168). ¡Gigante de amor, de valor, de pensamiento, de paciencia! Obsérvese el territorio que cubre cada palabra, y el orden en que se las presenta. Para el general Gómez, con sus diez años de batallas por la independencia de Cuba en la primera guerra, y muy dado a las frases religiosas, tiene que haber sido incisivo lo de "gigante de amor", sobre todo viniendo de un civil que evidentemente quería jugar un papel protagónico en un nuevo intento de liberación.

En la misma fecha escribe Martí una carta al general Antonio Maceo, mulato cubano que obtuvo sus grados por su pericia y su indescriptible valor, a tal punto que fue designado "lugarteniente general", segundo en el mando. Aquí el tono "religioso" adquiere otros matices:

Ni tengo tiempo de decirle, General, cómo a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y cómo ésta no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuos de una y otra raza, y aquella prudencia siempre digna y siempre generosa de que sé que su altivo y noble corazón está animado. Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada. No puede usted imaginar la especialísima ternura con que pienso en estos males, y en la manera, no vociferadora ni ostensible, sino callada, activa, amorosa, evangélica, de remediarlos (1-172).

Muy escasa comprensión, y por supuesto muy escaso apoyo, encontró Martí de inmediato entre los veteranos de la Guerra Grande. Tanta fue la tibieza, y tanto el desapego, que dos años después, al inicio del llamado Plan Gómez-Maceo, creyó de su deber separarse del mismo por entender que era "una aventura personal" que servía "esperanzas personales de gloria o de poder". Entonces se refugió Martí en su cuantiosa obra escrita, especialmente la periodística, hasta 1887, cuando el Plan Gómez-Maceo admitió su fracaso, y él retornó a ser el desterrado más eminente: un patriota reconocido por su amplia cultura y por su disposición al sacrificio. Desde 1887 hasta 1892 fue un incansable sembrador de ideas, un promotor de actos culturales y patrióticos, un maestro, un orador afamado, el que conquista amigos y rinde

servicios por toda Nueva York. Con el apoyo entusiasta de los cubanos de Tampa y Cayo Hueso, y los de otras ciudades y países, se funda en 1892 el Partido Revolucionario Cubano y se comienza a editar el periódico *Patria*. Martí es el alma del Partido y del periódico.

En esta última y la más intensa etapa de su vida, Martí retoma y reitera —aplicándolos a casos concretos de personas y hechos— términos y conceptos de remembranzas religiosas que aplica con intención renovadora.

La patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella (1-196).

Varios cubanos han creído oportuno conmemorar este año el 10 de octubre... un día que es, para los cubanos, religioso (1-199).

Con la discreción y majestad propias del día, podemos levantarnos y marcar política de previsión y amor (1-227).

El 10 de octubre no es día de pasiones, ni de opiniones, sino día religioso, a donde se ha de ir como a un altar... día en que se preparan, con juicio y virtud, las batallas de armas que han de seguir a las batallas de pensamientos (1-262).

Es la hora de los hornos, en que no se ha de ver más que la luz (1-275).

Es mi sueño que cada cubano sea hombre político enteramente libre, y obre en todos sus actos por sus simpatías juiciosas y su elección independiente, sin que le venga de fuera de sí el influjo dañino de algún interés disimulado (1-276).

El que peleó en la Revolución es santo para mí. El que hace industria de haber peleado en la Revolución, o goza después de ella entre sus enemigos de un influjo superior al que tuvo entre sus compatriotas, o usa de influencia para aflojar la virtud renaciente de un país que necesita toda su virtud, ese bajará ante mí los ojos, aunque haya militado en la Revolución; y los bajará ante todo hombre honrado (1-290).

¿No le han dicho que en Cayo Hueso me regalaron las trabajadoras cubanas una cruz? Creo que he dado a mi tierra, desde que conocí la dulzura de su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puesto a sus pies muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa (1-293).

Acá estallan las almas, y nace aquí gente bíblica. ¿Quién hará lo que tenemos que hacer, y nadie podrá hacer, nadie, si no lo hacemos nosotros? (1-310).

El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio. El patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres (1-320).

En la hora grandiosa de la protesta se juntarán, sin reparos ni iras, todos los que hayan lavado su corazón en el bautismo del sacrificio (1-335).

Aquí me tiene entero, dispuesto a aprovechar en pro de mi patria el entusiasmo y la fe que he logrado resucitar para ella (1-350). Tan pronto como tenga en mis manos la notificación de mi deber, como tal lo cumpliré, y como una religión, con miedo lo cumpliré y con ternura, no con el descanso de la vanidad satisfecha (1-397). ¡Desciende el alma de los padres sobre las cabezas de los hijos; junta otra vez a los cubanos el entusiasmo puro de los primeros días y rostros y almas se inundan de la divina luz del sacrificio!... Entre palmas y flores de resurrección... (1-411).

Se han abierto los brazos a todos los buenos y desconsolados de este mundo (1-412).

Dan deseos de salir por el mundo con los brazos abiertos, diciendo a voces: ¡Hermanos, hermanos todos, al fin hermanos! (1-431).

¿Cuál de las cartas que le llenan la mesa escogerá *Patria* para dar... muestra de la limpieza, de la fuerza, de la santidad de esta época de corazones? (*Ibid.*).

Para amarnos estamos, y no para lastimarnos. Para echarnos unos en brazos de los otros, y fundar juntos la patria que nos aguarda (2-239).

El espíritu ha cundido y los cubanos tienen fe... y se aman unos a otros. Con entusiasmo de religión se juntan los que no estaban juntos antes (2-361).

Somos un ejército de luz, y nada prevalecerá contra nosotros: esta alma de redención que hoy nos consume y nos inspira... el alma religiosa en que se confunden, con renovado ímpetu, todas las emigraciones (2-370).

La dicha suprema: la dicha que se vislumbra en la existencia corriente cuando se deja bien hecho un trabajo útil, o se decide dar la vida, y el mismo gusto doloroso de cumplir los deberes menores, por mejorar y salvar la vida ajena. De las carnes caídas surge entonces una luz, serena y deleitosa, que ha de ser como la paz final del mundo (2-411).

Lo que hemos hecho, el espíritu de lo que hemos hecho: la religión de amor en que el alma cubana está fundiendo sus elementos de odio (2-463).

¡Tu pueblo, oh patria, no necesita más que amor! Y la guerra, lo que tu pueblo le ha dado (2-471).

Servimos y amamos, los revolucionarios de ahora (3-118).

Sólo se ama en Cuba a los que resisten, y a todos los demás se les tolera. El que quiera una migaja de amor, ha de lisonjear el inmarcesible decoro humano, la inmortal esperanza (3-119).

Por ahí es por donde nuestra tierra está pecando: por lo feos y escasos que andan el amor y la amistad (3-167).

Para los fieles, vengan tarde o temprano, Cuba guarda todo su amor. Para los incapaces de amarla y servirla, basta con el olvido (3-265).

El templo está abierto, y la alfombra está al entrar, para que dejen en ella las sandalias los que anduvieron por el fango, o se equivocaron de camino (3-266).

Me siento como si estuviéramos poniendo la mano en algo santo... Empezamos con juicio, con pericia, con amor, y con el entusiasmo y compañía de la verdadera gloria (3-274).

Siento en mí el alma de la guerra: es por el desagrado del sacrificio inútil, y porque me parece que están viviendo en mí todos nuestros muertos (3-275).

Consuéleme y aliénteme con su aprobación y su cariño: que mi única flaqueza, y necesidad, es la de ser amado (3-295).

Creo que ésta es la hora sensata y propia para redimir (3-339).

Conservo el juicio claro y sé de tormentas, y aunque se echen a comerme la entrañas, yo las sacaré triunfantes en el puño (3-347). Y es que hemos hecho, por medios sensatos, la revolución de las almas... La caridad nos cierra los labios; y el aseo moral (3-360, 361).

A quien me la ama [a Cuba], le digo en un grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman (4-112).

La divina claridad del alma aligera mi cuerpo (4-125).

No he vacilado en vaciar aquí esta larga lista de citas martianas, porque ellas exhiben —“en la víspera de un gran deber”— lo que estaba muy dentro de su corazón y su conciencia revolucionaria, ya que la mayoría de ellas son frases de cartas personales, por donde fluía su angustia o su gozo, sin ánimo publicitario alguno.

Un auténtico movimiento de liberación política, económica y social —en cualquier pueblo del orbe, y en todo momento histórico— requiere de sus hombres rectores lo que Martí proclama y exige: una entrega consagrada, mesiánica, apostólica, sacrificial y ejemplar, de todo el ser: una sensibilidad siempre en carne viva, un ahondamiento en las raíces, una constante ansia de vuelo. A la vez, una muy realista y concreta vivencia y disección de las contemporáneas expresiones objetivas, y una vertebración ideológica que permita la construcción de un futuro mejor.

Una revolución —si es verdadera— tiene necesariamente que procurar una conmoción, un desgarramiento, muchas heridas: fase ésta ineludible para lograr lo que Martí pretendía: “que lo podrido caiga a tierra”. Pero esta etapa inicial —precisamente por ser la más dolorosa— requiere cirugía reconstructiva, con operantes de voz y gesto amoroso, sedante, evangélico, y al mismo tiempo una fuerte mano ejecutiva que se sienta capaz de cumplimentar un programa de saneamiento y reconstrucción. Las metas han de estar bien definidas, los proyectos bien trazados, y la estrategia bien formulada, publicitada y comprendida.

Otras dos condicionantes son indispensables: que la lucha se despliegue por *todo* el pueblo concientizado, y que prime la eticidad básica de absoluta pureza amorosa en las motivaciones, en la conducción de los enfrentamientos, y en la calidad de la

vida ciudadana. Todo ello conducirá al logro de una república "cordial": "con todos, para el bien de todos".

Martí le concedió suma importancia —por respeto a los hombres que iban a morir, de un bando y del otro— a los lineamientos éticos de la conformación mental y moral del combatiente, y a la política de una guerra sin odios, humanitaria y compasiva. Para ello se creó la estructura funcional de un cuerpo dirigente, el Partido Revolucionario Cubano.

El Partido Revolucionario, hoy más necesario, ordenado, aclamado, bendecido que nunca, sigue, piadoso e inquebrantable, sin que la piedad llegue nunca a flojedad o vacilación, la tarea de preparar al país para una guerra pronta, democrática y bastante (2-222).

Esa es la obligación que le echo encima [al Partido]: predicar sin cansancio el espíritu humano y democrático de nuestra revolución (2-234).

Independencia es una cosa, y revolución otra. La independencia en los Estados Unidos vino cuando Washington, y la revolución cuando Lincoln (2-196).

O se da cauce a la revolución, o rompe la revolución sin cauce (2-216).

Los altos ideales que sustenta la revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, abierta a la laboriosidad del mundo y merecedora de su respeto y simpatía, no pueden tolerar, antes bien tienen que castigar, la menor transgresión de las leyes morales y el respeto internacional por parte de sus mantenedores (4-140).

El que haya puesto los ojos en las entrañas universales, y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia (4-247).

Sería una vergüenza dejar en hombros de unos pocos la obra de que todos nos hemos después de aprovechar. Y si algún hombre cazurro se niega a su parte de obra; si algún cubano, rico o pobre, deja sin cumplir su parte de deber, ¡pues hay que doblar la nuestra, para que esa parte no quede sin cumplir! (4-435).

En política, que no es más que la guarda de los derechos privados y públicos, se debe estar siempre como las casas pompeyanas, ¡con el perro a la puerta! Y el que no venga con alma y manos limpias, con el amor al infeliz, al pueblo entero, con el deseo ardiente de reparar e impedir los crímenes históricos, con el valor necesario para someter los intereses o las preocupaciones de una casta a los intereses generales, ¡se le ha de echar el perro! (22-15).

Esta rigidez en los principios morales, que son a la vez una puerta abierta al ejercicio de los más sagrados deberes, hizo del

Partido Revolucionario Cubano un casa donde se quebraban todas las villanías y se albergaban todas las virtudes. Era —en sus *clubes* dispersos— un centro de orientación política y revolucionaria, donde se llenaban primeramente las cartucheras, antes que de balas, de vergüenza, decoro, lealtad, honradez, visión. Quizás nos sea posible detectar, en palabras propias de Martí, la integralidad ética del Partido creado por él, eje propulsor del movimiento liberacionista de su isla amada.

Ética de preparación para la guerra

Con esta fe vivimos; con este cuidado prevemos; con esas miras preparamos; así adelantamos, atrayendo y fundiendo. Así, sin ostentación y sin temor, vamos, en lo callado de nuestra faena, alentando al respeto a los que ya lo han perdido por sí propios; reavivando la fe de los impacientes que decayeron en la primera jornada; tendiendo la mano, sin que se nos canse de estar tendida, a los mismos que nos niegan la suya; alistando, camino de la patria, nuestras legiones invisibles. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Ni alardes pueriles, ni promesas vanas, ni odios de clase, ni pujos de autoridad, ni ceguera de opinión, ni política de pueblo ha de esperarse de nosotros, sino política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura, y el culto soberbio acate arrepentido la fraternidad del hombre, y de un cabo a otro de la isla, sables y libros juntos, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra “¡hermanos!” ... ¡y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria, buena y grande! (4-255).

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable... El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda a disolver el país. La simple creencia en la probabilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable... La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano... (1-315, 316).

Las guerras no son cosa de batidor y de merengue: todo en ellas, lo que se ve y lo que no se ve, lo de afuera y lo de adentro, ha de ir a paso de batalla y arma al hombro... No hay que acobardarse ante los peligros, sino conocerlos y afrontarlos... No se vive para hoy, sino para mañana. Toda la vida es deber (1-261).

Ética de la redención futura

Hemos de querer para nuestra tierra una redención radical y solemne; impuesta, si es necesario, y si es posible, hoy, mañana y

siempre, por la fuerza, pero inspirada en propósitos grandiosos, suficientes a reconstruir el país que nos preparamos a destruir (1-162).

Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después. Tan ultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de tal manera que se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que el suyo (1-186).

Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son remedios que no fallan... Se cede en lo justo y lo injusto cae solo. Es todo el secreto de esas luchas que parecen terribles y sólo lo son mientras no entran en ellas, de un lado y de otro, los hombres cordiales. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano... A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba, y ponerlo en condiciones reales... Servirse a sí solo es un robo (1-253, 254).

Ética de la república conquistada

No es que los intereses se hayan de desdeñar, puesto que la revolución misma tiene por objeto asegurarlos con lo único que los fomenta y mantiene: con la paz satisfecha que viene del goce activo de la libertad... La libertad tiene por raíz el interés legítimo, que en ella se defiende; y el primer afán de la libertad en Cuba sería, al día siguiente del triunfo, salir a sembrar trabajadores. El necio desdeña la riqueza pública, o pretende mantener la riqueza de unos sobre la miseria de los más (1-357).

La república, sin secretos. Para todos ha de ser justa, y se ha de hacer con todos; pero no llegaría al triunfo, o llegaría envenenada, la república que —por apetito de auxiliares— prometiese en la sombra de la candidatura lo que no puede ni debe cumplir a la luz de la victoria. Levantarse sobre intrigas es levantarse sobre serpientes. En revolución, los métodos han de ser callados, y los fines públicos... que los héroes que compraron sus grados en la campaña de la independencia a pura herida, saben a la vez pelear contra el enemigo como militares, y amar y mantener la república como ciudadanos (2-93, 94).

Se trata de constituir con el mayor orden posible una república de elementos confusos, que puede ya vivir de por sí, a la que nadie puede contener en su deseo de vivir de por sí. Lo demás es bordar en la nieve (2-195).

Pero Cuba no puede contemplar sin fe, y sin orgullo de sus hijos, las virtudes de ordenación y agradecimiento de que en estos días ha dado prueba, y la disposición visible de las almas enérgicas a

las nuevas fatigas que impone la conversión en república justa y dichosa, de una colonia presa y desordenada... Luego, en la república libre, darán fruto estas semillas de amor: caerá el fruto sobre las tumbas de los sembradores (3-137).

Etica de la misión internacionalista

Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios. Los pueblos todos deben reunirse en amistad y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acercamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos (6-153).

La revolución de Cuba no sólo es santa por lo que es, sino que es un problema político, para garantizar las Antillas y Estados americanos antes de que los Estados Unidos condensen en nación agresiva las fuerzas de miseria, rabia y desorden que encontrarán empleo en la tradición de dominarnos. Esa es nuestra prisa. En política, hay que prever. El genio está en prever (22-256).

Sin que se haya pretendido cubrir en este libro *todas* las ópticas posibles sobre el tema "religioso" en los escritos martianos, ni agotar los análisis correspondientes, sí creo que hay una obra cumplida en la búsqueda, la organización y la vertebración de asuntos que nos despiertan con su luz esplendente y nos retan a continuar en un reflexión tensa y desvelada. Ha sido éste un largo forcejeo con muchas palabras, muchas ideas y muchos aconteceres en una vida de singulares proyecciones.

Lo permanente en José Martí, lo que lo hace el héroe nacional cubano y a la vez el más destacado americanista de "nuestra América", es su entusiasmo vital por servir a los hombres y su oído pegado a la tierra del pueblo, en la escucha de sus clamores. Para cumplir su deber de escritor no dejó fuera tema alguno que decida sobre el destino humano. Aquí es donde entra su interés —y su manifiesta preocupación— por lo religioso y lo eclesiástico de su tiempo vivencial, que fue la segunda mitad del siglo XIX. Muy aleccionadora nos resulta esta observación de Juan Marinello:

No recibió Martí su mensaje más activo ni de la historia ni del temperamento, sino de la realidad de carne y hueso que le cercaba el ansia de servicio. De vivir hoy, se preguntaría por dónde apunta para el mundo la claridad más plena, por qué caminos prácticos alcanzan ahora los hombres la igualdad que él quiso. Pero no gustamos de dialogar con fantasmas ni de sacar a los hombres de los alveolos formadores que les dieron su ser trascendente. Lo que importa no es traer a Martí a nuestro tiempo, a un tiempo que no es el suyo, el que lo hizo, aunque en mucho ande su palabra; lo que interesa es que otorguemos permanencia a una postura profundamente martiana: la de pelearse con lo de hoy, que está vivo y actuante, y no con lo de ayer, que está muerto y enterrado. No se concibe el martismo sino como indagación actualísima, como reacción generosa, afilada y pronta contra lo que retarda la total justicia. Adquiere aquí un nuevo sentido real y simbólico la bella conseja bíblica de la mujer de Lot: quien mire hacia atrás quedará en estatua inmóvil y será en definitiva piedra de trinchera para los enemigos del hombre, para los enemigos del impulso martiano ("La más alta lección", en *Ensayos*, 1977).

Vamos entonces a pelearnos con lo de hoy. La realidad cubana y latinoamericana —sus movimientos de liberación política, económica y social— demanda de los creyentes y las iglesias lo que Martí plantea como deber pleno: un sentimiento de novedad funcional, de árbol en necesidad de sacudimiento y tala, y seguidamente —ya aligerados de dogmas y estructuras que frenan— un volcamiento hacia “la hora de los hornos”, hacia “la hora del encuentro y la marcha unida”.

Martí realizó una tarea ejemplar de enjuiciamiento al despreciar y condenar las leyes esclavizantes y las corrupciones eclesiásticas, y a la vez descubrir vetas riquísimas de verdad y virtud en la fe cristiana, perfectamente válidas como instrumentos de liberación. Con los escritos aquí presentados, Martí abre una compuerta que los cristianos cubanos y latinoamericanos tardan en descubrir: la de la *ética teológica*. En este sentido, desde su hora, mirando hacia la nuestra, Martí previó y fundó.

El mensaje martiano sobre “nueva religión” y “nueva iglesia” nada tiene que ver con teorías y afanes positivistas y existencialistas, generalmente desvirtuadores, sino con lo que él llama “una fe diversa”, “una fe científica” (19-363), la que cala mucho más hondo, porque parte desde una ética de compromiso con “la dignidad plena del hombre” y el bienestar de toda la creación. Martí llama a los cristianos y a las iglesias a la ubicación terrenal, al desentrañamiento histórico, a la búsqueda de la justicia, al establecimiento de la paz, al ejercicio del decoro, a la práctica de la virtud, en la incesante gimnasia de una vida plena. El mensaje bíblico y el mensaje martiano se expresan en términos de historia, de acción y de cambio.

De aquí que este libro quisiera ser una voz que trasmite una llamada de atención a los hombres y a las colectividades que sienten dentro de sí mismos —como Martí— el potencial de la virtud, el brío interno que demanda una acción externa, la conciencia misiológica que arrastra al ejercicio apasionante del amor, “la única fuerza energética” (22-218). De otro modo: “a amar con explosiones, no con palabras” (6-432).

Los libros tienen generalmente “dedicatorias”, en recuerdo de algo o de alguien, en sus primeras páginas. Este, en las últimas, contiene un “envío”. Envío este mensaje crístico-martiano desde Cuba a los creyentes y no creyentes de nuestra América en cuyos corazones se bate la sangre vicaria, porque claman agónicamente por la liberación total y universal, convencido como estoy de que la mancomunidad desatadora debe nutrirse de fuentes cristianas y martianas al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Si la Iglesia Cristiana —en todas y cada una de sus instituciones— es en verdad “el pueblo de Dios” (epíteto con que ella se autodenomina), entonces no puede ser indiferente o neutral

ante su propia responsabilidad de fermento en la masa, de canal de comunicación de "una buena noticia que será de mucha alegría para todo el pueblo" (Lucas 2: 10). ¿Qué Iglesia es ésa que acapara para sí, o distribuye a cuenta gotas entre sus preferidos, las promesas de que es portadora: de paz, de justicia, de alegría, de reconciliación? ¿Qué Iglesia es esa que esconde de los victimizados y desheredados de la tierra los instrumentos de lucha social que el propio Jesús utilizara, y *espiritualiza* los textos bíblicos que condenan la explotación de los pobres, y llaman a la rebeldía y al ejercicio justiciero?

La Iglesia pierde su identidad cuando no siembra la semilla revolucionaria del Evangelio, de la Escritura toda, que es una proclama de liberación; cuando no escucha las oraciones que están imbíbidas en los gritos de dolor y de rabia de los miserables y oprimidos, porque Dios sí escucha: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces" (Exodo 3:7). Los irredentos, los expoliados, son el metro que mide —tanto para los creyentes como para los que no lo son— cuán estrecho e injusto es un sistema, y cuánta inautenticidad hay en la ética proclamada sólo con palabras, lo que constituye la ofensa mayor a la dignidad humana, y la causa mayor de radicalización ideológica y de acción revolucionaria. La Iglesia es depositaria y responsable de la ejecución de los planes de Dios en el proyecto histórico que se centra en Jesucristo. En su muerte se dinamiza la Historia, la que culminará al fin en la total paralización de la injusticia y en la unidad amorosa de todos los pueblos en la libertad de Dios. Al cabo, la "nueva religión" y la "nueva iglesia" que Martí proclama constituirán un retorno a "la semilla que, escondida en la tierra, da mucho fruto", a la identidad primigenia, a la funcionalidad plena de la virtud y la verdad.

Entre las numerosas coincidencias que he señalado de lo cristiano y lo martiano, resalta ésta de un objetivo común: la liberación integral de la persona humana. Por tanto, bajo esta advocación pueden paralelizar sus caminos creyentes y no creyentes, con su inmensa variedad de matices y literaturas, porque lo que se demanda con urgencia en América Latina es una acción redentora, no un "diálogo" interminable, y muchísimo menos un antagonismo tozudo, negativista y obstruccionista.

Ni siquiera cabe un desconocimiento premeditado, o una marginación injustificada, por ninguna de las partes. Y aquí alerta a unos y a otros, porque ya se ha comprobado que en ocasiones los que se mueven en el ámbito eclesiástico se arrogan todas las virtudes y santificaciones, y desdeñan a los de extramuros; y que en ocasiones los activistas revolucionarios nada quieren saber de los "flojos" y "blandengues" que tratan de vivir según los

principios de la fe cristiana. A los primeros les recuerdo la conclusión a que arriba el apóstol Pedro después de muchos zigzagueos y bandazos: "Verdaderamente reconozco que Dios no hace diferencia entre las personas, sino que acepta a todo el que lo honra porque obra justamente". "Dios no ha hecho ninguna distinción entre nosotros y otros" (Hechos 10:34, 35: 15:9). A los segundos estas palabras de José Martí: "Pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: *con todos y para el bien de todos*" (4-279). Y para unos y otros, conjuntamente, esta prédica del cubano ejemplar:

¿Qué dónde estoy? En la revolución; con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos, sino para poner en ella, con mi leal entender, los elementos que —aunque no sean reconocidos al principio por la gente de poca vista o mala voluntad— serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz, han de salvarla (22-73).

¿Quién hará lo que tenemos que hacer, y nadie podrá hacer, nadie, si no lo hacemos todos juntos? (1-310).

¿Qué falta como nota final? Sólo transcribir, para tener por divisa, algunas palabras martianas que nos sirvan en esta hora para darle fuerza a nuestro pensamiento y programa certero a nuestra lucha:

El amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto (4-273).

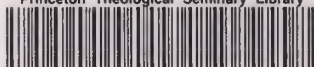
En el corazón, el Evangelio; entre las cejas, la prudencia; los brazos, a cuantos los quieran, y el arma desenvainada (1-403).

O si se prefieren como consigna, fundidas así:

El Evangelio del amor en el corazón; la prudencia entre las cejas y los ojos en la costa; la mano en la América y los brazos a cuantos los quieran; y el arma al cinto, o desenvainada.

Impreso en los talleres de
Imprenta y Litografía VARITEC S.A.
San José, Costa Rica
en el mes de noviembre de 1991
su edición consta de 1500 ejemplares.

Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01516 9628



Esta obra de Rafael Cepeda constituirá, sin duda, un hito importante para nuevos abordajes del pensamiento martiano. En efecto, ella pone al lector en contacto con el pensamiento fecundo y diáfano de José Martí, ofreciéndole la posibilidad de bucear en sus profundidades, sin permitirle soltarse del embrujo que provoca este prócer de las letras latinoamericanas.

Pero, además, el Martí de Cepeda nos invita al compromiso y nos desafía a repensar muchos temas desde una interpretación distinta. Se trata aquí de un Martí profundo conocedor de las escrituras sagradas, y diligente aplicador de su mensaje. Conocer a este Martí, con esas dimensiones, resulta realmente refrescante.

RAFAEL CEPEDA: Pastor por muchos años de la Iglesia Presbiteriana y Reformada en Cuba. Ha participado activamente en el movimiento ecuménico latinoamericano y es ex-presidente del equipo cubano de CEHILA (Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latinoamérica). Es editor de *La herencia misionera en Cuba* (1986), publicada por esta editorial.